

NO QUIERO SER UNA MÁS

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

NO QUIERO SER UNA MÁS

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

NO QUIERO SER UNA MÁS

Primera edición.

No quiero ser una más

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©octubre, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

No quiero ser una más

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©octubre, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

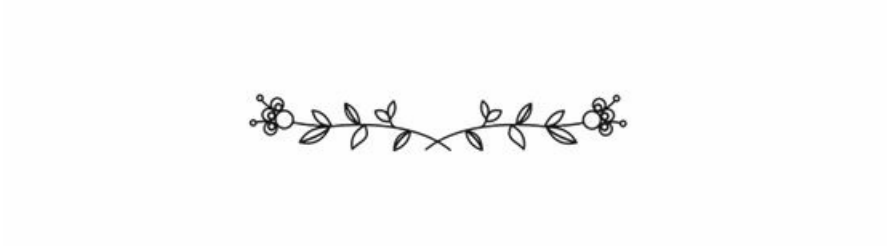
ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo

Capítulo 1



Aitana

Siempre se había dicho que los hijos llegaban con un pan debajo del brazo, de eso sabía mucho mi padre, quien fundó la empresa que a día de hoy dirigía su primogénito, mi hermano, justo un año después de que este naciera.

Veinticinco años tenían Alfredo y Minerva, mis padres, cuando nació mi hermano David, y de eso ya hacía treinta y cinco años.

Eran novios desde el instituto, una de esas parejas afortunadas de estar con la persona que más querían hasta el último día de sus vidas.

Diez meses después de casarse nació David, y para ese entonces mi padre, quien había estudiado empresariales, llevaba tiempo dando vueltas a poner en marcha esa empresa que creó de manera ficticia para sus estudios. Uno de sus profesores le dijo que la veía factible y podría ser un buen negocio, y para cuando cumplió los veintiséis, tenía la empresa en marcha.

Dueño de una bodega y su propio matadero, los vinos y jamones Galán, se consumían en todo el mundo.

No tardó en crecer, tal como esperaba, y en cosa de cinco años era la mejor en el sector.

Mi llegada fue una sorpresa, después de tantos años como padres de un único hijo, no esperaban volver a quedarse embarazados, pero eso del pan debajo del brazo, ya sabéis, y aparecí yo.

El año en el que se enteraron de que venía en camino un segundo retoño a la familia, mi padre estaba en negociaciones con una multinacional del extranjero para ampliar sus horizontes, y a los dos meses de mi nacimiento, formalizó esos negocios y se expandió, creciendo aún más, convirtiéndose en una empresa multimillonaria tras casi una década de haberla puesto en marcha.

Mi hermano David me recibió con un amor inmenso, según decían mis padres, y no me dejaba sola, ni a sol ni a sombra.

Incluso cuando él ya era un adolescente y yo una niña, me cuidaba quedándose en casa cuando mis padres tenían que salir a cenar con clientes o a alguna gala donde recaudaban fondos esas asociaciones con las que solían colaborar.

Y cuando yo fui la adolescente de la familia, con un hermano universitario que seguía los pasos de nuestro padre, cambié de ciudad y me interné en uno de los mejores centros, donde conocí a Cintia, quien a día de hoy seguía siendo mi mejor amiga.

A la universidad fuimos juntas, ambas cursando la misma carrera de empresariales que mi padre y mi hermano, y cuando acabamos, las dos tuvimos un puesto en la empresa de mi familia.

Mientras que yo me encargaba de todo el departamento contable, ella ayudaba a David siendo su mano derecha y secretaria. Para él, era como si Cintia fuera una hermana más, y desde que mi mejor amiga perdiera a sus padres en un trágico accidente en la montaña, hacía seis años, se había convertido en una más de nuestra familia.

Durante los primeros años de mi padre al mando de la empresa, mi madre lo ayudaba, hacía las veces de secretaria, asistente y ayudante, y aunque fue cuando mi hermano tenía cinco años cuando dejó de ir por la empresa, nunca se desvinculó realmente de ella, y estuvo al lado de su marido, ayudando en lo que necesitase, durante más de veinte años, hasta que David, cinco años atrás, tomó las riendas de modo oficial. Pero mi padre seguía apareciendo por allí porque no podía dejar de lado aquello con lo que una vez soñó y tanto esfuerzo le costó sacar adelante.

—Aitana Galán —respondí tras el descolgar el teléfono, como siempre desde que entré a trabajar en la empresa.

—Señorita Galán, aquí la señorita Mendoza —dijo Cintia y sonreí—. ¿Hace un cafecito? Son ya las once y el de la mañana a saber, dónde lo tengo.

—Nos vemos abajo en cinco minutos.

—Por favor, que sean tres —y colgó, para no perder la costumbre.

Si había alguien en todo el mundo que necesitara la cafeína más que ella, yo no lo conocía, de verdad que no.

Por eso no era de extrañar que, a las once en punto, todas las mañanas, llamara para que nos tomásemos ese descanso que pedía a gritos un café y uno de los deliciosos y jugosos croissants de mantequilla que había en la cafetería de la empresa.

Revisé el documento que tenía abierto, lo guardé y tras coger el móvil y la identificación que me colgué en la solapa de la chaqueta, como siempre, bajé hacia el vestíbulo del edificio, por donde se iba a la cafetería.

Sentada en una de las mesas pegadas al ventanal estaba Cintia, y no tardé en ver aparecer a Martín, el camarero

que servía las mesas, acercándose con nuestros cafés y los croissants.

—Aquí llega la señora. Te dije tres minutos —entrecerró los ojos.

—Y yo te dije cinco.

—Desde luego, siempre saliéndose con la suya —resopló.

—Vamos, chicas, no discutáis, que es viernes —dijo Martín con una sonrisa.

Alto, rubio y de ojos grises, provocaba que las mujeres, y algunos hombres también, se giraran para volver a mirarlo.

—Por fin es viernes, dirás. Qué ganitas tenía de que llegara —comentó Cintia, y en ese momento sonó su móvil —. Dios, adoro a tu hermano, pero no me deja respirar.

—Cintia, eres su secretaria —arqueé la ceja.

—Es verdad, y yo pensando que quería rollito conmigo —cogió el móvil y puso el manos libres—. ¿Qué necesita el mejor jefe del mundo, de su humilde secretaria? —preguntó, y Martín dejó escapar una risa.

—¿Hiciste la reserva para la cena de esta noche, Cintia? —contestó él.

—Sí, en el burger de la esquina de la plaza, a las nueve. Todo controlado, jefe.

—Cintia, por Dios —mi hermano suspiró—. Te recuerdo que es un cliente muy importante.

—Y yo te recuerdo que soy la secretaria más eficiente que has tenido desde que entraste en la empresa. Tu mesa para la cena está reservada en tu restaurante habitual, a las nueve en punto. ¿Puedo seguir tomándome el café, jefe? Porque no creo que quieras ver mi versión de Gremlin malo.

Volteé los ojos y traté de no reír, cosa que para mi hermano fue imposible. Verlos interactuar era como vernos a é y a mí, en alguna de nuestras conversaciones.

—¿Estás con Aitana? —preguntó.

—Aquí estoy, sí —le hice saber.

—Me ha llamado papá, vendrá con mamá para comer con nosotros.

—Lo raro es que papá no esté hoy por aquí.

—Hoy están de celebración, por eso mamá no lo ha dejado salir de casa, para que no llegara tarde a comer. Al parecer hace como mil siglos que, un día como hoy, empezaron a salir.

—¿Qué? Madre mía, ¿es hoy?

—Ajá. ¿Había que regalarles algo? Ya sabes que yo, si es por cumpleaños, Navidades o aniversarios…

—Pues no sé, David. A ver, hace cuarenta y cinco años que tuvieron esa primera cita a los quince. ¿Y si le compramos unas flores a mamá?

—Y a papá, ¿qué?

—¿Puedo opinar? —intervino Cintia— Digo, ya que soy secretaria de uno y mejor amiga de otra.

—Adelante, pero a ver qué se te pasa por la cabeza —contestó mi hermano.

—Ellos os van a invitar a comer, estoy segura. Así que, ¿por qué no les preparáis vosotros una noche romántica y especial para ellos? Compradles unas entradas para el teatro y reservadles mesa en ese restaurante que tanto les gusta.

—Donde siempre van a celebrar sus aniversarios —intervine.

—Exacto.

—Secretaria —la llamó mi hermano—. Ponte con ello en cuanto acabes con el café.

—Eso lo hago ahora mismo y las entradas las envío al correo de Aitana, así las puede imprimir y se las dais en la comida.

—Perfecto —contestó.

1

—¿Me he ganado un aumento de sueldo, jefe?

—No cuela, preciosa —rio.

—Lástima, pero había que intentarlo.

—Os dejo desayunar.

En cuanto mi hermano cortó la llamada, Cintia se puso manos a la obra para encontrar entradas para el teatro y

hacer la reserva para la cena. Una vez envío las entradas a mi correo, terminamos nuestro desayuno y quedamos en vernos esa noche en su casa.

Tocaba viernes de cine y palomitas, una tradición para ambas, que adquirimos en el internado donde nos conocimos, dado que no todos los fines de semana volvíamos a casa con nuestras familias.

Regresé a mi despacho y pasé las horas siguientes trabajando hasta que mi madre apareció por la puerta.

—Hola, mamá —sonreí poniéndome en pie.

—Hola, cariño —me abrazó y nos dimos un beso.

A sus sesenta años, seguía siendo aquella mujer hermosa de las fotos que había por toda la casa.

Con su melena de color castaño y esos ojos verdes alegres y expresivos, acompañados de la mejor de sus sonrisa.

Yo había heredado el tono de su cabello y la figura, así como la estatura y la pasión por los zapatos de tacón.

—¿Y papá? —pregunté cogiendo el bolso.

—En el despacho de tu hermano. El día que se desvincule por completo de la empresa, no me lo voy a creer —suspiró.

—Sabes que será imposible que eso pase, aun con ochenta años, papá seguirá viniendo a la empresa a revisar que todo esté correcto.

—Me temo que así será.

Cogimos el ascensor para ir a la última planta, donde estaba el despacho de mi hermano y de los dos asesores, y a acercarnos a la puerta se podía escuchar la risa de mi padre.

—Hola, Cintia.

—Hola, Minerva —sonrió mi amiga, saludándola—. ¿Están listos, señores? —preguntó a mi padre y mi hermano, entrando en el despacho.

Verlos juntos era como ver las dos versiones de ambos. En David podías ver el hombre que una vez fue nuestro padre, alto, con los ojos marrones y el pelo negro, y en el señor Alfredo Galán, veías claramente cómo sería su primogénito a su edad, igual, pero con algunas vetas plateadas en las sienes y unas ligeras marcas que quedaban en el rostro por el paso de la edad.

—Aquí están mis mujeres favoritas —contestó mi padre con una de sus sonrisas—. ¿Cómo estás, cariño? —me preguntó.

—Bien, ¿y tú? Se me ha hecho raro no verte hoy por las oficinas revisando todo.

—No me ha dejado tu madre, ¿te lo puedes creer?

—Papá, sabes que deberías dejar de venir.

—Haz caso a tu hijo, Alfredo —dijo mi madre—. Ya no es un niño y dirige esta empresa tan bien como tú lo hiciste durante años.

—Solo vengo a visitar a los chicos, ya lo sabes, mi amor —se excusó.

—Y de paso, a vigilar cómo va todo. Anda, vamos a comer que, al final, llegaremos tarde.

David y yo sonreímos mientras íbamos al ascensor para bajar al aparcamiento. Cogimos el coche de mis padres y nos llevaron a comer al restaurante que había a un par de calles de la empresa, donde solía reunirse mi hermano con algunos clientes a la hora de comer.

El vino no faltó en ningún momento, como tampoco los recuerdos de nuestros padres de la época en la que se conocieron, cuando tenían trece años.

Apenas eran unos niños, salían juntos con otros compañeros de clase y, dos años después, ambos se dieron cuenta de que se gustaban y empezaron a salir.

—Cuarenta y cinco años juntos, y no cambiaría ni un solo día desde entonces —dijo mi madre.

—Normal, mi amor, otro no te habría aguantado tanto tiempo.

—Paciencia la que he tenido yo, con lo cabezón que has sido, y sigues siendo. ¿Sabías que tu amigo Bernardo coqueteaba conmigo? Ay, si me hubiera casado con Bernardo, el de los invernaderos —suspiró.

—Si lo dices porque no te iban a faltar las flores, conmigo no habrás tenido queja —contraatacó él.

—Sabes que bromeo, Alfredo. Nunca me gustó ni quise a nadie más que a ti.

—Bueno, nosotros tenemos un regalo —dije sacando las entradas—. Esta tarde os vais al teatro y después, a cenar en vuestro restaurante favorito.

—Mi niña, no teníais que haberos molestado —mi madre sonrió y vi que le brillaban los ojos.

—Mamá, no todo el mundo puede decir que lleva desde los quince con el amor de su vida —contestó mi hermano

—Toda una vida, hijo mío —dijo mi padre, dándole un leve apretón en el hombro a su primogénito—, toda una vida con la mujer que más he amado.

Brindamos por ellos y ese amor al que aún le quedaban muchos años por delante.

Tras el café, nuestros padres nos llevaron de vuelta a la empresa y se marcharon a casa, agradeciéndonos entre besos y abrazos aquel regalo que les habíamos hecho.

—¿Te vas a ir pronto a casa? Lo digo por la reunión de esta noche —le pregunté a David mientras subíamos en el ascensor.

—No, no me voy a casa. De aquí saldré directo para la reunión, tengo que revisar que el último pedido llegó bien a su destino.

—Vale, pues que vaya bien —le di un beso en la mejilla y salí—. Hablamos mañana.

El resto de la tarde, hasta la hora de irme a casa, la pasé entre números y cuadrando las cuentas.

r

—Mamá, no todo el mundo puede decir que lleva desde los quince con el amor de su vida —contestó mi hermano.

—Toda una vida, hijo mío —dijo mi padre, dándole un leve apretón en el hombro a su primogénito—, toda una vida con la mujer que más he amado.

Brindamos por ellos y ese amor al que aún le quedaban muchos años por delante.

Tras el café, nuestros padres nos llevaron de vuelta a la empresa y se marcharon a casa, agradeciéndonos entre besos y abrazos aquel regalo que les habíamos hecho.

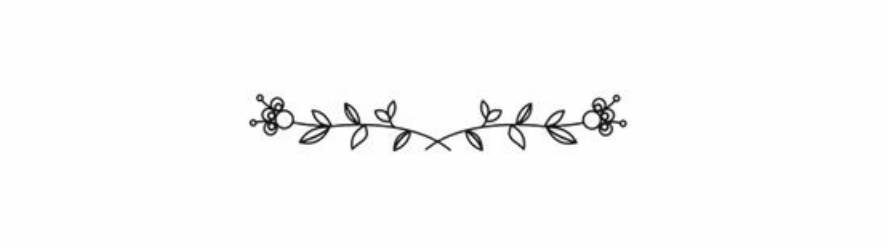
—¿Te vas a ir pronto a casa? Lo digo por la reunión de esta noche —le pregunté a David mientras subíamos en el ascensor.

—No, no me voy a casa. De aquí saldré directo para la reunión, tengo que revisar que el último pedido llegó bien a su destino.

—Vale, pues que vaya bien —le di un beso en la mejilla y salí—. Hablamos mañana.

El resto de la tarde, hasta la hora de irme a casa, la pasé entre números y cuadrando las cuentas.

Capítulo 2



Aitana

De camino a casa de Cintia había comprado vino y pizza, ella se encargaba de poner el dulce a esas noches de viernes juntas.

Llamé al telefonillo y no tardó en abrirme. Cuando vi el letrero de “averiado” en el ascensor, quise morirme. Mi mejor amiga vivía en un quinto piso, y aunque una servidora era joven y con una salud de hierro, un quinto piso era un quinto piso.

No ayudaba tampoco el olor de las pizzas, que a punto estuve de coger una porción y comerla mientras subía, acompañada de algún que otro traguito de vino.

—Ya estoy aquí —dije entrando en su piso.

—Joder, nena, ni que hubieras subido andando, desde que te abrí…

—Es que he subido andando —arqueé la ceja—. No funciona tu ascensor.

—¿No? Pero si cuando he llegado funcionaba.

—Pues ya no.

—Dime que al menos las pizzas siguen calientes, y el vino está frío.

—Eso, tú preocúpate por las pizzas y el vino, a mí, que me den por donde amargan los pepinos —volteé los ojos.

—Nena, en lo que te guste hacer en cuestiones de sexo, no entro —dijo levantando ambas manos.

—Tus muelas todas, cabrita —reí.

—¿Quieres agua?

—Abre el vino, que casi me lo bebo mientras hacía el ascenso al Everest.

—La virgen, no sabía que me había mudado al Himalaya.

—Pues casi, que esas escaleras son como escalar una montaña de esas.

—Lo que tiene una que escuchar —volteó los ojos.

Mientras ella descorchaba el vino saqué las copas y los platos para llevarlos a la mesa de centro de los sofás. Como siempre, tiraríamos un par de cojines al suelo y nos sentaríamos allí, al estilo indio, a disfrutar de la cena er compañía de una buena película.

—¿Qué peli me vas a poner hoy? —pregunté cuando apareció con la botella de vino y rellenó las copas.

—Te doy a elegir al galán con el que quieres soñar esta noche. Ryan Gosling, Jude Law, o Channing Tatum.

—Repito, ¿qué peli me vas a poner? —Arqueé la ceja.

—*El diario de Noah*, *The Holiday*, o *Querido John*.

—¿A qué viene tanto drama para un viernes?

—Estoy sensible —susurró—, mañana…

—Oh, mierda —dejé mi copa de vino en la mesa—. Cariño, lo siento.

—No pasa nada —se encogió de hombros.

—Sí pasa. Olvidé que mañana sería tu tercer aniversario con Isaac.

—Han pasado dos años y aún duele, ¿sabes? Si al menos hubiera podido despedirme de él.

—No sabías que su vuelo de vuelta a casa no llegaría nunca.

—Me pasó como a Savannah en Querido John, con solo dos semanas juntos, me enamoré perdidamente.

—Lo sé, estuve ahí, ¿recuerdas? —sonreí.

—Fue el mejor año de mi vida.

—Bueno, ¿Querido John, entonces? —cogí el mando y ella sonrió.

—Gracias —me dio un abrazo.

— ¿Por qué?

—Por ser mi amiga, por estar siempre. Tú me mantuviste a flote cuando perdí a mis padres, y a Isaac. Si no hubiese sido por ti…

—Vale, se acabó. Vamos a cenar, a ver la peli y llorar como magdalenas mientras vemos a ese par enamorarse y sufrir por amor, y mañana nos vamos a ir a cenar y tomar unas copas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Le vas a decir a David, que se una a nosotras? Ya sabes que le encanta acompañarnos y aguarnos la posibilidad de conocer a alguien —rio.

—Le pondré un mensaje por la mañana. Ahora, a cenar.

Cintia había encontrado el amor y lo había perdido en apenas un año, algo que aún hoy en día le impedía abrir su corazón a alguien más.

Yo tuve un par de novios a quienes quise, pero de los que, ahora, me daba cuenta que no había llegado a amarlos nunca.

A pesar de lo atrevida y lanzada que aparentaba ser, Cintia era una mujer tímida y sensible, por lo que volver a enamorarse lo veía como algo difícil. Decía que no podía ser posible que se entregara del mismo modo que una vez lo hizo con Isaac, que no creía que existiera en el mundo alguien con quien ella pudiera encajar como lo hizo con él.

Cada persona tiene su alma gemela predestinada y Cintia estaba completamente convencida de que la suya había sido, y siempre sería, Isaac.

En cuanto acabamos con las pizzas y el vino me fui directa a los armarios de la cocina donde sabía que mi mejor amiga guardaba los bollos rellenos de chocolate y crema, así como un buen surtido de bolsas de chucherías. Me perdían los ositos de goma y los regalices rojos y ella lo sabía, por eso siempre que iba a hacer la compra compraba dos bolsas de cada solo para mí, para cuando la visitaba o cuando tenía uno de esos días donde el azúca era el mejor remedio para el estrés.

—Mañana tendré que hacer doble sesión de cinta en el gimnasio —dijo resoplando al ver los bollos.

—Culpa tuya, no los compres.

—Mira, me pueden prohibir comer cualquier cosa, pero los bollos, que no se le ocurra a nadie.

—Pues ya sabes, doble sesión de cinta mañana —reí.

—Y tú, te vienes conmigo el lunes por la tarde, que llevas diciendo un mes que vas a venir y todavía estoy esperando.

—Es que el gimnasio y yo vamos a terminar mal, ya lo verás.

—Lo que te pasa es que me quieres dejar sola con esa tortura. ¿Te recuerdo que fue idea tuya que nos apuntáramos al gimnasio hace seis meses? Y yo, me apunté, tú, no.

—Huy, mira, que se pone interesante ahora —dije, llevándome un par de ositos de goma a la boca.

—Aitana, hablo en serio. Lo del gimnasio fue porque dijiste que nos vendría bien para desestresarnos un par de días a la semana después del trabajo.

—Y para que te relacionaras con otra gente, hombres a ser posible, que seguro que en alguno de ellos encontrabas a tu otra mitad.

—La madre que te parió —volteó los ojos.

—Pues a estas horas debe estar cenando con mi padre, en su restaurante favorito.

—¿Te he dicho que no puedo contigo, Aitana Galán? Tienes más morro…

—Sí, sí, y bien bonitos mis morros, mira, mira —puse morritos y acabó riéndose a carcajadas—. Mañana me los pinto con ese pintalabios rojo coral que tienes y que me encanta.

—Te voy a regalar uno para ti solita —dijo cogiendo una nube de la bolsa.

—Entonces qué, ¿no hay chicos decentes en el gimnasio?

—Decentes sí, que yo me vaya a fijar en alguno, no.
r

—Pues tendré que ir el lunes al gimnasio contigo, seguro que alguno hay para ti.

—¿Desde cuándo eres mi Celestina particular? —Arqueó la ceja.

—Desde este mismo momento. Siempre dices que mi hermano impide que liguemos, pero lo cierto es que, ni tú quieres esa posibilidad, ni yo me he interesado por un chico en el último año. Y, ¿sabes? Como dice mi madre: somos jóvenes para dejar que la vida y el amor nos amarguen. ¿Qué hay de malo en conocer a alguien y salir con él? Sin pretensiones de nada más que eso, salir, cenar, tomar algo, bailar, ir al cine. No tenemos que casarnos mañana, tal vez ni siquiera sea nuestra alma gemela, pero al menos, mientras ella llega, podemos divertirnos.

—Una pregunta —le dio otro bocado a su bollo de chocolate—. ¿El sexo entra en eso de la diversión?

—Si le preguntas a mi hermano David, la respuesta sería un rotundo sí —reí.

—Pues no sé yo cómo estará el asunto por ahí abajo. Igual tengo que llamar a un fontanero.

—Serás bruta.

Y así pasamos de ver una película donde las lágrimas estaban más que aseguradas, a reírnos a carcajadas y ver dónde podríamos ir de copas a la noche siguiente. Cualquier cosa, haría cualquier cosa con tal de que mi mejor amiga sonriera.

;

—Desde este mismo momento. Siempre dices que mi hermano impide que liguemos, pero lo cierto es que, ni tú quieres esa posibilidad, ni yo me he interesado por un chico en el último año. Y, ¿sabes? Como dice mi madre: somos jóvenes para dejar que la vida y el amor nos amarguen. ¿Qué hay de malo en conocer a alguien y salir con él? Sin pretensiones de nada más que eso, salir, cenar, tomar algo, bailar, ir al cine. No tenemos que casarnos mañana, tal vez ni siquiera sea nuestra alma gemela, pero al menos, mientras ella llega, podemos divertirnos.

—Una pregunta —le dio otro bocado a su bollo de chocolate—. ¿El sexo entra en eso de la diversión?

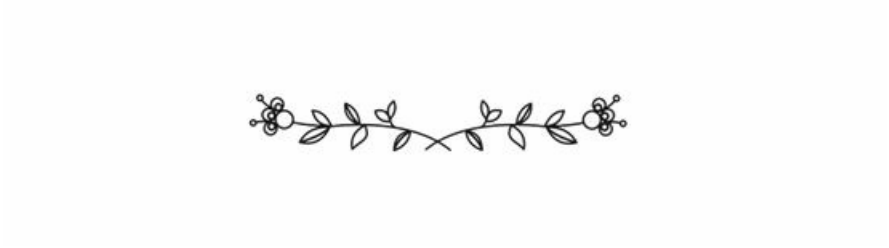
—Si le preguntas a mi hermano David, la respuesta sería un rotundo sí —reí.

—Pues no sé yo cómo estará el asunto por ahí abajo. Igual tengo que llamar a un fontanero.

—Serás bruta.

Y así pasamos de ver una película donde las lágrimas estaban más que aseguradas, a reírnos a carcajadas y ver dónde podríamos ir de copas a la noche siguiente. Cualquier cosa, haría cualquier cosa con tal de que mi mejor amiga sonriera.

Capítulo 3



Aitana

Pagué al taxista cuando me dejó en la entrada del bar donde había quedado con Cintia esa noche de sábado. Fui directa a la mesa donde ya estaba esperándome con un par de cervezas.

—La puntualidad no es lo tuyo —suspiró.

—Llegaba puntual, pero se me ha roto el tacón del zapato nada más salir a la calle, así que tuve que subir y cambiarme corriendo. Bueno, corriendo no he subido, más bien en plan Lina Morgan, cojeando, que no veas lo difícil que es andar con un zapato de punta y sin tacón.

—Desde luego, Aitana, lo que no te pase a ti —rio.

—¿Qué vais a cenar, preciosas? —preguntó Noelia, que nos conocía desde que empezamos a ir a cenar allí unos años atrás cada vez que salíamos.

—Pues nos traes unas raciones de lo que quieras, total, el lunes vamos a ir al gimnasio a quemarlo todo —dijo Cintia, encogiéndose de hombros.

Noelia asintió y nos dejó solas de nuevo, momento en el que di un sorbo a mi cerveza.

—¿Cuándo accedí a ir a ese lugar donde las máquinas infernales me van a torturar?

—Anoche, entre bollo y bollo, por no hablar las chuches.

—Ah, no, no dije que iría.

—Lo dijiste. Te acabé convenciendo después de seis meses que llevo yendo sola, menos mal que me pongo los *earpods* y me concentro en mis rutinas.

—Ahora entiendo por qué no has conocido a ningún chico de buen ver.

—De buen ver están, pero yo no miro.

—¿Te pones las gafas de madera? —Arqueé la ceja.

—No, no uso gafas.

—Desde luego, tienes respuestas para todo.

—Como buena secretaria que soy. ¿Va a venir David?

—No, esta noche, no. Ha quedado con un colega al que hace tiempo que no ve.

—Pues ahora le mando una foto de la cena a mi jefe, para que vea lo que se pierde. Seguro que se va a aburrir como una ostra con ese colega suyo. Con lo bien que lo pasa con nosotras.

—A ver, que yo me entere, ¿te gusta mi hermano, por casualidad?

—¿Qué? No, no, no. Por Dios, Aitana, eso sería incesto, no me fastidies.

—Chica, es que siempre os he visto como una buena pareja. Y a mí, me encantaría tenerte de cuñada.

—Calla, anda, que, a tu hermano, solo le faltaría tenerme de novia —rio—. Si ya es un suplicio que sea su secretaria, que dice que le traigo la cabeza loca.

—No es exagerado ni nada el señorito Galán.

—Odia que le llame así.

—Y tú, más a posta lo haces, condenada —reí.

—Aquí tenéis, chicas —dijo Noelia, llegando con las raciones.

—Oh, te super quiero —la abracé al ver las patatas bravas y esos calamares que me llamaban a gritos, por no hablar del pescaíto.

—Sí, sí, a ti te quiere, que le das grasas para cenar, a mí me odia por llevarla de los pelos al gimnasio —resopló Cintia.

—Pero voy a ir, ¿no? Pues hala, a comer y a callar, bonita —cogí un calamar y cerré los ojos mientras lo

saboreaba.

—Soy fan vuestra, en serio —rio Noelia, antes de irse.

—¿Dónde quieres ir después? —pregunté.

—Donde quieras llevarme, hoy me dejo hacer, soy toda tuya.

—¿Te dejas hacer? Cuidadito, a ver si te voy a dar whisky del bueno y me aprovecho de ti en la cama.

—Hija de fruta —dijo mientras tosía para no ahogarse con una patata—. Los de la mesa de al lado nos han mirado.

—Porque se han imaginado a un par de chicas guapas montándoselo y se han puesto más calientes que el palo de un churrero.

—Dios mío, pasas demasiado tiempo con tu hermano.

—No, tú pasas más tiempo con él que yo, eres su secretaria.

—Es verdad, es verdad.

—Entonces, ¿qué te parece si vamos a ese local donde están los reservados? Allí podemos beber y bailar sin que nos molesten mucho.

—Por mí, perfecto.

Noelia nos trajo un par de raciones más, le lancé un beso y ella se echó a reír mientras los chicos de la mesa de al lado nos miraban a las tres.

Y cuando pagamos y nos levantamos para irnos, uno de ellos preguntó si queríamos unirnos a su fiesta.

—Es el cumpleaños de nuestro amigo y está un poco tristón, que cumple treinta y cuatro y lleva sin novia una década.

—¿Y eso? Ni que fuera seminarista —dijo Cintia.

—¿Este seminarista? Qué va, no lo veo yo vistiendo de cura —rio otro.

—Es que no me quieren —comentó el cumpleañero.

—¿Tan malo eres? Porque feo, no, ya te lo digo —sonreí.

—Tú, que me miras con buenos ojos.

—Bueno, felicidades, y que os divirtáis, que nosotras nos vamos a seguir con la noche, ¿verdad, mi reina? —le pasé el brazo por los hombros a Cintia y le di un beso en la mejilla.

—¿Sois pareja? Nos acabáis de romper el corazón —dijo el primero que había hablado.

—Somos bisexuales, pero esta noche, es solo para chicas —hice un guiño y salimos de allí.

Ambas llevábamos falda y taconazos, así que no dudé en caminar con un contoneo de caderas de esos que, según mi hermano, podría provocar un accidente de coche si lo hacía por la calle.

—Eres tremenda —rio Cintia, cuando salimos del bar.

—Y esos de ahí dentro unos sobraditos. Diez años soltero, dice, y llevaban todos la marca de anillo de casado en el dedo —volteé los ojos.

—¿En serio? No me he dado cuenta.

—Sí, cariño, sí. Mira, quien nos quiera a nosotras, que nos quiera bonito y bien, que seamos la reina de su mundo, la luz de sus mañanas, la estrella de sus noches, y lo que él quiera, pero que no piense que seremos el segundo plato o el postre, nosotras valemos mucho y, o somos el menú completo, o nada de nada. Vamos a coger un taxi, y a seguir con la noche.

Paramos el primero que vimos por allí, le dimos la dirección y en cuanto llegamos, dejamos que la música que salía del local nos envolviera.

Fuimos a la barra y pedimos un par de gin tonics para que nos llevaran al reservado que hubiera libre, nos dijo cuál estaba disponible en ese momento y allí nos acomodamos.

Cada reservado contaba con una mesa en el centro y un par de sofás, cada uno en una pared.

Desde dentro y con las cortinas abiertas, podíamos ver todo el local, y a la multitud bailando en la pista.

—Aquel es mi vecino —dijo Cintia, cogiendo su copa—. Y esa no es su novia.

—¿Ya ha roto con ella?

—No, que yo sepa, si hace dos noches los escuché darlo todo en la cama, que parecían dos leones en celo.

—Pues me da que el rey de la selva ha cambiado de leona por esta noche —reí.

—Es que es un picaflor, lo que no sé es cómo la novia le ha durado tanto. En una semana, habrán roto —volteó los ojos.

—Oye, y mi hermano, ¿está con alguien?

—¿Y yo qué sé?

—Mujer, eres su secretaria, tú sabrás si le compra flores o regalitos a alguien.

—Soy su secretaria, no una espía infiltrada de la familia Galán para ver cuándo el primogénito y rey del vino y los jamones tendrá a la siguiente generación. Dile eso a tu madre, ¿quieres?

—Y a mi padre, que está deseando ser abuelo —suspiré.

Empezó a sonar una canción de Thalía y nos lanzamos las dos a bailar mientras cantábamos a voz en grito, menos mal que no podía escucharnos nadie porque, según mi hermano, cantábamos como dos pobres gatos atropellados.

Tener un hermano mayor para que me dijera esas lindezas.

Y así pasamos la noche, como muchos otros sábados, recibiendo la madrugada entre copas, bailando, cantando y pidiendo un taxi que nos llevara a casa a dormir hasta la tarde del domingo.

—Pues me da que el rey de la selva ha cambiado de leona por esta noche —reí.

—Es que es un picaflor, lo que no sé es cómo la novia le ha durado tanto. En una semana, habrán roto —volteó los ojos.

—Oye, y mi hermano, ¿está con alguien?

—¿Y yo qué sé?

—Mujer, eres su secretaria, tú sabrás si le compra flores o regalitos a alguien.

—Soy su secretaria, no una espía infiltrada de la familia Galán para ver cuándo el primogénito y rey del vino y los jamones tendrá a la siguiente generación. Dile eso a tu madre, ¿quieres?

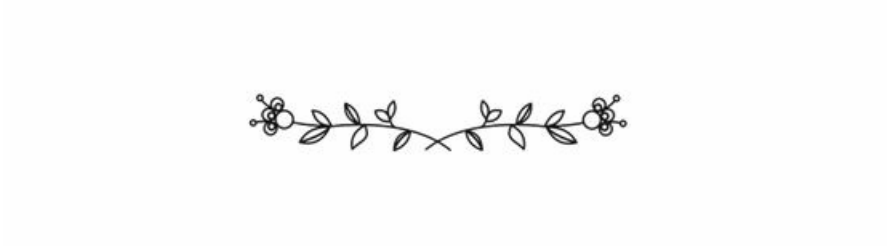
—Y a mi padre, que está deseando ser abuelo —suspiré.

Empezó a sonar una canción de Thalía y nos lanzamos las dos a bailar mientras cantábamos a voz en grito, menos mal que no podía escucharnos nadie porque, según mi hermano, cantábamos como dos pobres gatos atropellados.

Tener un hermano mayor para que me dijera esas lindezas.

Y así pasamos la noche, como muchos otros sábados, recibiendo la madrugada entre copas, bailando, cantando y pidiendo un taxi que nos llevara a casa a dormir hasta la tarde del domingo.

Capítulo 4



Alex

No era un jueves cualquiera, era el día en el que regresaba a mi hogar para por fin instalarme de forma permanente en este, después de haber pasado cinco años destinado en Segovia hasta que conseguí que, en Cádiz, mi tierra, me dieran la plaza como inspector de la Policía Nacional.

Era un verdadero lujo entrar en mi casa a sabiendas que, ahora sí, la tendría como mi hogar, y es que había añorado mucho este momento durante el tiempo que estuve fuera.

Tenía ganas de asentar mi vida y estar al lado de los míos, ya que solo había estado viniendo en Navidades, y las vacaciones de verano me iba por ahí a algún destino turístico, incluso venía a Segovia a verme David, mi mejor amigo desde el colegio, o mi hermano Samuel.

Al abrir la puerta me vino un refrescante olor a jazmín, y es que la mujer de mi padre, Elvira, se había encargado de que viniera una chica a limpiar la casa para que me la encontrase lista para instalarme.

Mi madre murió cuando yo tenía cinco años, momento en que mi padre contrató a una chica para poder cuidarme mientras él ejercía su carrera de Derecho, ahí fue cuando apareció Elvira y, como si la vida se la hubiese puesto en su camino, poco a poco comenzó a surgir un amor entre ellos, motivo por el que unos años más tarde nació mi hermano Samuel, que ahora contaba con la edad de veintisiete años, ocho menos que yo, y que había seguido los pasos de mi padre y hoy ejercía de abogado.

Carlos, mi padre, ya no trabajaba a sus sesenta y dos años, ya que dos años atrás le dio un infarto y le aconsejaron que tenía que llevar una vida más tranquila, así que se retiró. Gracias a Dios, había amasado una fortuna y podía permitirse el lujo de vivir de lo más relajado.

Elvira, siete años menor que él, lo cuidaba muchísimo, había mucho amor entre ellos, además se llevaban fenomenal y parecían dos adolescentes que no dejaban de desvivirse el uno por el otro.

Cuando cogí mi plaza de policía, mi hermano aún estaba estudiando en la facultad y mi padre, compró dos unifamiliares; una para Samuel y otra para mí, pegadas la una a la otra. Siempre nos dijo que su ilusión era

comprarnos una casa a cada uno y hasta que no lo hizo, no se quedó a gusto.

Si digo la verdad para mí fue toda una alegría porque los precios estaban disparados y me veía comprando un pisc que me iba a costar pagar la hipoteca no menos de treinta años, pero con esto, tenía el privilegio de contar con una unifamiliar de dos plantas y un jardín delantero pequeño, pero al que se le podía sacar mucho partido. Estaba encantado con poder, por fin, disfrutarla y vivir en ella.

Me puse a sacar todo de las cajas y colocar la ropa y mis objetos personales, nada más, ya que no traía ni mobiliario ni decoración de Segovia, pues allí estuve alquilado y aquí la unifamiliar ya la tenía completamente amueblada, cosa que fui haciendo poco a poco durante estos años.

Mi habitación contaba con un vestidor y un baño, era la más grande y completa de la casa, las otras tres no tenían baño, ya que los había tanto en el pasillo de la planta baja como en la de arriba donde estaban las habitaciones.
e

Eso sí, el salón y la cocina eran bastante amplios e iluminados, como el resto de la casa.

En menos de una hora ya lo tenía todo listo, mientras me tomaba un par de cafés de la cafetera nueva de capsulas que me había dejado mi padre en la cocina con varios tubos de café. Estaban en todo y me sentía muy afortunado de tenerlos como familia.

Había quedado en reunirme con mi padre, Elvira y mi hermano, en un restaurante a las dos de la tarde para vernos y comer juntos, así que iba con tiempo de sobra, ya que había llegado a las once de la mañana.

Me duché, vestí y me dirigí en mi coche al restaurante donde ya estaban ellos aparcando en ese momento.

Samuel y yo éramos el vivo retrato de nuestro padre, ambos altos y de cabello negro, misma mandíbula y forma de ojos y nariz. Solo nos diferenciábamos de él por el color de nuestros ojos.

ı
Mientras que los suyos eran verdes, Samuel había heredado el azul vivo y profundo de Elvira, y yo tenía los mismos ojos color miel de mi madre, esos por los que tantas veces mi padre dijo que le recordaba a ella al mirarme.

Los abracé uno por uno y en sus caras se reflejaba la felicidad de saber que esta vez, venía para quedarme.

—Estás demasiado guapo —me dijo Elvira, acariciando mi cara después del abrazo.

—Y tú estás que pareces una treintañera, qué suerte tiene don Carlos —me referí a mi padre, que sonreía al escucharme.

—Hermano, creo que papá tendrá que elegir nuestras mujeres, tiene demasiado buen ojo.

—Ya te digo, Samuel, tendremos que dejar ese asunto en sus manos —lo abracé con una amplia sonrisa pues adoraba a mi hermano pequeño, el único que tenía, pero que era demasiado importante para mí.

Pasamos a la mesa que habían reservado y pedimos una botella de vino con la que brindamos por mi regreso a la ciudad y mi nuevo cargo de inspector. La verdad es que en los ojos de mi familia se podía ver la felicidad y orgullo por este hecho.

Mi hermano se había quedado con las oficinas de mi padre, y la verdad es que, aunque este ya no ejercía, lo ayudaba en todo lo que podía para que arrancase utilizando el apellido y la cartera de clientes, que no dudaron en regresar para que mi hermano cogiera sus casos. A pesar de su juventud, sabían que iba bien asesorado en muchos aspectos y había adquirido un aprendizaje el tiempo que estuvo ayudándolo mientras cursaba la carrera.

—¿Has hablado con David? —me preguntó mi hermano, mientras comíamos.

—Sí, ayer antes de venir, hemos quedado el sábado en salir, ya que mañana tiene planes.

—¿Y el lunes te incorporas?

—Sí, pero mañana me acercaré por las dependencias para presentarme ante mi equipo.

—Ahí, ahí, que sepan de antemano quién es el jefe —dijo provocándome una risita.

—Y a ti, ¿qué tal te va?

—A mí, bien, pero tengo ahí unos casos un tanto complicados, a ver cómo se van resolviendo, me esperan varios juicios gordos.

—Eres un crack, tan joven y ejerciendo a lo grande.

—Todo se lo debo a papá —lo miró y a este, se le caía la baba, al igual que a su madre, que se le notaba lo orgullosa que estaba de él y también de mí, sobra decir que siempre nos trató con absoluta igualdad y me vio como si de su propio hijo me tratara.

—Hijos, tanto él, como yo, estamos muy felices con vuestro presente, ese que os habéis labrado con mucho esfuerzo.

—Gracias —le agarré la mano a Elvira y me la llevé a los labios para besarla. Amaba mucho a esa mujer que se había convertido en una de las personas más importantes de mi vida, junto a mi padre y hermano.

Después de la comida pedimos unos postres con café y pasamos un rato de sobremesa de lo más divertido recordando muchos momentos familiares que habíamos vivido. La verdad es que, pese a la pérdida tan temprana

de mi madre, todos ellos, habían conseguido que tuviera una infancia y adolescencia de lo más arropada y feliz. Estaba seguro que mi madre, desde donde estuviera, tenía la tranquilidad de ver que no me había faltado de nada, sobre todo, amor.

Mis abuelos y mi padre, siempre me contaron que mi madre, Brenda, siempre fue una joven muy noble y con el corazón muy grande, que me amaba a mí y a mi padre con todo su corazón y que no se merecía haber partido tan joven, pero la vida obviamente se encaprichó en llevársela y eso nos destrozó por completo, es más, mi padre nunca dejó de mencionarla y siempre la recordaba con palabras de mucho amor y cariño, hasta Elvira, que nunca la conoció, siempre la tenía en la boca y hacía porque nunca nos olvidásemos de ella.

—Bueno, nosotros nos marchamos —dijo mi padre, después de tomarse el café.

—¿Tan pronto? Si apenas son las cuatro —miré el reloj.

—Es lo que tiene ser un hombre infartado, hijo, que la enfermera me mira una vez y sé lo que hay que hacer —y con la enfermera, se refería a Elvira, quien suspiró.

—Carlos, sabes que el médico te dijo que tenías que tomar las pastillas a tus horas, y te la has dejado en casa.

—Papá —protesté cerrando los ojos.

—Al final voy a tener hasta pérdidas de memoria, menuda vejez la mía —resopló.

—No seas bobo —rio Samuel—, tu memoria está y estará perfecta siempre. Pero no olvides las pastillas, que como te dé un chungo estando con nosotros, nos da un patatús a los tres.

—Al final tengo que decirlo todo —le vi llevarse la mano al bolsillo y sacar su pequeño pastillero—. Me la he traído, pero quería dejar a mis hijos charlando a solas, seguro que tendrán cosas que contarse y que no querrán que sepamos sus padres.

Mi hermano y yo reímos con ganas, y es que el viejo era listo, suspicaz, y sabía bien cuándo unas miradas nuestras significaban que queríamos una charla a solas, de hombre a hombre.

—¿Y no me podías haber dicho que la habías traído? —replicó Elvira, con la ceja arqueada y los brazos en jarra, un gesto que, por muchos años que pasaran, nunca abandonaría.

—Es que así era más creíble, amor.

—Os dejamos hablar solos entonces. ¿Vendréis a comer algún día? —preguntó Elvira, dándonos un beso a cada uno.

—Sí, ya vamos viendo cuándo.

Ella asintió y en cuanto los vimos salir por la puerta, llamé al camarero para pedir un par de copas.

—Ahora que estamos solos, ¿qué tal por Segovia estos últimos meses? —preguntó.

—Si te refieres al trabajo, bien, todo bien. Si es en relación a las mujeres, poco que contar —reí—. Ya sabes, alguna aquí y allá.

—¿Ninguna como aquella obsesionada con el poli que la libró de un atraco?

—Por Dios, no me lo recuerdes —resoplé—. Se pasó un mes enviándome cajas de Donuts, por no hablar de esas notas en las que me invitaba a cenar en su casa y se ofrecía como postre. ¿Y tú? ¿Alguna chica destacable?

—No, me limito a observarla —se encogió de hombros.

—¿Disculpa? —Arqueé la ceja.

—A ver, hay una chica que me ha llamado la atención, pero no he hecho movimientos. Es como… No sé, pero po lo que dicen de ella, no quiere nada con el sexo opuesto.

—¿Desde cuándo no es un reto para ti, hermanito? —le di un apretón en el hombro— ¿Es una empleada del bufete, una de las secretarias o asistentes?

—No, no, ya sabes que en eso soy muy estricto, no mezclo el trabajo con el placer.

—Igual que yo, perfecto. Cuando estés preparado, puedes hablarme de ella. No sé, llámame loco, pero… esta chica parece que te gusta de verdad, ¿eh?

Se encogió de hombros y sonrió de medio lado, esa fue suficiente respuesta para mí.

Seguimos charlando sobre el trabajo y esos casos que le traían de cabeza, al igual que nuestro padre, Samuel era meticuloso y concienzudo, no quería fallos y siempre buscaba la verdad y el modo de hacer justicia.

No solo nuestro padre y Elvira estaban orgullosos de él, yo también lo estaba, y mucho.

Regresé a la casa a eso de las seis de la tarde cuando nos despedimos, mi hermano me siguió en el coche, ya que como dije era mi vecino y eso era algo que me gustaba, tenerlo bien cerca para cualquier cosa que pudiéramos necesitar tanto él, como yo.

Ni una hora después me llegó la compra que hice por Internet a un supermercado el día anterior, lo puse para la

entrega de las siete de la tarde para asegurarme estar en casa.

Coloqué todas aquellas bolsas que me habían traído, y es que tuve que hacer una buena compra, pues no tenía de nada, ni de comida, ni de productos de limpieza, ni para la higiene personal, con la que me vine al mínimo, ya que estaba apurándolo todo en Segovia todo para mi inminente traslado.

Solo llevaba unas horas en Cádiz, y podía decir con toda certeza eso de que, por fin, estaba en mi casa.

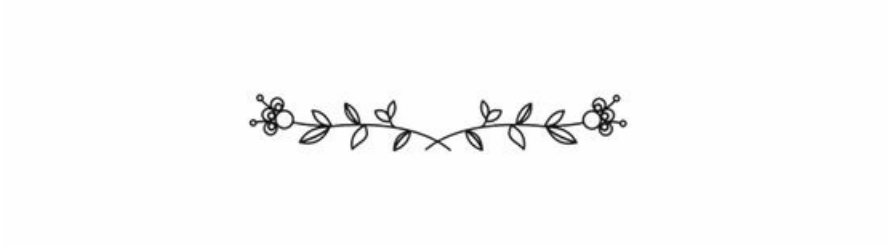
r

entrega de las siete de la tarde para asegurarme estar en casa.

Coloqué todas aquellas bolsas que me habían traído, y es que tuve que hacer una buena compra, pues no tenía de nada, ni de comida, ni de productos de limpieza, ni para la higiene personal, con la que me vine al mínimo, ya que estaba apurándolo todo en Segovia todo para mi inminente traslado.

Solo llevaba unas horas en Cádiz, y podía decir con toda certeza eso de que, por fin, estaba en mi casa.

Capítulo 5



Alex

No había puesto el despertador, pero a las siete de la mañana tenía los ojos como un búho y ya estaba encendiendo la máquina para preparar mi primer café del día, ese que era muy importante para volver a ser persona y arrancar con fuerzas.

Sonreí mirando a mi alrededor mientras observaba la cocina que por fin disfrutaba, era bonita y muy iluminada, lo que más me gustaba era que desde el ventanal, podía contemplar el mar. Era todo un privilegiado.

Me fue extraño escuchar el timbre exterior a esta hora, pero resultó ser mi hermano, que había visto la luz encendida y aprovechó para llamar.

—Buenos días. ¿Hay café para mí? —preguntó mientras cruzaba el pequeño trozo que separaba la puerta exterior de la casa.

—Buenos días, claro —sonreí dándole un abrazo—. ¿Qué haces tan temprano en la calle?

—Me iba para el trabajo, pero vi la luz de tu casa encendida y se me ocurrió la genial idea de tomar el café aquí en vez de en la calle, así me ahorro unos euros —bromeó.

—Pues claro. Por cierto, pareces alguien importante así vestido —carraspeé echando un vistazo a ese pantalón y camisa remangada que se veían de calidad y un poco desenfadada. Me gustaba el estilazo que siempre llevaba.

—Lo soy, un abogado que a su corta edad ya lleva casos importantes —hizo un gesto de dárselas de importante, sacándome así una sonrisa.

—No te preocupes que ya me encargaré yo de que tengas muchos más, no dejaré respirar a todos los delincuentes de esta ciudad —lo dije con expresión de seriedad, pero bromeando, aunque bueno, relativamente de broma tenía bien poco porque era a lo que me dedicaba, a perseguir a todo el que cometiera un delito, pero quise poner dramatismo a mis palabras.

—Así me gusta, que hagas limpieza y que repercuta en mi despacho. Por cierto, había pensado que podríamos salir esta noche a cenar y tomar algo. ¿Qué te parece?

—Que empiezo bien el primer fin de semana en Cádiz, esta noche contigo y mañana con David.

—Pues a disfrutar, que la vida son dos días y no sabemos nunca cuál es el penúltimo.

—Que se lo digan a mi pobre madre.

—Efectivamente —me tocó con cariño el hombro.

Nos tomamos juntos un par de cafés y se marchó, ya que tenía una cita con un cliente a las nueve y más tarde una vista en el juzgado, así que le esperaba una mañana de viernes de lo más ajetreada, pero él iba feliz, le pasaba como a mí, amaba su trabajo y eso lo hacía sentirse completo.

Tomé una ducha, tranquilo, dejando que el agua cayera sobre mi cuerpo y pensando en mi nueva incorporación, esperaba encontrarme con personas competentes y un buen equipo, de todas maneras, si no era así, ya me encargaría de cambiar las cosas. Si algo tenía es que era muy meticuloso para el trabajo y no permitía que nadie se saliera de los límites que iba fijando.

Después de vestirme me preparé otro café, que me tomé mientras me fumaba el primer cigarrillo de la mañana, aunque llevaba tiempo pensando en que lo quería dejar, me estaba costando un mundo, pero bueno, al menos iba rebajando el número de ellos al día.

Salí de casa en el coche y me dirigí a las dependencias, que no me pillaban muy lejos, allí mismo aparqué y entré presentándome a los policías que estaban en el recibidor y que no dudó uno de ellos en acompañarme a mi despacho en el que también estaba mi equipo.

—Hola, aquí os dejo con Alex, el nuevo inspector —dijo antes de hacerme un guiño y marcharse. Los tres se levantaron sonrientes.

El primero en acercarse fue Alonso, un joven de treinta y tres años, sevillano, se le veía de lo más simpático y atento, luego Amanda, a sus veintinueve años ya estaba más que integrada en el cuerpo y por lo que me dijeron los otros dos compañeros, a la gaditana no se le pasaba ni una.

Y, por último, Pepe, de cuarenta años, de Córdoba y con un buen historial a sus espaldas.

Se les notaba muy contentos con mi incorporación, además, no tardaron en echarme un café y ponerme un poco al tanto de los casos más importantes que estaban investigando. La coordinación parecía brillar y eso me daba una cierta tranquilidad, se notaba que hacían un buen equipo y que además se llevaban a las mil maravillas, como decían: eran una pequeña gran familia.

Entre Alonso y Amanda, noté una cierta complicidad que iba más allá de las cuestiones laborales, yo para eso tenía mucho ojo y algo me decía que entre ellos había algo, esa intuición no me fallaba y el tiempo me daría o no la razón, pero casi juraría que sí, que había una historia detrás de aquellos casos que llevaban en el trabajo.

Me gustaba lo que estaba encontrando en ese equipo y el modo en el que se llevaban, cosa que siempre valoré para el buen hacer del día a día y que todos trabajaran de la manera más cómoda.

El caso es que, en Cádiz, por desgracia, el tema del tráfico de drogas estaba muy a la orden del día, por la cercanía con Marruecos desde donde traían los cargamentos por la zona del estrecho, así que había varios expedientes de esos que estaban calientes, como yo decía, y que iban tras los pasos de conseguir todas las pruebas para incriminar a los cabecillas y acorralarlos para llevarlos ante la justicia, además de otros casos de muchos ámbitos diferentes.

Estuve con ellos prácticamente toda la mañana, me senté en mi mesa e iba mirando lo más importante y ellos me iban poniendo al día de todo, me gustaba con la claridad que veían cada uno de los casos y lo bien atadas que iban dejando todas las pruebas. Era un buen trabajo en equipo el que estaba viendo ante cada uno de los expedientes activos.

Cuando llegó la hora de salir, fuimos a tomar una cerveza que agradecí por la de risas que eché con esos tres pardillos como los llamaba interiormente.

Y fue cuando me di cuenta de que sí, entre Alonso y Amanda había algo mucho más fuerte que el vínculo laboral, es más, me confesaron que vivían juntos desde hacía tres meses.

Pepe era muy divertido también, pero a la vez daba la impresión al mundo de un hombre distante, observador, me gustaba, era el perfil policial perfecto para dar una imagen perfecta a su puesto, no quiere decir que Amanda y Alonso no lo dieran, pero ellos dos salían de las dependencias y se les veía más risueños y relajados.

Tras un par de cervezas, me despedí de los tres quedando en vernos el lunes. Me fui con la sensación de haberles caído bien y de que se alegraban que fuera yo el que asumía ese cargo.

Llegué a la casa y me puse a cocinar una pasta a la boloñesa, no tenía muchas ganas de pringarme mucho, además mi madre, como así llamaba a Elvira desde hacía años, me ofreció el ir a comer con ellos, pero preferí venirme a la mía y descansar un poco, ya que por la noche saldría con mi hermano y, conociéndolo, no sabía la hora que nos daría en la calle.

A las ocho en punto estaba Samuel llamando a la puerta y dirigiéndose a la despensa para descorchar una botella de vino.

—Por tu regreso, hermano.

—Gracias, Samuel —choqué mi copa.

—¿Y qué tal el día en las dependencias?

—Grata sorpresa con el equipo, ya que me gustaron muchísimo los tres que tengo a mi cargo.

—Bueno, tendrás más.

—Sí, pero ellos son mi equipo —me reí pues a Samuel, le gustaba poner todos los puntos sobre las íes.

—Bueno, y volviendo a cambiar de tema… ¿Salimos a cenar o pedimos unas pizzas y luego nos vamos de copas?

—Buena idea lo de las pizzas —levanté mi teléfono para pedir un par de ellas; una de barbacoa, que le gustaba a él y otra de cuatro quesos, que era mi preferida.

No tardaron en traérnosla para suerte nuestra y nos sentamos en el porche del jardín a comerlas mientras disfrutábamos de las copas de vino y de una buena charla, de esas que me gustaba tener con mi hermano.

Samuel, a pesar de ser mucho más joven que yo, era un chico de lo más culto, responsable y con una mentalidad muy abierta, era un gustazo compartir con él muchos momentos, esos que tanto eché de menos en mi estancia en Segovia, eso sí, no había un día que no hubiésemos hablado por teléfono o intercambiado algún mensaje.

Salimos a un pub que era de un amigo nuestro, Sergio, un chico que jugó mucho al futbol con nosotros en ese equipo que formábamos varios jóvenes y que jugábamos algún que otro partido una vez por semana durante dos años, ya que luego me marché y mi hermano estaba en su recta final de estudios, pero le guardábamos un cariño especial, ya que siempre fue muy simpático y cercano con nosotros. Era un amigo…

Le dio mucha alegría verme y saber que esta vez me quedaba, inclusive nos propuso quedar algún día para volver a echar un partido con los demás, a los que tenía localizados e incluso lo hacían de vez en cuando.

Nos invitó a la primera ronda de copas y se la tomó con nosotros mientras sus camareros atendían a los clientes.

Sergio acababa de ser padre solo dos meses atrás de una preciosa bebé llamada Maya. Le hacía unas fotos de lo más bonitas y solo por ahí ya daban ganas de cogerla y abrazarla bien fuerte. Se le notaba que estaba en ese momento en el que la baba no dejaba de caerle, y es que tenía un precioso motivo para hacerlo.

Samuel bromeaba con que le picaba el cuerpo, eso de ser padre decía que no estaba hecho para él, lo primero: porque no había una mujer en el mundo que lo aguantase y lo segundo: que él no se veía cambiando pañales y dando biberones, pero obviamente lo decía porque no le había llegado la persona adecuada que le moviera todos esos instintos que ahora no tenía.

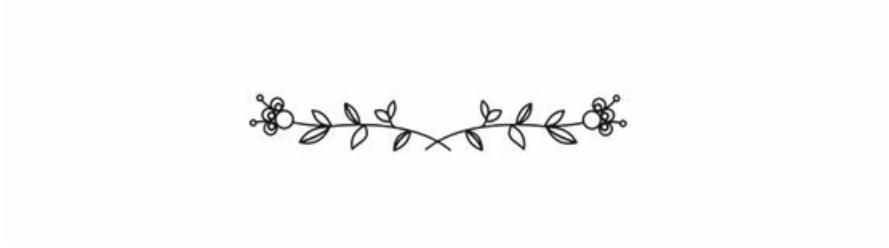
Me sentía un poco cansado del viaje y el cambio, también lo estaba Samuel de la semana, así que después de tres copas nos despedimos de Sergio y regresamos a casa, al menos habíamos disfrutado de estar juntos unas horas.

Mi hermano entró a la suya cantando un estribillo de una chirigota de Cádiz que era muy famosa. Me tuve que echar a reír al verlo de esa guisa.

Me sentía un poco cansado del viaje y el cambio, también lo estaba Samuel de la semana, así que después de tres copas nos despedimos de Sergio y regresamos a casa, al menos habíamos disfrutado de estar juntos unas horas.

Mi hermano entró a la suya cantando un estribillo de una chirigota de Cádiz que era muy famosa. Me tuve que echar a reír al verlo de esa guisa.

Capítulo 6



Alex

Cuando miré la hora en el móvil marcaba las nueve de la mañana, momento que me fui flechado a la cafetera para preparar mi primer café del día, ese que me devolvería a la vida.

Mientras me lo preparaba revisé el móvil y tenía un mensaje de Elvira diciendo que le diera los buenos días cuando me levantara. Se los di y me dejó en visto, imaginé que estaba haciendo cosas y que ahora me hablaría, pero descubrí que no era de eso de lo que se trataba.

Llamaron a la puerta veinte minutos después, era un repartidor con un papelón de churros, obviamente por eso quería saber Elvira que estaba despierto y motivo por el que me dijo el chico que ya estaban pagados.

Me tiré una foto comiéndome uno y se la envié.

Elvira: *Mi vida, disfrútalo, sé cuánto te gustan.*

Alex: *Gracias, mamá. Estos detalles son los que marcan la diferencia, eres la mejor. Te quiero.*

Elvira: *Y yo más, hijo mío. Pasa un bonito sábado.*

Era muy grande, esta mujer era una bendición que la vida nos mandó para poder restructurar nuestras vidas, no sustituir, porque una madre no se sustituía por nada ni nadie, pero bueno, que Elvira se convirtió en mi segunda madre, esa que fue un regalo del Universo tanto para mi padre, como para mí, además que nos regaló la suerte de que trajo a Samuel al mundo para completarnos a todos y formar lo que hoy éramos, una familia que se amaba y apoyaba en todo.

Los churros me trajeron muchos recuerdos, como esos domingos de invierno que mi padre iba a comprarlos al puesto y los traía con vasos de chocolate con los que se nos hacía la boca agua. Ahora era verano, pero también apetecía y más después de tanto tiempo sin probarlos, no había venido desde Navidad y habían pasado varios meses.

Tras llenarme el estómago e inyectarme varios cafés en vena, como se solía decir, me fui a la plaza, ya que era otra cosa que me apetecía mucho.

Comprar el pescado fresco y elegirlo tú mismo era todo un privilegio, lo malo iba a ser aparcar en aquel lugar, pero bueno, siempre se encontraba algo en zona azul o en un parking que había cerca.

El olor a mar que se respiraba al entrar era ya algo increíble, así que me paseé por cada puesto para decidirme en cuales comprar algunas cosas pues de cada uno siempre había algo que llamaba más la atención.

Terminé llevándome un surtido de pescado: chocos, rosadas, lenguados, huevas, dorada y puntillitas. Salí de allí como un niño pequeño feliz por esa compra que había hecho.

Aproveché para tomar un café en una terraza de fuera de la Plaza Mina, me apetecía empaparme de todo aquello que tantas veces había echado de menos, y es que mi ciudad tenía algo que atrapaba, la miraras por el rincón que la miraras; unas playas preciosas, un casco histórico de lo más bonito para pasear y unos bares donde te ponían unas tapas que eran para deleitarse con todo lo que ofrecían.

Llegué a casa y lo dividí todo en dos, una parte era la que iba a freír hoy y otra para congelarla para cualquier otro día, de todas maneras, habían salido dos partes bastante abundantes, ya que no había escatimado en comprar.

Esa mitad que dejé fuera era demasiado pescado, pero no me equivoqué en no achantarme y ponerme a freírlo todo, era como una intuición que se hizo realidad cuando apareció Samuel pidiendo un vino y poniéndose a hacer movimientos con los ojos al ver lo que estaba friendo.

—¿Habías pensado en mí? —preguntó moviendo su copa de vino y mirando la bandeja donde ya estaba colocada la primera tanda.

—Pues claro, algo me decía que aparecerías, ya sabes, te conozco demasiado y vivir a mi lado es ponerte las cosas a huevo.

—Tú lo has dicho, aunque debes saber que no serán muchos los días que tendrás que cocinar, mamá suele aparecer una vez en semana con varios envases llenos de diferentes comidas.

—Lo sé, además cada vez que he venido por unos días me ha puesto el coche hasta la bola de comida que me dure un buen tiempo en el frigo y congelador. Anda que no lo agradecía yo nada.

—Por eso acertamos en comprar un frigorífico americano que tuviera un buen congelador.

—No tienes más morro porque no te entrenas —me reí con ganas.

—Reconoce que la “mama” cocina de vicio.

—Sí, es muy buena, aunque papá tampoco se queda atrás.

—Pero papá es más de paellas y pescado.

—Eso es verdad. Por cierto, lo vi bastante mejorado.

—Sí, además, se cuida mucho, parece que le dio importancia a lo que le pasó.

—Más le vale.

—Ya llegó el hijo que pone orden —dijo cogiendo un choco de la bandeja.

—Anda que no me habéis echado en falta —reí mientras iba sacando la otra tanda que tenía una pinta brutal, eso, o es que yo estaba muerto de hambre a pesar de haber desayunado fuerte.

Terminé de freír el pescado y nos fuimos a la mesita del porche, este no es que fuera muy grande, pero teníamos e privilegio de vivir frente al mar, solo nos separaba una fina carretera del paseo marítimo.

Allí no es que hubiera unifamiliares, pero vendieron dos casas para reformar y mis padres las adquirieron y las mandaron a reformar, así que quedaron iguales, pegadas la una a la otra y dando esa apariencia. La verdad es que era una zona muy difícil donde adquirir viviendas por los altos precios, pero mi padre tuvo mucha suerte, además, ambas eran de una misma familia muy cercanos a él.

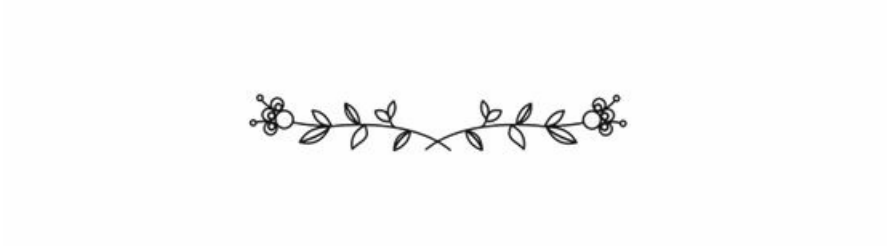
Mi hermano se quedó un buen rato tras la comida, hasta que ya se fue cayendo de sueño y se marchó para dormir una siesta, momento que aproveché para hacer lo mismo.

Estaba extraño y tenía la sensación de no llegar a adaptarme por completo, realmente lo que estaba era desubicado de venir acostumbrado a vivir en otra casa, pero bueno, esta me tenía de lo más feliz y sería cuestión de días que me sintiera totalmente adaptado.

Por la tarde, después de echar un par de horas durmiendo, me tomé un café y me senté un rato en el sofá para ver las noticias internacionales, era algo que no me perdía nunca, me gustaba mantenerme informado sobre todo lo de esos conflictos que se estaban desatando en el mundo y que tanta impotencia y dolor nos creaba a una gran parte de la humanidad.

Faltaba más empatía y amor en el mundo, eso siempre lo tuve claro, como policía me encontraba ante casos de personas repudiables que encima se llevaban por delante a otras inocentes, no sin antes haberles causado mucho dolor. Eso me carcomía por dentro, e incluso ante las redadas y operativos en los que yo estuve, siempre miré por si había niños o personas mayores para intentar mantenerlos al margen, no sé, era cuestión de sensibilidad y de ponerse en el lugar de otros que se encontraban en situaciones más vulnerables.

Capítulo 7



Alex

Había quedado con David en una de las plazas del centro urbano donde tapearíamos algo para cenar y tomar unas cervezas. La noche no podía ser más perfecta y se nos antojaba un poco disfrutarla al aire libre.

Me había vestido con una camisa de lino fina en color blanca y remangada hasta los codos, pantalón vaquero desgastado y corto hasta la rodilla y unas deportivas blancas. Iba de lo más casual y cómodo para una noche en la que sabía, que me lo iba a pasar bomba con mi amigo.

Nos fundimos en un abrazo lleno de sonrisas y emoción que se podían reflejar en nuestros rostros. La verdad es que sin duda alguna era esa clase de amigo de toda la vida, de esos que se convierten en parte de tu familia y sabes que siempre estará ahí.

A David la vida le sonreía, sobre todo, porque tenía la suerte de llevar la gestión de la empresa de jamones y vinos que su padre fundó y que eran de lo más exitosos y reconocidos.

—Chaval, cuántas ganas tenía tenerte de vuelta, amigo —me decía sin dejar de darme palmadas en la espalda.

—Pues ya me tienes aquí para poner orden, como dice Samuel.

—Bueno, eso será en tu trabajo, en el resto no sé si estás capacitado para ponerlo —bromeó.

—Ni yo, me falta madurez —le contesté de la misma forma.

—Algún día la tendremos, pero sin prisas.

—Eso, nada de estrés —sonreí negando mientras cogía la cerveza que nos acababan de traer y que había pedido David mientras me esperaba.

La plaza y las calles en general estaban de lo más animadas, el verano era lo que tenía, incluida otras estaciones, ya que en Cádiz teníamos un clima de lo más llevadero, pocos días eran los que se asomaba el frío de verdad en

invierno. Es más, recuerdo muchos meses de diciembre en los que algunos días eran tan soleados que terminabas tomando algo en una terraza con una camiseta de manga corta.

Con David había salido muchísimo y habíamos acabado hasta las tantas de la mañana cerrando los locales y desayunando en las cafeterías que abrían bien temprano.

Estar con él aquí sin saber que tenía que irme en pocos días como en otras ocasiones, se me hacía raro, rarísimo, pero muy emocionante, además que estaba más tranquilo al haber conocido a mi equipo y saber a lo que me enfrentaba el lunes.

—Mira quién viene por ahí —señaló sonriendo a una chica a la que tardé en reconocer.

—Hostias, ¿Corina?

—Esa misma.

Nos había visto y venía flechada para nosotros, sonriente y tan guapa como siempre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó abrazándome a mí primero y denotando alegría de verme.

s—Te advierto que soy el nuevo inspector —carraspeé.

—Todo un partidazo, siempre lo dije, pero vamos, que preferiste irte con Luna en vez de conmigo —arqueaba la s ceja y ponía cara de esperar una justificación, obviamente bromeando.

—La noche me confundió, desde entonces, vivo en el arrepentimiento —bromeé.

—Eres un descarado —se echó a reír mientras abrazaba a David.

—¿Qué haces por aquí sola? —le preguntó este.

—Pues salí a comer con Virginia y pasamos la tarde juntas, pero como mañana sale de viaje temprano, me mandó de vuelta.

—Puedes quédate con nosotros si te apetece —le ofrecí.

—Eso ya lo había dado por hecho —le hizo un gesto al camarero y señaló la cerveza en señal de que quería una.

Estaba preciosa, además morenísima de la playa y con un vestido de tirantes y corto que le hacía una silueta espectacular a pesar de ser un poco suelto.

—Así que el nuevo inspector de la ciudad —carraspeó y me dio un golpecito en la cadera con la suya.

—Siempre nos podrá echar un cable si nos metemos en un lio —le dijo David a Corina.

—Yo en el lío más grande que me puedo meter es emborracharme y no encontrar mi casa, fuera de ahí, tengo una vida muy normalita.

—Ni te preocupes por eso, ya te llevamos David y yo —murmuré con media sonrisa y esperando su contestación.

—No he dicho que sea esta noche cuando me vaya a emborrachar de esa manera. No sería yo quien me fiara de vosotros dos, por mucho poli y empresario que seáis.

—Corina, pensé que tenías mejor concepto de nosotros.

—David, por Dios, pero si siempre fuisteis el terror de las gaditanas.

—¿Yo? —pregunté sorprendido por esa primera noticia que tenía de ese apodo.

—Tú, tú y este.

—A mí no me señales con ese dedo y dime quiénes nos llamaban así —carraspeó David, arqueando la ceja—. Mi amigo y yo queremos nombres.

—Mira este cómo te imita —me dijo Corina, negando y sin dejar de reír.

—Nombres, apellidos, teléfonos y lo más importante, sus redes para que inspeccionemos a las individuas —dije bromeando.

—Pues ibais a tener que hacerlo con media ciudad, anda que no la habéis liado vosotros años atrás.

—¿Nosotros? Pero si somos de lo mejorcito de Cádiz.

—David, que nos conocemos —carraspeó y este, se puso a disimular.

—Yo opino que el pasado se quedó atrás, pero no es tanto como se pudo contar en su momento —le hice un guiñ antes de dar un trago a la cerveza y hacerme el despistado como David.

—Y que encima estés bueno —contestó ella, causando que casi me atragantara con el buche de cerveza—. Normal que el cuerpo de policía cause tanto furor entre las mujeres —me miraba descaradamente de arriba hacia abajo.

—No me mires así que puedes provocar un huracán en mí.

—Ey, vosotros dos, que aquí estoy yo, que solo llevo una cerveza y me veo abandonado de la mano de Dios, que corra el aire por lo menos hasta las cuatro de la mañana.

—No sé, me lo están poniendo muy difícil —dije mirando de forma descarada a Corina.

—Tranquilo David, hasta entonces, lo tendré con la baba fuera como a los perros.

—Eres un poquito cruel —le contestó mi amigo.

—Tranquilo —dije estirando las manos un poco y ligeramente antes de coger la cerveza— soy paciente, luego no respondo de mis actos.

—Uhhh, temblando estoy, te espero a las cuatro, cinco o seis, no hay problema por eso —me hizo un guiño.

—¡Buscadme una! —exclamó David, causándonos una carcajada.

—Vamos, como si lo tuvieras difícil —le dijo Corina, mientras negaba y volteaba los ojos.

Corina, como dije, era un bombón de mujer y además de lo más simpática, pero eso sí, era de armas a tomar, ya que no se callaba una y a descarada no le ganaba nadie.

Nos reímos con ella lo más grande, contaba de una manera las cosas de lo más dramatizadas, y es que las vivía, consiguiendo que lo hiciéramos nosotros también y de ahí los llantos de risa que nos entró con las anécdotas que le pasaban con la vecina.

Estuvimos en la misma terraza hasta las tres de la mañana, el tiempo se pasó volando y David se marchó en un taxi dejándonos a Corina y a mí a solas, sabía que, entre nosotros, esa noche se había acumulado una gran tensión que nos tenía ardiendo en llamas.

Le propuse venirse a mi casa y no lo dudó por ningún momento, es más, llamó ella al taxi para que viniera a buscarnos.

Fue cruzar la puerta del interior y nos abalanzamos el uno hacia el otro, sellando así ese momento tan esperado. N qué decir que la ropa se fue quedando por las escaleras mientras nos dirigíamos a mi habitación donde nos tiramos en la cama rápidamente. Había mucha sed del uno hacia el otro, y una tensión que buscaba descargarse de alguna manera.

No me dio tiempo a intentar acercar mis labios a su cuerpo cuando ya había cogido mi miembro y lo lamía como si se le fuera la vida en ello.

La intenté frenar para no llegar tan rápido al orgasmo, pero no hubo manera, se aseguró que llegase rápido y culminar el momento.

Fui a lavarme y regresé dispuesto a devolverle la jugada, esa que ella ya esperaba con sus piernas abiertas y dobladas mientras me mirada de la manera más seductora.

La hice disfrutar todo lo que pude y más, por sus jadeos se podía percibir que estaba gozando del momento, como unos instantes antes lo había hecho yo.

Después de llevarla al clímax la penetré y de manera sincronizada nos comenzamos a mover, ella no paraba quieta, buscaba mis estocadas para encontrarnos en el mismo punto. No fue solo una vez la que lo hicimos, fueron dos antes de quedar rendidos sobre esa cama.

i

s

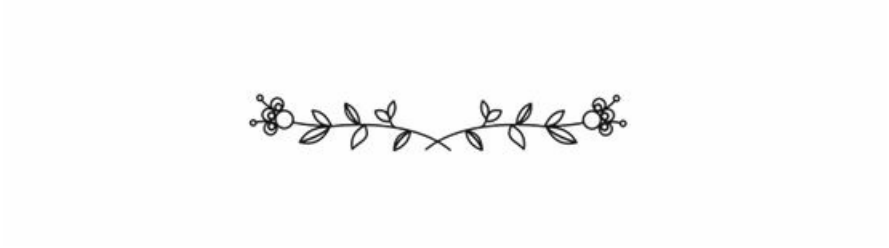
La intenté frenar para no llegar tan rápido al orgasmo, pero no hubo manera, se aseguró que llegase rápido y culminar el momento.

Fui a lavarme y regresé dispuesto a devolverle la jugada, esa que ella ya esperaba con sus piernas abiertas y dobladas mientras me mirada de la manera más seductora.

La hice disfrutar todo lo que pude y más, por sus jadeos se podía percibir que estaba gozando del momento, como unos instantes antes lo había hecho yo.

Después de llevarla al clímax la penetré y de manera sincronizada nos comenzamos a mover, ella no paraba quieta, buscaba mis estocadas para encontrarnos en el mismo punto. No fue solo una vez la que lo hicimos, fueron dos antes de quedar rendidos sobre esa cama.

Capítulo 8



Alex

Me desperté con un ligero dolor de cabeza y una pierna de Corina por lo alto. Intenté salir de la cama sin hacer ruido y despertarla. Lo conseguí al menos por el momento.

Me duché en el baño del pasillo para no despertarla y cuando salí, me la encontré llamándome.

—Buenos días, guapa —sonreí al ver su cara.

—Buenos días, poli malo, me duele el coco tela.

—¿Un café con un Paracetamol?

—Para hacer el amor estoy yo ahora —bromeó negando con su mano en la cara.

—Te espero en la cocina, date una ducha si quieres —le agarré la nalga y le di un beso en la cabeza.

—Qué despertar más sensual —bromeó dirigiéndose al cuarto y sacándome una sonrisilla.

No, no había sido de lo más sensual, pero los dos necesitábamos un buen café y una pastilla para lidiar con la resaca.

Escuché cómo se duchaba en la planta de arriba y no tardó en bajar, traía mejor cara y una sonrisa en su cara.

Nos tomamos un café en plan relajados y llamó un taxi, ya que hoy había quedado en ir con su madre a comer a casa de su abuela, así que estuvo muy poco tiempo. Quedamos en estar en contacto, no por eso debía significar que la cosa fuera a ir más allá de una noche juntos.

Como dije, me encantaba Corina, pero no era la mujer a la que yo querría tener en mi vida, más que nada porque rompería toda mi paz. Había estado bien, los dos habíamos creado una tensión esa noche y la desfogamos, pero no

había nada más.

Mi padre me mandó un mensaje diciendo que iba a hacer una paella y que, si me apetecía, allí tendría mi sitio esperando. Lo vi una buena idea para pasar, no solo un rato con ellos, sino para disfrutar un poco del domingo antes de la incorporación a mi puesto.

Antes de ir para su casa bajé a la playa a darme un baño en el mar, tenía muchas ganas de hacerlo y aproveché que aún era temprano y no estaba la playa colapsada de gaditanos e infinidad de turistas.

El mar era una pasada ese día y estaba casi como un plato cuando lo normal es que estuviera de olas como siempre, pero no, aquello estaba como un verdadero paraíso y encima con la ciudad a los pies como yo decía.

Y es que dentro del agua mirando hacia afuera se veían todos los edificios y casas, entre ellas la mía y la de mi hermano, de ahí que me sintiera tan privilegiado por la situación estratégica en la que vivía, y es que lo tenía todo a pie de calle, absolutamente todo.

Luego regresé a ducharme para irme hacia la casa de mis padres, que ya me estaban esperando mientras terminaban de cocinar la paella.

Lo más gracioso o agobiante es que de camino hacia su casa me di cuenta de que me había olvidado el móvil y tuve que regresar a cogerlo, era increíble que no podía vivir sin ese aparato a mi lado, ya que no sé si era por mi vocación o por mi obsesión a estar comunicado, que no podía ir a ningún sitio sin llevarlo encima.

Mis padres me recibieron con todo el amor que ellos solo sabían mostrarnos, no había nada mejor que tener dos seres llenos de luz que te miran como si fueras lo más grande del mundo. Me sentía muy orgulloso de ellos y los amaba muchísimo, por no decir la gran admiración que les tenía.

Ni qué decir que la paella estuvo de rechupete, hasta repetí un poco más a pesar del plato que me habían puesto.

Por sorpresa, después de la comida apareció una vecina de mis padres, Isabel, que sabía que iba a ir porque mi madre, se lo había dicho y no dudó en traerme una bandejita de mi dulce favorito que había hecho ella misma.

Unas torrijas típicas que se comían en Semana Santa, pero como ella dijo: este año me las había perdido y no podía ser así, que en verano también entraban que daba gusto. Era mucho el arte que tenía esa mujer que siempre nos trató a los cuatro como si fuésemos de su familia.

Se quedó a tomar un café con nosotros y le pregunté por sus gemelas; Marta y Lucía, ya tenían veintidós años y estaban estudiando Medicina, se la veía de lo más orgullosa de ellas, y es que no era para menos.

Estuve hasta las seis de la tarde con ellos, momento en que me fui para mi casa pues quería organizar algunas cosas para comenzar la semana establecida, yo para eso era muy cuadriculado.

Dejé la bandeja de torrijas en un lado de la cocina, ya que Isabel había hecho para el café y para que me trajera, además, mi madre me preparó un envase lleno de paella que había sobrado y como era arroz del que no se pasaba, ya tenía para otro día.

Preparé la ropa del día siguiente y me duché de nuevo después de hacer un montón de flexiones, abdominales y pesas, era un obsesionado del deporte y de cuidarme y aunque no estaba cuadrado, sí que tenía un cuerpo fibroso y de lo más definido.

Me senté un rato en el sofá a cenar un sándwich de pollo que me había preparado y puse las noticias cuando recibí un mensaje de mi hermano, deseando que al día siguiente tuviera el mejor de los comienzos en mi nuevo destino. La verdad es que Samuel siempre estuvo muy volcado en mí, a pesar de yo ser su hermano mayor, pero era un chico de lo más dedicado y cariñoso, más tímido que yo, pero con su sentido del humor bien definido.

No tardé en ir cayendo rendido, momento que llevé el plato y vaso a la cocina y me fui a la cama, eso sí, como la mayoría de los seres humanos, en el momento en que te espabilas un poco ya se te ponen los ojos como a los búhos, así que tardé un poco en volver a coger el sueño.

Los nervios de mi nueva incorporación estaban ahí por mucho que intentara evitarlo, pero era normal, pese haber conocido a los chicos, por ahora todo era muy desconocido para mí y como se decía dentro del cuerpo: cada departamento y lugar actúa a su manera y eso era lo que me tenía un tanto inquieto.

Dejé la bandeja de torrijas en un lado de la cocina, ya que Isabel había hecho para el café y para que me trajera, además, mi madre me preparó un envase lleno de paella que había sobrado y como era arroz del que no se pasaba, ya tenía para otro día.

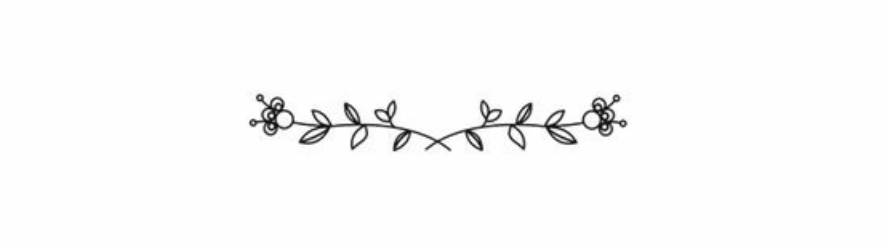
Preparé la ropa del día siguiente y me duché de nuevo después de hacer un montón de flexiones, abdominales y pesas, era un obsesionado del deporte y de cuidarme y aunque no estaba cuadrado, sí que tenía un cuerpo fibroso y de lo más definido.

Me senté un rato en el sofá a cenar un sándwich de pollo que me había preparado y puse las noticias cuando recibí un mensaje de mi hermano, deseando que al día siguiente tuviera el mejor de los comienzos en mi nuevo destino. La verdad es que Samuel siempre estuvo muy volcado en mí, a pesar de yo ser su hermano mayor, pero era un chico de lo más dedicado y cariñoso, más tímido que yo, pero con su sentido del humor bien definido.

No tardé en ir cayendo rendido, momento que llevé el plato y vaso a la cocina y me fui a la cama, eso sí, como la mayoría de los seres humanos, en el momento en que te espabilas un poco ya se te ponen los ojos como a los búhos, así que tardé un poco en volver a coger el sueño.

Los nervios de mi nueva incorporación estaban ahí por mucho que intentara evitarlo, pero era normal, pese haber conocido a los chicos, por ahora todo era muy desconocido para mí y como se decía dentro del cuerpo: cada departamento y lugar actúa a su manera y eso era lo que me tenía un tanto inquieto.

Capítulo 9



Alex

Lunes y tocaba volver a la vida… A la vida laboral, quería decir, pero también a la vida en general, puesto que, tras la intensidad de los últimos días, el domingo, más que enganchar el sueño caí directamente en coma después de irme a la cama y desvelarme unos minutos como un búho.

Me estiré, comprobé que hacía un día estupendo y me sentí bien. Trabajar en lo que te gustaba era un verdadero lujo, uno del que yo llevaba años disfrutando y más cuando a partir de aquel día podría desempeñar mis funciones en Cádiz, en la Tacita de Plata. Muchos son los que piensan que tan curioso nombre viene del brillo plateado de las aguas del Atlántico al bañar sus costas. Otro lujo. En fin, que podía considerarme más que dichoso.

Una reconfortante ducha y ya podía afirmar, sin temor a equivocarme, que había vuelto a la vida. Coloqué la cápsula en la cafetera observando ese mismo mar desde la ventana de la cocina y pensé que no podía tener más suerte. Muchos matarían por disfrutar de una vista como esa y yo era un privilegiado de tenerla para mí cada día.

A falta de un café, me tomé un par de ellos y listo para salir disparado hacia las dependencias. Mala palabra había escogido, que siendo como era inspector de policía, lo mejor era pensar que no tendría que sacar el arma. Me refería a la de fuego, que no quería yo hacer un chistecito fácil de buena mañana.

El segundo café lo acompañé con un cigarrillo, todo un placer de esos que marcaban un buen comienzo del día. Quizás no el más sano, pero sí el más placentero para mí.

Una media hora y ya estaba dispuesto a comerme el mundo. Cádiz no es que sea Nueva York, en el sentido de que te lo puedes cruzar pateando en un par de horas, y las dependencias no quedan nada lejos de mi casa, por lo que decidí ir dando un paseo y disfrutar de la brisa que desprende el mar, otro lujo de esos que no tienen precio. Hay gente que es rica amasando una fortuna y otros que lo somos con solo disfrutar de los pequeños detalles del día a día.

Llegué a las dependencias y mi equipo se cuadró delante de mí. Por lo que veía, me había tocado el Gordo de Navidad, ya que eran buenos polis y de esos que no han perdido la ilusión, que tienen las pilas puestas, vaya, y que van a trabajar con las mismas ganas del primer día, y eso compensaba cualquier otra cosa. Quizás a alguno de

ellos, por su edad, todavía les faltara experiencia, pero nada que no llegase con el paso del tiempo.

—Buenos días por la mañana, jefe —me soltó de lo más animada Amanda. Sin duda, tenía ganas de ser la portavoz del resto y de informarme sobre un par de casos por los que comenzaríamos.

—Buenos días a todos. Hoy comienza la fiesta, así que quiero que los cuatro bailemos de la forma más sincronizada posible, ¿estamos? —les advertí porque yo sabía que en eso estaba la clave. Un equipo que se mueve a compás tiene el éxito garantizado.

—Jefe, a mí me vas a perdonar, pero no sé si tú y yo haremos buena pareja de baile. Lo digo porque estos dos querrán bailar juntos —bromeó Pepe, que estaba de buen humor.

—Venga, ¡vamos al lío! —les comenté sin querer entrar en mayores apreciaciones, pues yo tampoco me veía bailando con Pepe.

—Un poquito de por favor, que le voy a explicar al jefe los dos casos que harán que nos duela el coco las próximas semanas —pidió Amanda, palmeando en el aire.

—Ella es así, jefe. No será inspectora, pero manda más que si lo fuera, que me lo digan a mí —se burló Alonso, que parecía encantado de la forma de ser de su chica, por mucho que utilizara ese tonito guasón para decirlo.

—Bueno, ya está bien, vamos a lo que vamos. Jefe, ¿por dónde quieres que empiece?

—Por lo más gordo, tonterías las mínimas —le indiqué.

—Ok, drogas a tutiplén, tú lo has querido.

—¿Y por qué me lo estaba oliendo?

—¿Quizás porque estamos en Cádiz y a esto se le llama la costa del hachís? ¿Puede ser por eso?

—Más o menos, sí. Creo que puede ser por eso…

—Pues agárrate que vienen curvas, jefe, y podemos volcar, no sé si me explico —me comentó mientras con los dedos me hacía el gesto de que estaba hablando en doble sentido.

—¿Me hablas de vuelcos? —le pregunté mientras suspiraba porque eso lo cambiaba todo.

Me explico: en el mundillo policial se le conoce como “vuelco” a un delito silencioso y que cada vez se comete más en nuestro país, algo así como rizar el rizo y que se trata de robar a los narcotraficantes… Un delito muy oculto y que viene por parte de delincuentes que, desde toda Europa, se desplazan a zonas en las que hay más

narcotraficantes que orejas, con el objetivo de que, una vez que ellos han hecho el trabajo sucio, robarles y quedarse con el botín.

Como comprenderéis, de entre todos los delitos relacionados con drogas que podrían cometerse, el de los vuelcos era el más complicado para la policía, puesto que en ellos no solo teníamos que enfrentarnos a una banda, sino a dos: la que trafica y la que roba lo traficado.

Caí a plomo en el sillón pensando que comenzaríamos con un plato fuerte, un plato de esos que te llenan y que, a la vez, te provocan ardor de estómago.

—Pues sí que ha comenzado fuertecita la cosa. Para otra vez, mejor me lo advertís y paso antes por la farmacia…

—Aquí es que a esto ya estamos medio acostumbrados, será pan comido, jefe —opinó Alonso.

—Ya, ya, un chasquido de dedos y los tenemos entre rejas —le solté con ironía.

—Más o menos…

—Pues venga, dadme detalles y valoramos. ¿De dónde vienen los angelitos?

—Son polacos. Ya sabes que pueden proceder de muchos lugares, pero en esta ocasión vienen de Polonia.

—Sí, sí, de Holanda, de Francia, Rumanía y también, si no recuerdo mal, de Argelia y Armenia.

—Has hecho bien los deberes, jefe —me sonrió Amanda, supongo que contenta de no tener al mando a alguien que pase de todo.

—Por Segovia no se lleva mucho esto de los vuelcos…

—Claro qué no, porque esta gente es muy cuca y se viene aquí, que esto se ha convertido en el paraíso del vuelco. Normal, con la de droga que entra…

—Ya, muy listos ellos, los polacos en fin… Y, ¿a quiénes roban en concreto?

—Pues al clan de la Hierbabuena, que son los que parten aquí el bacalao. Bueno, tú sabes, aunque esta gente no es pescado lo que mueven.

—Ya, estos son de aquí, ¿no?

—Sí, sí, los de la Hierbabuena son de Cádiz de toda la vida de Dios. Y, como su propio nombre indica, lo que mueven es hierbecita de la buena, jefe, marihuana…

—Ya lo sospechaba por su nombre —suspiré.

—La gente, que ya sabes que aquí es muy cachonda…

—Ya lo sé, ya lo sé, también nací en Cádiz y conozco muy bien cómo nos las gastamos.

—Pues eso, que Curro, el de la Hierbabuena es el jefe del clan y ahora mismo tiene más miedo que siete viejas, por mucho que no lo denuncie, claro —rio Pepe.

—Ya, no está bonito eso de venir a denunciar que te han robado un cargamento de marihuana.

—Pues va a ser que no, así que lo que están haciendo es armarse hasta los dientes, jefe —prosiguió Amanda.

—Aunque me temo que eso no es suficiente para achantar a los polacos, ¿no?

—Qué va, los polacos tienen un arsenal de armas y muchas ganas de sacarla. Nos tememos que cuando a los de la Hierbabuena les llegue el nuevo alijo, se den tiros hasta en el cielo de la boca. Y esto en pleno Cádiz no está bonito, jefe, que tú sabes que luego la gente es capaz de sacarlo hasta en las letras de los Carnavales, pero bonito no está —insistió Amanda.

—¿Y qué me contáis del café? —les pregunté resoplando.

—No, contrabando de café aquí no hay. Cuando llega algo de Colombia es coca, pero Juan Valdez no ha pasado todavía por aquí con el caballo —rio Pepe, que era mayor que ellos y que conocía bien esa marca tan famosa de café colombiano.

—No, hombre, no. Pregunto que si hay una cafetera por aquí, porque me lo tendréis que contar todo sobre el caso y tenemos para horas.

—¿Para muchas horas, jefe? Es que aquí tengo también el dosier del caso de las falsificaciones chinas…

—¿Falsificaciones chinas? Por lo que veo no nos falta un perejil, Amanda —observé porque la mañana comenzó fuertecita.

—Ni hierbabuena, jefe, ni hierbabuena —me guiñó ella, porque la broma se la puse a huevo.

—Pues con una taza de café la información entrará mejor —les hice ver porque teníamos para largo y sería mejor echarle algo de combustible al cuerpo.

—Ok, voy a ver si puedo conseguir un buen cafecito, jefe —se ofreció Alonso.

—Y para mí otro, chaval —le pidió Pepe.

—Marchando, ¿meto algo más en la comanda?

—Yo no quiero, yo lo que quiero saber es qué hacemos con los chinos —me indicó Amanda, con el dosier en el brazo.

—A esos mejor los dejamos para mañana —le indiqué porque con lo del par de bandas enfrentadas por la droga ya tendríamos para distraernos.

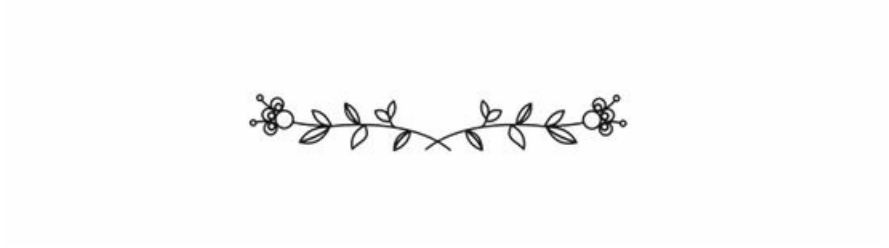
—Y para mí otro, chaval —le pidió Pepe.

—Marchando, ¿meto algo más en la comanda?

—Yo no quiero, yo lo que quiero saber es qué hacemos con los chinos —me indicó Amanda, con el dosier en el brazo.

—A esos mejor los dejamos para mañana —le indiqué porque con lo del par de bandas enfrentadas por la droga ya tendríamos para distraernos.

Capítulo 10



Aitana

Tal como había prometido a mi mejor amiga la noche del sábado, aunque estaba segura de que lo hice coaccionada por los gin tonics y mojitos que habíamos tomado, esa tarde del lunes estaba más que preparada para ir al gimnasio. Incluso había metido en el coche la bolsa de deporte con la ropa para cambiarme allí.

Y ahí era donde estaba, aparcada frente a la puerta de aquel edificio con grandes ventanales desde donde podía ve las cintas andadoras, y las bicicletas, algunas de ellas ocupadas, otras libres, y a una impaciente Cintia que no dejaba de dar golpecitos con la punta de su zapato de tacón en el suelo.

—Te has tomado tu tiempo para llegar, ¿eh? —protestó cuando me bajé del coche.

—He pillado varios semáforos, no tengo la culpa ni el poder mental para que quien los controle, los ponga todos en verde —volteé los ojos mientras cerraba el maletero, con mi bolsa de deporte cargada en el hombro.

—Vamos, a Oliver le va a encantar conocerte por fin.

—¿Quién es Oliver?

—El dueño. Llevo seis meses diciéndole que mi mejor amiga se dejaría ver en cualquier momento, y siempre me decía lo mismo. Cintia, si no ha venido ya, no lo hará. Y aquí estás —sonrió abriendo la puerta.

El sonido de las pisadas corriendo sobre las cintas, el de las pesas y otras máquinas, se mezclaba con la música que había de fondo.

A esa hora de la tarde estaba casi lleno, eran muchas las mujeres y los hombres que hacían sus rutinas de ejercicio algunas de ellas con su propia música en los *earpods*, otros simplemente con la que se escuchaba por los altavoces del gimnasio.

El clic clac de nuestros tacones también se podía oír, por lo que muchos de los que estaban allí se giraban a mirarnos con curiosidad.

—Hola, Cintia —saludó una rubia desde una de las máquinas con la que parecía estar fortaleciendo las piernas mientras levantaba una barra de hierro con ellas.

—Hola —sonrió mi amiga—. Venga, vamos a los vestuarios —me cogió de la muñeca y me llevó hacia un pasillo.

—Aquí desentonamos que da gusto —dije.

—Pero eso es hasta que nos cambiemos de ropa. No vamos a ponernos a hacer ejercicio en tacones y con estas faldas de tubo —rio.

—Sería para vernos, en la cinta andadora y con tacones.

—La crisma te partirías —contestó y me reí.

Entramos en los vestuarios para mujeres y debía reconocer que eran una pasada. Amplios, con varios bancos colocados en el centro, así como en dos de las paredes, una pared entera con taquillas, varios lavabos y detrás de las taquillas, el acceso a las duchas individuales.

Nos cambiamos, guardé la bolsa con la ropa en una taquilla junto a la de Cintia, me miré en el espejo mientras me recogía el pelo en una coleta alta, comprobando que los leggins y el top deportivo estaban bien, y regresamos a la sala principal.

—Pues aquí tienes las cintas, las bicicletas, pesas y máquinas de ejercicio —dijo—. Y por ese pasillo se va a las salas de clases que imparten. Ven, que Oliver debe estar en una de ellas.

—Déjalo, ya me verá cuando venga el pobre hombre.

—Anda, vamos. Así ves las clases que hay, por si quieres apuntarte a alguna.

Caminamos por el pasillo y me fue mostrando las diferentes clases a través de los ventanales que había en ellas y desde donde se podía ver el interior.

Spinning, yoga, defensa personal, *body combat*, zumba y boxeo.

—Ahí está Oliver —dijo con una sonrisa y dio un par de golpecitos al ventanal.

Supe de inmediato quién era al verlo sonreír a Cintia. Estaba sujetando el saco de boxeo mientras un chico, que no tendría más de dieciocho años, lo golpeaba.

Oliver se disculpó con él y lo dejó allí, acercándose a la puerta.

Era alto, algo más que mi hermano David, sus brazos eran fuertes y musculosos y tenía algún tatuaje en ellos. El cabello de color castaño lo llevaba ligeramente alborotado y tenía unos bonitos ojos azules.

—Cintia, mi clienta favorita —sonaba sincero y orgulloso, y lucía una bonita sonrisa mientras se inclinaba para abrazar a mi amiga, esa que, literalmente, desapareció entre sus brazos y su cuerpo.

—Oliver, ella es Aitana —me presentó y sonreí levantando la mano para acompañar a mi saludo.

—Hola.

—Así que al fin la famosa Aitana se deja ver en mis dominios. Bienvenida —me estrechó la mano y se notaba qu tenía cuidado de no apretar demasiado.

—Gracias. Cintia me ha hablado tan bien de este gimnasio, que es como si las máquinas fueran de algodón esponjoso.

Oliver echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, mientras Cintia reía un poco más discretamente.

—Te lo dije, odia el gimnasio —comentó ella.

—El ejercicio, Cintia, odio el ejercicio —corregí.

—Tienes un buen cuerpo y por tu constitución, con poco que hagas, podrás tener el vientre más firme y fortalecer brazos y piernas —dijo Oliver—. Unos minutos en la cinta, después bicicleta, y tal vez levantamiento de pesas y barra con las piernas.

—No quiero convertirme en Robocop ni en Terminator, como tú o los otros que he visto ahí fuera y en las salas – le advertí.

—Tranquila —sonrió—, solo será para fortalecer.

—¿Tú has visto mi culo? —preguntó Cintia dándose la vuelta y mirándome por encima del hombro— Así sé te va a quedar.

—Es obra mía —dejó caer Oliver—. Lástima que esta mujer se me resiste y no quiere nada conmigo.

—Con ningún hombre en general, ya lo sabes —dijo con una tímida sonrisa y él se inclinó para besarle la frente.

—Lo sé, mi niña.

Era agradable verla interactuar con ese hombre que era tres veces ella, y no solo eso, por cómo la miraba y trataba estaba convencida de que no quería nada sexual con mi amiga, sino que la sentía como si fuera alguien de su familia. Esa ternura que mostraba aquel hombre tan grande, y el cariño que veía en sus ojos, me hizo saber que Cintia estaba segura en ese lugar.

—Vale, vamos a prepararte una tabla de ejercicios —anunció Oliver, guiándonos hacia la sala principal.

Pasamos por delante de algunos hombres que levantaban pesas o hacían abdominales en una máquina levantando una barra, y sentí un escalofrío en un punto en concreto de aquel rincón de la sala.

Eché un vistazo y vi a dos hombres altos, uno un poco más que el otro, ambos de cabello negro azabache, uno con los ojos azules y el otro, con los ojos de color miel.

Fue este último el que hizo que el escalofrío volviera a recorrer mi cuerpo de pies a cabeza. Levantaba pesas con un brazo en el que se le marcaban mucho las venas, y sonrió de manera leve y apenas imperceptible si él no quería que se viera, pero yo la vi.

Llegamos a la zona de cintas y, tras ocupar Cintia una de ellas, Oliver me hizo subir a la que estaba a su lado y la puso en marcha.

—Empieza a este ritmo, cinco minutos. Cuando pase ese tiempo, subes de nivel y caminas un poco más rápido otros cinco minutos. Después, vuelve a subir de nivel y esa vez corres a paso de trote diez minutos.

—¿Y ella está corriendo ya? —pregunté mirando a Cintia.

—Te llevo seis meses de ventaja, Aitana —rio mi amiga.

—Venga, cuando acabes en la cinta, vas con ella a las bicicletas, os veo allí.

Asentí y comencé con la rutina de ejercicios en mi primer día de gimnasio.

—Mañana no voy a poder ir a la oficina, por las agujetas que voy a tener. Y todo por tu culpa —protesté.

—No seas boba, que cuando acabes si quieres te pueden dar un masaje.

—¿Hay sala de masajes aquí?

—Sí —rio—. Dejaba la mejor sala para el final.

—Hija de la gran China. Haberme dicho que había sala de masajes, me hubiera metido allí directamente.

—No, eso es para cuando acabes —volvió a reír.

Yo me sentí observada y, al mirar hacia el rincón en el que estaban los dos hombres haciendo pesas, vi que el de los ojos color miel no apartaba la vista de mí. Hablaba con el otro, que echaba un vistazo de vez en cuando, y los vi sonreír a los dos.

—Oye, Cintia.

—Dime.

—¿Conoces a los dos morenos que están haciendo pesas? —pregunté volviendo a mirar el panel de la cinta andadora.

—¿Qué morenos?

—Como dirían en las películas, a mis tres en punto.

Ella miró de manera sutil, al menos eso se lo podía conceder, era discreta cuando tenía que mirar a alguien.

—El de los ojos azules es un cliente habitual, pero no sé su nombre, ya sabes, no me relaciono con el sexo opuest en este sitio —se encogió de hombros—. El otro debe ser nuevo, porque no lo he visto en los seis meses que llevo viniendo aquí. ¿Qué pasa con ellos?

—Pues el nuevo me mira mucho, desde que hemos pasado por delante de ellos, y diría que el de los ojos azules te mira a ti.

—Eso no es nuevo —sonrió—. A veces lo he pillado mirando, sonrió, lo saludo, él hace un leve gesto con la cabeza y cada uno sigue a lo suyo.

—Espera, ¿ese hombre lleva seis meses mirándote, os saludáis, y no has hecho por hablar con él? —casi me detengo, pero al recordar que estaba en una cinta y si lo hacía acabaría cayéndome al suelo, no lo hice.

—Aitana, no vengo aquí a charlar y tampoco a ligar.

—O sea, que el único espécimen masculino con el que interactúas en este lugar, es con Oliver.

—Sí.

—Me cae bien —dije y ella sonrió—. Parece un buen tipo.

—Lo es. Y aunque diga esas cosas sobre mí… —suspiró— Bueno, solo bromea, ¿sabes?

—Lo imaginé por cómo te mira. Es más como si fuera David a tu lado.

Cintia asintió y seguimos con nuestros ejercicios en la cinta.
Tras los primeros cinco minutos, subí el nivel y caminé más deprisa otros cinco, tal como había indicado Oliver, y al llegar a ese tiempo, troté otros diez.

Cuando acabamos allí fuimos hacia las bicicletas y no tardó en aparecer a mi lado, indicándome que tenía que pedalear veinte minutos sin descanso a la velocidad y dureza que él había puesto en los mandos.

—Dios mío —resoplé tras cinco minutos—. ¿Es que crees que me estoy entrenando para el Tourmalet, o el Giro de Italia, Oliver? —grité desde mi bicicleta y él soltó una carcajada desde el mostrador de recepción en el que estaba.

Y no fue el único, muchos de los hombres y mujeres que entrenaban y no llevaban sus *earpods* puestos, también rieron.

—Se que puedes con eso, nena, he visto tus piernas y son fuertes —respondió.

—Llevo leggins, no has visto mucho —seguí protestando.

—Te vi al entrar, con esa falda de tubo.

—No has sido el único, Oli —dijo alguien a mi espalda, y al girarme a mirar por encima del hombro, vi a un hombre bastante guapo con el cabello rubio recogido en un moño que me hizo un guiño.

—No vuelvo a venir aquí después del trabajo —murmuré.

—Tranquila, que solo está bromeando —dijo Cintia con una sonrisa—. Están acostumbrados a verme con esas faldas, ¿verdad, Oliver? —habló un poco más alto para que él respondiera.

—Sí, y vuelvo a insistir, el día que me dejes quitártela…

Las risas resonaron por todo el gimnasio, y yo sentí un escalofrío en la nuca.

Eché un vistazo al rincón de las pesas y ahí estaban de nuevo los ojos color miel observándome.

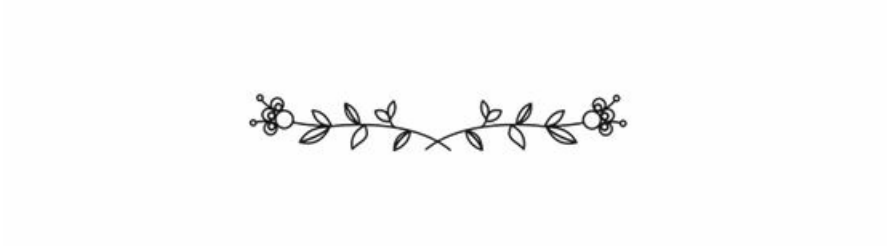
Por no hablar de la sonrisa que me dedicaba en ese momento.

Aparté la mirada y me concentré en acabar allí, solo para darme cuenta de que, una vez dejara la bicicleta, sería

justo allí, a la zona de pesas y máquinas de ejercicio, donde me tocaría ir.

justo allí, a la zona de pesas y máquinas de ejercicio, donde me tocaría ir.

Capítulo 11



Aitana

Oliver llegó hasta nosotras sonriendo y con un par de toallas y dos botellitas de agua, nos entregó una a cada una y agradecí el frescor del líquido llenando mi cuerpo.

—Gracias —dije secándome la frente y el cuello con la toalla.

—Para ser tu primer día lo estás haciendo bien —comentó—. Vamos, hora de hacer pesas, señoritas.

—Tenemos un problema, Houston —comenté apoyada con ambos brazos en los manillares de la bicicleta.

—Como me digas que te rindes y quieres irte a casa, porque dejo de hablarte el resto de mi vida —amenazó Cintia.

—Si pudiera levantarme de esa bicicleta, me iría, pero ese es el problema. No siento las piernas.

—Mira, igualita que Rambo —rio Oliver.

—Ten piedad de mí, deja que me vaya. Cuarenta minutos de ejercicio para una principiante como yo, es suficiente por hoy —puse morritos e hice un puchero.

Ese gesto no fallaba, era infalible con mi padre y mi hermano, así que estaba segura de que, con Oliver, también funcionaría.

—Señorita, levanta ese culo que queremos poner firme y turgente, y vete a la zona de pesas —dijo Oliver, señalando a su espalda.

—No tenéis corazón —los miré a ambos—. Ninguno de los dos lo tiene. ¿Y te haces llamar mi mejor amiga? No me quieres ni mijita, si lo hicieras, no me llevarías a rastras a esas máquinas de tortura.

Protesté mientras me bajaba de la bicicleta, y por el amor de Dios que no exageraba cuando decía que no sentía la piernas. O sea, a ver, que las sentía, pero con un hormigueo de esos de dolor que aumentaba en forma de pinchacitos con cada paso que daba.

Me terminé la botella de agua y seguí a Oliver y Cintia hasta la zona donde habíamos visto a esa mujer levantando la barra con las piernas. Pues sí, estaba yo para sentarme allí y hacer lo que hizo ella.

—Aitana —me llamó Oliver.

—Dígame usted, maestro Jedi. ¿Qué hago ahora?

—¿Maestro Jedi? —arqueó la ceja y soltó una carcajada— Me gusta. Siéntate ahí, pon las piernas detrás de las almohadillas de esa barra, y levanta la barra poco a poco.

—Verás mañana las agujetas, Cintia —resoplé y comencé a hacer lo que me había dicho Oliver.

Costaba, aquello costaba un poco la verdad, pero una vez que le cogías el ritmo no era tan difícil.

—Muy bien, veinte minutos ahí sentada —dijo Oliver.

—Voy a empezar a odiarte, Oliver —entrecerré los ojos y soltó una carcajada.

Cintia se sentó frente a mí y comenzó con esa misma rutina de ejercicios. A la muy jodida se le notaba que llevaba seis meses allí, porque levantaba aquella barra con las piernas como si fuera un simple palito de madera.

Veinte minutos, ese era el tiempo que debía estar allí sentada, y sabía que después de aquello, no solo tendría agujetas en las piernas, sino que también las iba a sufrir en el culo.

Ya empezaba a notar molestias en músculos que no sabía que tuviera de cintura para abajo.

Cuando al fin los veinte minutos pasaron, me tomé unos segundos allí sentada respirando con los ojos cerrados antes de levantarme, hasta que apareció Oliver.

—Hora de las pesas —anunció con una palmada.

—Creo que voy a tener que ir arrastrándome como una culebra, no puedo andar, maestro —dije mirándolo, de nuevo, con puchero y carita de cachorro.

—Arriba, señorita.

—Te odio un poco más, que lo sepas —le señalé con el dedo mientras me levantaba y los seguí hasta la zona de

spesas.

Cuando Oliver iba a decirme cómo levantarlas para no hacerme daño ni sufrir un tirón o algo peor, entró un chico de unos veinte años a quien miró con el ceño fruncido.

—Disculpa un momento —me dijo, y al verlo marchar, comprobé que el chico que acababa de entrar tenía un ojo morado y algo hinchado.

—¿Quién es? —le pregunté a Cintia.

—Uno de los chicos que entrena en boxeo. Al parecer, debe haber ido a una de esas peleas clandestinas que a Oliver no le gustan —suspiró.

—¿Qué hago, entrenadora?

—¿A mí me lo preguntas? —rio ella— Pues coge la pesa, pero con cuidado, y levántala poco a poco, así como yo

La vi con una pierna doblaba sobre el banco al tiempo que se mantenía apoyada con la mano izquierda mientras levantaba la pesa con la derecha.

Cogí aire, me armé de valor y paciencia, y cogí una de las pesas que vi al lado del banco en el que estaba.

—Sus muelas todas —resoplé, y me costó levantar aquello que parecía pesar mil toneladas, o más.

—Vas a hacerte daño, esa pesa es demasiado para ti —dijo una voz varonil y profunda a mi espalda, que hizo que de nuevo el escalofrío me recorriera de pies a cabeza.

Miré solo para encontrarme con el hombre de cabello negro azabache, ese que ya tenía ligeramente alborotado, y los ojos color miel.

—Ten —me ofreció una pesa más pequeña y me quitó la que tenía en la mano—. Empieza con esta —sonrió.

Al cogerla, y pensando que iba a ser tan pesada como la anterior, se me cayó el brazo hacia casi el suelo, lo que hizo que el señor ojos como la miel líquida y dulce, sonriera.

—Voy a matar a Cintia —murmuré cuando volví a levantarla.

—A ver, deja que te ayude con esto.

Se colocó a mi lado, de pie, ligeramente situado a mi espalda, envolvió mi mano con la suya y comenzó a levantar la pesa despacio.

Quería centrarme en eso, en lo que hacía, pero ese hombre me lo ponía difícil.

Olía a perfume amaderado y con leves rastros de canela, mezclado con el sudor por el ejercicio y por Dios, que era condenadamente irresistible.

Por el rabillo del ojo veía su brazo, el modo en el que se flexionaba y se marcaban las venas, podía sentir su respiración y el aliento caliente en mi cuello, ese que desprendía el inconfundible olor del tabaco, mezclado con la menta de los caramelos.

—Fumas —dije lo primero que se me pasó por la cabeza, por culpa de los nervios.

—Ajá. También bebo y voy con mujeres.

—Dios —reí.

—Me llamo Alex, por cierto.

—Aitana, encantada.

—No haces mucho ejercicio, ¿me equivoco?

—¿En qué lo has notado, Einstein?

—En que parece que necesitas una cama con urgencia.

Tragué con fuerza, lo miré por el rabillo del ojo y sonrió.

—Es mi primer día, esa condenada de mi mejor amiga me convenció para venir —dije más alto, para que ella me escuchara.

—Llevo seis meses esperando que me hagas caso, ya era hora —resopló Cintia.

—Samuel me ha dicho que a ella sí la había visto, pero a ti, no —comentó Alex.

—¿Samuel? —Fruncí el ceño.

—Mi hermano pequeño, el de las pesas de veinte kilos.

—¿Veinte kilos? —Se me abrieron los ojos como platos, miré por encima del hombro y lo vi recostado en el banco, con ambas piernas separadas cada una en un lado, levantando las pesas— Por Dios, quítaselas, si le caen

encima lo matan.

—Tranquila —rio Alex—, está acostumbrado.

a

—Sí —dijo él sin un ápice de cansancio en su voz—. Podría levantaros a ti o a tu amiga, sin esfuerzo alguno. Y Alex, también.

ı —No me lo creo, pesamos más que esas pesas.

—¿Quieres comprobarlo? —susurró Alex cerca de mi oído, y joder, de nuevo me estremecí.

—Yo…

—Ven aquí.

Me quitó la pesa, que dejó sobre el banco, y no dudó en cogerme con un solo brazo por la cintura, levantándome como si no fuera más que una pluma para él.

—No pesas tanto, he levantado pesas de mucho más kilos —dijo, sin bajarme, con la mirada fija en mí.

Y me quedé allí, enganchada a sus ojos, observando un mechón rebelde que caía sobre ellos y me sentí tentada de colocarlo hacia atrás.

¿En qué momento mi mano tuvo vida propia y lo hizo? No estaba segura, pero así era.

Cogí ese mechón entre mis dedos, era suave y sedoso, estaba ligeramente húmedo por el sudor, pero no importaba. Lo eché hacia atrás y sentí… algo al mirarlo.

No sabía qué exactamente, pero estaba ahí, crepitando entre nosotros.

Cuando Alex me dejó de nuevo en el suelo, para lo que debía decir que se había tomado su tiempo y que sentí cada roce de su torso en mis pechos, de tal modo que me costaba trabajo tragar saliva por lo que eso estaba haciendo en cierta parte de mi cuerpo, tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo.

Era unos centímetros más alto que mi hermano, no mucho, por lo que a mí me sacaba unos veinticinco.

—Sigamos con las pesas, preciosa —sonrió y me hizo un guiño.

Volví a colocarme en la posición de antes, solo que esta vez apoyada con la pierna contraria y levantando la pesa con el otro brazo, Alex me ayudó y cuando terminé esa nueva ronda, me dio mi toalla para que me limpiara el sudor.

—Cuando lleves unos días, podrás levantar más peso, por el momento, sigue con esta —me dijo y asentí.

—Gracias por la clase.

—Un placer.

—Aitana, ¿vamos a la ducha? —preguntó Cintia.

—Sí, vamos. Después te invito a cenar. Adiós —sonreí al tiempo que me despedía de Alex con la mano.

—Nos vemos —hizo un guiño y sentí que me sonrojaba, solo esperaba que no se diera cuenta, que ese rubor en mis mejillas a consecuencia de ese guiño, se viera camuflado por lo roja que debía tener toda la cara después del ejercicio.

Entramos en los vestuarios, nos dimos una ducha y tras vestirnos de nuevo de oficinistas, salimos para irnos a casa.

Una sonora carcajada me llegó desde los vestuarios masculinos, y no tardé en escuchar la voz de Alex.

—En serio, hermano, ¿seis meses y no te has atrevido a hablar con ella, ni a invitarla a una cerveza o un café?

—Pues no, ya te dije que no vengo aquí a ligar.

—Le pondremos solución a eso en los próximos días, te lo aseguro.

—¿Qué piensas hacer? Mira que te conozco —rio.

—Conseguirte una cita con ella, hermano, eso voy a hacer.

—Bueno, ¿vamos a cenar? —propuso Cintia, haciendo que olvidara la conversación que se llevaba a cabo a unos metros de nosotras.

—¿Pizza, hamburguesas, chino…? —pregunté.

—Ensalada César, que acabamos de hacer ejercicio —rio.

—Qué suplicio me espera en las próximas semanas —volteé los ojos.

—¿Ya os vais, chicas?

—Sí, Oliver, nos vemos el miércoles —dijo Cintia.

—¿El miércoles? —Abrí los ojos.

—Y si no vienes, Aitana, voy yo mismo a buscarte.

—A mí con amenazas no, maestro, que la próxima vez que venga, me traigo un palo para defenderme.

—Nos vemos el miércoles —rio él.

Suspiré, salí con mi amiga a la calle donde nos recibió el inicio de la noche, y confesé que no había estado tan mal aquel primer día.

—Solo que no me han dado un masaje —arqueé la ceja.

—Ups, es que no hay sala de masajes.

—¿Qué? Serás…

Cintia soltó una carcajada mientras iba hacia su coche, sonreí y negué abriendo el mío.

Estaba a punto de sentarme cuando vi salir a Alex y Samuel. Cruzamos la mirada y cuando sonrió haciéndome un guiño, sentí de nuevo el rubor en mis mejillas.

Lo ignoré, pero algo me decía que ese hombre y yo podríamos unir nuestras fuerzas para conseguir que su hermano y mi mejor amiga tuvieran un acercamiento.

Solo para eso, nada más, sin otras pretensiones.

—Sí, Oliver, nos vemos el miércoles —dijo Cintia.

—¿El miércoles? —Abrí los ojos.

—Y si no vienes, Aitana, voy yo mismo a buscarte.

—A mí con amenazas no, maestro, que la próxima vez que venga, me traigo un palo para defenderme.

—Nos vemos el miércoles —rio él.

Suspiré, salí con mi amiga a la calle donde nos recibió el inicio de la noche, y confesé que no había estado tan mal aquel primer día.

—Solo que no me han dado un masaje —arqueé la ceja.

—Ups, es que no hay sala de masajes.

—¿Qué? Serás…

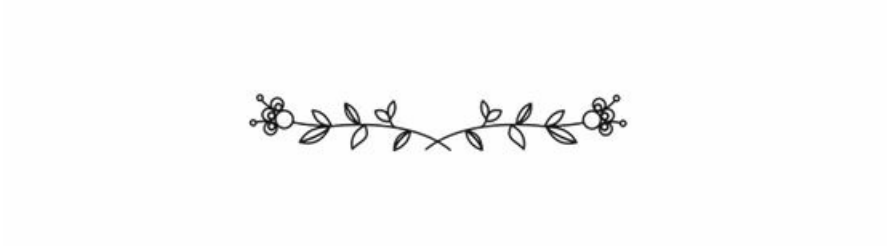
Cintia soltó una carcajada mientras iba hacia su coche, sonreí y negué abriendo el mío.

Estaba a punto de sentarme cuando vi salir a Alex y Samuel. Cruzamos la mirada y cuando sonrió haciéndome un guiño, sentí de nuevo el rubor en mis mejillas.

Lo ignoré, pero algo me decía que ese hombre y yo podríamos unir nuestras fuerzas para conseguir que su hermano y mi mejor amiga tuvieran un acercamiento.

Solo para eso, nada más, sin otras pretensiones.

Capítulo 12



Alex

La siguiente mañana casi me inyecto el café en vena antes de salir para las dependencias. La cosa estaba más revuelta de lo que yo me imaginaba y no nos aburriríamos.

Me fumé un cigarrillo con el segundo café, como era mi costumbre, y me encendí otro camino de las dependencias, mientras pensaba que resultaba increíble y que nosotros no podíamos hacerle caso al dicho de que "ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón".

Por el contrario, teníamos que tratar de evitar al máximo la entrada de droga en Cádiz, pero también evitar que los polacos vinieran a robarla y corriera la sangre por esa tierra mía, a la que tanta ilusión me hizo volver.

Nada más entrar en las dependencias, los chicos ya me estaban esperando.

—Buenos días por la mañana, jefe —me indicó Amanda con su habitual sonrisa y con el dosier debajo del brazo.

—¿Duermes con él? —le pregunté.

—Sí, salvo cuando lo mando al sofá, jefe —bromeó mirando a Alonso.

—No, sabes que me refiero al dosier. Hoy tocan chinos, ¿verdad?

—Sí, sí, y lo vas a flipar. Jefe, te prometo que, si no fuera un delito, yo misma les compraría porque tienen unas manos de oro falsificando. Es que yo me juego contigo lo que quieras a que te pongo un par de zapatillas deportivas Nike, por ejemplo, y otras de las que falsifican ellos, y tardas un año en darte cuenta de cuáles son las falsas.

—Joder, pues sí que afinan…

—Ya te digo, Jian tiene montado un tinglado que no veas…

—¿Jian es el jefe? ¿El dueño del taller?

—Sí, sí, el chino Jian, pero nosotros lo llamamos Juan, para que no se nos trabe la lengua.

—¿Llamáis Juan al chino? —me reí.

—Sí, sí, claro…

—Cosas de Amanda, jefe…

—¿Y qué pasa? Mira, el otro día me enteré que Maluma, el cantante, también se llama Juan , Juan Luis en realidad, y bien calladito que se lo tiene. Pues si nosotros llamamos Juan al chino para mayor facilidad, ¿qué problema hay?

—Ninguno, ninguno, ¿qué problema va a haber? —le contestó Alonso.

—Este te hace la rosca porque le conviene, Amanda, se le ve el plumero —rio Pepe.

—Bueno, vamos a lo que vamos…

—Pues a lo que vamos es a que el chino Juan parece que no ha roto un plato y eso que, por su mirada, bien podría estar conspirando, como el resto de los chinos —rio Amanda mientras que entrecerraba los ojos.

—Jeje, te prometo que ella no es racista, solo que se ríe hasta de su propia sombra, no lo puede evitar —comentó Alonso con un suspiro.

—No, si ya me imagino…

—Pues eso, que Juan tiene el bazar de tapadera, con lo típico.

—Ya, sé lo que es un bazar, ¿y mete allí los productos falsificados?

—Sí, sí. Esos no están a la vista, que de tonto no tiene un pelo. Bueno, y de listo tampoco, porque lo cierto es que es calvo como la palma de mi mano, jefe. Y mira que hay pocos chinos calvos, pues él lo es.

—Pero, ¿estamos aquí para debatir si Jian necesita un injerto de pelo o qué? —le pregunté con cierta guasa porque ella se atascaba un poco en ciertos detalles que no eran relevantes para la investigación, obviamente.

—No lo llames Jian, llámalo Juan, que me vas a liar, jefe —volteó los ojos.

—No, si al final seré yo quien lo haga mal. Sigue, por favor…

—Pues eso, que hace un tiempo nos dimos cuenta de que había más zapatillas Nike que pies por todo Cádiz y que también comenzaban a abundar los bolsos de marca. Vaya, que la gente comenzó a darles de lado a los del Piojito ya sabes…

Yo, sí lo sabía, pero aclaro que el Piojito es como llaman los gaditanos al mercado ambulante de los lunes, ese tan típico y donde pueden adquirirse todo tipo de prendas y complementos a bajo precio.

—Ya, y detrás de las zapatillas y de los bolsos estaba Jian, ¿no?

—Exacto, estaba Juan —rio ella.

—Vale, vale, pero, ¿él los fabrica?

—Claro. Verás: la primera vez que lo pillamos, porque hicimos un seguimiento y vimos que en su bazar parecían estar regalando algo, porque la gente llegaba allí a puñados, él se defendió diciendo que le habían dado gato por liebre, como aquel que dice. Tú sabes, los chinos es que con los gatos se confunden —rio maliciosa.

—Ya, y se iría de rositas con una multa y punto, ¿no?

—Sí, fue una buena multa, no te creas, pero aun así le resbaló porque ese está forrado con lo del taller clandestino

—¿Y no lo pudisteis desmantelar? Porque ahí, sí que se le habría caído el pelo —arqueé la ceja.

—No, si ya te digo que pelo no tiene más que en las cejas y a lo justo —rio ella—. Bueno, que igual tiene en algún otro sitio, pero que no me interesa a mí, solo me faltaba —le lanzó una miradita cómplice a Alonso.

—Total, que el tío supo que le estabais pisando los talones y se fue con la música a otra parte, ¿no?

—Sí, trasladó el chiringuito a otro lado y el tío no lo pisa, porque sabe que le tenemos vigilado. En cuanto a las entregas, ya tampoco las hace en el bazar, pues tenemos la sospecha de que la multa solo ha servido para que no venda la mercancía directamente al público, sino que ahora ha ampliado el negocio.

—Ya, o sea, que ahora vende a gran escala fuera de Cádiz, ¿no?

—Sí, eso es lo que sospechamos. Y no sabemos por dónde la saca, así que de eso se trata.

—Tampoco nos faltará distracción con este individuo… —suspiré.

—No, no, y por lo que sabemos en su taller trabajan un montón de compatriotas suyos en las peores condiciones, hacinados y echando más horas que un reloj.

—Ya me imagino.

—Claro, imagínate… Si él tiene todo el día abierto el bazar, a los otros pobres ya los tiene explotados a más no poder.

—Normal, y el tío tendrá pasta para retirarse y mover los hilos desde la sombra.

—Sí, sí, pero el tío es muy listo y así se hace pasar por un currante cualquiera y no por el explotador que es.

—Y aparte de que es chino, a ese le gusta trabajar más que a un tonto un lápiz —opinó Pepe—. Y yo tampoco soy racista, soy realista —indicó levantando el dedo.

—Bueno, si quiere trabajar que trabaje, como si quiere abrir veinticuatro siete, pero que no explote a nadie, puñetas. Perdona, jefe, yo es que con los abusones no puedo y se me calienta el pico —se disculpó—. Y encima con este, abusón y listo, que es el Amancio Ortega de las falsificaciones.

—Vale, vale, ya me hago una idea.

—Claro que sí, que ese cuando chapa el bazar se va a un pisazo que tiene en pleno paseo marítimo, como los ricos —añadió Amanda.

—Por eso no lo digas, que no todos los que viven en el paseo lo son —le contesté yo, lógicamente.

—¿No me digas que tú también vives allí en un apartamento? —se interesó ella, que algo de cotilla debía tener.

—En una unifamiliar —carraspeé.

—¿Con un sueldo de inspector? Si no las hay y cuando han salido a la venta están por las nubes. Oye, tú vienes de Segovia, ¿no?

—Sí, ese ha sido mi último destino.

—Menos mal, porque si vinieras de Algeciras tendríamos que investigarte a ti en lugar de a Juan —se echó a reír.

—Fue cosa de mi padre, un regalo para mí y para mi hermano.

—¿Una unifamiliar compartida? ¿A quién hay que matar para eso?

—No, una para cada uno —reí.

—Me da, me da… Menuda suerte, ¿y tus padres solo os tienen a vosotros? ¿No quieren adoptar una niña? Mira que yo me pongo un par de trenzas y parezco más pequeña.

—Déjalo, Amanda, déjalo —le pidió Alonso entre risas, pues parecía babear con ella.

—Una unifamiliar en el paseo, yo es que alucino —negaba ella con la cabeza.

Era muy salada, Amanda era muy salada, aparte de que parecía poner el alma en todo lo que hacía, igual que los otros dos, a quienes se veían de lo más implicados.

En cuanto a lo de Jian, era imprescindible que diésemos con ese nuevo taller clandestino en el que estaría explotando a una serie de compatriotas suyos sin papeles. Cómo detestaba a esa gentuza que se aprovechaba de la pobreza ajena para enriquecerse. Ya podía darse por jodido.

—Me da, me da… Menuda suerte, ¿y tus padres solo os tienen a vosotros? ¿No quieren adoptar una niña? Mira que yo me pongo un par de trenzas y parezco más pequeña.

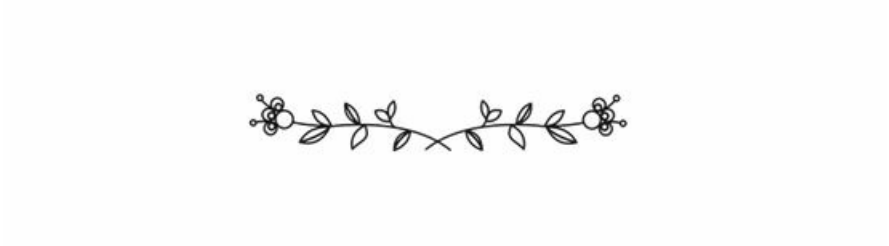
—Déjalo, Amanda, déjalo —le pidió Alonso entre risas, pues parecía babear con ella.

—Una unifamiliar en el paseo, yo es que alucino —negaba ella con la cabeza.

Era muy salada, Amanda era muy salada, aparte de que parecía poner el alma en todo lo que hacía, igual que los otros dos, a quienes se veían de lo más implicados.

En cuanto a lo de Jian, era imprescindible que diésemos con ese nuevo taller clandestino en el que estaría explotando a una serie de compatriotas suyos sin papeles. Cómo detestaba a esa gentuza que se aprovechaba de la pobreza ajena para enriquecerse. Ya podía darse por jodido.

Capítulo 13



Aitana

David me envió un mensaje pidiéndome que fuera a comer con él, había estado fuera de las oficinas toda la mañana y quería hablar conmigo.

Así que, a las dos estaba entrando por la puerta y lo vi sentado en una de las mesas hablando por teléfono.

—Sí, perfecto, os haré llegar las invitaciones cuando las tenga esta tarde. Adiós —cortó la llamada y me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Buenas tardes, jefe.

—Sabes que no me gusta que me llames así —sonrió.

—Eres el director de la empresa, y yo la encargada del departamento contable, ¿cómo quieres que te llame? —Volteé los ojos.

—Somos los dos dueños de la empresa, Aitana, ya lo sabes. Tenemos las mismas acciones.

—Ya, ya, pero tú mandas y yo me encargo de que las cuentas cuadren. ¿De qué querías hablar conmigo?

—De la cata de este sábado —dijo cogiendo su copa de vino.

—¿Qué necesitas?

—Tengo a Cintia desde ayer con el tema de las invitaciones, me dijo que llegarán esta tarde, así que tienes que ayudarla a enviarlas, por mensajería urgente, ya sabes.

—Vale, seguro que ya tiene la gran mayoría de los sobres preparados con las direcciones. ¿Cuánta prensa quieres que haya? —Saqué mi libreta y un bolígrafo del bolso para tomar notas.

—Los de siempre, algunos de los locales, pueblos de alrededor, y las televisiones donde tenemos contactos.

—Perfecto, hablaré con todos en cuanto vuelva a la oficina.

—¿Saben qué van a tomar, señores? —preguntó el camarero.

—Yo quiero ensalada y pescado del día—dije.

—Para mí, berenjenas gratinadas y carne asada.

—Muy bien —el camarero asintió y se fue dejándonos solos.

—¿Qué tal el sábado con tu amigo? —pregunté cogiendo mi copa.

—Ah, bien, como siempre que salimos —sonrió.

—Es decir, cena, copas, y alguna mujer cayó rendida a vuestros encantos —reí.

—¿Tengo encantos? No lo sabía —se encogió de hombros.

—Ya estamos —resoplé—. Anda que no te gusta a ti que te regale los oídos. Eres un hombre atractivo, hermano, y muchas de nuestras empleadas se mueren por una cita contigo.

—Por suerte para mí, no mezclo trabajo y placer, y me va bien. Es una regla que hace tiempo pusimos en práctica mi colega y yo.

—Bueno, eso está bien, menos problemas si después la cosa no funciona. Pero dime, ¿hay alguna mujer por ahí a quien llamar cuñada?

—No. ¿Algún hombre al que partirle los dientes? —Arqueó la ceja.

—Por Dios, siempre igual. Ya no tengo dieciséis años y me han roto el corazón —volteé los ojos.

—Tienes veintiséis, y te aseguro que un corazón roto, duele a cualquier edad.

—Habló el gran sabio de los corazones rotos. No hay mujer que haya hecho semejante cosa contigo.

—Ni la va a haber, no soy tan fácil de abrir las barreras.

—Eso no hace falta que lo jures, hermano —volteé los ojos y en ese momento llegó el camarero con los primeros

platos.

Empezamos a comer mientras hablábamos de la cata de nuestro nuevo vino, llevábamos un par de semanas planeando todo, solo faltaba poner a los empleados de siempre a preparar la gran sala de la empresa donde tenían lugar esos eventos.

David estaba nervioso, como en ocasiones anteriores cuando presentábamos un nuevo vino.

Era tan meticuloso como nuestro padre y quería que toda la presentación saliera perfecta, que fuera impecable y que nadie diera una mala crítica. En esa ocasiones, el gran protagonista era el vino, pero la puesta en escena y acompañando esas copas con un buen plato de jamón, debían estar a la altura del productor.

—¿Cómo te fue en el gimnasio el otro día? —preguntó mientras esperábamos los segundos.

—No he tenido más agujetas en toda mi vida. En serio, ¿tantos músculos hay en el cuerpo? Por dios, me duelen partes que ni sabía que pudieran doler.

—Es porque no estás acostumbrada —rio—. ¿Vas a volver?

—Sí, de hecho, esta tarde cuando salgamos del trabajo, iremos otra vez. Cintia ya tiene unas tablas que para mí quisiera —suspiré.

—Solo es hasta que te acostumbres, en cuanto lleves un par de semanas, verás como no sientes las agujetas y vas más rápido. ¿Qué tabla de entrenamiento te puso tu entrenador?

El camarero llegó con los segundos y cuando volvimos a quedarnos solos le hablé de los ejercicios que me había dicho Oliver que hiciera.

Aquella sería mi tabla de entrenamiento, como la había llamado mi hermano, y solo de pensar en la bicicleta y el esfuerzo que hice, y que debía volver a hacer esa misma tarde, me entraban sudores.

Claro que, mucho, pero era cuando recordaba, al menos en mi mente puesto que no le hablé a mi hermano de eso, el momento en el que Alex se cernió sobre mí, para ayudarme con los ejercicios de levantamiento de pesas.

Habían pasado dos días y aún podía sentir esa mezcla de olores que envolvían a aquel hombre.

Y lo nerviosa que me había puesto, que esa era otra.

No podía recordar a ningún otro hombre que hubiera conseguido que me sonrojara de ese modo, y mucho menos que sintiera aquellos escalofríos recorriéndome de pies a cabeza con su sola presencia.

¿Y sus ojos? Ese color miel que parecía querer atravesar mi mente y mi alma para ver qué pensaba o sentía, no se me iban de la cabeza.

—¿Dónde te has ido, hermana? —rio David, moviendo la mano ante mi rostro.

—¿Eh? Oh, perdona estaba pensando en la cata. No quiero olvidarme de llamar a nadie de la prensa.

—Ya —sonrió de ese modo en el que se notaba que no me había creído una sola palabra.

Pero así era mi hermano mayor, con esos nueve años más de sabiduría y vivencias que yo, y que parecía saber lo que pensaba o me ocurría en cada momento cuando me miraba como lo hacía en ese instante.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Hay algo, o alguien, de quien no me hablas —cogió la copa de vino para dar un sorbo.

—No, no, no hay nadie. Nadie en absoluto —contesté.

Porque así era. Que hubiera visto a un hombre que me había llamado la atención y que, a saber, por qué, me hizo sentir algo en el cuerpo, no quería decir que fuera alguien de quien hablar.

Continuamos comiendo y hablando de la empresa, le aseguré que las cuentas estaban perfectas y que los envíos habían llegado a sus destinos sin incidentes, y tras los postres y el café regresamos a la oficina.

El resto de la tarde lo pasé ayudando a Cintia con las invitaciones para la cata, metiéndolas en sus correspondientes sobres y entregándoselas a los mensajeros que envió la agencia con la que mi padre empezó a trabajar hacía años, y asegurándome de que todos los de la prensa confirmaran su asistencia tras enviarles la invitación de manera formal por e-mail.

En cuanto acabamos con el trabajo, me preparé mental y físicamente para para lo que me tocaba hacer, acudir al gimnasio y darlo todo en la cinta, la bicicleta, y las máquinas para levantar pesas.

¿Y sus ojos? Ese color miel que parecía querer atravesar mi mente y mi alma para ver qué pensaba o sentía, no se me iban de la cabeza.

—¿Dónde te has ido, hermana? —rio David, moviendo la mano ante mi rostro.

—¿Eh? Oh, perdona estaba pensando en la cata. No quiero olvidarme de llamar a nadie de la prensa.

—Ya —sonrió de ese modo en el que se notaba que no me había creído una sola palabra.

Pero así era mi hermano mayor, con esos nueve años más de sabiduría y vivencias que yo, y que parecía saber lo que pensaba o me ocurría en cada momento cuando me miraba como lo hacía en ese instante.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Hay algo, o alguien, de quien no me hablas —cogió la copa de vino para dar un sorbo.

—No, no, no hay nadie. Nadie en absoluto —contesté.

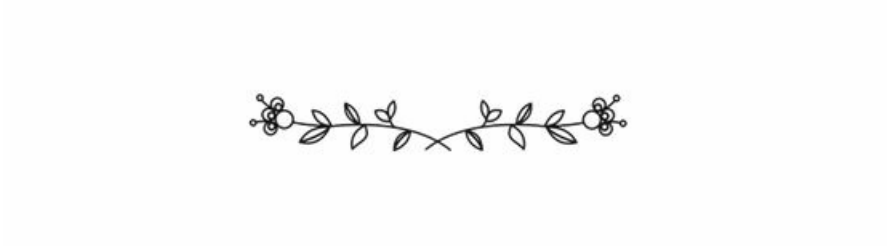
Porque así era. Que hubiera visto a un hombre que me había llamado la atención y que, a saber, por qué, me hizo sentir algo en el cuerpo, no quería decir que fuera alguien de quien hablar.

Continuamos comiendo y hablando de la empresa, le aseguré que las cuentas estaban perfectas y que los envíos habían llegado a sus destinos sin incidentes, y tras los postres y el café regresamos a la oficina.

El resto de la tarde lo pasé ayudando a Cintia con las invitaciones para la cata, metiéndolas en sus correspondientes sobres y entregándoselas a los mensajeros que envió la agencia con la que mi padre empezó a trabajar hacía años, y asegurándome de que todos los de la prensa confirmaran su asistencia tras enviarles la invitación de manera formal por e-mail.

En cuanto acabamos con el trabajo, me preparé mental y físicamente para para lo que me tocaba hacer, acudir al gimnasio y darlo todo en la cinta, la bicicleta, y las máquinas para levantar pesas.

Capítulo 14



Aitana

De nuevo al entrar en el gimnasio, las miradas de todos los que ya estaban allí haciendo sus rutinas de ejercicios. Muchos nos sonreían y hacían un gesto con la cabeza a modo de saludo, mientras otros seguían a lo suyo, inmersos en levantar pesas.

Fuimos a los vestuarios para cambiarnos y una vez listas, pasamos por la sala de boxeo donde estaba Oliver con aquel chico del ojo morado que vi el lunes.

—Se esfuerza mucho para sacar a los chicos de las calles, que encuentren un trabajo y una motivación —me dijo Cintia—. Este y el que estaba el lunes golpeando el saco, son los más preparados para combates de boxeo. Lo malo es que este sigue con esas peleas clandestinas que tan poquito le gustan a Oliver para ganar algo de dinero fácil.

—Sí, vamos, que se deja partir la cara por cuatro tíos que lo muelen a golpes, para sacarse qué, ¿doscientos, trescientos euros?

—A veces saca mil en una noche con una sola pelea —respondió encogiéndose de hombros.

Al vernos, Oliver sonrió y dejó al chico solo dando golpe tras golpe al saco, abrió la puerta y nos abrazó a ambas, como si yo también fuera amiga suya de toda la vida.

—Pensé que no volvería a verte —me dijo.

—Huy, entre lo cabezona que soy y lo poco que me conoces, me alegro de sorprenderte con mi presencia —reí.

—¿Te atreves a hacer hoy tú sola las rutinas?

—Sí, claro, sin problema. Igual un día me atrevo a pedirte que me ayudes a darle al saco unos golpes.

—Cuando tengas buen ritmo para tu rutina de ejercicios.

Cintia y yo fuimos hacia la sala donde estaban los demás con sus entrenamientos, y de nuevo me encontré con aquella mirada color miel. Se me escapó un suspiro y me subí a la cinta, poniéndola en marcha para olvidarme del hombre que tenía puesta la mirada sobre mí.

Caminé, troté y, tras los veinte minutos en la cinta, pasamos a las bicicletas.

—En serio, ya se me puede poner el culo duro como una piedra, porque esto es peor que subir una cuesta de verdad en una bici —me quejé.

—Anda, pero si lo haces super bien.

—¿Tú sabes la cantidad de bebida isotónica, y de agua con azúcar que tomé entre el lunes por la noche y ayer para quitarme las jodidas agujetas?

—En un par de semanas, no las tendrás. Todo es hacer que el cuerpo se acostumbre.

—Y menos mal que solo vendremos lunes y miércoles —suspiré.

—Deja de hablar, que cuando acabes vas a estar asfixiada —rio.

Miré por encima del hombro y vi a Alex y Samuel con las pesas.

Alex estaba recostado en el banco, con las piernas separadas a ambos lados, y mientras levantaba aquella pesada barra con a saber, cuántos kilos en cada lado, Samuel estaba sobre él vigilando que no se le cayera encima.

Tenía fuertes brazos, desde luego, y no era de extrañar que, pudiendo soportar todo aquel peso, yo hubiese sido poco más que una pluma en su brazo.

Me pilló mirando en un par de ocasiones y lo vi sonreír, lo que hizo que me ruborizada y maldijera mentalmente por haber sido tan descuidada.

Oliver apareció con un par de botellas de agua y las toallas para nosotras, cuando estábamos acabando en las bicis tan atento como el primer día, y nos llevó a la zona de pesas donde, al igual que el lunes, me hizo sentarme en el banco y colocar las piernas detrás de la pesada barra para levantarla.

—Cintia, baja el ritmo que a mí me está costando la vida esto —protesté.

—Si me hubieras hecho caso hace seis meses.

—La niña de los seis meses te voy a llamar —resoplé.

—¿Necesitas ayuda, preciosa? —preguntó Alex, apoyando el brazo despreocupadamente sobre una de las barras por encima de mi cabeza.

—¿Sabes dar masajes en las piernas? Porque creo que voy a necesitar uno.

—Se me dan bien, sí —sonrió de medio lado.

—Al final sí que voy a conseguir un masaje después de todo —dije mirando a mi amiga, que se echó a reír—. Me mintió, ¿sabes? —Miré a Alex— Me dijo el lunes que había sala de masajes para después del ejercicio. Jugó con mis sentimientos de mujer que literalmente habría ido arrastrándose al vestuario.

—Era una broma, y lo sabes —respondió Cintia, muerta de risa.

—Cruel, amiga, una broma cruel, y mucho si me permites el apunte —añadí.

—No vas tan mal con esto, es cuestión de práctica y hacerte con un ritmo fijo. Relaja las piernas —me pidió Alex arrodillándose a un lado, y cogió la barra con una mano mientras con la otra, sostenía uno de mis tobillos.

Comenzó a moverlo despacio, a un mismo ritmo, uno más lento y pausado que el que yo había llevado hasta ese momento, y no pude evitar fijarme en el modo en que los músculos de su brazo se movían.

Seguí sus indicaciones y cuando soltó la barra, la fui levantando a ese ritmo que él había estado guiando.

—Así harás esfuerzo, pero no te harás daño ni sufrirás una lesión —confirmó.

—Gracias.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta, un tanto… personal? —murmuró incorporándose para acabar inclinado sobre mí.

—Poder, puedes, lo que no te aseguro es que responda —lo miré de refilón.

—Tu amiga, ¿tiene pareja? —preguntó en apenas unos susurros, dado que la teníamos enfrente.

—¿Estás interesado en ligar con ella? —Arqueé la ceja, puesto que el lunes no fue eso lo que escuché.

—No, yo no —sonrió—. Verás, a mi hermano Samuel parece que le gusta, y lleva seis meses sin atreverse a pedirle que tome algo con él.

—Es guapo, tu hermano —dije tras echar un vistazo al moreno de ojos azules que hacía pesas en uno de los

bancos como tendría que hacer yo después.

—Se parece mucho a mí, así que, gracias por el cumplido —me hizo un guiño.

—Tú eres un poco descarado, me parece a mí, ¿no? —Elevé ambas cejas.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

—¿Ella tiene pareja, o no?

—No —volví a concentrarme en la barra que levantaba—. Y no está muy interesada en cambiar su situación sentimental. Lleva así… un tiempo —dije sin entrar en detalles.

—Bueno, será solo tomar algo, tal vez podamos ir los cuatro, ya sabes, para que ella no se sienta sola ni cohibida.
,
—Que yo me entere —paré de levantar la barra y me crucé de brazos—. ¿Me estás invitando tú, a mí, a salir también?

—Así es —sonrió.

—Si ese es tu método para ligar, no se te da bien —continué levantando la barra.

—Tengo otros métodos, pero puedo decirte algo, preciosa —se inclinó aún y susurró—. Si me intereso mucho por una mujer, acabo consiguiendo su atención.

—Bueno, la mía no la vas a tener —respondí mientras escuchaba una vocecita en mi cabeza llamarme mentirosa —. Pero quiero que mi amiga salga con alguien, llevo tiempo intentándolo, y tu hermano parece un buen tipo.

—Lo es, además de un magnífico abogado.

—¿Sois abogados? —Lo miré abriendo los ojos, no esperaba que se dedicaran al Derecho.

—Él, lo es —rio—, yo no.

—Como decía, tu hermano parece un buen tipo, así que… Haz una propuesta para salir los cuatro a tomar algo esta noche, después del gimnasio, y yo me encargo de que ella me acompañe.

Me levanté del banco y fui al siguiente para levantar pesas, hice caso de los consejos que Alex me había dado el lunes y cogí la más pequeña y de poco peso.

Mientras Cintia y yo charlábamos levantando las pesas, podía escuchar los murmullos de Alex y Samuel a nuestra espalda. Parecía que el hermano era más tímido de lo que imaginaba, y por lo poco que pude oír, no quería forzar la situación con ella.

—Aitana —miré a Alex por encima del hombro, y vi a Samuel negando—. Samuel y yo nos preguntábamos si no acompañaríais Cintia y tú, a cenar algo al salir de aquí.

—Pues, no sé, mañana tenemos que trabajar —contesté mirando a mi amiga, que se había puesto roja como un tomate y miraba hacia el suelo con los ojos muy abiertos—. ¿Qué dices, Cintia? ¿Los acompañamos?

—Si no podéis, o no queréis, no es una obligación, ¿eh? —se adelantó a decir Samuel.

—Yo es que después del ejercicio tengo hambre, aunque solo sea para comer una ensalada —dije.

—¿Eso es un sí, chicas? —continuó indagando Alex, colocándose entre nosotras.

—¿Cintia? —la llamé, me miró, dio un vistazo rápido a Samuel por encima del hombro, y acabó asintiendo.

—Mejor cenar antes de irme a casa —respondió.

—Perfecto, pues nos vemos en la puerta en… ¿Quince minutos? —propuso Alex mirando su reloj.

—Allí estaremos —le aseguré y antes de levantarme para ir a los vestuarios y que él regresara con su hermano, me hizo un guiño.

—¿De qué hablabais antes? —interrogó Cintia mientras cogíamos las cosas de la taquilla para ducharnos.

—Oh, nada, solo me dio unos consejos de cómo hacer los ejercicios para no hacerme daño —me encogí de hombros.

—Aitana, espero que esto no sea una encerrona o algo así, para que salga con ese chico al que, te recuerdo, solo conozco de verlo aquí.

—¿Encerrona? Para nada —contesté abriendo los ojos y llevándome la mano al pecho en modo ofendida—. ¿Por quién me tomas?

—Porque te conozco, Aitana, por eso lo digo —suspiró yendo hacia las duchas.

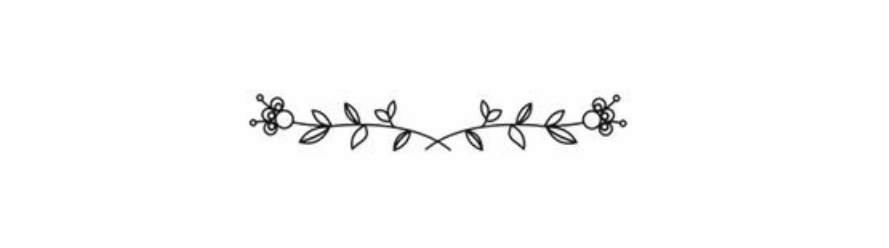
Y yo, aprovechando que no me veía, sonreí a sabiendas de que me había salido con la mía. Además, Samuel era un tipo que valía la pena conocer, de eso no tenía la menor duda.

ı

s

e

Capítulo 15



Aitana

Quince minutos después estábamos las dos saliendo por la puerta, con nuestra ropa de oficinistas, y encontramos a los chicos apoyados en un coche, ambos con pantalones vaqueros y camisetas, fumándose un cigarrillo.

—Mucho deporte, para mataros poco a poco con eso —dije señalándolos, como solía hacer con mi hermano cuando lo veía.

—Es un vicio malo, lo sabemos, pero hay vicios que no se pueden dejar —contestó Alex.

—Yo tengo un remedio, ¿quieres dejarlo? —Arqueé la ceja.

—¿Qué remedio sería ese, preciosa? —Posó la mano en mi cintura con todo el descaro mientras me miraba a los ojos fijamente.

—Las manitas quietas, que ahora irán al pan —protesté y sonrió echándome el humo a la cara.

—¿Quién dice que no las tengo ya en la masa?

—¿Dónde vamos a cenar? —preguntó Samuel, interviniendo para mi satisfacción, porque sentía que ya tenía las mejillas ardiendo y rojas como dos pimientos.

—Hay un bar tipo buffet no muy lejos de aquí —comentó Cintia—. Alguna noche he ido allí a cenar y se come muy bien.

—Pues venga, te seguimos con los coches, mi reina —le di un beso en la mejilla y ella se echó a reír.

—En serio, cuando me llamas así veo al de la peli de trescientos llamando a su amada antes de morir.

—¡Mi reina! —grité mirando al cielo nocturno— Mi esposa… Mi amor —y en esa última parte, me llevé la mano

al corazón.

Escuché aplausos y al mirar vi a Alex y a Samuel sonriendo.

—Es mi Leónidas particular —dijo Cintia y le di un empujón con la cadera.

—Anda, tira para el coche, espartana mía.

—Debo decir que tenéis la figura perfecta para lucir una túnica espartana —miré a Alex y arqueé la ceja—. Yo, ahí lo dejo.

Fui al coche dejando allí a Alex y Samuel, Cintia tenía el suyo un poco más atrás, y esperé a que pasara por mi lado para seguirla.

Condujimos un par de calles hasta el bar, y cuando paré, vi a Alex acercarse a mi puerta sonriendo.

—Tengo un plan —dijo tras abrir mi puerta y dejarme salir—. Si la cena va bien, quedamos otra vez para el viernes por la noche. ¿Qué te parece?

—¿Los cuatro? Se supone que deberíamos hacer que ellos —señalé a su hermano y Cintia—, deben ser quienes salgan, a solas.

—Vamos, mujer, si lo hago por ella, que se la ve tímida y nerviosa con Samuel.

—Primero, cenamos, y ya veremos cómo se da todo.

Entramos, pagamos el importe que nos dijo la chica ante las protestas de ellos que querían invitarnos, y cogimos una bandeja cada uno para ir llenando platos.

Cuando nos sentamos en una de las mesas, empezaron las presentaciones.

Cintia y yo les dijimos la edad y únicamente que trabajábamos en una oficina, yo como contable y ella como secretaria.

Una cosa era que me parecieran tipos decentes, y otras abrirnos en canal con todo lo que teníamos, por no hablar de que no me terminaba de creer que Samuel fuera abogado.

—Vuestro turno —dije pinchando un poco de ensalada que llevarme a la boca.

—Soy Alex, tengo treinta y cinco años, soy policía nacional, fumo, bebo en su justa medida, me gusta el deporte, ir a correr por la playa, y estar con mi familia.

—Se te olvida que te gustan las mujeres y el vino, como la canción, hermano —rio Samuel.

—Las mujeres bonitas y de sonrisa cautivadora —dijo mientras me miraba con esos ojos color miel que, sabía, que en algún momento de mi vida serían mi perdición.

—Yo soy Samuel, tengo veintisiete años, soy abogado en el bufete familiar, me gusta el deporte por culpa de este tarado de aquí —le dio un leve golpe con el hombro a su hermano—, que también me llevó al vicio de fumar.

—Y bebes menos que yo, no imitas ese detalle —rio Alex.

—Se nota que sois hermanos —comenté—. Y no solo porque os parecéis, es que tenéis esa química de hermanos que pelean en coña constantemente. Me pasa con mi hermano.

—¿Tienes hermanos?

—Hermano, solo uno, de tu edad —señalé a Alex.

—¿Tú tienes hermanos, Cintia? —preguntó Samuel, quien parecía no poder dejar de mirarla.

—No, soy hija única.

—Pues de buena te has librado, porque los hermanos pequeños a veces son una molestia. ¡Auch! —protestó Alex, cuando Samuel le dio una colleja.

—Los hermanos mayores pueden ser un grano en el culo también.

—Ah, de eso sí sé un poco —sonrió Cintia—. Su hermano me trata como si fuera otra hermana más para él.

La cena, al igual que la charla, estaba siendo de lo más amena y no faltaban las risas, como tampoco esas miradas que mi amiga lanzaba a Samuel cuando pensaba que no la veía, pero era lo mismo por parte del moreno de ojos azules, que se mostraba más que interesado en todo lo que ella decía.

—¿Qué tal la cena, chicas? —preguntó Alex.

—Si te refieres a la comida, buenísima —contesté.

—¿Y la compañía? —se atrevió a curiosear Samuel, mirando a Cintia.

—Agradable —dijo ella, con una sonrisa.

—Pues ya que no nos habéis dejado invitaros a esta cena —continuó Alex—, ¿por qué no quedamos para cenar el viernes? Y os invitamos.

—No hace falta, en serio —respondió Cintia.

—Insisto, fuimos nosotros quienes dijimos de cenar, y no nos habéis dejado pagar, así que, ¿una cena el viernes en otro sitio? Conozco un restaurante donde ponen un marisco digno de una cena de reyes —miré a Alex y supe que, hasta que no aceptáramos, no iba a parar, puesto que quería que su hermano y Cintia se conocieran mejor.

—Ya me está picando la curiosidad —me apoyé con el codo en la mesa—. Y si me dices que tienen carne a la brasa, nos ganas completamente.

—La tienen —rio—, y si no, le pido al dueño que la compre y la prepare especialmente para vosotras.

—Tú qué eres, de esos que dicen que hay que tener contactos en todas partes, ¿no? —reí.

—Eso lo dice siempre nuestro padre —contestó Samuel.

—¿Qué dices, Cintia? ¿Aceptamos que este par de caballeros nos inviten a cenar el viernes?

—Solo si después nos dejáis a nosotras pagar una ronda de bebidas en algún local de copas.

—Pues al final me da que va a ser una noche perfecta, cena y copas. Digno de reyes, sí señor —señaló Alex, y reímos los cuatro.

Tomamos un café con ellos, intercambiamos los números de teléfono y nos despedimos de ellos en su coche.

—Encerrona, y de las gordas, Aitana —resopló Cintia yendo a su coche.

—¿Qué? No, no, de eso nada. A ver, hemos estado a gusto con ellos, ¿no? ¿Qué mal hacemos por salir otra noche a cenar los cuatro? Además, sí que me creo que sean abogado y policía, Samuel tiene una cara de buen niño…

—No quiero historias, ¿vale? Si después del sábado no quiero volver a salir fuera del gimnasio con él, no quiero que intervengas. Te quiero mucho, Aitana, pero entregaré este —se llevó la mano al corazón— cuando esté realmente preparada, ¿vale?

—Vale, mi reina —le besé la mejilla—. Venga, vete para casa y descansa, que mañana te tendrá mi hermano para arriba y para abajo todo el día con la preparación de la cata.

—Deseando estoy de que llegue el domingo para que acabe ese estrés —volteó los ojos—. Nos vemos mañana.

Subió al coche y esperé a que se fuera para marcharme yo.

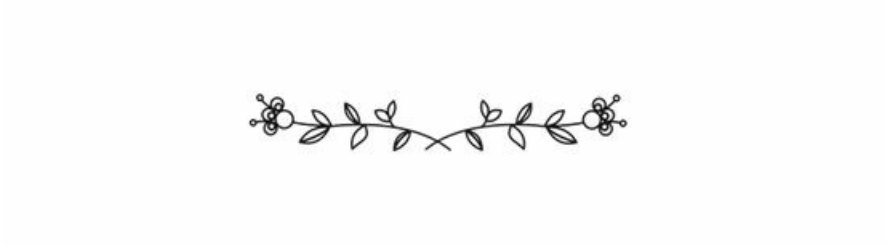
No había mentido, la noche con los chicos había estado bien, y no me importaba repetir, con tal de que Cintia se diera cuenta de que ese hombre que llevaba sonriéndole seis meses, estaba interesado en ella, más de lo que imaginaba.

n

Subió al coche y esperé a que se fuera para marcharme yo.

No había mentido, la noche con los chicos había estado bien, y no me importaba repetir, con tal de que Cintia se diera cuenta de que ese hombre que llevaba sonriéndole seis meses, estaba interesado en ella, más de lo que imaginaba.

Capítulo 16



Alex

Una nueva mañana en la que llegar a las dependencias. Me fumé un último cigarrillo antes de entrar y vi venir a Pepe.

—Jefe, eso no es bueno. No sé cómo un tío como tú, tan deportista, no lo deja.

—Algún vicio hay que tener, Pepe. Si no, ¿qué gracia tendría la vida?

—Yo ahora mismo es que mucha gracia no le veo. Menos mal que llego al curro y me olvido de todos los problemas, ¿eso es verdad?

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunté porque lo vi bastante perdido esa mañana.

—No, jefe, pero gracias, ¿entramos?

Soy de los que se preocupan por mi equipo. Y no solo porque cuanto mejor estemos todos mejor saldrá el trabajo, sino porque le cojo enseguida cariño a la gente. Por cierto, que, hablando de eso, también otras me habían cogido cariño a mí, porque Corina no paraba de enviarme mensajes, y eso que yo la esquivaba que, aunque me lo pasé genial con ella, no era mi tipo de mujer. Mi tipo era más bien Aitana, esa sí que me hacía tilín.

—Jefe, tengo salseo del bueno —me comentó Amanda, que era de lo más pizpireta, incluso antes de darme los buenos días.

—Te veo muy animada, suéltalo.

—Una tiene sus confidentes, jefe… No es por nada, pero ser de aquí me ayuda y yo conozco a mucha gente.

—Ya, ya, si tengo entendido que eres más famosa que Puertas de Tierra.

—Hombre, para algo me tiene que haber servido nacer en el Barrio de la Viña, jefe.

—Al grano, Amanda.

—Pues al grano, sí. Parece ser que cuando los polacos le robaron a los de Curro, ya sabes…

—Sí, a los de la hierbabuena, que parece hasta cachondeo.

—Pues eso, que le dieron leña al mono, tela de candela. Y que Curro los está esperando para la próxima. Ya no es solo que le robaran, que imagínate la gracia que le hizo, sino que lo dejaron en ridículo delante de todos los capos de la provincia.

—Ya, y supongo que habrá jurado venganza.

—Te puedes imaginar. Se dice, se comenta y se rumorea, que ese se está preparando como si se fuera a declarar la III Guerra Mundial y ha jurado por la gloria de su difunto padre, que los polacos no le vuelven a robar la droga. E que, imagínate, otro palo así y no levanta cabeza en su vida.

—Ya, qué lástima. Ya le contaré yo, el día que lo detenga, que en Puerto III le darán de comer gratis, que por sus gastos no tiene que preocuparse. Y a los polacos lo mismo. Qué gentuza…

—Sí, es que además a Curro le han dado donde más le duele a un capo.

—Ya, porque encima se han reído de él. Eso le está bien empleado por listillo, en el fondo.

—Ya te digo, los polacos detuvieron el furgón con la droga vestidos de polis.

—Sí, suplantarnos a nosotros es una estrategia muy utilizada a la hora de robar droga a los narcos. Les dieron el alto, no tuvieron más remedio que parar y cuando se quisieron dar cuenta —me encogí de hombros.

—Sí, cuando se quisieron dar cuenta a Curro no le quedaba marihuana en el furgón ni para hacerse un porro —rio ella.

—Pobre angelito…

—Y encima les dieron leña para parar un tren, para demostrarles quién manda. Dicen que a más de uno de los suyos les ha tenido que pagar piños nuevos. De esta, será mejor que le saque un seguro dental a cada uno de los suyos, le saldrá más barato.

—No, antes los pillaremos a todos, a los unos y a los otros. Tiene que ser en el próximo cargamento que entre, ahí les cercaremos y les daremos la estocada.

—Pues sí, jefe, ojalá. Es que los polacos son pesados también, ¿no les han dejado ya en calzoncillos? Pues podría irse a robar a otro lado, que Curro está que trina, te puedes imaginar.

—Claro que sí, tantos años estudiando para convertirse en narco y ahora llegan los polacos y se las dan todas juntas en el mismo lado —reí.

—Los polacos salen de esta en los Carnavales, ¿lo sabes? Aquí todo lo que pasa se termina cantando en el Teatro Falla. Hasta tú saldrás cuando les eches el guante a unos y a otros, jefe, ya lo verás…

—No sé si eso es un halago o una amenaza —le sonreí—. ¿Qué sabes en concreto, Amanda?

—Pues que Curro se está rascando el bolsillo para hacerse con todo un arsenal que va desde machetes hasta fusiles de asalto. Vaya, que no hablamos de pistolas de las de la feria, jefe.

—Joder, cómo se las gasta el tío.

—Sí, es muy fuerte. Hay que detenerlos antes de que conviertan Cádiz en una batalla campal, con lo tranquilos que vivimos aquí. Que sí, que hay contrabando y trapicheo a más no poder, por la cercanía a Marruecos, pero que aquí siempre se ha vivido de película, tú lo sabes.

—Lo sé, lo sé, también es mi tierra. No te preocupes que van a caer los unos y los otros.

—Y ese día nos vamos a la Plaza de las Flores a comer pescadito frito, jefe, tú invitas —me soltó con todo el descaro.

—Eso está hecho, pero antes nos queda mucho que currar. A ver, sigue contándome, Amanda…

Estaba bien informada. También Alonso y Pepe me pusieron en antecedentes de información que les había llegado por aquí y por allá. Por suerte, Cádiz era como un pañuelito y allí todo se terminaba sabiendo.

Ese día, a la salida del turno, decidí ir a darles una sorpresa a mi padre y a Elvira. No lo tenía planeado, pero toqué en su puerta y ella me recibió con un beso y un abrazo a modo de bienvenida.

—Mamá, siento no haberte avisado, pero es que me apeteció pasar por aquí y ver si me podíais invitar a comer.

—¿Y para qué tiene que avisar un hijo a su madre? Tú sabes que yo siempre preparo la olla del cuartel, por si alguno venís o para sacar un táper para tu hermano y otro para ti.

—Ya lo sé, no tengo ni idea de cómo funciona la vitro todavía, es que ni la he encendido —bromeé.

—Pues la puedes dejar de adorno si quieres, hijo. Falta no te hará ninguna, eso ya te lo advierto. Mira, he npreparado patatas con carne, ¿huelen bien o no huelen bien?

—Huelen de maravilla mamá, si es que tienes unas manos de oro. ¿Y papá?

—Está en el baño, hijo. Pero qué guapísimo te veo, ¿a ti te gusta alguien? Porque esa sonrisita, a mí no me engañas…

—Mamá, por favor —reí, porque ella tenía muchas ganas de emparejarnos a mi hermano y a mí.

Salvado por la campana, pues mi padre salió del baño y se llevó una grata sorpresa.

s—Alex, hijo, qué alegría. ¿Lo ves?, por eso estaba deseando que te trasladaran aquí, porque no hay nada mejor que salir y encontrarse con una visita así, imprevista. ¿Te pongo un vinito?

—Venga, dale…

—Y tú mientras me cuentas cómo te va en el trabajo, que estoy deseando saber. Yo, que siempre he estado en el campo de batalla, aunque fuera en los juzgados, me siento inútil desde que estoy jubilado.

—Tú no eres inútil, Carlos, que me sirves para todo —le comentó ella desde la cocina.

—Sí, lo mismo riego las plantas que voy a la compra, pero como tú comprenderás no es lo mismo. Cuéntame en qué estás, hijo.

—Pues hoy he estado a tope con un caso que traemos entre manos de drogas…

—¿Drogas en Cádiz? No me lo puedo creer —rio.

ɔ

—Pues sí, papá, ¿qué te voy a contar que tú no sepas?

é—Los de la Hierbabuena y compañía, ¿no?

—¿Los conoces? —le pregunté sentándome a la mesa con él mientras Elvira venía con la cazuela para servir esas patatas con carne que, como el resto de sus guisos, tanto eché de menos en mis años de destino fuera.

—Sí, sí, son los mandamases de la droga en los últimos años. A mí ya me pillaron de refilón, pero llegué a conocer a Curro. Ten cuidado con ese tipo porque no se anda con chiquitas.

—Pues no creas, que ha llegado la horma de su zapato a Cádiz y le han dado candela —le comenté.

—Jesusito de mi vida —se santiguó Elvira—. Yo te escucho hablar y me pongo enferma, hijo. ¿Tú llevas chaleco antibalas? —Me tocó debajo de la camisa.

—Mamá, sí, pero solo cuando es necesario, no para venir a comer a casa —solté una carcajada.

—Pues deberías llevarlo siempre, por si las moscas. Solo de pensar en que te pudiese ocurrir algo malo… —suspiró.

—A mí no me sucederá nada de eso, ¿me has oído? Aunque solo sea por no darte ese disgusto, me andaré con todo el cuidado del mundo.

—Eso es, hijo, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo, mamá.

No debe ser fácil que uno de tus seres queridos sea policía. Yo entendía su preocupación, pero también he de deci que yo amaba la vida y no pensaba perderla a manos de cualquier canalla de tres al cuarto, por muy narco que fuese.

—Jesusito de mi vida —se santiguó Elvira—. Yo te escucho hablar y me pongo enferma, hijo. ¿Tú llevas chaleco antibalas? —Me tocó debajo de la camisa.

—Mamá, sí, pero solo cuando es necesario, no para venir a comer a casa —solté una carcajada.

—Pues deberías llevarlo siempre, por si las moscas. Solo de pensar en que te pudiese ocurrir algo malo… —suspiró.

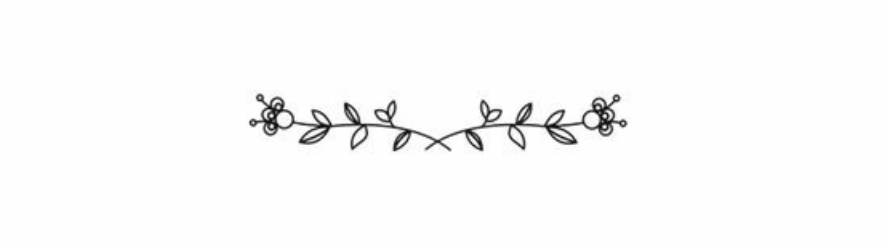
—A mí no me sucederá nada de eso, ¿me has oído? Aunque solo sea por no darte ese disgusto, me andaré con todo el cuidado del mundo.

—Eso es, hijo, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo, mamá.

No debe ser fácil que uno de tus seres queridos sea policía. Yo entendía su preocupación, pero también he de decir que yo amaba la vida y no pensaba perderla a manos de cualquier canalla de tres al cuarto, por muy narco que fuese.

Capítulo 17



Alex

Una nueva mañana de trabajo y Pepe que llegó nuevamente cabizbajo. A ese hombre le pasaba algo, por mucho que no lo dijera.

—Jefe, hombre, deja eso —me indicó el cigarrillo.

—Cuando tú me cuentes qué te pasa…

—¿Entonces lo dejarás? Porque en ese caso abrimos aquí un confesionario como el de "Gran Hermano" y te lo largo todo.

—No estaría mal, aunque es un decir, me hará falta algo más que eso para dejar el vicio.

—Ya me extrañaba a mí, ¿entramos o no entramos?

—Venga, va —lo vi con ganas y tiré el cigarrillo, apagándolo con el zapato.

Dentro nos esperaban Alonso y Amanda con noticias sobre el asunto de las falsificaciones chinas.

—Les estamos cercando, jefe. Parece ser que podrían estar en una nave de un polígono industrial de alguna población cercana. Resulta que Juan se fue por la patilla y…

Todos tuvimos que reírnos con el comentario de Amanda. Era salada a más no poder y lo soltaba todo sin ningún filtro, no podía resultarnos más divertida.

—Amanda, por Dios.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Si es verdad, el chino está cagado y se ha ido con la música a otra parte. No, en realidad él s ha quedado al frente del bazar, pero ya me entendéis…

—Sí, que ha trasladado el taller y con él a toda esa pobre gente.

—Sí, ese explotador se debe pensar que con unos cuantos kilos de arroz y con dos o tres horitas de descanso, van que chutan. Para ese un trabajo a media jornada debe ser de doce horitas.

—Más o menos, ¿y qué dice la gente? ¿Ya no coloca nada en el bazar?

—Casi nada. Yo mandé a Paca, una viejecita vecina de mi antiguo barrio, a que fuera por unas zapatillas, a ver qué le sacaba al chino.

—¿Eso hiciste? ¿Meter a una anciana en la investigación, Amanda?

—Lo dices como si la hubiera enviado a que diera botes en un campo de minas, jefe, qué exageradito eres —rio.

—Venga, venga, ¿y qué pasó?

—Pues que la mujer, eso de las zapatillas deportivas como que no lo entendió mucho y vino con unas babuchas de estar por casa —se partió de la risa.

—Dios mío, eres de lo que no hay —negué con la cabeza.

—Es que aquí a las deportivas las llamamos tenis, ya lo sabes, y de ahí la confusión.

—Total, que por esa parte no tenemos nada —bufé.

—Sí, sí, que luego envié a Vicenta, que es prima de Paca…

—No me lo puedo creer, ¿tú en qué escuela aprendiste esos métodos? Porque ya te digo yo que en la de Ávila no fue —le aclaré.

—En la de la vida, que es la mejor, jefe. Escucha con las orejas, porque Juan le dijo que él ya no vendía zapatillas Nike, que ya no le traía cuenta.

—Y tanto que no, ese se puso a sumar y vio que le faltaban dedos en las manos para calcular los años que estaría en chirona. Y sin facturar, porque por lo demás, en la cárcel descansaría más que en el bazar.

—Pues es verdad, jefe, porque para no dar el cante del todo, ese no se mueve de allí. Parece que le han pegado con Loctite al mostrador, qué tío.

—Sí, va a ser el más rico del cementerio, porque yo no sé para qué quiere amasar una fortuna si total, del bazar no

sale —añadió Alonso.

—Y la playa no la pisa por mucho que viva en el paseo marítimo como otros —dijo ella con retintín, mirándome —. Más que nada lo sé porque ese sigue amarillo como un limón, en protector solar no se gasta la pasta, desde luego.

—Vale, vale… Así que ya tenemos la certeza de que las falsificaciones las envía fuera. Tenemos dos opciones: dar con el taller o con el canal por el que las envía fuera. Quiero que tengáis ojos en todas partes: en los polígonos industriales, en los puertos. Que no se os pase ni un movimiento, por favor.

—Que no jefe, lo que sucede es que el chino sabe más que los ratones colorados, pero ya caerá. Ese termina cayendo en la trampa, te lo digo yo.

—Solo te ha faltado decir que le vas a poner queso. No es tonto, Amanda, ese ya falsificaba cuando y tú yo nacimos —le indicó Alonso.

—Ya lo sé, que esa es otra. Juan debe tener como dos siglos, pero esa gente no parece envejecer. Queso no, pero ese come soja a punta pala, ya te lo digo yo…

Con ella nos reíamos lo que no estaba escrito. A partir de ese día, tuvimos claro que en el bazar ya no se movía nada y pusimos el ojo fuera de él. Eran mis dos primeros casos y estaba loco por resolverlos y causar buena impresión al comisario. No me tenía por ningún lameculos ni nada parecido, que conste, solo que me encantaba hacer bien mi trabajo y que se me reconociera. Si es una falta, supongo que se llama orgullo y sí, yo la tenía.

Alonso y Amanda, comenzaron a preguntar en los polígonos mientras que Pepe y yo nos fuimos a hacer preguntas al puerto. En principio, no había sospecha de ningún cargamento en concreto por parte de los trabajadores, aunque nos llegaron campanas de que Jian, más cabreado que una mona por haberle cortado el grifo en el bazar, aumentó la producción y tenía en mente forrarse todavía mucho más con todo lo que lograba colocar en otros lugares, y ya a lo grande.

Yo aún no tenía el "placer" de conocerlo en persona ni tampoco a Curro o al jefe de la banda de los polacos, un tal Jeny. Sí, no es broma, en polaco Jeny es como Jorge en castellano, por lo que el jefe de la banda se llamaba así.

Para qué contaros el cachondeo de Amanda cuando se enteró de que un tipo duro como ese, que debía dormir con un lanzagranadas debajo de la almohada, se llamaba Jeny.

—No me lo puedo creer, pero si Jeny se llaman dos amigas mías del barrio que ni han estudiado ni nada, aunque ahora que lo pienso, con lo largas que llevan las uñas son más peligrosas todavía que el polaco. A esas les tocas las narices y te crees que te ha cogido un tigre de Bengala —nos decía ella.

Pues sí, que entre unos y otros las horas se nos pasaban volando, buscando información de aquí y de allá. Eso sí,

la información sobre lo que le pasaba a Pepe era más difícil de obtener.

Cada día que pasaba, y eso que yo lo conocía desde hacía muy poco, ese hombre se iba consumiendo. En palabras de Amanda: estaba "como metiéndose para adentro" y razón no le faltaba para definirlo así.

Entre pregunta y pregunta por el puerto, buscando alguna pista sobre el cargamento de Jian, yo trataba de sonsacarle y no había forma.

—Jefe, es que los trapos sucios se lavan en casa. Yo para eso soy de la antigua escuela. Mi padre me lo enseñó así y yo las cosas me las quedo para mí —se defendía él cuando yo le decía que no se abría ni a la de tres.

—Hombre, si yo entiendo que no te abras tanto conmigo, porque no me conoces desde hace mucho, pero sé escuchar.

—No, si orejas tienes…

Hasta me hizo dudar si las tendría grandes o de soplillo o algo, por lo que me llevé las manos a ellas.

—No, tranquilo, si las tienes muy bien puestas, las orejas digo, jefe… Joder, que me estoy liando, que no es que me gusten tus orejas, que a mí no me van los tíos, pero que tampoco son como las del poli ese malo de "El cuerpo en llamas", el tal Albert, que el otro día llegué antes de tiempo y escuché a mi mujer, liada con el Satisfyer y nombrándolo…

—No, no me lo puedo creer…

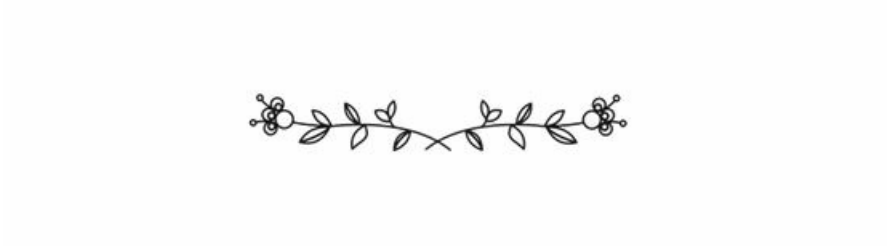
—Que sí, que sí, que el tío se ha puesto todo cachas para la serie y se ha convertido en un sex symbol, él que decía que eso no podía ser porque tenía las orejas despegadas y mira… Ha sido hacer ese papel y ganarse el título. En fin, que unos tanto y otros tan poco —se quejó.

—Pepe, ¿a ti te está afectando la crisis de los cuarenta? Lo digo porque te veo de bajón total…

—Yo es que no sé si cortarme las venas o dejármelas largas, jefe, ese es mi problema —me contestó, aunque siguió en su línea, sin soltar prenda. Al pobre se le veía fatal y yo tenía la certeza absoluta de que algo le ocurría con su mujer. Y no ya por la anécdota del Satisfyer, que eso podía ocurrir hasta en las mejores familias…

La verdad era que los días estaban siendo productivos y Corina no dejaba de mandarme mensajes con indirectas para quedar, pero a mí la que me gustaba era Aitana y esa, a pesar de estar centrado en mis casos, no se me iba de la cabeza en ningún momento.

Capítulo 18



Alex

Iba camino de las dependencias cuando me llegó, por enésima vez esa semana, un mensaje de Corina. Esa chica, por definirla de alguna manera, era más pesada que matar un cochino a besos. Si yo la esquivaba, ¿cómo podía insistir tanto?

He de decir que no solo intentaba quedar conmigo enviándome ciertas insinuaciones picantes, sino que las acompañaba con algunas fotos de esas que eran capaces de levantar a un muerto de tres días, creo que me explico… De no haber sido porque Aitana me comenzaba a hacer mucha chispa, habría saltado a la cama de Corina, pero no pensaba hacerlo por mucho que ella insistiera.

Llegué a las dependencias con el ánimo un poquito alborotado y Amanda me salió al paso.

—Jefe, los polacos están por Cádiz otra vez. Yo no digo nada y te lo digo todo.

—Amanda, ¿cuáles son tus fuentes? Es que yo lo flipo… —le dije tratando de centrarme en el caso.

—Yo fuente en casa no tengo, no soy una pija como otros, que seguro que tú tienes una en el patio. Ay, calla, que me preguntas por fuentes de las otras… Pues tú sabes, yo es que soy más conocida que el Papa aquí en Cádiz, y eso hace que tenga oídos por todos lados.

—Ya te digo, dejas a los del CNI en pañales…

—Sí, sí, son unos pringados a mi lado. Mira, mi amigo Paquito, que trabaja en la gasolinera, oyó a un grupo de tíos hablar y vio que sevillanos y de Triana no eran, que esos eran de mucho más lejos. Y a uno de ellos lo llamaron Jeny. Él flipó porque dice que era un tío que ni Arnold Schwarzenegger en sus tiempos y que se le notaba algo a través del pantalón… No, no pienses mal, que era una pistola. Total, que Paquito, que no es de achantarse, cogió un bate de beisbol que tiene en el almacén por si alguno se le pone farruco, pero no le hizo falta Dice que el tío entró, pagó la gasofa y encima le soltó un billete de cincuenta pavos más… A Paquito se le pusieron los ojos como platos. Imagínate, con lo que le gusta un porro. Pero vamos, que si hubiera sabido quién era el delincuente ese, le podría haber pedido una piedrecita directamente, que lo mismo le deja un canto rodado

allí. Generoso parece que es…

—El dinero que no cuesta ganar se gasta con demasiada facilidad, Amanda.

—Ya, Paquito alucinó con eso de que se llamara Jeny, porque decía que, pese a llamarse así, debía llevar un buen trabuco entre las piernas. Tú ya me entiendes, eso aparte de la pistola —se echó a reír.

—Qué le gusta a mi chica un cachondeo con esos temas —intervino Alonso, que cada día se mostraba más suelto con ella.

—Aguanta el genio, que estamos en las dependencias y le estoy dando al jefe una información muy seria, no te creas que estoy de cachondeo.

—Pues menos mal que es seria…

Me preocupaba saber que ese tipo seguía por allí porque eso solo podía significar que estuviera pensando en otro robo de droga pronto. Bien podía ser de nuevo a Curro, quien entonces creería estar gafado, o a otros narcos de la zona. El asunto es que si se corría la voz de que los polacos campaban a sus anchas por Cádiz corríamos el riesgo de que los narcos se unieran entre ellos para defender lo que era suyo, y aquello se convirtiese en una guerra de poder por la droga.

Extremamos las precauciones y ese día me tocó patrullar con Alonso mientras que Amanda lo hizo con Pepe. Cas que lo agradecí, porque ese hombre, aunque no bajaba la guardia para nada en el trabajo, parecía un alma en pena y no era agradable verlo en ese estado.

—Es verdad, Pepe está de capa caída al máximo, cada día más. Yo no sé qué le pasa a este tío, pero se está apagando como una vela. Yo al principio creía que estaba enfermo o algo, y resulta que no, porque nos hicimos las pruebas médicas y está como una rosa. Deben ser problemas en casa.

—Ya, eso afecta mucho —le contesté a Alonso.

—Pues sí, yo ahora me imagino que me fuera como el culo con Amanda y me deprimo vivo.

—Chaval, es que muerto no te puedes deprimir, no me seas pardillo.

—Ya, pero tú me entiendes, jefe.

—Sí que te entiendo, sí…

—¿Tú tienes novia?

—Yo siempre estoy buscando a mi siguiente exnovia —bromeé mientras me acordaba de Aitana.

—Yo estaba así también, no te vayas a creer. Hasta que llegó Amanda, jefe. Cuando es la tuya, lo sabes enseguida y…

—Espera, espera, calla —le pedí porque después de horas patrullando, algo que yo hacía por gusto porque me encantaba el trabajo de calle y no podía pasar sin la adrenalina que me daba la acción, vi un coche que me llamó la atención.

No fui yo solo el que se puso en alerta, sino que el tipo que lo conducía también pareció haberse tragado de momento una docena de ostras en mal estado de la mala cara que puso. Por la descripción, y porque ocupaba asiento y medio delantero de puro músculo, entendí que era el tal Jeny.

Fue visto y no visto, dado que él me miró, aceleró y, en un gesto de lo más arriesgado, bordeó una anciana a la que yo no pude esquivar.

—¡Mierda, mierda! —exclamé mientras que Alonso se bajó de inmediato a atender a la señora, a la que no matamos de un susto de milagro.

Enseguida entendí que el tipo se había quitado de en medio y que sería imposible seguirlo en esa ocasión, así que me bajé para comprobar también en primera persona el estado de la anciana.

—Señora, ¿está usted bien? —le pregunté.

—De milagro, hijo, qué susto. Ay, qué monos, si sois compañeros de mi niña, de mi vecina Amanda. Claro, ahora que me fijo tú eres su novio, por eso ya no vive en el barrio, porque la has secuestrado —le dijo a Alonso.

—Señora, buena es Amanda para dejarse secuestrar —rio él.

—Eso es verdad, mi niña es una fierecilla, pero tú la has domado. Yo estoy muy contenta por ella. Y otra cosa, ¿me podéis acercar al chino? Es que le compré unas babuchas y ahora se les ha despegado la suela. Ese es un estafador, será sinvergüenza el jodido —lo puso verde en un momentito.

Vaya casualidad y qué contenta iba la señora camino del bazar de Jian. Si ella supiera… Le parecía un estafador por haberle dado unas zapatillas de casa defectuosas, qué bonita era la inocencia.

Lo más grande del caso es que la dejamos allí y, desde fuera, yo la veía hablar con él. Me gustaba observar cómo actuaba el tipo al que estábamos siguiendo y cómo se hacía pasar por un simple dueño de bazar, cuando lo cierto es que ese tenía una legión de chinos escondidos en algún lugar de Cádiz trabajando para él por una verdadera miseria.

—¿Qué dices? ¿Cómo no me vas a cambiar las babuchas si son nuevas y se han estropeado porque no valen nada? Tú ten cuidado conmigo, que no me conoces, ¿eh? —le advirtió la señora.

—¿Y qué va a *hacel* usted? *¿Pegalme?* —se burló de ella, con toda la sangre fría del mundo.

Me fui a bajar en ese momento del coche para ponerle la cara colorada, aunque eso, como me dijo Alonso, era un apoquito difícil, con lo amarilla que la tenía.

—Te voy a pegar, pero como una lagartija al techo, hasta ahí vas a llegar del babuchazo que te voy a arrear —le soltó ella y lo que yo solté fue una carcajada.

De veras que hay ocasiones en las que la realidad supera la ficción porque esa mujer terminó tirándose a la yugular del chino, quien salió del mostrador, y ella correteándole por todo el bazar con la zapatilla en la mano.

Cuando se lo contamos a Amanda un rato después no daba crédito y de la risa, se le veía hasta la campanilla. Esa era la parte más divertida de nuestra profesión, cuando se daban circunstancias así que hacían de contrapeso para otras mucho más duras con las que nos dábamos de cara cada día, como esos pobres a los que Jian tenía esclavizados o esas guerras de poder entre narcos cuyas verdaderas víctimas eran los chavales que terminaban enganchándose a sustancias, no ya como la marihuana, sino como la coca y ciertas drogas de diseño que les fundía el coco.

Lo pensaba todo mientras miraba a Pepe, quien se reía menos que el resto. Él parecía estar en su mundo y no había forma de sacarlo de él. Parte del trabajo de un jefe era procurar que los miembros de su equipo se encontraran lo mejor posible, por lo que ya haría yo por tratar de que se soltara conmigo.

—¿Qué dices? ¿Cómo no me vas a cambiar las babuchas si son nuevas y se han estropeado porque no valen nada? Tú ten cuidado conmigo, que no me conoces, ¿eh? —le advirtió la señora.

—¿Y qué va a *hacel* usted? *¿Pegalme?* —se burló de ella, con toda la sangre fría del mundo.

Me fui a bajar en ese momento del coche para ponerle la cara colorada, aunque eso, como me dijo Alonso, era un poquito difícil, con lo amarilla que la tenía.

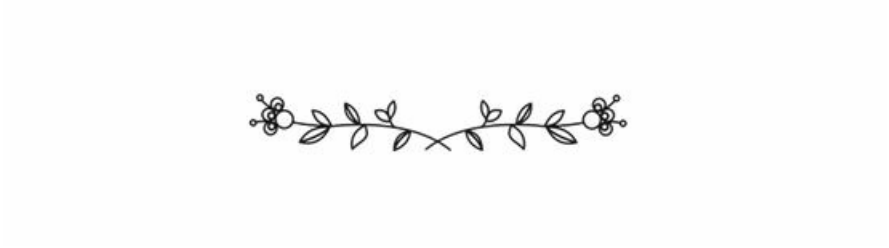
—Te voy a pegar, pero como una lagartija al techo, hasta ahí vas a llegar del babuchazo que te voy a arrear —le soltó ella y lo que yo solté fue una carcajada.

De veras que hay ocasiones en las que la realidad supera la ficción porque esa mujer terminó tirándose a la yugular del chino, quien salió del mostrador, y ella correteándole por todo el bazar con la zapatilla en la mano.

Cuando se lo contamos a Amanda un rato después no daba crédito y de la risa, se le veía hasta la campanilla. Esa era la parte más divertida de nuestra profesión, cuando se daban circunstancias así que hacían de contrapeso para otras mucho más duras con las que nos dábamos de cara cada día, como esos pobres a los que Jian tenía esclavizados o esas guerras de poder entre narcos cuyas verdaderas víctimas eran los chavales que terminaban enganchándose a sustancias, no ya como la marihuana, sino como la coca y ciertas drogas de diseño que les fundía el coco.

Lo pensaba todo mientras miraba a Pepe, quien se reía menos que el resto. Él parecía estar en su mundo y no había forma de sacarlo de él. Parte del trabajo de un jefe era procurar que los miembros de su equipo se encontraran lo mejor posible, por lo que ya haría yo por tratar de que se soltara conmigo.

Capítulo 19



Alex

Llevábamos una mañana frenética de trabajo y nos habían dado el chivatazo de que, entre Curro y Jeny, el polaco, se había declarado una guerra sin cuartel. Lo hablamos a la salida con unas cervezas.

—Va a ser la bomba porque ninguno de los dos tendrá el más mínimo escrúpulo a la hora de tratar de aniquilar a la banda del otro —comentó Alonso.

—Yo lo que no entiendo es por qué ese tío no salió por patas tras robarle el cargamento a Curro, si le quedó bordado.

—Eso es porque querrá demostrarle que él la tiene más larga —se burló Amanda.

—Más o menos eso, es como una demostración de poder —asentí.

—Pero si con lo que le ha robado ya tendría suficiente para vivir tres vidas a cuerpo de rey. Hay que ser desgraciado, si yo tuviera un poquito de dinero, aunque solo fuera un poquito —suspiró Pepe.

—¿Qué harías, amigo? Porque yo creo que tendrías que cogerte un buen psicólogo, tienes el ánimo por los suelos —le hizo ver Amanda.

—No, a mí se me quitaría todo. Yo cogería un par de billetes de avión y me llevaría a Virginia al Caribe —se refirió a su mujer.

—¡Toma ya! ¡Anda que eres tonto! Yo también me cogería unas vacaciones hoy mismo para tumbarme a tomar mojitos en una hamaca, ¿te imaginas, Alonso? —le preguntó a su chico.

—No, es que yo no me iría de vacaciones, Amanda, yo me iría para quedarme.

—¿Para quedarte en el Caribe? Pero si tú siempre has dicho que como en Cádiz no se vive en ninguna parte, ¿qué me estás contando, Pepito? —le hizo ella una carantoña porque comprobó que estaba en las últimas.

—Pues ya no, yo quisiera tener dinero para dejarlo todo e irme lejos con ella…

—¿Te hemos hecho algo? ¿Ya no trabajas a gusto con nosotros? —le preguntó.

—¿Vosotros? Vosotros solo podéis hacerme bien. Sois los mejores compañeros, pero no es eso…

A Pepe le faltó el canto de un duro para derramar lágrimas como puños. Ese hombre, que no podía ser más bueno, era la viva imagen de la desesperación en ese momento. Todos lo vimos igual y por eso nos miramos del modo que nos miramos. Incluso Alonso se encogió de hombros cuando estuvo a punto de echarse a llorar. De nada sirvió que Amanda tratara de consolarlo y de sacarle unas risas, pues Pepe apenas esbozaba una sonrisa en aquellos días.

Aproveché cuando ellos se fueron, y le cogí por el brazo.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Es que quieres tomarte una cervecita más? —me preguntó.

—Sí y no me gusta beber solo. Quédate, por favor.

—Tú lo que quieres es que me tome otra y se me suelte la lengua, que te veo venir…

—Me preocupas, sí, la verdad es que llevo días viendo cómo te consumes. ¿Qué te pasa, Pepe? Suéltalo ya porque hay problemas que si no sacamos de nuestro interior terminan por pudrirnos, y tú lo sabes.

—Es que me da vergüenza, jefe, no puedo…

—¿Un tío como tú que lleva un porrón de años en la policía y no puede? Tú estás hecho ya de la piel del Diablo, dale.

—Sí, la piel la tengo curtida, el problema es el corazón.

—Ya, y no hablas de salud, ¿me equivoco mucho?

—No te equivocas nada. Tío, es que me cuesta mucho hablar de esto. Se trata de Virginia, de mi Virginia, ¿entiendes?

—¿Estáis en crisis? ¿Es eso?

—No o al menos yo no… Igual ella sí, qué sé yo.

—Explícate mejor, ¿cuál es el problema?

—Que está más eufórica en el sexo que nunca, ese es el problema…

El sorbo de cerveza que me estaba tomando en ese momento me salió por la nariz directamente, por lo que me harté de toser.

—Joder qué dolor —me la toqué, me refiero a la nariz, que yo también estaba calentito con las fotos que me enviaba Corina, pero no era plan de demostrarlo.

—Pero dolor, no lo sabes tú bien.

—Tío, que me corten un brazo si te entiendo. Si muchos casados se quejan de falta de sexo, ¿y tú estás así porque tu mujer quiere más tema que nunca?

—No, no es eso, tú no me entiendes.

—Desde luego, como no te expliques mejor.

—Es que Virginia nunca ha sido… Tú sabes a lo que me refiero, ¿no?

—Que no te ha buscado nunca demasiado, ¿no?

—Exacto, jefe, que más bien he tenido que buscarla yo. Y de un tiempo a esta parte…

—Ya, si me contaste lo del Satisfyer, igual es que se ha puesto las pilas con el aparatito y le han entrado ganas.

—No, no es eso, ojalá —suspiró.

—¿Y entonces?

—Entonces es que ha descubierto el sexo con Ramón —me soltó.

—¿Y quién es Ramón? ¿Otro aparato? A ese no lo conozco.

—Y yo tampoco. Verás, creía que le conocía y no. Nunca imaginé que mi colega del alma, que ese tío que se llamaba mi hermano y con el que llevo toda la vida montando en bici me la pegase con mi mujer.

—¿Tu mujer y tu amigo están liados?

—Sí, lo están —me respondió con contundencia.

—Pero, ¿tú estás seguro de lo que dices?

—Claro que lo estoy, ¿no ves lo que estoy sufriendo?

—Pues sí que es verdad, estás con el alma en vilo todo el día y con el suspiro en la boca. Y te estás quedando en los huesos.

—Ya te digo, entre el tute que me doy en la cama y que…

—Pero a ver, ¿estás seguro o no? ¿Qué pruebas tienes?

—Pues tú me dirás, porque ella ha cambiado mucho, está mucho más contenta. Virginia ha sufrido cantidad por no quedarse embarazada. Ella tiene cinco años menos que yo y llevamos mucho intentándolo. Total, que cayó, no voy a decirte en una depresión, pero poco le faltó. Eso fue hará cosa de un año y ahora, de buenas a primeras, la pillo varias veces hablando a escondidas con Ramón, se compra un Satisfyer y quiere tema a todas las horas. Yo he estado leyendo mucho sobre el tema…

—Ten cuidado y asegúrate de lo que lees, porque a veces en Internet encuentras cosas buenas y otras están escritas por cuatro matados, te lo digo yo.

—No, no, yo he leído lo mejor de lo mejor, artículos de, “Cómo saber si tu mujer te pone los cuernos”.

De nuevo tuve que estallar en risas. Pepe era un tío estupendo y me llamaba la atención comprobar cómo alguien así, con tantos años pateando las calles y encontrándose de todo, pudiera ser tan buenazo y creerse lo primero que cayera en sus manos.

—Pepe, que esas son tonterías para críos de quince años, déjate de pamplinas. Tú lo que debes hacer, si tantas dudas tienes, es preguntarle a tu mujer y salir de dudas…

—Claro, qué fácil lo ves tú todo. Y lo negará, lo va a negar seguro.

—¿Y por qué? Si le va genial con él te lo confesará y todos descansareis.

—No, a mí me dará algo. Yo prefiero vivir…

—¿En el engaño? —lo corté— Porque anda que vendes felicidad. Tío, coge el toro por los cuernos.

—Anda que tú también, jefe, ¿tiene que ser por los cuernos? —se quejó.

—Lo siento, Pepe. No quería decir eso.

—No, si ya imagino, es que estoy muy sensible. Oye, yo prefiero dejar las cosas como están.

—¿Seguro?

—Es que no me atrevo a preguntárselo porque, si es verdad, no quiero derrumbarme cuando me lo diga a la cara. Es que me revienta esa idea.

—Y yo lo entiendo perfectamente, pero así no puedes seguir porque te consumirás como una pasa.

—Si tuviera dinero…

—Ya, te irías al Caribe con Virginia, ¿y si ella no se quiere ir?

—No, me refiero a que contrataría a un detective privado, pero es que encima ella quiso que nos comprásemos un coche más grande y la letra supone un pico.

—Ya, ¿y ese es todo el problema? ¿Te quedarías más tranquilo si alguien la sigue y te cuenta lo que hace a tus espaldas?

—Pues sí, la verdad. Ya no puedo con este sufrimiento, me está matando.

—Ok, pues yo lo haré —me ofrecí.

—¿Tú? No puede ser, jefe…

—¿Y por qué no puede ser? Me paso la vida haciendo seguimientos. Total, uno más o uno menos…

—Eres un tío cojonudo, ¿está mal que te lo diga, jefe?

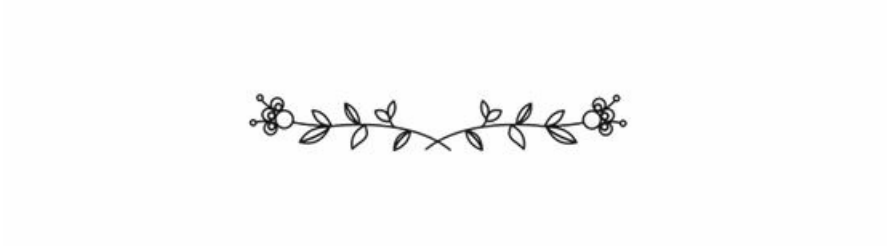
—No, hombre, lo único que está mal es andar por la vida como un cadáver andante y no pedir ayuda, eso es lo único que está mal.

Me estaba metiendo en un marrón porque Pepe me caía genial y porque, de seguir así, terminaría enfermando. En aquellos días había perdido ya varios kilos y de no mejorar, se convertiría en un saco de huesos.

Nos despedimos con un abrazo y le dije que pronto tendría noticias, para bien o para mal, algo que hizo que los ojos se le humedecieran. Estaba sufriendo mucho y necesitaba conocer la verdad, con independencia de que esta doliese.

Lo vi irse y deseé de todo corazón no descubrir nada que a él le rompiese el suyo. La vida a veces nos lleva a puntos dolorosos y ojalá que no fuese el caso.

Capítulo 20



Aitana

Ese viernes por la mañana había recibido un mensaje de Alex en el que quería confirmar que la cena seguía hacia delante.

Le aseguré que sí, que Cintia estaría allí, que podía decírselo a su hermano, quien estaba convencida de que era quien preguntaba, temeroso de que mi amiga se hubiese arrepentido.

Después de mirar entre mi ropa durante algo más de media hora, y descartar una infinidad de posibles looks, acab decantándome por una falda negra, sandalias del mismo color, una camisa roja de tirantes finos, y me recogí el cabello en una coleta alta.

Pedí un taxi para que me llevara hasta el restaurante en el que habíamos quedado, y cuando bajé vi a Alex en la calle fumando.

—¿No entras? —pregunté acercándome a él.

—No quería interrumpirlos —señaló con un ligero movimiento de cabeza hacia el restaurante, y vi que Samuel y Cintia estaban en la barra tomando un vino mientras charlaban o, mejor dicho, reían.

Sonreí al ver así a mi mejor amiga, como hacía tiempo que no se mostraba con un hombre que no fuera mi hermano o mi padre, y noté el brazo de Alex sobre mis hombros.

—¿Qué te parece si los dejamos solos? —dijo, y lo miré con los ojos abiertos— A ver, el propósito de ambos es que ese par de ahí dentro, intime, se conozca y surja algo, además de amistad. Así que, ¿por qué no dejamos que Cupido haga su magia esta noche? Y, para eso, lo mejor es que estén solos.

—¿Y qué excusa le doy a Cintia? Algo tendré que decirle de por qué no puedo venir —arqueé la ceja.

—Seguro que algo se te ocurre. Voy a llamar a mi hermano —sacó el móvil del bolsillo de sus vaqueros y no tardó en saludarlo.

— ¿Qué pasa, hermano?

—Oye, que me ha surgido un asunto y no voy a poder ir a cenar esta noche. No, lo siento —me llevaba aún con e brazo sobre mis hombros y comenzó a caminar hacia su coche—. Una historia de comisaría, ya te contaré. Pásalo bien con las chicas, ¿eh? Que en otra como esa no te ves. Esta noche igual te montas un trío.

Lo miré con los ojos a punto de salírseme de las cuencas, y le di un puñetazo en el estómago, y qué estómago, por Dios, si parecía mármol de lo duro que lo tenía.

—Venga, mañana hablamos.

—¿Un trío? ¿En serio? —grité parándome en seco— Mira, si sois del tipo de hombres liberales para el sexo, Cintia no es así.

—¿Y tú? —sonrió de medio lado— ¿Te va el sexo liberal, preciosa?

—Por Dios —resoplé volteando los ojos y me alejé.

é

—¿Dónde vas?

—A parar un taxi que me lleve de vuelta a casa, y llamar a mi amiga desde allí para decirle que estoy enferma o muriéndome, porque es lo único que se podrá creer para que la deje tirada esta noche.

—Nada de taxis, nada de irte a casa. Esta noche salimos por Cádiz los dos —me cogió por los hombros haciendo que volviera hacia atrás, de camino a su coche.

—No me puedes obligar a ir contigo.

—Y no te obligo, vienes por tu propio pie.

—¿Por mi propio…? —suspiré— ¡Prácticamente me estás arrastrando!

—Estás caminando, no te arrastro.

—Ah, eres de esos, ya veo.

—¿De esos? —Arqueó la ceja abriéndome la puerta.

—Sí, de los que no aceptan un no por respuesta.

—Chica lista —me hizo un guiño antes de que me sentara, cerró la puerta y saqué el móvil para llamar a Cintia.

En cuanto entró y me vio, esperó para poner el coche en marcha.

—Si me dices que no vas a venir, dejo de hablarte el resto de mi vida —dijo a modo de saludo, y suspiré.

—No puedo, lo siento. Es que… creo que me va a bajar la regla porque estoy con unos dolores que me muero.

—Serás hija de… —soltó el aire—. Esto es una encerrona, y no te lo perdono. ¿O ves normal que el hermano de Samuel también le haya dicho que no puede venir? Y estoy con él, lo de un asunto de la comisaría es una excusa muy pobre. Y la tuya, una mierda de excusa. Esto no se le hace a una amiga, ¿eh?

—Ahora estás enfadada, mi reina, pero sé que, el lunes, me lo agradecerás. Disfruta de la noche, y sigue sonriendo como lo has hecho.

—¿Cómo sabes?

Corté la llamada dejándola con la palabra en la boca, total, ya sabía que mi excusa era una mentira.

—Arranca y sal de aquí, antes de que ellos salgan a buscarnos —dije, Alex asintió y puso el coche en marcha.

Acabamos en un bar cerca de la playa, pero lo suficientemente lejos de su hermano y mi amiga, como para que no pudieran encontrarnos.

Nos sentamos en una de las mesas que había en la zona habilitada como terraza, y Alex pidió una botella de vino blanco y algunas raciones para cenar.

—No me puedo creer que haya dejado plantada a mi mejor amiga —dije, cogiendo mi copa de vino.

—La has dejado en buenas manos, Samuel es un buen chaval.

—¿Qué vas a decir tú, que eres su hermano? —Volteé los ojos.

—La verdad, preciosa. Es abogado, y tiene unos valores increíbles, esos que mi padre nos inculcó a los dos. Que yo recuerde solo tuvo un par de novias, una en el instituto y la otra poco después de empezar a trabajar como abogado. Esa última le duró un año o algo así.

—¿Y por qué la dejó?

—Fue ella quien lo dejó a él. Si ha heredado algo de nuestro padre, y mío, es que trabaja mucho.

—A ver, le vi cara de bueno, eso se lo concedo, pero, entiende que tenga un poquito de miedo por ella.

—Puedes estar tranquila, no es un asesino en serie —sonrió haciéndome un guiño.

Trajeron las raciones y cenamos mientras intentaba saber más cosas sobre mí, le conté algunas cosas de cuando Cintia y yo nos conocimos, los años de instituto y la carrera, y entramos en el tema amoroso.

—Nada que destacar —comenté—. No encontré al hombre de mi vida hasta el momento.

—Yo tampoco a la mujer de la mía.

—¿Me alegro o te doy el pésame?

—Joder, alégrate —rio—. Tampoco es que la haya buscado, ¿vale? Pero como dice mi madre, cuando llegue lo sabré.

—Mi madre dice lo mismo, a mi hermano también. No sé cómo se supone que lo sabremos, pero vale —sonreí.

—Dime la verdad, tienes que tener una lista larga de pretendientes.

—Si es así, nunca la he visto. Pero vamos, podría decir lo mismo sobre ti. O sea, mírate —dije señalándolo—. Atractivo, alto, educado, simpático, un ego enorme también, y eres un descarado, pero gracioso. Además de limpio y que hueles muy bien. Tienes que tener a las mujeres esperando que elijas.

—¿Acabas de piropearme, preciosa? —sonrió de medio lado al tiempo que arqueaba la ceja.

—No eran piropos, sino adjetivos calificativos.

—Vale, aceptamos pulpo como animal acuático —rio.

—Por Dios, ¿en serio vas a decirme que no has notado cómo te miran muchas de las mujeres aquí sentadas, y algunas camareras? —murmuré, y él echó un vistazo rápido con disimulo.

—Sinceramente, no me había fijado —se encogió de hombros—. Pero creo que te miran a ti, llenas de envidia, porque el hombre más atractivo, alto, educado, simpático, con un ego enorme también, y descarado, pero gracioso además de limpio y que huele muy bien, está sentado contigo, y es todo tuyo esta noche.

—¿Todo mío? —Elevé ambas cejas— Lo dudo —sonreí cogiendo el vino, necesitaba algo que tener en la mano porque el modo en el que me miraba me estaba poniendo muy nerviosa.

—Todo tuyo, Aitana —me miraba fijamente, y lo dijo con tanta seguridad y de un modo tan rotundo, que me

costó tragar el sorbo de vino, por no hablar de lo que esa mirada y su voz ligeramente ronca hicieron en mi entrepierna.

—Si fueras todo mío —carraspeé dejando la copa—, después de esta cena en la playa, acompañados del leve sonido de las olas llegando a la orilla, me llevarías a tomar una copa, donde nos dejaríamos llevar por alguna canción sensual, nos seduciríamos mutuamente, y acabaríamos la noche en la cama —concluí, siendo más atrevida de lo que nunca antes había sido.

—¿Quién dice que no podamos acabar así la noche? —No apartaba la mirada de la mía— Desde que te vi aparecer con esa falda, no he podido evitar pensar en subirla hasta tu cintura y deleitarme con lo que se oculta baj ella.

—¿En serio llevas pensando toda la noche en follarme?

—Hasta que amanezca, preciosa —respondió.

Sentí cómo me ardían las mejillas, las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa de lo más felina al ver mis mejillas rojas por la vergüenza y lo que él no sabía que se me estaba pasando por la cabeza en este momento, y volví a coger la copa para beberme el vino de un sorbo.

—Debería irme a casa —dije apartando la mirada de él.

—Eso es lo que piensas, pero no lo que quieres hacer. Vamos, tomemos una copa en otro lugar —Alex se puso en pie y vino a retirar mi silla para que me levantara.

Lo miré, sonrió, me tendió la mano y la acepté mientras me ponía en pie. Se la acercó a los labios para besarla sin apartar aquellos ojos color miel de los míos, y las entrelazó para ir hacia la salida.

Pagó nuestra cuenta en la barra y me llevó hasta el coche, donde pude soltar el aire cuando me quedé sola.

No dije nada en el camino hasta el local donde tomaríamos una copa, ni siquiera pregunté dónde iríamos puesto que, al parecer, mi cuerpo y mi mente se estaban dejando llevar por ese hombre en todo momento.

Paró cerca de la entrada de un local que estaba de moda desde hacía un par de años, abrió mi puerta como todo un caballero y volvió a cogerme de la mano para entrar.

—Esto está lleno, creo que no vamos a encontrar ni un rinconcito libre —grité para que me escuchara, dado que la música estaba muy alta.

—En la barra hay un sitio, vamos.

Me llevó hasta el fondo, pidió un gin tonic para mí y un whisky para él, y no dudó en rodearme por la cintura con el brazo manteniéndome pegada a su pecho.

De fondo sonaba una bachata y Alex no dudó en comenzar a mecernos despacio, de tal modo que podía sentir en la parte baja de mi espalda el roce de su entrepierna.

En cuanto nos pusieron las copas por delante, cogí la mía y le di un buen sorbo.

A ver, que no es que yo fuera liándome con todo el que se me ponía a tiro una noche cualquiera, alguna vez lo había hecho, pero esto era… diferente, no sabía explicarlo.

Y entre un sorbo y otro, Alex seguía meciéndonos mientras su mano se mantenía peligrosamente cerca de mi zona íntima por debajo de mi vientre.

¿Cuándo fue la última vez que yo sentí un deseo tan irrefrenable en mi vida? Podría decir que habían pasado meses, puede que tal vez algún año.

Tras esa primera copa, siguieron un par más, y entonces Alex me hizo girar manteniendo una mano sobre mi cadera, colocó uno de mis brazos alrededor de su cuello y entrelazó mi otra mano con la suya.

Lo miré a los ojos y sonrió cuando comenzó a moverse de un modo aún más sensual de lo que lo había hecho hasta entonces.

Separó mis piernas ligeramente y colocó una de las suyas entre ellas, de modo que una de las mías también quedaba prisionera entre las suyas.

Así fue como comenzó a movernos en aquel oscuro rincón, mientras nuestros ojos no dejaban de mirar los del otro, mientras la música nos guiaba a su antojo en cada paso, con esa sensualidad que irradiaba y el mensaje de la letra.

Alguna vez había escuchado esa canción en el coche con Cintia, si no recordaba mal, era Daniel Santacruz cantando, “Lento”.

“Pégate sin miedo con malicia, llename de tu sonrisa el corazón a ritmo de tu cuerpo…”

Alex me hizo girar un par de veces, de modo que la falda se levantó con un leve vuelo, volvió a pegarme de nuevo a su torso y se me escapó un jadeo.

Sus manos se posaron en mis caderas y comenzó a guiarme, pegándome a las suyas, rozando su entrepierna en mi vientre.

—¿Llevas la pistola, o es que te alegras de verme? —pregunté en un susurro de lo más seductor en su oído, y él soltó una carcajada antes de contestar.

—Lo segundo, mezclado a lo que llevo pensado hacerte toda la noche.

"Lento, cierra los ojos y vivamos el momento. Baila conmigo hasta que veas salir el sol…"

Y con bailar sabía que se refería a otro tipo de baile, no ese que estábamos compartiendo en aquel oscuro rincón de un local lleno de gente.

Alex se inclinó, posó sus labios sobre los míos, y el beso que me dio acabó por lanzar llamaradas abrasadoras a m
a entrepierna y por todo mi cuerpo.

No tardó en alzarme en brazos, manteniendo mis piernas alrededor de su cintura, y noté que me pegaba a la pared.

—Alex —gemí cuando se apartó, miré a nuestro alrededor y me moría de vergüenza, había mucha gente que podría vernos.

—A pesar de que está oscuro y sé que nadie vería lo que hacemos, no es así, ni aquí, donde voy a follarte —murmuró besándome el cuello, dejando algún que otro leve mordisco en esa zona.

Se atrevió a retirar a un lado la tela de mi tanga y arqueé la espalda cuando sentí su dedo deslizándose por toda esa
humedad que bañaba mi zona.

—¿Me quieres aquí, preciosa? —preguntó con la voz ronca, podía notar su deseo, el mismo que el mío, obviamente— ¿Quieres que esté aquí dentro? —deslizó el dedo y me penetró un poco— Dime, Aitana, ¿qué quieres esta noche, preciosa?

—Joder, a ti follándome —confesé mordiéndome el labio.

Alex sonrió, me besó y volvió a dejarme en el suelo, entrelazó nuestras manos y salimos de allí, siendo recibidos por la leve brisa de la noche.

—¿Llevas la pistola, o es que te alegras de verme? —pregunté en un susurro de lo más seductor en su oído, y él soltó una carcajada antes de contestar.

—Lo segundo, mezclado a lo que llevo pensado hacerte toda la noche.

"Lento, cierra los ojos y vivamos el momento. Baila conmigo hasta que veas salir el sol…"

Y con bailar sabía que se refería a otro tipo de baile, no ese que estábamos compartiendo en aquel oscuro rincón de un local lleno de gente.

Alex se inclinó, posó sus labios sobre los míos, y el beso que me dio acabó por lanzar llamaradas abrasadoras a mi entrepierna y por todo mi cuerpo.

No tardó en alzarme en brazos, manteniendo mis piernas alrededor de su cintura, y noté que me pegaba a la pared.

—Alex —gemí cuando se apartó, miré a nuestro alrededor y me moría de vergüenza, había mucha gente que podría vernos.

—A pesar de que está oscuro y sé que nadie vería lo que hacemos, no es así, ni aquí, donde voy a follarte —murmuró besándome el cuello, dejando algún que otro leve mordisco en esa zona.

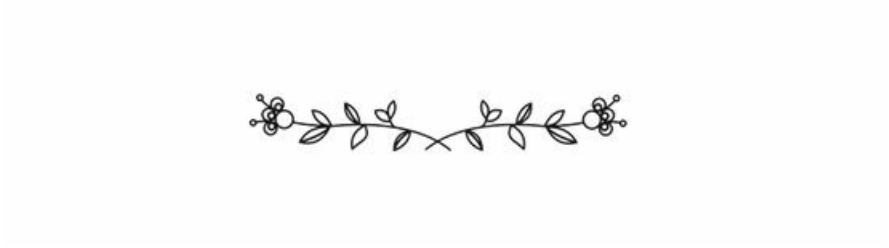
Se atrevió a retirar a un lado la tela de mi tanga y arqueé la espalda cuando sentí su dedo deslizándose por toda esa humedad que bañaba mi zona.

—¿Me quieres aquí, preciosa? —preguntó con la voz ronca, podía notar su deseo, el mismo que el mío, obviamente— ¿Quieres que esté aquí dentro? —deslizó el dedo y me penetró un poco— Dime, Aitana, ¿qué quieres esta noche, preciosa?

—Joder, a ti follándome —confesé mordiéndome el labio.

Alex sonrió, me besó y volvió a dejarme en el suelo, entrelazó nuestras manos y salimos de allí, siendo recibidos por la leve brisa de la noche.

Capítulo 21



Aitana

Acabamos en mi casa, era la más cercana desde el local, y mentiría si dijera que no estaba tan excitada y deseosa como él de que nos arrancáramos la ropa.

En cuanto entramos por la puerta, Alex me cogió en brazos y acabé contra la pared más cercana, mientras su mano buscaba la tela de mi tanga para apartarla a un lado y comenzar a tocarme el clítoris con el pulgar y ligeros pellizcos que me arrancaban un gemido tras otro mientras él me besaba y mordía el cuello y los hombros.

Me penetró con dos dedos y arqueé la espalda mientras enredaba los dedos en su cabello, tirando de él.

Se las arregló para bajarme uno de los tirantes y, como no llevaba sujetador, liberó el pecho y comenzó a lamer el pezón y a succionarlo con avidez.

—Alex —gemí y él pareció soltar un gruñido.

Liberó el otro pecho y le concedió las mismas atenciones mientas seguía penetrándome cada vez más rápido y profundo, haciendo que me acercara a esa liberación que acechaba y me envolvía en deseo.

Sus labios se posaron en los míos con fervor, besaba, lamía, mordía y volvía a besar, hasta que me aferré con fuerza a sus hombros y grité mientas liberaba ese clímax hacia el que me había llevado.

No tardó en dejarme de nuevo en el suelo, se fue arrodillando mientras me besaba el pecho, el vientre, el muslo y la pierna, al tiempo que me quitaba el tanga, y cuando lo hizo, comenzó a dar suaves besos en mi pierna izquierda

Subía con ese camino de besos sin apartar la mirada de la mía, llegó a la parte interna del muslo y con una sonrisa de lo más pícara, se desvió hacia mi sexo.

—Oh, Dios —gemí cerrando los ojos, apoyada en la pared con ambas manos, cuando pasó la lengua con una lenta lamida.

Colocó mi pierna sobre su hombro y, sosteniéndome por las caderas, comenzó a lamer y saborear mi sexo sin descanso, llevándome de nuevo al borde de ese precipicio donde acabaría encontrando de nuevo el orgasmo.

Jadeaba, gemía y gritaba mientras me temblaba todo el cuerpo, mientras las piernas parecían volverse gelatina cor cada nueva oleada de placer que Alex provocaba, y cuando añadió dos dedos para penetrarme a la ecuación, esas oleadas se convirtieron en verdaderos tsunamis que amenazaban con arrasar todo a su paso.

Con el cuerpo tembloroso, y agarrada a uno de sus hombros con una mano y la otra enredada en su cabello, el orgasmo me alcanzó haciendo que todo mi ser se sacudiera de un modo casi salvaje que nunca antes había experimentado.

Tras la última sacudida, Alex me cogió en brazos y me llevó hasta el sofá, donde me hizo colocarme de rodillas y con los brazos apoyados en el reposabrazos.

Se puso un preservativo y de una sola embestida rápida y fuerte, me llenó por completo hasta lo más hondo de mi ser.

Sus manos se mantenían firmes sobre mis caderas, acercándome a él en cada profunda embestida con la que reclamaba mi cuerpo. El sonido de mis jadeos y gemidos se mezclaban con los suyos haciendo que el salón de mi casa no fuera tan silencioso como cuando llegamos.

Mientras me penetraba una y otra vez sin parar, sin descanso y sin perder el ritmo, Alex agarró mi coleta y tiró de ella hasta que mi cara se encontró con la suya.

Me besó con furia y posesividad, como si de ese modo me reclamara completamente esa noche, como si se entregara siendo todo mío tal como había dicho.

Pero esto era sexo, simple y llanamente, así lo veía yo. Lo que no quitaba que pudiéramos repetir porque, siendo sincera, el sexo con este hombre estaba siendo jodidamente increíble y brutal.

Me rodeó por la cintura con el brazo, salió de mi interior y se sentó en el sofá llevándome con él, sentándome a horcajadas sobre su regazo manteniendo mi espalda pegada a su torso, y así me volvió a penetrar.

—Dios mío —jadeé al sentirlo mucho más profundamente en esa posición.

—¿Estás disfrutando, preciosa? —interrogó en un susurro jadeante.

—Joder, sí —comencé a moverme al tiempo que él me guiaba con las manos en mis caderas y me besó de nuevo.

Fui yo quien rompió el beso y, en un alarde de valentía y subidón sexual que nunca antes había tenido, provocado por el deseo y la lujuria que ese hombre irradiaba y con el que me envolvía, cogí sus manos y llevé una sobre mi

sexo y la otra a uno de mis pechos, lo miré por encima del hombro mientras me apoyaba con las manos en sus rodillas, y sonrió al saber lo que quería.

Comencé a moverme, a ser yo quien le follaba en ese momento dejándome llevar por el tsunami que aún me arrastraba hacia el abismo, mientras él me pellizcaba el pezón con una mano y con la otra hacía fricción en mi clítoris.

Mis gritos iban siendo cada vez más y más fuertes, un escalofrío me recorrió de pies a cabeza y cuando sentí que en el centro de mi vientre el orgasmo empezaba a formarse y querer ser liberado, me moví más y más rápido.

—Mierda, Aitana, no voy a aguantar más —dijo, y eso fue suficiente para mí.

Volví a moverme más rápido y cuando sentí que Alex se tensaba y que mi propio orgasmo llegaba, dejé que este me alcanzara de un modo tan brutal, que grité sin poder dejar de moverme arriba y abajo sobre él.

Alcanzamos el clímax juntos, Alex me atrajo hasta su cuerpo y podía sentir en mi espalda el fuerte latido de su corazón, ese que estaba tan desbocado como el mío.

Cerré los ojos y me permití unos minutos allí, quieta entre sus brazos, mientras recobraba el aliento y él me besab el cuello y el hombro.

Estaba hecha un desastre, de eso no tenía duda. No me había visto, pero podía imaginar cómo lucía en ese momento.

La camisa enrollada bajo mis pecho, la falda completamente alrededor de mi cintura, la coleta despeinada, mi sexo derramando el resultado de mis múltiples orgasmos, y el sudor provocando que mi maquillaje se hubiera corrido.

Y entonces la realidad me sacudió. Acababa de acostarme con un hombre en mi propia casa, algo que nunca, bajo ningún concepto, había hecho antes.

Me incorporé y recompuse como pude mi ropa.

—Tienes que irte —dije mirándolo por encima del hombro, Alex arqueó la ceja.

—¿No quieres que me quede a pasar la noche? —preguntó— Tengo más de esto para rato —sonrió.

—Mi hermano vendrá por la mañana temprano —mentí—, y no suele gustarme que vea con quién he follado.

—Puedo irme antes de que él llegue —contestó mientras se levantaba, quitándose el preservativo.

—Mejor que no —me giré y fui hacia la puerta, no tardó en seguirme mientras se vestía, pero antes fue a la cocina a deshacerse de las pruebas del delito.

—Aitana —me llamó cuando llegamos a la puerta, cogiéndome por la cintura.

—Que quede claro, no busco nada y tú tampoco —no dejé que hablara—. Ha estado bien, hemos follado y tenemos nuestros teléfonos por si un día nos apetece tener otro encuentro.

—¿Eso quiere decir que me llamarás, preciosa? —susurró con los labios a escasos centímetros de los míos, mirándome fijamente.

—Eso quiere decir que tal vez te llame cuando esté un poco estresada por el trabajo y quiera follar para quitarme tensiones.

—Auch, voy a ser un hombre objeto, eso ha dolido —dijo y traté de no sonreír, pero fracasé.

—Quién sabe, tal vez seas tú el que me llame primero —abrí la puerta—. Adiós, Alex.

aMe besó de nuevo y con una exigencia que por un momento me hizo dudar de si de verdad quería que se fuera o que se quedara y volver a tener un nuevo asalto de ese increíble sexo.

—Hablamos, preciosa —hizo un guiño y se apartó.

—Muy seguro te veo.

—Cuestión de química, lo llaman.

Fue hacia el ascensor y antes de verlo entrar, cerré la puerta y me apoyé en ella.

Acababa de acostarme con un hombre al que conocía de solo un par de días y lo había metido en mi casa, claro que él no dijo en ningún momento que fuéramos a la suya.

¿Y si estaba casado y no me lo había dicho? ¿O si tal vez tenía una novia con la que vivía y simplemente le mintió a ella diciendo que estaría toda la noche trabajando?

Dios, tenía que dejar de pensar en esas cosas, tal vez solo no le gustaba llevar a mujeres a su casa porque estaba hecha un desastre.

Suspiré, recogí el tanga que había quedado olvidado en el suelo, cogí el bolso que estaba en el mueble de la entrada y me fui hacia la habitación.

Tras desnudarme abrí el grifo del agua y me di una ducha rápida, estaba cubierta de sudor, ese que se mezclaba con mi perfume y el de Alex.

Me puse uno de mis pijamas y cuando me metí en la cama vi que la luz de notificaciones del móvil estaba parpadeando. Fruncí el ceño y al cogerlo, vi un mensaje de Alex.

Alex: *He sido el primero en caer, lo reconozco. Te invito a cenar mañana.*

Sonreí, miré por la ventana y la curiosidad me pudo. Me levanté y, tras correr un poco la cortina, miré hacia donde él había aparcado el coche. No me lo podía creer, estaba apoyado en él fumándose un cigarro mirando el móvil.

Cuando vio que había leído su mensaje, miró hacia la ventana y me aparté.

Aitana: *Lo siento, pero tengo planes para mañana.*

Alex: *Yo también, pero puedo cancelarlos. ¿Los cancelas y cenamos? Quiero volver a verte, preciosa.*

Aitana: *Lamento decirte que mis planes no pueden ser cancelados. Buenas noches, Alex. Gracias por una velada… que podría querer volver a repetir.*

Miré por la ventana y me pareció verlo sonreír. No tardó en llegarme un mensaje antes de que se metiera en el coche y lo viera marcharse.

Alex: *Yo también quiero volver a repetir. Buenas noches, preciosa.*

Suspiré, dejé el móvil de nuevo en la mesita y me metí en la cama con una sonrisa que nada tenía que envidiar a una adolescente enamorada.

Y no, no estaba enamorada, solo que aquel hombre tenía una labia de esas con la que convencería a cualquiera de lo que quisiera.

Pero si era sincera conmigo misma, Alex me gustaba.

Tras desnudarme abrí el grifo del agua y me di una ducha rápida, estaba cubierta de sudor, ese que se mezclaba con mi perfume y el de Alex.

Me puse uno de mis pijamas y cuando me metí en la cama vi que la luz de notificaciones del móvil estaba parpadeando. Fruncí el ceño y al cogerlo, vi un mensaje de Alex.

Alex: *He sido el primero en caer, lo reconozco. Te invito a cenar mañana.*

Sonreí, miré por la ventana y la curiosidad me pudo. Me levanté y, tras correr un poco la cortina, miré hacia donde él había aparcado el coche. No me lo podía creer, estaba apoyado en él fumándose un cigarro mirando el móvil.

Cuando vio que había leído su mensaje, miró hacia la ventana y me aparté.

Aitana: *Lo siento, pero tengo planes para mañana.*

Alex: *Yo también, pero puedo cancelarlos. ¿Los cancelas y cenamos? Quiero volver a verte, preciosa.*

Aitana: *Lamento decirte que mis planes no pueden ser cancelados. Buenas noches, Alex. Gracias por una velada… que podría querer volver a repetir.*

Miré por la ventana y me pareció verlo sonreír. No tardó en llegarme un mensaje antes de que se metiera en el coche y lo viera marcharse.

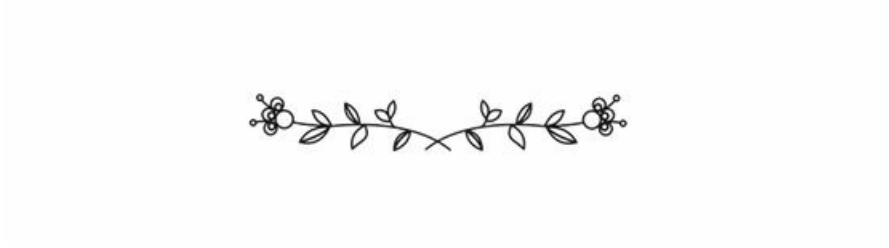
Alex: *Yo también quiero volver a repetir. Buenas noches, preciosa.*

Suspiré, dejé el móvil de nuevo en la mesita y me metí en la cama con una sonrisa que nada tenía que envidiar a una adolescente enamorada.

Y no, no estaba enamorada, solo que aquel hombre tenía una labia de esas con la que convencería a cualquiera de lo que quisiera.

Pero si era sincera conmigo misma, Alex me gustaba.

Capítulo 22



Aitana

Estaba en el salón donde tendría lugar la cata, comprobando que todo estuviera perfecto antes de que comenzaran a llegar los invitados, que estarían a punto de hacerlo, cuando aparecieron mis padres.

—Aitana, hija. Estás preciosa —dijo mi madre, sonriendo.

—Tú sí que lo estás, pareces una reina.

—Las dos estáis radiantes esta noche, cariño —aseguró mi padre, dándome un abrazo—. ¿Y tu hermano?

—Martirizando a Cintia seguramente para comprobar que no falte vino ni jamón esta noche —sonreí.

—Voy a buscarlos, esa muchacha tiene el cielo ganado con tu hermano. Si fueran una pareja…

—Mamá, eso nunca va a pasar, por mucho que a ti te gustaría —reí.

—Deja que sueñe, igual se cumple.

—Lo dudo, ella tiene un pretendiente muy majo.

—Ah, ¿sí? —Mi madre me miró con los ojos abiertos.

—Viendo que estáis a punto de convertiros en un par de viejas chismosas, voy a buscar a David y a Cintia —dijo mi padre, que salió de allí mientas saludaba a los camareros que habíamos contratado para esa noche.

—Así que mi pequeña Cintia tiene un nuevo amor —comentó mi madre, entrelazando el brazo con el mío—. ¿Quién es?

—No es un nuevo amor, mamá —reí—. Bueno, al menos no por el momento. Es un chico del gimnasio al que va,

lleva seis meses interesado en ella, al parecer, pero no se atrevía a invitarla a salir. Es abogado, y su hermano mayor es policía nacional.

—Ah, entonces sí es un buen muchacho —sonrió—. Y ella, ¿crees que está interesada en conocerlo? Mi pobre Cintia, lo ha pasado tan mal en los últimos seis años —suspiró.

—Anoche la dejé sola cenando con él, no me ha contado nada, se enfadó porque dijo que era una encerrona —mi madre arqueó la ceja—. No me mires así, fue cosa del hermano del abogado.

—Vaya dos, conspirando a espaldas de ellos. Pero bueno, incluso Cupido a veces conspira contra un par de amantes.

Mi madre me ayudó a revisar que las mesas altas que habíamos dispuesto por todo el salón estuvieran perfectas, que las botellas del nuevo vino se vieran bien en el improvisado escenario que habíamos montado, y que el jamón se hubiera cortado y servido en más de una decena de platos.

—¿Todos? —escuché que preguntaba mi hermano y al girarme, lo vi aparecer con Cintia y mi padre.

—Sí, jefe. Todos, absolutamente todos los invitados confirmaron asistencia. Qué paciencia tengo contigo —ella volteó los ojos y mi padre sonrió.

—Aitana, ¿la prensa…?

—Me confirmaron asistencia todos, los habituales en nuestras presentaciones, así que, tranquilo, que no tardarán en… Oh, mira, ahí están —sonreí y fui hacia los hombres y mujeres de la prensa escrita y la televisión que solíamos invitar a estos eventos.

Saludé a los diez, uno por uno, y los que venían de periódicos y revistas llamaron a sus fotógrafos para tomarnos algunas fotos a mis padres, mi hermano y a mí, posando junto al nuevo vino y un par de jamones que habíamos colocado con las botellas.

Los de televisión hicieron algunas tomas del salón vacío, de nosotros posando para los fotógrafos y charlando de manera distraída.

Fue entonces cuando comenzaron a llegar los invitados, esos que una de las camareras llevó hasta el salón.

Tras los saludos y cordialidades con aquellos empresarios, algunos dueños de hoteles y restaurantes donde serviar nuestro vino, y varias bodegas donde se vendía, los camareros comenzaron a pulular por el salón con las bandejas llenas de copas de aquel nuevo tinto con matices afrutados y un ligero sabor más dulce que los anteriores.

David y mi padre estaban atendiendo al periodista de una de las cadenas de televisión que había asistido esa

noche, mientras mi madre, se relacionaba con los empresarios y sus esposas, cuando me quedé pasmada al ver aparecer por allí a Alex y Samuel, ambos luciendo sus trajes con corbata como si de dos modelos de revista se trataran.

—¿Y estos qué hacen aquí? —pregunté cogiendo el brazo de Cintia con más fuerza de la que pensaba, haciendo que mirara.

—¿Se han colado?

—No puede ser, solo se accede con invitación, ya lo sabes.

Cuando Alex y Samuel se percataron de nuestra presencia, compartieron la misma mirada de incredulidad que nosotras, fruncieron el ceño y caminaron hasta donde estábamos.

—Anoche me acosté con Alex.

—Samuel y yo nos besamos.

Cintia y yo habíamos hablado al mismo tiempo, nos miramos con los ojos abiertos, los miramos a ellos, y volvimos a mirarnos.

—Creo que tienes mucho que contarme, Aitana —dijo antes de que ellos estuvieran justo a nuestro lado.

—Buenas noches —saludó Alex.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —exigí saber, con el ceño fruncido.

—Hijo, ¿ocurre algo? —preguntó un hombre a su espalda, cuyo parecido con Alex y Samuel dejaba claro que eran sus hijos, al lado de una mujer rubia con los mismos ojos azules que Samuel.

—Nada, papá, solo hemos visto a un par de conocidas.

—¡Alex! —la voz de mi hermano hizo que me girara y, como en cámara lenta, así viví el momento en el que David se acercó al dueño de los ojos color miel que no dejaba de mirarme, le palmeó la espalda y le dio un abrazo ¿Se conocían?— Me alegro de que hayáis venido. Carlos —le apretó la mano al padre de Alex—. Elvira, estás preciosa, como siempre —le dio un par de besos a ella—. Mis padres están allí, si queréis ir a saludarlos.

—Claro —sonrió la mujer—, pero antes quiero que mis hijos me presenten a sus… ¿amigas? —la mujer sonrió mientras arqueaba la ceja.

Mi hermano frunció el ceño, me miró y cuando fue a hablar, Samuel lo hizo primero.

—Mamá, ellas son Cintia y Aitana.

—Encantada de conoceros —dijo con un leve asentimiento, y entonces la voz de mi madre me llegó muy cerca.

—Elvira, ¡qué sorpresa! ¿Alex? ¿De verdad eres tú?

—Pues claro que es Alex, cariño —contestó mi padre.

—¿Vosotros de qué le conocéis? —pregunté.

—Aitana, hija, Alex es el mejor amigo de David desde que eran pequeños. ¿No te acuerdas? Bueno, eras muy niña cuando él venía a casa a estudiar.

Miré a Alex, y a mi hermano, y la cara de ambos era un poema. Mientras que mi hermano David me miraba con el ceño fruncido como queriendo saber qué pasaba entre Alex y yo, su amigo lo hacía con los ojos muy abiertos, lo que me daba a entender que acababa de caer en la cuenta de que había follado con la hermanita pequeña de su mejor amigo.

—Vamos, tomemos un vino y dejemos a los jóvenes hablar —propuso mi padre, tras saludar a Carlos y Elvira, los padres de Alex y Samuel.

En cuanto nos quedamos solos, Cintia me miró mordiéndose el labio, justo antes de que David empezara a hablar.

—Desde que dejaste de ser una niña no has vuelto a ver a Alex —me dijo—, y porque las casualidades no existen o al menos eso pensaba. ¿Dónde os habéis encontrado vosotros?

—Vamos al mismo gimnasio —contesté—. Y todo esto tiene una explicación. Samuel lleva seis meses interesado en Cintia, y cuando Alex me lo contó, ya sabes…

—Sabía que lo de anoche fue una encerrona —protestó Cintia—. Ni tú tenías una urgencia en comisaría, ni tú estabas con dolores de regla.

—No, la regla no le bajó en toda la noche —comentó Alex, con una sonrisa de lo más picarona.

—Alex, que estoy delante —dijo mi hermano—. ¿Te has liado con ella? ¿Esta es la preciosa morena de la que me has hablado esta mañana?

—A ver, nos fuimos a cenar para dejarlos solos a ellos y que se conocieran, tomamos una copa, bailamos y…

—Sí, hermano, anoche me follé a tu amigo sin saber que era él. Pero, ¿cómo no me dijiste que ese amigo al que

tanto apreciabas y visitabas algunos veranos, estaba en la ciudad? Joder, me habría ahorrado el bochorno de ahora

—¿En serio te has follado a mi hermana? Alex, tío, que te conozco y la otra noche…

—Nada, David —le cortó, mirando a mi hermano con la ceja arqueada—. Mira, de hombre a hombre, tu hermana ya es una mujer adulta y anoche lo pasamos bien —mi hermano apretó los puños y lo miró ligeramente cabreado —, me refiero a antes de… ya sabes. Y quedamos en que a los dos nos gustaría volver a repetir la velada.

—Incluyendo el sexo, David —le aseguré.

—Oh, por Dios —mi hermano se llevó la mano al rosto y comenzó a apretarse el puente de la nariz—. Vale, está abien. Acepto que ella es adulta, que os, ¿gustáis? ¿Atraéis física y sexualmente? Joder, esto raro —suspiró—. Perc vale, si queréis ser follamigos o lo que sea, por mí, bien. Solo una cosa, Alex, y la voy a decir una vez y muy en serio. Una sola lágrima de dolor que derrame mi hermana, y te juro que las tuyas se multiplicarán por mil.

l

—Sutilmente te acaba de decir que te arranca las pelotas, hermano —dijo Samuel.

—Lo sé —Alex sonrió—. Pero puedes estar tranquilo, no le haría daño a la hermana de mi mejor amigo.

s —Sigo aquí, por si se os ha olvidado —comenté moviendo las manos entre ellos.

—Es imposible no verte, preciosa —dijo Alex rodeándome con el brazo por la cintura—. Estás impresionante con ese vestido —se inclinó y me besó el cuello.

—¿Qué haces? —Lo aparté— Si esto lo ven mis padres…

—Ya os han visto —informó mi hermano con un suspiro—. ¿En serio? —nos miró— ¿Mi hermana, tío? ¿Mi mejor amigo, Aitana? Os conozco a los dos, y espero equivocarme, pero esto…

—Ni se te ocurra —le advirtió Alex—. No, no digas que no va a salir bien, porque no lo sabes.

—A ver, que no nos vamos a casar, ¿eh, David? Solo, bueno, pues… o sea, salir a cenar, a tomar algo…

—Sí, sí, y el sexo, me queda claro.

—Alex, hijo, es la hora —dijo mi padre, acercándose.

—Hora del discurso, hermano —sonreí, me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla—. Vamos, sube ahí y da a conocer a nuestro nuevo bebé.

—Aitana, tú…

—Soy adulta, ¿vale? Sé lo que hago, David. No me voy a casar con él, pero, mientras llega el príncipe, tendré que estar con algunos sapos, ¿no?

—Te he oído, preciosa —rio Alex.

—No quiero que te haga daño, eso es todo —dijo David.

—Tranquilo, que a la mínima que me haga, me puedo defender —le hice un guiño.

—Mi hermana y mi mejor amigo, quién lo iba a decir —suspiró y me dio un beso en la frente antes de irse.

—Desde luego, esto demuestra que el mundo es un pañuelo —comentó Samuel.

—Hora de cotillear. ¿Qué tal vosotros anoche? ¿Y cómo es eso de que la besaste? —Entrecerré los ojos mirándolo.

Cintia se sonrojó y él me dedicó una sonrisa.

—Surgió cuando la llevé a su casa.

—Buenas noches —miré hacia el escenario donde estaba mi hermano—. Gracias por estar aquí, acompañándonos a mi familia y a mí, en una noche tan especial como esta.

Alex posó la mano en la parte baja de mi espalda, me estremecí ligeramente y cuando lo miré, él estaba observándome con esos ojos de color miel que me hacían sentir un millón de cosas al mismo tiempo.

—Así que, estos eran los planes que no podías cancelar —murmuró en mi oído cuando volví a centra toda mi atención en David.

—Ajá. Soy la responsable del departamento contable, además de hermana del director de la empresa e hija del fundador. Y tú, ¿habrías dejado plantado a tu mejor amigo por una mujer?

—No sería la primera vez que uno de los dos se lo hace al otro, preciosa.

—Ah, muy bonito.

—Dime, ¿tu despacho por está por aquí cerca?

—Varias plantas más arriba —respondí, notando las yemas de sus dedos subiendo y bajando por mi espalda desnuda—. ¿Por qué?

—Porque, desde que te he visto, he querido quitarte ese vestido.

—Disfruten de la noche, y de uno de los mejores vinos de las Bodegas Galán —David acabó su discurso levantando la copa y todos le seguimos antes de dar un sorbo.

—¿Me enseñas tu despacho, entonces? —tragué con fuerza mientras sentía que todo mi cuerpo ardía.

Miré a Alex y las llamas de sus ojos no dejaban lugar a dudas.

Me acabé la copa, la dejé en la bandeja del camarero que pasaba por allí en ese momento, y aproveché que la multitud aplaudía a mi hermano y mi padre, para cogerlo de la mano y salir del salón.

¿Qué me llevaba a hacer aquello? No me reconocía.

—Porque, desde que te he visto, he querido quitarte ese vestido.

—Disfruten de la noche, y de uno de los mejores vinos de las Bodegas Galán —David acabó su discurso levantando la copa y todos le seguimos antes de dar un sorbo.

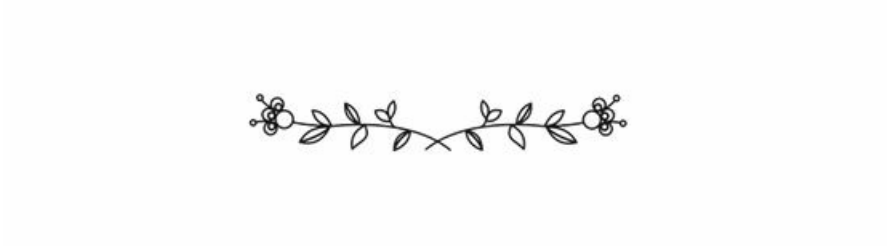
—¿Me enseñas tu despacho, entonces? —tragué con fuerza mientras sentía que todo mi cuerpo ardía.

Miré a Alex y las llamas de sus ojos no dejaban lugar a dudas.

Me acabé la copa, la dejé en la bandeja del camarero que pasaba por allí en ese momento, y aproveché que la multitud aplaudía a mi hermano y mi padre, para cogerlo de la mano y salir del salón.

¿Qué me llevaba a hacer aquello? No me reconocía.

Capítulo 23



Aitana

Nada más traspasar la puerta de mi despacho, Alex me alzó en brazos y me llevó hasta el escritorio.

No le tembló el pulso ni lo más mínimo para inclinarme sobre él, sujetando mis muñecas con una de sus manos, mientras me levantaba el vestido con la otra.

—¿Todos los polis son así? —pregunté.

—No tengo la menor idea —contestó mientras me besaba el cuello y su mano acariciaba la piel desnuda de mis nalgas.

Giré para poder mirarlo y cuando me mordí el labio, se abalanzó a ellos en un beso rudo y profundo. Nuestras lenguas se encontraron y acabé gimiendo en su boca cuando deslizó el dedo entre mis piernas, tocándome el sexo bajo la tela del encaje.

Así consiguió que me humedeciera, podía sentir la tela completamente mojada por su culpa.

—Esto va a tener que ser más rápido que ayer, preciosa —murmuró mientras apartaba la tela a un lado y comenzaba a penetrarme—. Eres una de las anfitrionas y todo el mundo se preguntará dónde estás.

—Dios, deja de hablar y actúa, ¿quieres?

—Vaya, así que me ha salido una contable exigente.

—Oh, joder.

Luché para liberarme, lo conseguí y, tras girarme, me acabé arrodillando ante él para liberar su erección, esa con la que me había estado torturando mientras se rozaba con mis nalgas.

Cuando la envolví en mi mano y lo miré a los ojos, vi su nuez de Adán bajar con dificultad.

Abrí los labios, me pasé la lengua por ellos y sin dejar de mirarlo, la deslicé por su longitud en una lenta lamida que le hizo soltar el aire.

No tardé en acogerla en mi boca y comencé a llevarlo al borde de la locura. Alex cerró los ojos, se dejó caer hacia el escritorio apoyando ambas manos y me dejó hacer sin restricciones.

Él movía las caderas al ritmo que yo marcaba, jadeando cada segundo que pasaba, hasta que se apartó y me sentó en el escritorio para después hacer que me recostara.

Me llevó a un orgasmo de esos que hacen que cada grito arda en la garganta mientas lamía y devoraba mi sexo como si la vida le fuera en ello, y cuando aún estaba bajo esa nebulosa orgásmica que me envolvía, me penetró con una fuerte y profunda embestida hasta llenarme por completo.

Tenía ambos brazos estirados por encima de mi cabeza y con las manos me agarraba a la madera con todas mis fuerzas mientras Alex entraba una y otra vez en mí.

Cada vez gritaba más alto, mi respiración estaba más entrecortada y el choque de nuestros sexos llenaba el despacho.

Alex llevó el pulgar a mi clítoris y comenzó a moverlo en círculos rápidos y rudos, llevándome a un nuevo orgasmo al que se unió él.

Se dejó caer sobre mí, jadeante y con el sudor bañando su frente tras liberar nuestro clímax, y antes de retirarse me besó.

—Hay un baño en el pasillo, será mejor que vayamos a adecentarnos un poco —propuse y asintió mientras se retiraba para ayudarme a bajar de la mesa.

Comprobé que no había nadie en el pasillo, lo llevé de la mano hasta el cuarto de baño y allí nos arreglamos la ropa, el cabello y en mi caso, un poco el maquillaje.

—Estás preciosa recién follada —murmuró abrazándome desde atrás y besándome el cuello.

—Por tu bien, más vale que nadie haya notado nuestra ausencia, y que no se den cuenta de lo que acabamos de hacer. Y una cosita, agente…

—Inspector —me corrigió—. Soy inspector de policía.

—Inspector, qué nivel —volteé los ojos—. A lo que iba. No te enamores de mí, que esto es lo que es.

—Ya, uno de tantos sapos que pasarán por tu vida hasta que llegue el príncipe —dijo con una sonrisa.

—Exacto.

—¿Y si resulta que yo soy ese príncipe?

—Lo dudo, porque ya te he besado muchas veces, y sigues sin llevar corona —me encogí de hombros.

—Me encantas, preciosa —sonrió besando mi mejilla y mirándome a los ojos a través del espejo—. No sé qué tienes, ni lo que harás conmigo, pero me encantas y quiero seguir viéndote.

—¿Para follar a escondidas en mi despacho, con nuestras familias abajo? Eso es perverso.

—Tú sí que eres perversa, que me enciendes con solo mirarte desde que te vi en el gimnasio. Vamos, regresemos al salón antes de que tu hermano me corte las pelotas.

—Puedes apostar a que algún día lo hará, si me haces daño. Así que más vale que, mientras estés conmigo, no se me rompa ni un solo pelo.

Alex sonrió, entrelazó nuestras manos y fuimos hacia el ascensor donde no dudó en besarme de nuevo y cogerme en brazos rozando su entrepierna con mi sexo.

Aquel hombre sabía cómo jugar sus cartas para que una mujer quisiera más de él.
e

Y estaba dispuesta a seguir viéndolo, a conocerlo más allá del amigo de mi hermano al que no recordaba, solo esperaba no estar equivocándome.

En cuanto Cintia nos vio aparecer por el salón, Samuel y ella se acercaron a nosotros con una copa de vino y me dijo que David había estado preguntando por mí.

—¿Qué le has dicho?

—Que saliste a tomar el aire con Alex después de ese momento ligeramente incómodo que habíais vivido —contestó.

—Hermano, o te arreglas la corbata, o David va a saber que, de tomar el aire, nada, que más bien os ha faltado un poquito.

—Huy, qué descarado nos ha salido tu hermano —comenté.

—Tú calla y ven aquí, que se te ha soltado una horquilla —dijo Cintia, arreglándome el cabello.

—Preciosa, para no querer que nuestras familias supieran lo que acabamos de hacer, me parece que no hemos puesto atención en todos los detalles —sonrió Alex.

—Es difícil hacer eso cuando estás delante, que me pones muy nerviosa.

—¿Solo nerviosa? —Arqueó la ceja.

—Yo diría que caliente también —rio Samuel—. Más que una chimenea.

—Menudas confianzas tienes tú ya conmigo, ¿no? —Puse los brazos en jarras.

—Viene David —murmuró Cintia y todos dimos un sorbo a nuestras copas.

—¿Todo bien? —preguntó mi hermano.

—Sí, todo perfecto —sonreí—. ¿Qué tal va la cata?

—Está gustando mucho —dijo mirando alrededor—. Este va a ser un buen vino, hermanita.

—Normal, es un vino de las Bodegas Galán —reí.

Mis padres y los de Alex se acercaron a nosotros, su madre, Elvira, me miraba mucho y sonreía cuando miraba a los ojos de su hijo.

Y entonces me di cuenta de que era el único de su familia con los ojos de color miel.

Después de una charla con ellos, David se llevó a Cintia para revisar algunas cosas, mis padres y los suyos fueron con Samuel a por más vino, y yo me quedé a solas con él.

—¿Tú de quién has sacado ese color de ojos? —le pregunté.

—De mi madre.

—No, de tu madre no porque los tiene azules, como tu hermano.

—Elvira no es mi madre biológica —sonrió dando un sorbo a su copa—. Es la segunda esposa de mi padre. Empezó siendo mi niñera con cinco años, y acabó convirtiéndose en la mujer a la que llamar mamá.

—¿Tu padre le fue infiel a…?

—No, nada de eso, preciosa —me acarició la mejilla—. Mi madre falleció cuando tenía cinco años.

—Oh, yo… Lo siento.

—Tranquila —sonrió—. ¿Qué haces mañana?

—Quedarme en casa, lo más probable.

—Entonces me quedo contigo.

—¿Qué dices?

—Puedo llevar comida, tú pones uno de esos vinos tan buenos, y después pasamos la tarde en el sofá viendo alguna peli.

—O mejor yo hago todo eso sola, y tú, en tu casa.

—No, quiero ir a tu casa.

—Oh, cierto. Olvidaba que eras el tipo que no admite un no por respuesta —volteé los ojos.

—Efectivamente. ¿A las dos te va bien?

—No puedo negarme, así que —me encogí de hombros.

—Perfecto, ya sé dónde vives —hizo un guiño y me llevó con su mano en la parte baja de mi espalda hasta donde estaba Samuel.

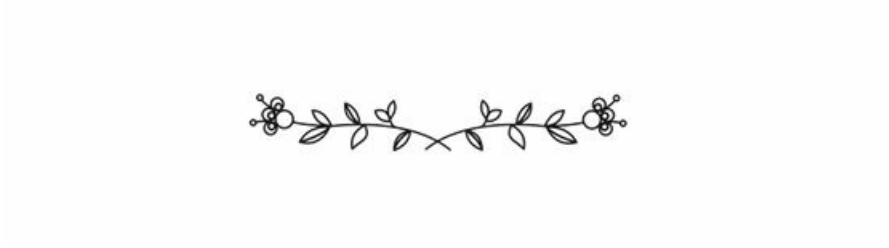
Mis padres habían visto a algunos conocidos y se los estaban presentando a los de Alex.

La noche siguió adelante entre copas de vino y tapas de un jamón Galán exquisito, algunos de los periodistas se acercaron a hablar conmigo y respondí a sus preguntas. Y cuando quise darme cuenta la velada estaba llegando a su fin.

Tras quedarnos solo mi familia, Cintia y la familia de Alex, nos despedimos con la petición de mi madre y la de Alex, que nos juntáramos todos para comer un día de esos en un restaurante.

Algo a lo que todos accedimos.

Capítulo 24



Aitana

A las dos, puntual como un reloj, Alex estaba entrando por la puerta de mi casa.

—Hola preciosa —sonrió y me dio un beso en los labios—. Bonito pijama.

—Yo en casa voy así, con un pijama de verano, o de invierno, más cómoda que todas las cosas —me encogí de hombros.

—Pues me parece perfecto. ¿Dónde dejo la comida?

—¿Qué has traído?

—Una paella del bar que hay cerca de comisaría, es la mejor de toda Cádiz.

—Huele que alimenta, desde luego —dije olfateando el ambiente mientras llevaba la bolsa a la cocina.

Sacó la paella y cogí un par de platos, copas y cubiertos junto con dos manteles individuales para llevarlos a la mesa. Tenía el vino en la nevera y cuando volví a la cocina, lo saqué para descorcharlo.

Alex estaba ya cogiendo la paella, que tenía una pinta buenísima, para llevarla a la mesa.

Serví el vino y tras sentarnos, le dio un sorbo a su copa.

—Este no es el de anoche —comentó.

—No, es uno anterior, pero también es muy bueno.

—Desde luego. Cada vez que David venía a verme a Segovia y traía algún vino, me hacía querer volver a casa para poder disfrutarlos más a menudo.

—Dios, no me puedo creer que en serio seas el mejor amigo de mi hermano.

—Y yo, no te reconocí —rio—. No queda nada de esa niña que llevaba aparato con cinco años y que jugaba en el jardín con un montón de osos de peluche y muñecas sirviéndoles café.

—Ay, por favor, ¿te acuerdas de eso? —Abrí mucho los ojos.

—Poco, pero sí —rio—. Recuerdo que, cuando David y yo teníamos quince años, habíamos quedado con unas chicas de nuestra clase para ir al cine y a la pizzería. Tus padres tenían un evento al que ir y les dijeron que tenía que quedarse cuidándote, así que se chafaron nuestros planes.

—No me digas más, hormonas adolescente, besos y arrumacos con esas chicas en el cine que no pudieron ser —me llevé un poco de paella a la boca y gemí al saborearla—. Está buenísima.

—Te lo dije. Y sí, aquella noche tu hermano y yo por fin íbamos a tener una cita con las chicas que nos gustaban. Creo que por tu culpa esa noche los dos decidimos que nunca tendríamos hijos.

—Por favor, era una niña de seis años.

—Por eso, si hubieras sido más mayor, no tendría que haberse quedado a cuidarte.

—¿No fuiste tú a esa cita?

—No, me solidaricé con él y me quedé en casa, estuvimos hablando por el chat toda la noche.

—Vaya amigo, podrías haber ido a mi casa y ayudarlo a cuidarme.

—Yo tenía mi propio hermano merodeando por la puerta de la habitación pidiéndome jugar a la consola —rio.

Así pasamos la hora de comida, hablando de la infancia que él había vivido con mi hermano, así como sus años de adolescencia, hasta que cada uno se decantó por un camino diferente en lo que al mundo profesional se refería.

Cuando mi hermano entró en la universidad Alex tenía muy claro que quería ser policía, se centró en ello.

Le dije que había cursado mis años de instituto en un internado, donde conocí a Cintia, y después hicimos la carrera y volvimos a Cádiz para trabajar juntas en la empresa de mi familia.

Él me dijo que lo más duro para él como policía, aparte de algunos casos donde tenía que darle a la familia la noticia de que había perdido a un ser querido, fue trasladarse a Segovia donde había pasado esos últimos cinco años.

—Estaba lejos de casa y echaba de menos a los míos, pero tenía claro que algún día volvería y, aquí estoy —se encogió de hombros mientras nos levantábamos para recoger la mesa y preparar café.

—Bueno, yo me fui a estudiar fuera por voluntad propia, pero sé a lo que te refieres. Echar de menos a los tuyos es muy duro, y sentir que necesitas un abrazo, o una palabra de ánimo, y que no es lo mismo escucharla a través del teléfono, eso fue lo peor para mí.

—Mi madre lo pasó mal.

—¿Elvira?

—Sí, ella —sonrió—. Desde que mi padre me dijo que quería a esa mujer y que deseaba casarse con ella, y con el cariño que la tenía por ser la mujer que me cuidaba cuando él no estaba en casa, me sentí afortunado. Ella dijo que no quería ocupar el lugar de mi madre, y yo solo sabía que iba a tener dos mamás. Una cuidándome desde el cielo y otra cuidándome aquí.

—Qué bonito, señor inspector. ¿Es usted un sentimental?

—No se lo digas a nadie —arqueó la ceja y se inclinó para besarme.

Tomamos café, le pregunté cómo había sido su vuelta a casa y la incorporación al nuevo puesto, y dijo que estaban metidos de lleno con un par de casos bastante importantes.

Obviamente no podía hablar sobre ellos, ni yo pregunté.

Tras el café nos sentamos en el sofá, pusimos una película y me pasó el brazo por los hombros, lo que me llevó a acomodarme mejor en el sofá y acurrucarme apoyada en su pecho.

—Si te apetece fumar, puedes hacerlo. David fuma cuando viene.

—Tranquila, por el momento estoy bien —dijo mientras me acariciaba el brazo de manera distraída.

Vimos la película y no faltaron esos besos que me dejaba en la frente, o cuando lo miraba para hablar de alguna cosa que había pasado o que podría pasar en la trama, puesto que era una película de suspense y muchos polis, se inclinaba y me besaba en los labios.

Me acariciaba, me abrazaba y a pesar de mis protestas, me robaba besos cuando le apetecía. Pero en ningún momento la cosa fue a más.

Acabamos pidiendo comida china para cenar mientras veíamos otra película, esa vez una de terror con la que me

llevé más de un susto, y cuando acabó fui yo la que le robó un par de besos a él.

—Se hace tarde, preciosa —dijo acariciándome la mejilla mientras me encontraba sentada a horcajadas sobre él, notando una más que evidente erección bajo sus pantalones—. Debería irme a casa.

—Pues yo creo que cierta parte no quiere que te vayas, aún —sonreí mientras deslizaba las manos bajo su camiseta, acariciando su cuerpo duro como el mármol.

—Pero tengo que irme, por dos motivos. El primero: que mañana los dos tenemos que trabajar. Y, el segundo: que si me quedo pensarás que solo te busco para echar un polvo rápido, y no es así. Con esto quiero decir —me acercó a él para besarme y me abrazó después mientras me miraba a los ojos— que no solo te demuestro a ti que puedo tener una velada de sofá y peli tranquila, sino también a mí mismo.

Eso, o que su mujer o su novia acabará sospechando que tiene un lío con otra si llega oliendo a sexo, fue lo que pensé, pero no le dije.

—Vale, pues ya nos veremos, inspector —dije levantándome, y fui mala, muy mala, debía reconocer, cuando hice mi siguiente movimiento—. Usted se pierde lo que hay bajo el pijama.

La camiseta era de tirante fino, así que bajé uno de ellos por el brazo, aún parada delante de él y con las piernas separadas, lo miré, me mordisqueé el labio, y Alex suspiró.

—Tengo fuerza de voluntad —se pudo de pie y me besó con rudeza—. Esta noche no, pero te aseguro que la próxima vez, voy a follarte hasta que te quedes sin voz de tanto gritar —susurró contra mis labios.

—Eso será si yo quiero que me folles, ¿no? —Arqueé la ceja.

—Preciosa —deslizó la mano por mi vientre, la metió por el pantalón y con la palma me cubrió el sexo mientras me penetraba con facilidad con el dedo corazón—, estarás tan excitada como ahora, y me pedirás que lo haga.

Volvió a besarme mientras me penetraba con fuerza, me agarré a sus brazos y acabé gimiendo en su boca cuando me hizo llegar al orgasmo.

Cuando se apartó, con el deseo cubriendo sus ojos, me mordí el labio y quise pedirle que se quedara. Retiró la mano y sonrió mientras me miraba.

—Buenas noches, preciosa, que descanses. Nos vemos mañana en el gimnasio.

Fue hacia la puerta y yo me quedé allí parada, viendo cómo se marchaba. Me dejé caer en el sofá, cerré los ojos y me froté la frente.

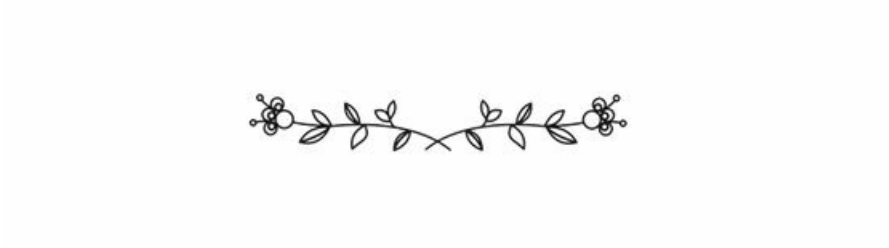
¿Qué me pasaba con Alex? ¿Por qué no quería que se fuera?

Apagué la televisión y me fui a la cama, necesitaba descansar, desconectar, apagarme, y no pensar más en él, al menos por esa noche.

¿Qué me pasaba con Alex? ¿Por qué no quería que se fuera?

Apagué la televisión y me fui a la cama, necesitaba descansar, desconectar, apagarme, y no pensar más en él, al menos por esa noche.

Capítulo 25



Aitana

La tarde del lunes Alex y yo nos vimos en el gimnasio, y después de la rutina de ejercicios, nos fuimos los cuatro a cenar.

Me sorprendió que Cintia estaba mucho más relajada con la presencia de Samuel, no habíamos hablado sobre él y su cena del viernes anterior, puesto que yo había tenido un día de lo más estresante en la oficina, cuadrando cuentas y revisando que todo estuviera perfecto.

Fue después de la cena, cuando ambos chicos se despidieron de nosotras con un beso, cuando me dijo que debía admitir que se ponía muy nerviosa cuando estaba con él, y que sentía algo, que Samuel le gustaba y no había sido consciente de eso hasta que no lo tuvo cerca en aquellas ocasiones.

Le dije que se limitara a vivir el momento y que dejara que pasara lo que tuviera que pasar.

Esa misma lección me la di a mí misma, por eso el martes llamé a Alex para invitarlo a cenar en mi casa, y aceptó

Esa noche no le permití irse sin pasar antes por mi cama, donde los besos, las caricias y un sexo brutal, tomaron el control absoluto de nuestros cuerpos y acabamos exhaustos y abrazados contemplando la Luna que se veía desde mi ventaba.

No se quedó a dormir, se marchó a casa, ya que al día siguiente debía estar temprano en comisaría.

Esa tarde de miércoles, Cintia y yo entramos en el gimnasio y los chicos ya estaban allí, sonrieron al vernos y Alex me hizo un guiño.

—Os va bien, por lo que sé ve —dijo Cintia con una sonrisa mientras nos cambiábamos en los vestuarios.

—¿Y a ti con Samuel?

—Vamos a salir a cenar el viernes. Está de lleno con un caso y el pobre anda agobiado. Por eso decidió venir al

gimnasio, para descargar adrenalina y soltar estrés.

—Anda, igual que yo —reí.

—Serás cabrona, si tu vienes porque yo te obligué.

—Ya, ya, pero le estoy cogiendo el punto a esto de las tablas de ejercicio, como las llama mi hermano.

—Hablando de eso, ¿qué tal lleva David que estés liada con su mejor amigo?

—Pues bien, la verdad. Imagino que, si la cosa se acaba, sea lo que sea esto, no dejará de ser su mejor amigo, obvio que procurará que no estemos juntos en el mismo sitio, pero vaya, que es solo sexo, ¿no? Somos adultos y podemos comportarnos como personas civilizadas si esto acaba.

—Ya oíste a tu hermano, si Alex te hace daño…

—Son cosas que se dicen. Mira, no recuerdo que nunca dijera su nombre cuando iba a verlo, pero sé que lo quiere como a un hermano, no le haría nada. Además, es mi decisión de estar liada con él, son mis fallos si me equivoco y no sale bien.

Fuimos a la sala y empezamos con las rutinas, Oliver como siempre nos acercó el agua y la toalla cuando acabamos en la bicicleta, y en cuanto pasamos a la zona de pesas, Samuel y Alex se unieron a nosotras para ayudarnos.

En más de una ocasión el moreno de ojos color miel me hizo uno de sus guiños mientras me miraba o tocaba de modo que me hacía estremecer.

—No te duches cuando acabes, vamos directos a tu casa y nos duchamos juntos —murmuró mientras me ayudaba a levantar una pesa de mayor tamaño que la que había estado levantado hasta ese momento.

—¿No tiene ducha en su casa, señor inspector?

—Sí, pero me has estado provocando todo el tiempo con tus contoneos, tus movimientos, miraditas y ese modo en el que te mordisqueas el labio, preciosa. Y eso, tiene consecuencias.

—¿Me vas a detener por escándalo público, o algo así?

—No, pero no me tientes, porque lo de esposarte al cabecero de tu cama, se me ha pasado por la cabeza.

—Huy, es la hora de irse —dije dejando la pesa en su sitio—. Cintia, se me olvidó que hoy venía el fontanero a casa, me voy corriendo, no me da tiempo ni a ducharme.

—¿En fontanero a las ocho y media de la tarde, Aitana? ¿En serio? —Mi amiga arqueó la ceja y miró a Alex— Y sé yo qué clase de fontanero y cañería va a ver.

Alex y Samuel soltaron una carcajada mientras que yo me encogía de hombros yendo hacia los vestuarios. No tardó en seguirme él y darme un cachete en el culo antes de que entrara para coger mis cosas.

Nos encontramos en la calle, subimos a los coches y fuimos directos a mi casa.

Las bolsas de deporte quedaron abandonadas en la entrada mientras nos íbamos desprendiendo de la ropa al tiempo que nos comíamos a besos.

Cuando llegamos al cuarto de baño abrí el grifo del agua y Alex me alzó en brazos para sentarme en el mueble de lavabo mientras el agua cogía temperatura.

El muy travieso me llevó al orgasmo con sus hábiles dedos entrando y saliendo rápido y con fuerza de mi vagina, mientras con el pulgar de la otra mano hacía fricción sobre el clítoris.

Volvió a cogerme en brazos y entramos en la ducha, donde primero me enjabonó y lavó el pelo para que después yo hiciera lo mismo por él.

Nos besamos de nuevo y dejamos que nuestras manos vagaran por el cuerpo del otro hasta alcanzar aquello que querían tocar.

Mientras con mi mano lo llevaba al límite de su resistencia envolviendo su erección y notando cómo palpitaba, él hizo que me corriera de nuevo con sus dedos.

Me giró, apoyando mis manos en la pared, elevó mis caderas y embistió con furia hasta llenarme por completo mientras mis gritos se mezclaban con el sonido del agua.

No paró, no bajó el ritmo y no dudó en agarrarme con tanta fuerza, que supe que acabaría teniendo la marca de su dedos en la carne de mis caderas al día siguiente.

—Alex —gemí—. Por Dios, Alex.

—¿Qué necesitas, preciosa?

—Correrme —confesé entre jadeos.

Sin dejar de penetrarme una y otra vez, rápido y con fuerza, de tal modo que supe que él mismo acabaría alcanzando su propia liberación, llevó la mano a mi sexo y comenzó a formar círculos rápidos y concisos sobre m

clítoris hasta que sentí esa oleada de placer que era la antesala al orgasmo.

Cerré los ojos, arqueé la espalda y dejé caer la cabeza hacia atrás, y unas embestidas fuertes más tarde ambos dejábamos que el clímax nos alcanzase.

Grité con tanta fuerza que sentía la quemazón en mi garganta mientras los dedos de Alex se aferraban con fuerza a mi cadera, dejando escapar de sus labios una profunda y larga exhalación tras el placer al que ambos habíamos sucumbido.

Apoyó la frente en mi hombro mientras ambos respirábamos con serias dificultades, me besó antes de retirarse y volvimos a enjabonarnos para limpiarnos.

Cuando salimos de la ducha me envolví la toalla alrededor del cuerpo y él cogió otra que colocó en sus caderas tras secarse.

—¿Quieres quedarte a cenar? —pregunté mientras me secaba el pelo.

—Me encantaría, pero mañana tengo mucho trabajo y, si me quedo a cenar, acabaré metiéndome en tu cama y no querré salir de ella —me besó y fue hacia la entrada para coger su bolsa.

Vi su móvil sobre la cama y empezó a vibrar con el nombre de Corina en la pantalla, fruncí el ceño, pero pensé que podría tratarse de una compañera de la comisaría.

Regresó y se vistió mientras yo me ponía el pijama. En cuanto terminó, me rodeó por la cintura y posó sus labios hinchados, así como lo estaban los míos por nuestros besos, dejando un beso más tierno de lo que habría imaginado antes de apoyar la frente en la mía.

—¿Nos vemos el viernes por la noche? —preguntó mirándome fijamente.

—Vale, ¿traes la cena y vemos una peli?

—Me parece un plan perfecto —hizo un guiño y volvió a besarme antes de coger sus cosas e irse.

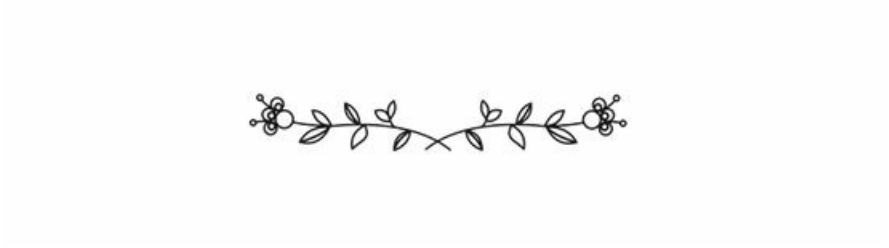
Cuando me quedé sola volví a pensar en esa posibilidad que me rondaba por la cabeza, que yo no fuera más que una amante sin saberlo y que su esposa, o su novia, estuviera en casa esperando a que llegara.

Pero, de ser así, ¿no me lo habría dicho mi hermano? Sonreí al tiempo que negaba quitándome esa locura de la cabeza, y fui a prepararme un sándwich para cenar antes de acostarme.

Mentiría si dijera que no estaba deseando que llegara el viernes.

a

Capítulo 26



Alex

A Pepe le urgía saber porque la pena se lo estaba comiendo. Daba igual que fueras poli, delincuente o que vinieras de pasar un calvario en cualquier otra parcela de tu vida, el asunto era que los problemas del corazón nos afectaban a todos.

Durante un par de días le hice un discreto seguimiento a Virginia por la tarde y no hubo nada en su actitud que levantase mis sospechas. Salió tranquilamente, merendó con amigas mostrándose muy efusiva y contenta, eso sí, y fue de tiendas a quemar algo de tarjeta. En cuanto a su marido, ese también estaba quemando algo. En concreto, quemaba neuronas a puñados y en cualquier momento se le fundirían los plomos.

Me daba una pena tremenda de él, por lo que no abandoné el seguimiento y el tercer día, ¡bingo! Ramón apareció en escena. Experimenté cierto coraje al verlo y pensar que se la estuviera pegando a su amigo. Por lo que Pepe me contó, siempre fueron verdaderos colegas y lo consideraba poco menos que de su sangre, por mucho que no fuera la misma la que corriera por sus venas.

Nada más entrar ese tipo en escena, todos mis sentidos se pusieron en alerta. Cierto que se saludaron con mucha alegría y que estuvieron un rato abrazados, pero, aparte de eso, nada hacía pensar que entre ellos hubiese tomate. Claro que tampoco serían tontos y ella estaba casada, por lo que cabía la posibilidad de que los morreos los dejaran para la intimidad.

Los seguí a cierta distancia y comprobé que seguían sin dar muestras de que estuvieran enrollados, en el sentido de que no se daban la mano ni se cogían por la cintura. Tampoco hacía ninguna falta, nadie decía que entre ellos estuviera surgiendo un amor de leyenda como esos que canta Alejandro Sanz, sino que podía ser un simple lío de cama y punto.

Con esa idea todo el tiempo en la mente, y también aguantándome las ganas de patearle el culo al tipo que tenía a Pepe amargado, vi que llegaban a un local que se alquilaba para celebraciones, ¿qué planeaban esos dos? ¿Acaso iban cogiendo ya hora para su boda? Bonito habría estado, con ella todavía luciendo en su dedo anular la alianza de su matrimonio con Pepe, pues los esperé a las afueras del local y ese detalle sí que pude verlo a través del escaparate.

En fin, que en un momento dado salieron y yo, incluso con muchas ganas de entrar a preguntar qué demonios se les había perdido allí, continué haciendo de su sombra en la distancia.

Llegaron a una cafetería donde compartieron una serie de risas, eso era innegable. Ella estaba feliz, aunque realmente no se rio más que cuando vio a sus amigas días atrás. Aquello que fuese sacaba su sonrisa de oreja a oreja mientras degustaban un café y un trozo de pastel que tenía una pinta estupenda, tanto que me permití pedirme otro desde la esquina de la terraza donde también me senté con disimulo.

En principio la cafetería estaba de bote en bote y no pude escuchar nada entre tanta gente, pero conforme alguna mesa se quedó vacía entre nosotros, comprobé que ella le hablaba de una celebración y de la sorpresa que le daría

—Y si en ese momento se la puedo dar doble, ya es que ni te digo, muero —le decía mientras el otro asentía.
s

—Ya te digo que sí, prepárate porque Pepe es capaz de desmayarse.

No parecían estar burlándose de él en el sentido de que ella fuera a sorprenderlo con las maletas en la puerta. Se trataba más bien de una conversación en la que ambos estaban de acuerdo con que el tío daría brincos de felicidad
y lo cual me hizo reír para mis adentros.

Una vez terminaron de merendar, me quedé mirando el camino que cogieron y esperé un minuto para que no me descubrieran. Sin duda, se dirigían a casa de Virginia y Pepe, donde el tal Ramón se despidió de ella con una sonrisa y un par de sonoros besos en las mejillas tras los cuales giró sobre sus talones. Era evidente que parecía de
lo más contento y no por estar corneando a su amigo. Y en cuanto a ella, en cuanto a esa mujer que llegó a estar deprimida, también parecía un chorrito de alegría.

Yo tenía bastante entre el clan de la Hierbabuena liderado por Curro, el de los polacos liderados por Jeny y el chino Juan, que hasta a mí se me escapaba algunas veces llamarlo de esa forma, sacándole la sonrisa a Amanda.

—¿Lo ves, jefe? Si es que así es mucho más fácil —me soltaba ella, muerta de la risa— y nos entendemos todos.

Total, que no debía perder más tiempo en algo que a Pepe lo tenía muerto, casi literalmente, pero que parecía tene una fácil explicación que me dieron en el local de celebraciones al que me dirigí a continuación con el fin de terminar de esclarecer el asunto.

Un cuarto de hora después, lo llamé por teléfono más que satisfecho.

—A ver, cafre, sé de buena tinta que tu mujer y Ramón te están preparando un cumpleaños sorpresa, así que tendrás que ganarte un Óscar a la interpretación cuando llegue el día, que no quiero que me acusen de aguafiestas, ¿estamos? Por lo demás, no tienes que preocuparte de nada, habla con ella y pregúntale qué le ha hecho cambiar y por qué ahora está tan contenta. Y sí es por el sexo, dale ahí a tope, pico pala, porque debes saber que solo lo

practica contigo.

A Pepe se le hizo hasta un nudo en la garganta y rompió a llorar. Los temas del corazón sensibilizan al más rudo de los tíos, eso ha sido así de toda la vida, aquí y en Pekín, aunque de Pekín prefería yo no hablar porque estaba d chinos hasta… De chinos, de polacos y de la madre que los trajo a todos al mundo, que me traían de cabeza.

Esa noche dormí más tranquilo al saber que lo había ayudado, y por la mañana me lo encontré en la puerta de las dependencias para darme un abrazo de esos de amigos que llegan al alma.

—Aguanta el genio —bromeé.

—Jefe, perdona si me paso de la raya, pero es que no puedo estar más contento.

—Ya te veo, Pepe, ya te veo, ¿todo bien por casa?

—Todo formidable, no te lo puedes ni imaginar. Vengo casi sin dormir…

—Una noche movidita, entiendo. Alguien terminará tirando el Satisfyer —reí.

—No es eso, aunque también, que ha caído un buen polvo antes de venir, aunque en realidad llevamos toda la noche hablando.

—¿Le has contado que sabes lo de la fiesta? No jodas… Yo también hubiera relatado durante horas si alguien me jode una sorpresa así.

—Que no, que no, que lo del cumple me lo he callado, menuda ilusión me hace ver la carita de mi Virginia, cuando crea que me está sorprendiendo…

—¿De tu Virginia? Eso ya me suena mejor, me suena mucho mejor.

—Sí, jefe. He sido un malpensado, ella se veía con Ramón para eso, y que esté tan contenta no solo tiene que ver con que su marido cumpla un año más, por mucho que anoche me dijo que gano con el tiempo como el vino, sino porque le han dado muchas posibilidades de que podamos quedarnos embarazados gracias a un tratamiento de fertilidad.

—¿Qué me estás contando, Pepe? Si esa es la mejor de las noticias.

—Pues sí, jefe, y yo comiéndome el coco a más no poder, que casi me vuelvo loco. Todo esto ha sido una locura, yo no lo he pasado peor en los días de mi vida. Ella no quería decirme nada porque prefería darme la noticia del siglo cuando tuviera un positivo, pero yo…

—Ya, que tú casi mueres en el intento y te ha tenido que contar.

—Pues sí, y no veas si he llorado, a mares lo he hecho porque me ha confesado que se lo calló por no darme el disgusto en el caso de que no lo consiguiéramos, pero lo vamos a conseguir, seguro, jefe, porque yo me pienso meter todas las noches en la cama a darle candela para aumentar las posibilidades. Por falta de ponerle empeño no quedará. Por eso se mostraba tan fogosa y por eso hasta me dijo de comprarnos el coche nuevo, con un maletero en el que se puede meter el carrito de bebé que a ella le gusta, como los de la realeza, con sus ruedas grandes y todo, porque mi Virginia es mi reina y…

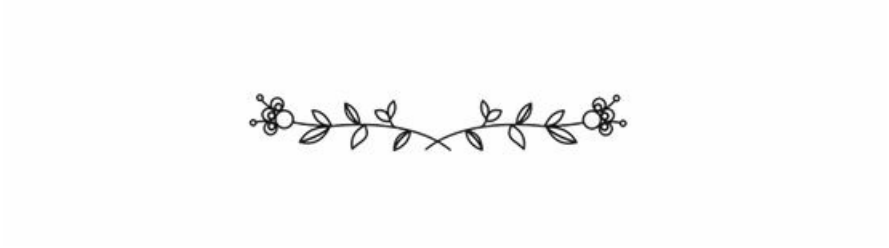
Y a él parecía que le habían dado cuerda. Pepe estaba radiante de felicidad y nos la contagió a todos aquella mañana en la que volveríamos sobre las pistas de unos casos que ya pedían a gritos ser resueltos. Y algo me decía que ya estaban a punto de caramelo y que pronto levantaríamos unas cervezas, brindando por todos y cada uno de nosotros.

—Ya, que tú casi mueres en el intento y te ha tenido que contar.

—Pues sí, y no veas si he llorado, a mares lo he hecho porque me ha confesado que se lo calló por no darme el disgusto en el caso de que no lo consiguiéramos, pero lo vamos a conseguir, seguro, jefe, porque yo me pienso meter todas las noches en la cama a darle candela para aumentar las posibilidades. Por falta de ponerle empeño no quedará. Por eso se mostraba tan fogosa y por eso hasta me dijo de comprarnos el coche nuevo, con un maletero en el que se puede meter el carrito de bebé que a ella le gusta, como los de la realeza, con sus ruedas grandes y todo, porque mi Virginia es mi reina y…

Y a él parecía que le habían dado cuerda. Pepe estaba radiante de felicidad y nos la contagió a todos aquella mañana en la que volveríamos sobre las pistas de unos casos que ya pedían a gritos ser resueltos. Y algo me decía que ya estaban a punto de caramelo y que pronto levantaríamos unas cervezas, brindando por todos y cada uno de nosotros.

Capítulo 27



Alex

La cosa estaba más calentita todavía entre los narcos, y eso que lo normal era que estuviese al rojo vivo.

Por lo visto, los del clan de la Hierbabuena, que habían sufrido en silencio como las hemorroides el tema del vuelco, se habían aliado con varios clanes más, como ya nos temíamos, para así plantarles cara a los polacos.

No hay que olvidar que un robo así, como es natural, no puede ser denunciado. Me habría reído hasta dolerme las costillas si a Curro le da por aparecer por las dependencias para denunciar el robo de un cargamento de droga, eso sí que habría sido digno de ser cantado por una agrupación en el mismísimo Falla.

Lógicamente, estas cosas se resuelven de otra manera. El miedo de Curro era el de que el resto de los clanes le considerasen digno de risa y dejaran de respetarlo. Incluso los suyos, la propia gente de su clan, podrían tomarlo por el pito del sereno si no les enseñaba los dientes a los polacos.

Yo no estaba dispuesto a que Cádiz se convirtiera en una especie de tierra de nadie donde los tiros volaran por la noche entre los unos y los otros. Antes de eso, haría por detenerlos por el motivo que fuese y los metería en prisión preventiva hasta que los ánimos se calmaran.

Los polacos estaban escondidos como ratas de cloaca y no daban señales de vida. Desde el día que me crucé con su jefe en el coche y no pude echarle el guante, nadie volvió a verlo. No obstante, ese tipo era como el viento; no se veía, pero su presencia se notaba.

Amanda, con sus fuentes, siempre manejaba bastante información. Esa chica valía su peso en oro. Ya me la imaginaba con el tiempo también de inspectora, puesto que quería escalar peldaños dentro del cuerpo y yo la veía la candidata ideal.

—Jefe, hay rumores de que Curro ha quedado con los polacos dentro de unas noches para ajustar cuentas. Lo que no sabe el polaco, o sí, es que no solo irá con todos los de su clan, sino de otro montón de clanes más de la bahía, del Campo de Gibraltar y hasta de Sevilla. Te estoy hablando de gente chunga de verdad, los balazos se van a dejar sentir en toda la ciudad…

—Vamos, que desde los bombardeos de Napoleón no ha estado la cosa tan complicadita en esta zona, ¿no? —sonrió Pepe, que todo se lo tomaba ya con muy buen humor. Bendita la hora en la que le hice el seguimiento a su mujer.

—Hay que pararles los pies, jefe. No podemos permitir que esos narcos conviertan Cádiz en una batalla campal. Qué hijos de la gran China, yo por mí, los empapelada a todos hoy mismo y los metía… —intervino Alonso.

—De la gran China mejor ni hablamos, que lo de encontrar la nave de los chinos se está convirtiendo en una especie de misión imposible.

—Jefe, pues si quieres podemos ir llamando a Tom Cruise —bromeó Amanda—, que ese tipo siempre me ha puesto.

—¿Siempre te ha puesto? ¿Y eso desde cuándo? —le preguntó de inmediato Alonso, con ciertos celillos.

—Pues desde siempre, *pisha* —le soltó ella, en el más gaditano de los tonos—, ¿no te estás enterando? Vaya policía estás hecho tú, como siempre interrogues igual —rio.

Formábamos un equipo formidable y, aunque los temas que teníamos entre manos eran realmente duros y complicados, procurábamos tratarlos con el máximo de los buenos rollos para que no nos afectaran demasiado. Eso sí, sin perder ni un ápice de profesionalidad por ello.

Aquel día decidí ir al grano. Curro no parecía temerle a nada y los polacos mucho menos, esos parecían estar hechos a prueba de bomba. Algunos compañeros que ya se habían enfrentado a ellos en otros lugares, como en Madrid, me advirtieron de que esos no se andaban con chiquitas y de que eran capaces de asestarle un par de tiros en la cabeza hasta a su madre, si con eso se salían con la suya.

Sin más, me dirigí en compañía de Pepe a ver a Curro para tratar de disuadirlo. Amanda se quejó de que él y Alonso se quedaran fuera de la visita, pero Pepe contaba con más aplomo por sus años de experiencia como poli.

El tal Curro nos recibió con la chulería propia de un tipo de esa calaña, que se cree el rey del mundo. El suyo era una especie de reinado sin corona en uno de los barrios más humildes y populares de la capital gaditana que aquellas ratas estaban infectando.

—Curro, creo que sabes quién soy —me presenté sin mayores formalismos porque esa gente no suele ser especialmente educada.

—Ya, el último que ha venido a tocarme los huevos —me soltó en la actitud más grosera que uno pueda imaginar

—Más o menos, porque tengo entendido que los polacos te los han tocado antes —le solté con la misma poca

vergüenza. Con esa gente, si no te pones a su nivel, malo.

—Ni puta idea de lo que me hablas, lárgate de aquí y llévate a tu perro, inspector —me ordenó señalando a Pepe.

—Ese al que señalas es un señor, así que me haces el favor de tratarlo como tal, si no quieres que me ponga a pedir órdenes de registro domiciliario al juez y me tengas aquí a todas las jodidas horas del día y de la noche, ¿me oyes?

—¿Quieres quedarte a vivir conmigo, inspector? Siento romperte el corazón, pero no me van los tíos. Tendrás que buscarte a otro.

—A quien le romperán, pero la cara, será a ti. Te estás metiendo en una movida muy grande con los polacos, a esa gente le da igual que corra la sangre, ¿es eso lo que quieres para los tuyos?

—Me la sudan los putos polacos, inspector. Yo me encargo de que no vuelvan a pisar Cádiz, ya que vosotros no valéis ni para estar escondidos…

—La última vez te cogieron por sorpresa, Curro. Entiendo que debes estar bien jodido porque se han largado con tu mercancía, pero piensa que has salido bien parado.

—¿Mercancía? No tengo ni puta idea de lo que me hablas tampoco.

—Claro que no, tú tienes los coches que tienes de vender chatarra, ¿no?

—Es que ahora dan muchas ayudas, paguitas para los que no tenemos nada —me vaciló.

—Sí, sí, paguitas para comprar un Ferrari, ¿y qué otros coches tienes?

—Los que tú no tendrás en tu jodida vida con esa mierda de sueldo que te dan por jugarte el tipo cada día, pringado —me soltó.

—Curro, te diría que algún día te comerás tus palabras, cuando estés en la cárcel, pero…

—Yo no pienso entrar en el talego, ¿me explico?

—Estamos de acuerdo, es justo lo que te iba a decir, que tú vas directo para una caja de pino a este paso.

—Esas ni las mientes, que da mala suerte, y ahora, ¡largo de aquí!

—Puede que la próxima vez que vuelva esto sea un campo de combate y no merece la pena, ¿vas a exponer a toda tu gente solo para demostrarle al polaco que no le tienes miedo? Porque la realidad es que deberías tenérselo.

—¿Miedo a ese soplapollas? Es él quien debe estar cagado, ¿me oyes?

—Alto y claro. Y ahora, óyeme tú a mí, Curro.

—Vaya tostón de tío. ¿Te has creído que eres mi madre? ¿Es que no te largarás nunca?

—Me largaré en cuanto te advierta que les digas al resto de los clanes que lo dejáis, que nosotros nos encargaremos de dar con los polacos y de que no vuelvan a pisar Cádiz.

—¿Nosotros confiando en que la pasma hará una mierda? ¿Tú qué te has fumado antes de venir, tío?

—Yo solo fumo tabaco, aunque si quisiera aliñarlo seguro que sería con algo que hubieras movido tú…

—Pues seguramente —me soltó con toda la chulería.

—Curro, reza porque la próxima vez no te vea en tu velatorio…

—Y dale, que no mientes esas cosas aquí. Qué cenizo eres, tío, ¡lárgate ya!

Negué con la cabeza al irme. Era mi obligación, como inspector, advertir a aquel delincuente de que las consecuencias podrían ser muy graves en el caso de meterse en el terreno en que él se estaba metiendo.

Curro tenía un problema con el cargamento robado porque debía una pasta gansa a sus proveedores, pero en lugar de arreglarlo, se estaba metiendo él solito en la boca del lobo y podía llevarse un mordisco de cuidado.

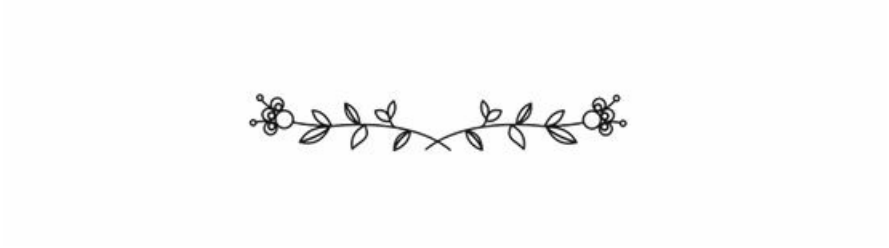
—Jefe, tú ya has hecho todo lo que podías hacer —me comentó Pepe mientras nos subíamos en el coche. Esa gentuza se enfrentará, sí o sí.

—Necesitamos un buen soplo sobre el día y hora porque de otro modo vamos a acaparar todas las portadas de las noticias.

—Amanda es nuestra esperanza, de lo que no se entere ella…

—Tienes razón, esa chica es muy grande, y no me refiero a su tamaño —suspiré pensando en que teníamos un caso gordo entre las manos y que necesitábamos un golpe de suerte.

Capítulo 28



Alex

Aquella mañana me levanté con el presentimiento de que tendríamos movida. Uno no puede explicar ciertas cosas que, además, no tienen ninguna explicación, simplemente sentí eso al incorporarme en la cama.

El cigarrillo que solía acompañar a mi segundo café en la cocina me lo fumé de un modo calmado, como si sintiese que ya tendría que correr más tarde, que el día sería largo.

Cuando eres poli, lo eres a tiempo completo. Por supuesto que tienes unos horarios establecidos, de otro modo sería ridículo, pero cuando llevas una investigación te debes a ella, y si eso te supone quedarte más horas, incluso toda la noche o empalmar con el día siguiente, lo haces.

Amanda llegó a las dependencias más tarde de lo habitual. Ella era bastante puntual y el caso es que Alonso, con quien convivía, ya estaba allí.

—Jefe, está preguntando por aquí y por allá. La cosa está como muy calmada y ella, que es muy cuca, se ha dado cuenta de que puede ser una señal —me dijo Alonso mientras la esperábamos.

Ciertamente, ella lo corroboró al llegar.

—Se están preparando para esta noche. Me debes una, jefe, porque Curro se ha tomado muchas molestias para qu pareciera que no está moviendo un dedo.

—Ya, y ha movido hasta el hombro, ¿no?

—Movida la que se viene encima. He podido saber que los del resto de los clanes ya están aquí.

—¿Estás segura? Tengo gente vigilando y no…

—Han llegado hace unas horas y con mucho disimulo, jefe, pero están aquí. Curro los tiene metidos en los pisos del barrio. Traían unas cajas grandes y no hace falta decirte que no son de regalitos para sus anfitriones.

—Son de armas…

—Sí, estos no vienen con pistolas de fogueo, traen material a lo grande. La buena noticia es que podemos ir ahora a por ellos, e intervenirles todas las cajas. Lo vas a flipar con el material que traen esos tíos…

—Si los detenemos ahora será como eso que dicen de: “pan para hoy y hambre para mañana” —le hice ver.

—¿Por qué, jefe? Entonces, ¿vamos a dejar que se enfrenten?

—No, no que se enfrenten directamente, pero sí que se vean las caras con los polacos. Estrecharemos el cerco durante todo el día y dejaremos que lleguen puntuales a su cita, así podremos detenerlos a todos.

—Ya, claro, porque de otro modo los polacos quedarían libres. Jefe, tú tienes buena cabeza, no te regalaron el ascenso.

—¿Dices de grande? ¿Me estás llamando cabezón?

—No, no, qué va. Me refiero a lo de dentro —me dio un golpecito en ella para comprobar cómo sonaba. Teníamos un rollo estupendo.

—Suerte que tienes tú, jefe. A mí sí que se pasa el día diciéndome que tengo mucha cabeza y que mis gorras las guarde en el garaje, que parecen parasoles —rio Alonso.

—No digas tonterías, mi chincheta favorita —le contestó ella, burlona.

Era importante que quitáramos hierro al asunto porque mi corazonada resultó ser más precisa que un reloj suizo.

En días así, cuando sabes que te la estás jugando, los nervios se crispan con facilidad y es importante mantener la calma. Durante las horas siguientes traté de repasar el plan una y mil veces con los chicos, aun sabiendo que a la policía muchas veces nos toca improvisar, porque nunca sabes cuándo una intervención se puede complicar ni cuánto.

Por supuesto que no estábamos solos. La intervención era de envergadura y en ella participarían otros muchos compañeros llegados desde distintos puntos de la provincia y de Sevilla, varios de los cuales eran verdaderos expertos y pertenecían a los GOES, a los Grupos Operativos Especiales de Seguridad, los mejores a la hora de detener y neutralizar a individuos relacionados, entre otros, con grupos armados, como era el caso.

Conforme las horas pasaban, Amanda parecía atacada de los nervios, Alonso mucho más callado de lo habitual y Pepe muy pensativo. Fumaba un cigarrillo en la calle cuando él salió.

—¿En qué piensas? —le pregunté porque estaba como ido.

—En que espero que todo salga bien en la fiesta de esta noche y no nos toque bailar con la más fea, jefe.

—Claro que no, todo saldrá genial, no te preocupes…

—Es que sería una verdadera putada, en este momento lo sería. No quiero dejar sola a Virginia, y mucho menos ahora que igual ya está embarazada, ¿te imaginas? Porque el tío, que soy yo, por si sí o por si no cumple todas las noches —me sonrió.

—Claro que sí. A ti no te pasará nada, Pepe, tú vas a ser padre, también tengo ese pálpito —le comenté porque ya le había hablado del que tuve esa mañana.

—Ojalá que con esto des también en el blanco, porque estoy loco por tener a mi retoño entre los brazos y que el día de mañana se sienta orgulloso de mí.

—Y lo estará, Pepe, y lo estará, no te quepa duda.

Lo había visto muchas veces. Cuando las cosas se tuercen y llega el momento de la verdad, a la gente le da por meditar sobre lo que es importante para sus vidas. Nos pasaba a todos, probablemente porque cuantos íbamos a intervenir esa noche sabíamos que, por mucho cuidado que tuviésemos, la suerte estaba echada.

Cuando nuestros vigilantes nos comentaron que comenzaba a haber movimiento en el entorno de Curro, nos preparamos. Siempre son instantes en los que la adrenalina comienza a correr a toda velocidad por las venas y sientes que te vienes arriba de una manera bestial.

Por fin llegamos al punto acordado gracias a las indicaciones que nos dieron los nuestros.

—Jefe, aquí hay más gente que en la guerra —me decía Pepe—. Se va a liar el belén, y eso que no es Navidad —me sonreía tímidamente.

—Tú mira el respaldo que tenemos —le dije porque nosotros éramos decenas e íbamos perfectamente armados.

—Lo veo, pero la tensión siempre está ahí…

—Muy cierto, Pepe, muy cierto.

Amanda y Alonso se dirigían miradas cómplices como de que todo saldría bien. Técnicamente no es la mejor idea la de que una pareja acuda junta a una fiesta así, por aquello de que el corazón te puede hacer perder la cabeza en el caso de que veas al otro en peligro, pero ellos se negaron a no participar en aquello y yo hice la vista gorda.

La idea era no dejar que comenzara el tiroteo, no entre aquellos delincuentes, aunque ya contábamos con que todos abrirían fuego contra nosotros en el momento en el que se vieran descubiertos.

Por supuesto que no nos equivocamos y aquello se convirtió en un ir y venir de balas en un periquete. Los GOES avanzaban imparables mientras yo daba instrucciones a los míos, algo que se hizo especialmente difícil en el momento en el que las balas volaban sobre nuestras cabezas y el ruido lo envolvía todo, lo cual empeoró a causa de la polvareda que se levantó por culpa de un viento de Levante al que le dio por hacer de las suyas en una noche especialmente complicada para todos.

Lo cierto es que los del clan de Curro y los del resto de los clanes de la zona terminaron por salir flechados de allí mientras que los polacos demostraron importarles lo mismo ocho que ochenta y nos hicieron frente.

Los GOES se encargaron de que dos de ellos cayeran fulminados y mi arma también pudo alcanzar a uno antes de que yo notara el frío del cañón de una pistola en mi nuca.

Aquel polaco, que resultó ser Jeny, como tendría ocasión de comprobar más adelante, me habló en su idioma, aunque no hay mucho que entender cuando sabes que están a punto de volarte la tapa de los sesos.

Respiré profundo y entendí que, hiciera lo que hiciese, lo tenía bien jodido. La operación, en términos generales, había sido un éxito, pero quizás yo tuviera que pagar un precio demasiado alto por esa victoria. Pensé en varias personas en ese instante en el que el pasado vino a mí en forma de imágenes, pero también pensé en ese futuro que podría compartir con Aitana si aquel criminal no terminaba con mi vida. Aferrado a esa ilusión, volví a respirar profundo para enseguida dejar de notar el frío del cañón y entonces el tipo cayó desplomado.

—Este desgraciado no se carga a mi jefe porque no me da la gana —me dijo Amanda, tras pegarle un tiro en la cabeza y comprendí de la pasta que estaba hecha aquella chica, que ya era una de esas policías que hacen que uno se enorgullezca del cuerpo al que pertenece.

La caída del jefe de la banda polaca fue providencial para que el resto de sus hombres terminara por rendirse y para que pudiésemos dar por finalizada una operación de esas en las que te juegas la vida, segundo a segundo.

Alonso corrió hacia Amanda para abrazarla en ese momento y el único que no se acercó a nosotros fue Pepe, quien se volvió de repente, y entonces comprobamos que estaba herido.

—Pepito, ¿qué te han hecho? —corrió ella hacia él con todo el cariño.

—Nada, estos desgraciados se han creído que podían acabar conmigo y no. Yo he pensado en que igual el día de mañana tengo un hijo y en mi Virginia, y me he dicho que no los dejaría solos por nada del mundo, solo me ha dado de refilón —nos dijo quitando la mano de su sangriento costado.

Lo pudimos comprobar en un segundo y era cierto. La herida no haría temer por su salud y tan solo le supondría

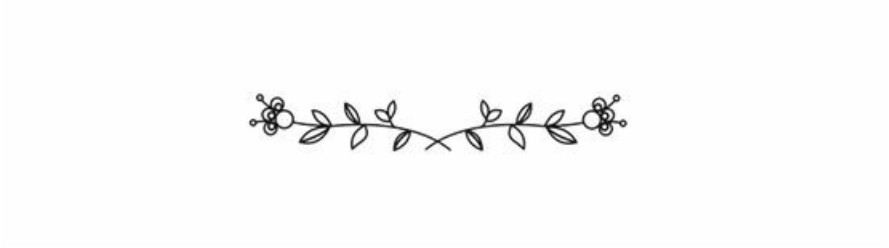
unas semanas de baja. Pepe, pese al dolor, se echó a reír y todos nos reímos con él. No podía tener más arte y fue la mejor culminación para el que podía considerarse el primer éxito de nuestro equipo… Un éxito que no nos lleg del cielo y que nos valió el reconocimiento del comisario, quien elogió nuestra labor delante de las dependencias al completo.

Un policía, también os lo digo, nunca puede respirar tranquilo, y nosotros teníamos aún el caso de Jian abierto, en espera de que nos asignasen los siguientes. La caída de los polacos nos dejó el camino libre para que pudiéramos centrarnos a tope en él, cosa que haríamos sin demora en los siguientes días.

unas semanas de baja. Pepe, pese al dolor, se echó a reír y todos nos reímos con él. No podía tener más arte y fue la mejor culminación para el que podía considerarse el primer éxito de nuestro equipo… Un éxito que no nos llegó del cielo y que nos valió el reconocimiento del comisario, quien elogió nuestra labor delante de las dependencias al completo.

Un policía, también os lo digo, nunca puede respirar tranquilo, y nosotros teníamos aún el caso de Jian abierto, en espera de que nos asignasen los siguientes. La caída de los polacos nos dejó el camino libre para que pudiéramos centrarnos a tope en él, cosa que haríamos sin demora en los siguientes días.

Capítulo 29



Alex

Las cosas, de vez en cuando, se resuelven solas. Quizás no solas, pero sí que el universo te da un empujoncito par que te encuentres con la solución delante de tus narices.

La resolución del caso del vuelco nos hizo sudar tinta a todos, pero no sucedió lo mismo con la del chino Jian. Más que nada, porque a este se le fue un pequeño detalle que hizo saltar las alarmas…

Aquella mañana se presentaba como cualquier otra… Nuevos registros en distintas naves y demás. Se da la circunstancia de que las personas que están hacinadas en condiciones prácticamente de esclavitud para tipos con tan pocos escrúpulos como Jian suelen carecer de papeles. Entre eso, y que se pasan la vida trabajando, no ponen un pie en la calle. Si a ello le sumamos que en muchas ocasiones quienes los meten allí buscan naves más apartadas que otras, a veces operan durante mucho tiempo sin que nadie dé la voz de alarma.

En fin, que todo termina por resolverse y Amanda llegó con una sonrisa de esas más amplia que la boca de un buzón.

—Jefe, te voy a dar la alegría de tu vida —me comentó sin perderla.

—¿No me digas que has echado Euromillones por mí y me ha tocado?

—Qué va, es algo que te pondrá más contento todavía —rio.

—Lo dudo mucho, pero dale…

—En el supermercado del barrio de Juan no queda arroz —afirmó.

—¿Y me toca a mí reponerlo? Pues menuda alegría —reí.

—No, jefe, no queda porque, ¿recuerdas que Juan se acaba de traer a un hijo suyo de China? Juanito se llama…

—Bueno, se llama Jian como su padre, pero para entendernos lo podemos dejar en Juanito, sí —reí de nuevo.

—Pues resulta que el chaval ha sido el que se llevó todo el arroz, y no porque quiera poner un negocio de paellas a domicilio, ya te lo digo yo —me guiñó el ojo.

—Ya, su padre lo ha traído como chico de los recados. Pasa desapercibido por ser un muchacho en edad de universidad y…

—Y en vez de llevarlo a clases su padre lo pone a cocer arroz todo el día y a envasar táperes, eso es. Por eso digo yo que el ascenso no te tocó en una tómbola —me recordó sacando mi sonrisa.

—Oye, y por curiosidad, ¿se puede saber cómo te has enterado tú de lo del arroz? ¿Es que tienes confidentes también en el supermercado?
a

—Más o menos, porque resulta que mi antigua vecina, Paca, ¿te acuerdas de ella?

—Sí, claro, la que casi atropella el polaco y la que luego correteó a Jian por todo el bazar, babucha en mano —reí con ganas porque lo de esa mujer era muy grande.

—La misma, sí, pues resulta que, desde entonces, los chinos como que no le caen muy bien. Y encima estaba ella en el supermercado, con los avíos del puchero ya en el carro, cuando fue a coger el último paquete de arroz que quedaba en la estantería justo cuando Juanito se lo quitó.

—Y se lio la marimorena, ya me lo imagino…

—Date cuenta de que ella echó un vistazo al carro y vio que lo llevaba hasta arriba de paquetes de arroz, de manera que le dijo al chico que ese no se lo quitaba ni en broma, que era suyo.

—Y el chaval debe ser un encanto, como su padre, ¿no?

—Exacto, comenzó a reírse de ella y tiró del paquete, momento en el que Paca cogió su bolso y le dio bolsazos hasta en el cielo de la boca. Yo no sé si el chino sabría kung fu o no, pero lo molió a bolsazos, no le dio tiempo de hacer ni la patada del tornado de lince ni ninguna de esas chorradas, la Paca sí que zurra. Ojalá lo hubiera grabado —me decía ello con ojos triunfantes.

He de reconocer que era el mayor personaje con el que me había topado en Cádiz. Y no me refiero a Amanda, que también, sino a Paca.

A partir de ese momento, todo fue coser y cantar.

—Ya sale Juanito de la madriguera con más arroz que el barco ese que se perdió —me decía ella desde su coche

patrulla unas horas después.

aEfectivamente, el chaval iba cargadísimo y fue cuestión únicamente de seguirlo para llegar a aquella nave abandonada, en medio de la nada, en la que paró su coche.

Se puede ser ruin y miserable, y luego se puede ser como Jian, es decir, todavía peor. En aquella nave no buscamos porque estaba que se caía a pedazos y a nadie se le pasó por la cabeza que un desalmado pudiera meter a un buen puñado de personas allí para explotarlas.

Si un momento de satisfacción viví con mi equipo, ese día compuesto por Amanda y por Alonso, pues Pepe seguí de baja, fue aquel. Hacinadas en las peores condiciones en las que pueda sobrevivir un ser humano, sin agua corriente siquiera, nos encontramos a decenas de ellos a los que incluso la luz del día les molestó cuando les indicamos que debían salir. Allí trabajaban de día y de noche, haciendo una falsificación tras otra para que aquel desalmado se hiciera rico a cambio de un triste plato de arroz y de dejarles vivir en un país que ni siquiera conocían, más allá de aquellas horribles paredes que se caían de humedad.

Sentía que los devolvía a la vida, y los chicos también. En cuanto a aquellos pobres, nos miraban con miedo. Curioso también porque yo pensaba que ya no podía pasarles nada peor.

De vuelta a las dependencias, después de hacer todo el papeleo respecto a los muchos indocumentados que encontramos, y tras la detención de Jian y de su hijo, que contaba con veinte años, Pepe nos llamó para invitarnos a almorzar.

—Os felicito, ya están resueltos los dos casos, y en este no os he hecho falta para nada. Jefe, la nueva generación viene pisando fuerte —rio.

—Sí, y tú pareces muy contento —replicó Amanda porque era cierto, traía una sonrisa imborrable en la cara.

—Es que yo no habré ayudado a detener a Jian, pero…

—A Juan, a Juan y a Juanito, que el niño también se las traía —le corrigió ella.

—Eso, a Juan y a Juanito, a su hijo… Y hablando de hijos, os tengo que contar que ya tengo uno en camino —soltó con lágrimas en los ojos.

—No me lo puedo creer, así que tus esfuerzos han tenido su recompensa. Ya te dije yo que le dieras fuerte y flojo a Virginia —Amanda no se cortaba ni un pelo.

—No le hagas ni caso. Enhorabuena, Pepe —añadió Alonso.

—¿Y por qué no va a hacerme caso si las mujeres entendemos de esas cosas? Cuando tú quieras reproducirte

conmigo, ya te daré yo las instrucciones —le aclaró ella y no nos pudimos reír más.

—Vale, vale, tú ordenas y yo cumplo.

—Eso es lo que tienes que hacer, cumplir siempre como un campeón, que yo soy muy exigente y conmigo tonterías ni mijita.

—Manda más que tú, jefe, te prometo que manda más que tú —me decía Alonso.

aFue un día memorable, un día en el que pensé que el mío, con sus más y con sus menos, era un trabajo que te hacía sentirte especialmente orgulloso en ocasiones así, y no solo de ti mismo, sino de tu equipo. El mío era de los mejores y esa sí que fue una lotería que me tocó incluso más satisfactoria que la de Euromillones, una lotería que no cambiaría por ninguna otra.

conmigo, ya te daré yo las instrucciones —le aclaró ella y no nos pudimos reír más.

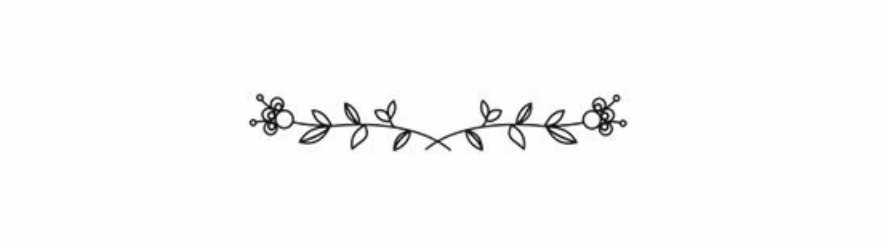
—Vale, vale, tú ordenas y yo cumplo.

—Eso es lo que tienes que hacer, cumplir siempre como un campeón, que yo soy muy exigente y conmigo tonterías ni mijita.

—Manda más que tú, jefe, te prometo que manda más que tú —me decía Alonso.

Fue un día memorable, un día en el que pensé que el mío, con sus más y con sus menos, era un trabajo que te hacía sentirte especialmente orgulloso en ocasiones así, y no solo de ti mismo, sino de tu equipo. El mío era de los mejores y esa sí que fue una lotería que me tocó incluso más satisfactoria que la de Euromillones, una lotería que no cambiaría por ninguna otra.

Capítulo 30



Aitana

El jueves había sido un día de esos locos que acababa con un dolor de cabeza tan fuerte que hasta el aire me molestaba.

Por alguna razón las cuentas no terminaban de cuadrarme, sabía que debía ser un fallo tan insignificante que cuando lo encontrara me diría a mí misma lo tonta que era por no verlo, pero es que, por más vueltas que le di, no conseguí dar con él.

Hasta que hablando con David y revisando entre los dos aquellos papeles, me señaló dónde estaba el pequeño error que me dio semejante dolor de cabeza.

Cintia esa noche había quedado para cenar con Samuel, y lo emocionada que estaba yo con lo que parecía estar surgiendo entre ellos, dos corazones solitarios que se encontraron en un gimnasio y tan solo se observaron y saludaron durante seis meses. Vaya dos, tan descarados en algunas cosas y tan cortados y tímidos para otras.

Por mi parte estuve pensando en Alex todo el día, entre cuentas, cafés y dolores de cabeza, ciertamente, y en escribirle, enviarle un mensaje para ver qué tal le estaba yendo la mañana o cómo había ido su día cuando llegué a casa. Finalmente, no lo hice, básicamente para no molestar puesto que sabía que el trabajo de inspector de policía era complicado.

Un momento de desconcentración, un descuido por su parte, cualquier mínimo error, y podría resultar herido. No, no quería que le pasara nada malo a Alex, era el mejor amigo de mi hermano y…

Vale, ¿a quién quería mentir? No es que no quisiera que no le pasara nada solo porque fuera amigo de mi hermano, sino porque yo misma me preocupaba por él.

Esa mañana de viernes fue un poco más tranquila, al menos en lo que a mi departamento se refería, porque Cintia tuvo más trabajo que la semana anterior cuando preparaba la cata, dado que mi hermano tenía un par de reuniones y una comida con un posible nuevo cliente que adquiriera nuestros vinos para sus tres hoteles.

La pobre andaba con el móvil en la mano cada cinco minutos, ni el café que nos tomábamos a media mañana disfrutó tranquila, que se lo bebió de un par de tragos grandes y regresó al trabajo.

Y yo, mientras me tomaba ese café con una tostada, miraba el móvil, lo desbloqueaba y entraba en la conversación de mensajes que tenía con Alex.

No sabía nada de él desde el miércoles y quedamos en vernos esa noche para que viniera a mi casa y cenáramos. Si no me había dicho lo contrario era porque esos planes seguían en pie, así que, no, tampoco les escribí.

Pasé el resto del día concentrada en el trabajo y ayudando a Cintia con ese dosier que estaba preparando para el dueño de los hoteles con el que comería David, y para cuando llegó la hora de irme a casa, lo hice con el alivio de saber que tenía dos días de descanso por delante.

Al llegar a casa me deshice de los tacones y la ropa de oficinista, me puse el pijama de andar por casa y tras recogerme el cabello en un moño despeinado, recogí un poco haciendo tiempo hasta que llegara Alex, si es que venía.

Estaba terminando de tender ropa cuando llamaron al telefonillo, fui hacia la puerta y al preguntar quién era, la respuesta me hizo soltar una carcajada.

—Policía, abra.

Lo dijo tan serio que parecía que fuera a detenerme de verdad. Abrí y dejé la puerta entornada para que entrara al llegar a mi rellano mientras tendía las últimas toallas.

—¿Aitana? —preguntó desde la entrada cerrando la puerta.

—Un segundo.

—Ah, estabas aquí —me giré al escucharlo y sonreí al verle, tan guapo como siempre con sus vaqueros, una camisa con las mangas arremangadas hasta los codos, y esa sonrisa de anuncio.

—Ya estoy, perdona, es que había algunas cosas que lavar.

En cuanto me acerqué a él, se inclinó rodeándome con el brazo y me besó pegándome a su cuerpo.

Tuve que apoyarme con ambas manos en su torso para no caer cuando sentí las piernas temblorosas, y es que ese hombre era capaz de conseguir que mi cuerpo se deshiciera entre sus brazos con tan solo un beso, y todo lo que presagiaba que podría ocurrir después.

—¿Te he dicho lo jodidamente sexy que estás con estos pijamas? Me lo pones difícil para no llevarte a la cama y

arrancártelos.

—Huy, como me rompas uno solo de mis pijamas, con lo que me gustan, no tienes Cádiz para correr, chaval —le advertí.

—Ya sabes lo que dicen, preciosa, el que rompe paga. Si te rompo uno, te compro tres —hizo un guiño.

—Mejor no rompas nada. ¿No decías que tenías paciencia y autocontrol? Pues que se vea, señor inspector, que se vea —sonreí y le di un par de golpecitos en el pecho antes de salir.

—Por mi madre de mi alma que no puedo con ese culo tuyo, Aitana, me provoca con cada paso —dijo a mi espalda y me eché a reír.

—Se mira, pero no se toca. Primero, la cena.

—¿Vas a ser mi postre? —preguntó arqueando la cena.

—Depende de cómo te portes.

—Voy a ser como un angelito, ya lo verás.

—Sí, sí, bajado del cielo a escobazos —me reí al verlo con las manos unidas como si rezara, y esa carita de no haber roto un plato en su vida.

Había traído comida china para cenar y olía tan bien que mi estómago se hizo notar, normal, desde el mediodía no había comido nada.

Sacamos un par de platos, copas y la botella de vino que metí en la nevera por la mañana, por si finalmente venía, y llevamos todo a la mesa pequeña, nos sentamos en un par de cojines en el suelo al estilo indio, y allí cenamos viendo una película que a los dos nos llamó la atención.

Alex no perdía la ocasión de darme de comer, algo que me hacía reír puesto que, si me negaba a abrir la boca, el señor inspector arqueaba la ceja y con eso era suficiente para él.

Rollitos de primavera, fideos, pollo kung pao, pato agridulce, cualquier cosa que él se llevara a la boca, servía para darme un bocado antes a mí.

Cuando acabamos de cenar, recogimos todo y nos sentamos en el sofá donde seguimos tomando el vino mientras veíamos la película. Alex me acariciaba el brazo o el muslo dado que me había pegado a su costado y mantenía uno de los brazos alrededor de mi cintura.

Por un momento cerré los ojos y pensé en cómo sería estar así con él cada noche, incluso en dormir a su lado y amanecer en la cama envuelta en un abrazo.

—¿Qué está dando vueltas por esa cabecita? —preguntó al tiempo que me masajeaba la cabeza.

—Nada, nada, estoy intrigada con la trama —mentí—. ¿Tú quién crees que es el asesino?

—A ver, en estos casos, el primer sospechoso siempre es el cónyuge, o la pareja sentimental sea cual sea la relación que mantengan. Su ex descartado, sigue el o la amante, en este caso no hay, era un hombre de negocios que amaba a su esposa. Puede ser cualquiera de los socios.

—¿Ninguno de los hijos?

—Descartados, tienen buenas coartadas, por no hablar de que el menor solo tiene dieciséis años.

—Vale, sería una pésima policía —reí.

—Pues yo te veo con el uniforme y un par de esposas y… Pésima no es la palabra que se me pasa por la cabeza.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Cuál es, entonces?

—Sexy, irresistible, sumamente follable.

—¿Tan sexy te parezco, en serio? —reí.

—Con cualquier prenda que lleves, incluso cuando no llevas nada —me hizo un guiño y me besó.

Definitivamente, podría acostumbrarme a eso, a las noches de cenas con Alex en casa, sentarnos en el sofá a ver la televisión y dormir en la misma cama.

—Estaba pensando en algo —dijo cuando aún quedaban como veinte minutos de película y me cogió por la cintura para sentarme a horcajadas sobre su regazo.

—Te has puesto muy serio, ¿tengo que preocuparme?

—No —rio atrayéndome hacia él para besarme—. Tranquila, que es una idea y bastante buena, si me lo permites.

—A ver, cuéntame tu idea —le pedí mientras dibujaba círculos con mis dedos índices en su torso.

—Vente a pasar el fin de semana conmigo a casa —dijo, y lo miré con los ojos muy abiertos—. No ahora, quiero decir que mañana por la mañana coges algo de ropa y pasas hasta el domingo por la noche conmigo.

—¿De verdad me estás invitando a tu casa?

—Sí, ¿por qué no iba a hacerlo?

—No sé —me encogí de hombros—, como siempre venimos o quedamos en la mía.

—Bueno, pero eso podemos arreglarlo, preciosa, a partir de ahora nos turnamos. Unos días en tu casa, y otros en la mía. ¿Qué te parece?

—¿Me puedo fiar de ti? —Entrecerré los ojos— ¿No tendrás un cuarto secreto en tu casa donde puedas asesinarme y, ya sabes, sin cuerpo no hay delito?

—No —rio—. Vaya imaginación tienes. De todos modos, mi hermano vive justo al lado, si te viera entrar, pero n salir, sospecharía.

—Por favor, tu hermano es abogado, seguro que te ayudaría a deshacerte de mi cuerpo y nunca te delataría.

—Eso hacen los hermanos, sí, pero te aseguro que ninguno de los dos somos asesinos en serie ni psicópatas — sonrió y lo besé.

—Vale, pues acepto pasar el fin de semana contigo. Ya tengo curiosidad por conocer tu casa.

Me quedé mirándolo a los ojos, la miel líquida se oscureció levemente y fui consciente de que mi sexo rozaba su entrepierna.

Noté que su miembro había comenzado a aumentar de tamaño y grosor, y mientras me mordisqueaba el labio
a moví de manera sutil las caderas, rozándome con su erección.

—Preciosa, estás jugando con fuego.

—¿Qué, si quiero quemarme?

—En ese caso, que arda Troya.

Me reí, pero el sonido cambió a un jadeo cuando Alex se llevó uno de mis pechos a la boca tras bajarme la camiseta.

Lamió y mordisqueó el pezón mientras pellizcaba el otro, me abracé a su cuello entrelazando las manos en el sedoso cabello negro que tanto me gustaba tocar, y dejé caer la cabeza hacia atrás mientas mis gemidos se mezclaban con el ruido de la televisión que seguía encendida.

Alex me quitó la camiseta y no tardó en deshacerse de su propia camisa. Me abrazó y cuando nuestros torsos se unieron, sentí ese calor que desprendía su cuerpo y podría jurar que sería capaz de hacerme arder de verdad.

Nos besamos mientras sus manos acariciaban mi espalda y yo movía las caderas, excitándome aún más con cada roce, haciendo que él mismo se excitara y unos leves sonidos guturales salieran de su garganta.

Le desabroché los pantalones y liberé su erección, esa que no dudé en envolver con mi mano y comenzar a masturbarle.

Alex gimió en mi boca en respuesta a que aquello le gustaba.

Comencé a apartarme, a deslizarme por sus piernas, cogí el pantalón por ambos lados de la cintura mientras me ponía en pie, llevando también su bóxer, y se lo quité todo dejándolo completamente desnudo en el sofá.

Mientras me deshacía de mis pantalones y la tanguita, vi a Alex llevar la mano a su erección y comenzó a tocarse. Sonreí, y sintiéndome descarada y juguetona en ese momento, me senté en la mesa frente a él, con las piernas separadas, y deslicé una de mis manos lentamente por el vientre hasta que cubrí mi sexo, ese que noté húmedo y terriblemente excitado.

No hubo palabras por parte de ninguno, simplemente nos mirábamos a los ojos mientras cada uno se tocaba frente al otro, excitándonos hasta el punto de que cerré los ojos y me concentré en correrme para él.

Cuando lo miré, sus ojos color miel estaban completamente velados por el deseo y no tardó en arrodillarse frente a mí, colocar mis pies sobre sus hombros, y devorarme como un hombre hambriento.

Volví a correrme a gritos mientras su lengua me hacía enloquecer a cada segundo que pasaba, y cuando se levantó para cogerme en brazos, se lo impedí dándole un leve empujón en el torso haciendo que se sentara de nuevo en el sofá.

Separé sus piernas, me situé entre ellas y sin dejar de mirarlo, lamí su miembro desde la base a la punta y lo acogí en mi boca. Alex gruñó y me agarró por el pelo mientras lo llevaba al borde del orgasmo, sintiendo su placer como el mío propio.

Antes de que se corriera me hizo apartarme y en un movimiento rápido, sentándome a horcajadas sobre él, alineó su erección en mi vagina y me penetró con fuerza.

Durante unos minutos me permitió llevar el ritmo, controlar la situación, el momento de pasión que nos rodeaba, hasta que se puso en pie cargándome sin el más mínimo esfuerzo, rodeó el sofá y me sentó en el respaldo, donde comenzó a moverse fuerte y rápido llegando tan profundamente, que ambos sucumbimos al éxtasis que nos envolvía y liberamos el clímax.

Nos besamos mientras seguíamos moviéndonos, unidos de la forma más íntima que dos personas se pueden unir, y sentí que aquello que había comenzado entre nosotros, podría tener un futuro. No podía ser solo sexo, por mucho que yo quisiera verlo así.

—¿Quieres… quedarte a dormir? —pregunté, con cierta timidez puesto que siempre rechazaba mis propuestas.

—Claro que quiero, preciosa —sonrió y volvió a besarme.

Cargó conmigo en brazos, apagó la televisión y tras coger nuestros móviles, fue a la habitación donde me recostó en la cama, se acostó a mi espalda y me abrazó besándome el cuello.

Suspiré, agotada, exhausta y plenamente saciada, mientras cerrada los ojos y sentía la caricia de Alex en mi vientre. Fue así, en sus brazos, como acabé quedándome profunda y plácidamente dormida.

Durante unos minutos me permitió llevar el ritmo, controlar la situación, el momento de pasión que nos rodeaba, hasta que se puso en pie cargándome sin el más mínimo esfuerzo, rodeó el sofá y me sentó en el respaldo, donde comenzó a moverse fuerte y rápido llegando tan profundamente, que ambos sucumbimos al éxtasis que nos envolvía y liberamos el clímax.

Nos besamos mientras seguíamos moviéndonos, unidos de la forma más íntima que dos personas se pueden unir, y sentí que aquello que había comenzado entre nosotros, podría tener un futuro. No podía ser solo sexo, por mucho que yo quisiera verlo así.

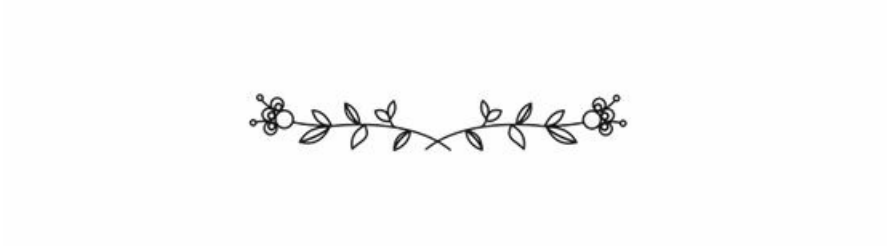
—¿Quieres… quedarte a dormir? —pregunté, con cierta timidez puesto que siempre rechazaba mis propuestas.

—Claro que quiero, preciosa —sonrió y volvió a besarme.

Cargó conmigo en brazos, apagó la televisión y tras coger nuestros móviles, fue a la habitación donde me recostó en la cama, se acostó a mi espalda y me abrazó besándome el cuello.

Suspiré, agotada, exhausta y plenamente saciada, mientras cerrada los ojos y sentía la caricia de Alex en mi vientre. Fue así, en sus brazos, como acabé quedándome profunda y plácidamente dormida.

Capítulo 31



Aitana

Desperté mientras me parecía estar escuchando un teléfono sonando, pero como la melodía se evaporó tal como llegó, seguí con los ojos cerrados.
Hasta que volvió a sonar.

Y no, no era la de mi móvil, así que debía ser el teléfono de Alex el que sonaba en algún lugar de la habitación.

—Alex, te están llamando —murmuré sin girarme, cuando la melodía resonó de nuevo en la habitación por tercer vez—. Alex, tu móvil —llevé el brazo hacia atrás, pero la cama estaba vacía.

Me incorporé dado que las sábanas estaban frías, y cuando el teléfono dejó de sonar, presté atención por si lo escuchaba en algún otro sitio del piso.

Fruncí el ceño porque no se le oía, y al ir a coger mi móvil para ver qué hora era, encontré una nota de su puño y letra.

"Buenos días, preciosa. He tenido que irme antes de que despertaras, lo siento. Aquí tienes la dirección de mi casa, te espero sobre las once y vamos a la playa. No me eches mucho de menos hasta entonces. Alex."

Sonreí, porque esa última frase no la esperaba.

Al final de la nota había dejado su dirección, y entonces pensé que igual era él quien estaba llamando a su móvil para ver dónde lo había olvidado. Lo cogí de su mesita y vi que era Corina, esa misma mujer que lo llamó el miércoles.

Dejé el móvil donde estaba y me levanté para darme una ducha, eran las nueve y tenía aún tiempo para desayunar y preparar una bolsa con algo de ropa para irme el fin de semana a su casa.

No me podía creer que me invitara, eso quería decir que ni mujer, ni novia, cosa que me alivió, aunque sabía que de haber sido ese el caso, mi hermano me lo habría dicho.

Terminé en la ducha, me sequé el pelo que recogí en una coleta, me puse unos shorts vaqueros con una camiseta y las deportivas, y guardé un par de mudas de ropa y un pijama en la bolsa, así como mis productos de higiene personal.

En ello estaba cuando escuché el típico sonido de entrada de un mensaje, poco después llegó un segundo mensaje, y otro, y otro, y otro más, y no era en mi móvil.

No me tenía por una cotilla, eso bien lo sabía Dios, pero al ver el nombre de Corina en cada uno de los mensajes, me pudo la curiosidad.

¿Y si tal como pensaba era una compañera del trabajo y estaba en apuros? ¿Y si necesitaba que Alex la ayudara?

Lo primero que vi fue una foto, una de un cuerpo femenino bien definido, posando de frente ante un espejo, llevando únicamente un conjunto de lencería en color negro.

La segunda foto era un poco más sensual, con la tela de uno de los pechos ligeramente bajada dejando entrever un poco del pezón.

a
En la tercera se mostraba la parte trasera del tanga, de modo que las nalgas redondas y perfectas eran claramente visibles.

Y por si aquello fuera poco, en la última, la mujer tenía la mano metida por el tanga cubriendo su sexo.

Corina: *Si no quieres perderte este cuerpo, mis labios, y todo el placer que sabes que puedo darte, date prisa en venir porque estoy demasiado caliente y no quiero enfriarme, Alex. ¿O no quieres que me arrodille a lamer tu erección como tanto te gusta? ¿No quieres follarme salvajemente otra vez? Puedes esposarme, porque he sido, y voy a ser, una chica muy, muy mala.*

Y no eran los únicos mensajes que la tal Corina le había enviado, anteriores a ese eran varios los que le envió, todos subidos de tono y con imágenes muy gráficas.

No podía ser, no podía ser. ¿Alex tenía pareja? ¿Mi hermano lo sabía?
No, no debía saberlo, porque me lo habría dicho y habría evitado que me liara con él.

Dejé la bolsa con la ropa en la cama, cogí mi móvil y el bolso y salí de casa para ir a la de ese… ese… Dios, no sabía ni cómo referirme a él.

Mientras conducía hacia la zona en la que vivía, sentía una rabia y una impotencia, por no hablar de lo estúpida que había sido por creer que Alex era un buen tipo.

Se había reído de mí, mientras estaba conmigo se acostaba con otra, y ahora entendía por qué no se había quedado a dormir las noches que se lo sugerí.

Porque ella lo esperaba, esa mujer lo tenía por las noches y las mañanas en su cama, mientras yo debía conformarme con las migajas.

Ni me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que se me escapó un sollozo, momento en el que me sequé los ojos que ya estaban bañados en lágrimas, unas lágrimas saladas y amargas a más no poder por el dolor que me provocaba sentirme la más idiota de toda Cádiz en ese momento.

Llegué a la dirección que me había anotado Alex y vi dos viviendas unifamiliares exactamente iguales, comprobé el número y bajé del coche.

Aún faltaban cinco minutos para las once, pero esperaba encontrarlo allí y que me explicara por qué había jugado así conmigo.

Llamé al timbre con su móvil en el bolsillo de mis shorts, esperé a que se abriera la puerta y esta lo hizo, solo que no fue Alex quien me abrió, si no la dueña de aquellas fotos, vestida únicamente con el conjunto de lencería y unos tacones negros.

—¿Quién eres tú? —preguntó frunciendo el ceño.

—Busco a Alex. Me pidió que viniera.

—No ha llegado a casa todavía. ¿Quién eres y por qué lo buscas?

—¿Y tú quién eres? —Me crucé de brazos.

—Una amiga… especial —sonrió con suficiencia.

—Pues un consejo —la señalé—. Cuando tengas amigos especiales, asegúrate de que eres la única para él, porque estas últimas semanas ha estado follando también conmigo.

—Oh, querida, no es un problema para mí. ¿Sabes por qué? Porque mientras a ti te follaba y te dejaba sola en casa, volvía aquí cada noche para estar conmigo. Así que, sí, soy una amiga muy especial, al parecer.

—No serás tan especial cuando pasaba tiempo conmigo —dije, tratando de mostrarme fuerte, aunque sentía una opresión en el pecho tan fuerte que me estaba costando hasta respirar.

—¿Te trajo alguna vez a su casa? ¿Siquiera sugirió que vinieras antes de hoy? No, ¿verdad? Ahí lo tienes, yo en cambio, me puedo mover por esta casa como si fuera mía.

Sentía que cada palabra dolía más que la anterior, porque tenía razón, toda la maldita razón del mundo.

Ni siquiera la primera noche que nos acostamos me trajo a su casa, y nunca me había pedido que viniera hasta la noche anterior, cuando me invitó a pasar el fin de semana. Tal vez su amiga especial no iba a estar disponible y por eso lo hizo, solo que al final ella decidió sorprenderlo y aquí estaba, en lencería y con tacones en la puerta de su casa haciéndome ver lo imbécil que había sido por caer rendida a ese hombre.

Escuchamos un coche acercándose y cuando sonó una puerta cerrándose, me giré para encontrar a Alex.

—¿Aitana? —frunció el ceño, hasta que me aparté un poco de la puerta para que viera a su amiga— ¿Corina? ¿Qué cojones…?

—Toma —saqué el móvil del bolsillo trasero de mis shorts y se lo estampé con un golpe seco en el pecho—, te lo dejaste en mi casa cuando saliste con prisa.

—Aitana…

—No me hables, no se te ocurra decir una sola palabra más, ya he visto, leído y escuchado bastante por parte de ella, no quiero tus escusas ni tus mentiras. Y no vuelvas a llamarme, ni siquiera te atrevas a acercarte a mí.

Estaba a un paso de llorar, pero no quería hacerlo delante de él, así que me aparté y caminé hacia el coche, mientras lo escuchaba preguntarle a esa mujer qué hacía en su casa.

—Darte una sorpresa, tonto —ronroneó ella—. Vamos, pasa, que me voy a enfriar y quiero que me folles.

No quise escuchar más, entré en el coche y lo puse en marcha para salir de allí sin mirar atrás.

Conduje hasta una zona apartada de Cádiz donde me gustaba ir a pasear por la playa, y lo hice mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

Me senté tras caminar durante más de quince minutos y contemplé el horizonte, pensando en lo malditamente idiota que había sido.

Mi móvil empezó a sonar, pero no lo saqué del bolso, sabía que podía ser él.
Al menos eso fue lo que pensé las tres primeras veces.

A la cuarta lo cogí y vi que una vez había sido Alex, las dos siguientes y esa eran de Cintia.

—Hola, mi reina —respondí tratando de sonar alegre y que no pudiera notar que había llorado.

—Hola, preciosa. Oye, Samuel me ha dicho que vas a pasar el fin de semana en casa de Alex, ¿sabes que son vecinos? Hemos pensado que podíamos quedar para cenar los cuatro esta noche, ¿qué te parece?

—No va a poder ser, Cintia, mejor cenáis con él y su amiga especial.

—¿Qué dices? ¿Qué amiga?

—Que os lo cuente él, ¿sí? Yo no soy más que una tonta que lo ha dejado jugar conmigo a su antojo. Ni siquiera sé si Samuel es tan bueno como dice, o también nos ha metido un gol por toda la escuadra. Tengo que colgar, me estoy quedando sin batería, adiós cariño.

En cuanto corté la llamada, apagué el móvil. Suspiré dejando caer la cabeza hacia delante, apoyando la frente en mis rodillas, y cuando conseguí estar un poco más calmada, regresé al coche para irme a casa.

Me encerré allí el resto del día, deshice la bolsa y coloqué la ropa de nuevo en su lugar, tiré la nota de Alex y pasé el día en el sofá viendo la televisión.

No volví a llorar, me prometí a mí misma no hacerlo y no derramé una sola lágrima.

Eran las diez de la noche cuando encendí el móvil y comenzaron a llegarme avisos de llamadas perdidas de Cintia y de Alex, también había algunas de mi madre. Cintia me había escrito para preguntarme cómo estaba en un par de ocasiones, y le dije que no había encendido el móvil hasta ese momento, pero que estaba bien y que nos veríamos el lunes.

Mi madre me preguntaba si me animaba a comer con ellos y David en su casa al día siguiente, por lo que no lo dudé ni un momento y le dije que allí estaría.

Volví a apagarlo y me metí en la cama, esa que aún olía a él.

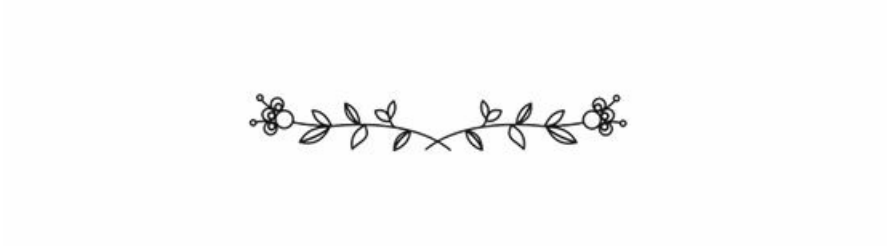
Resignada, quité las sábanas para cambiarlas y pensé en prenderles fuego, pero eran de esas que me gustaban por la suavidad de la tela y no merecían un final tan trágico.

Debía asumir que me había dejado llevar por el deseo y la lujuria y que, tras varios buenos polvos con ese poli, todo había acabado.

Con las sábanas limpias y oliendo a mi suavizante favorito, me metí en la cama y cerré los ojos, cansada de haber estado pensando todo el día en él, y en lo tonta que había sido.

Pero se acababa ahí, no pensaría más, ni me martirizaría. Si yo no había merecido la pena para él, ¿por qué debía merecerla él para mí?

Capítulo 32



Aitana

Cuando llegué a casa de mis padres me recibieron con esos besos y abrazos que siempre tenían para David y para mí. Mi hermano no había llegado aún, así que mientras mi padre revisaba unas cosas en el despacho, mi madre aprovechó para preguntarme por Cintia y su chico.

—Resulta que el chico en cuestión es el hermano pequeño de Alex, el amigo de David —dije como si nada, cogiendo una aceituna del plato que me había puesto acompañadas de un vinito.

—¿Qué me dices? Dese luego, qué pequeño puede ser el mundo —comentó mientras sacaba el asado del horno para darle una vuelta.

—Ya ves, yo ni me acordaba de él, lo vi en el gimnasio y conspiré con él para emparejar a su hermano pequeño con mi mejor amiga —sonreí, omitiendo la relación que habíamos tenido, pero como buena madre, la mía no era tonta.

—¿Y tú y Alex? Porque la noche de la cata se os veía muy… cercanos —sonrió.

—Nada, mamá, eso quedó en nada —me encogí de hombros.

—¿Qué pasa, cariño? —Se acercó dejando el asado en la encimera y me frotó la espalda a modo de consuelo.

—¿Debería pasar algo?

—Bueno… no estás como siempre, y que ayer tuvieras tu teléfono apago es raro.

—Me quedé sin batería, lo dejé cargando y se me olvidó encenderlo.

—Aitana, hija, a otra madre con esa mentira. ¿Qué pasa con Alex?

—Nada, ya nada.

—¿Por qué?

—Porque… —miré a mi madre y suspiré.

Con ella tenía la suficiente confianza como para hablar de cualquier cosa, pero eso me daba un poco de vergüenza y miedo, tampoco quería que pensara mal del hombre al que conocía mejor que yo, al parecer.

—Puedes decirme lo que sea, cariño. A ver, ¿no sois compatibles en la cama?

—¡Mama, por Dios! —reí.

—¿Qué? Esas cosas pasan, mi niña, a veces el asunto no funciona y no hay nada que hacer.

—Qué vergüenza —volví a reír—. No es eso, somos compatibles en la cama y su asunto funciona muy bien. Tanto, que estaba conmigo y con otra al mismo tiempo.

—¿Qué?

—¿Qué acabas de decir? —el grito de mi hermano desde la puerta de la cocina hizo que tanto mi madre, como yo nos sobresaltáramos— Aitana, ¿de qué estás hablando?

—David, hijo.

—No, mamá, no me digas que me calme, que ya sabes que no va a pasar. Aitana, ¿Alex estaba con otra a la vez que contigo?

—Pues sí, eso parece —suspiré y les hablé de los mensajes en su móvil del día anterior que yo leí, así como los que había recibido anteriormente, y que yo misma la vi esperándolo en su casa cuando fui a darle el móvil y pedirle explicaciones.

—Le parto la cara —dijo mi hermano dando un golpe a la encimera—. Es que le parto la cara por muy amigo mío que sea. Se lo advertí, se lo dije la noche de la cata: “una sola lágrima de mi hermana y las tuyas se multiplicarán por mil”. Ese imbécil me va a escuchar, es que me va a escuchar.

—David, no, espera —me levanté y fui tras él, que estaba encendido y con un cabreo del quince.

Lo vi coger el móvil y las llaves del coche dispuesto a salir por la puerta, pero lo detuve a tiempo.

—Aitana suéltame, por favor te lo pido, suéltame y no te metas.

—No, no voy a dejar que vayas a partirle la cara a tu mejor amigo, por muy gilipollas que haya sido conmigo.

—Has llorado, lo sé, te conozco y sé de sobra que ayer lloraste lo que no está en los escritos. Le parto la cara, Aitana, y me importa una mierda si después me denuncia en su comisaría.

—¿Te estás escuchando, David? Es tu mejor amigo, no puedes simplemente pegarle porque yo he sido la tonta e ingenua que se ha dejado llevar por una cara bonita, cuatro palabras y sexo alucinante.

—Dios, lo del sexo no necesitaba saberlo —protestó.

—Hijo, tu hermana tiene razón —mi madre intervino acercándose a nosotros—. Sois amigos de toda la vida, siempre os habéis tratado como hermanos, no puedes ir a pegarle.

—Voy a defender el honor de mi hermana, no merece que él, ni ningún otro, la trate como si no valiera nada.

—David, estoy bien —sonreí mientras le agarraba del brazo, mirándolo a los ojos.

No estaba bien del todo, pero después de prometerme a mí misma que no lloraría más por lo que había pasado, procuraba mostrarme entera, tan entera como podía estar una mujer después de enterarse que el hombre con el que se había liado, estaba con otra al mismo tiempo.

Mi hermano buscó en su móvil, marcó y se lo acercó a la oreja.

—¿Hijo? ¿A quién llamas? —preguntó mi madre, pero él no contestó.

Solo cuando habló, sin siquiera un cordial saludo, supimos a quién había llamado.

—Te lo advertí —dijo más enfadado que nunca—. Te advertí que no quería que mi hermana llorara por tu culpa, y lo ha hecho —cerré los ojos, mortificándome porque no necesitaba que Alex supiera aquello—. Si no voy a partirte la cara y hasta el alma ahora mismo, es porque ella me ha pedido que no lo haga. Aun habiéndole hecho lo que le has hecho, ella sí piensa en ti. Sabía que no tenía que haber pasado esto, tenía que haberlo impedido, pero pensé que tú… —suspiró— Da igual. No quiero que vuelvas a llamarla ni a acercarte a ella. Si lo haces, si vuelves a hacerle daño de algún modo, ni siquiera ella va a poder impedirme que te parta la cara. ¿Me has oído? Y sí, puedes tomarlo como una maldita amenaza real, porque me importa una mierda que seas inspector de policía.

Y colgó, por lo que intuí que no había dejado que Alex dijera una sola palabra en ningún momento.

—¿Qué son esos gritos? —quiso saber mi padre, que apareció por el pasillo en ese momento.

—Nada, Alfredo —sonrió mi madre—. Uno de esos operadores de telefonía, que ya sabes cómo se ponen de

pesados, y David le ha mandado a hacer calceta.

—Eso ha sido papá —dijo mi hermano—. Perdona, pero ya uno pierde los nervios y…

—Tranquilo, hijo. ¿Qué os parece si comemos? Ese asado de vuestra madre huele que alimenta.

David y yo asentimos, mi madre sonrió y la seguí a la cocina para coger las cosas y poner la mesa mientras mi padre, hablaba de la empresa con mi hermano.

—Cariño —mi madre me abrazó—. Por lo que recuerdo de Alex, era un buen niño, y no creo que haya querido hacerte daño. ¿Y si…?

—Mamá, la gente cambia. Y ya sabes lo que decía la abuela, que siempre han tirado más dos tetas que dos carretas. A ese le pierden las mujeres y a mí, antes de saber que era la hermana pequeña de su mejor amigo, me debió ver cara de tonta —me encogí de hombros—. Pero no te preocupes, que de verdad que estoy bien, ¿sí?

—Mi niña, el amor a veces es así, y cuando duele, es porque es verdadero.

—No es amor, mamá, esto era solo… sexo.

—Desde luego, qué vida esta tan moderna, nada que ver con la que vivimos tu padre y yo de jóvenes —sonrió.

Puse la mesa y cuando el asado estaba listo, nos sentamos los cuatro para disfrutar de aquella comida familiar.

Notaba a mi hermano tenso, seguía enfadado y no podía culparlo, aquella advertencia que le hizo a Alex debería haberme servido a mí también, al menos para saber que su amigo no era del tipo que mantenía el pájaro en una sola jaula, él era más de dejarlo volar libre y pernoctar en varios lugares.

Tras el café me despedí de ellos, al igual que mi hermano, y cuando íbamos al coche le pedí que, por favor, no hiciera ninguna locura.

—No prometo nada —respondió, suspiré dándome por vencida, y lo vi subir a su coche alejándose poco después de la casa de nuestros padres.

Subí al mío y conduje a casa, cuando llegué eché un vistazo al móvil, ese que había tenido en silencio y abandonado en el bolso todo el día, y vi un mensaje de Alex.

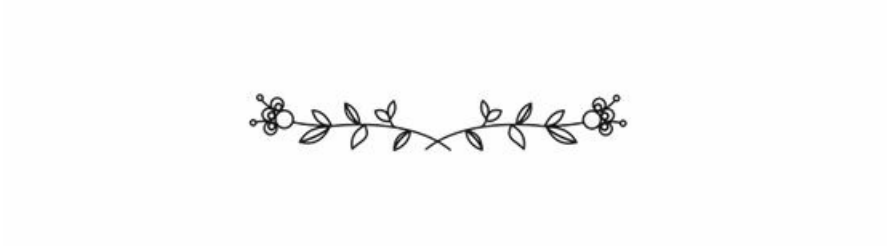
Alex: *Necesito que hablemos, Aitana, por favor, llámame. Te lo puedo explicar todo, de verdad, preciosa, pero necesito que me llames o cojas mis llamadas.*

Había tres llamadas suyas justo después de que David lo llamara a él.

No quería escucharlo, ya había oído a Corina.

No quería escucharlo, ya había oído a Corina.

Capítulo 33



Aitana

El lunes Cintia me preguntó cómo estaba y qué tal había pasado el fin de semana, cuando le dije que todo estaba bien y que no quería hablar sobre el tema, me entendió, sonrió dándome un abrazo y seguimos con el trabajo.

Samuel llegó por sorpresa para invitarla a comer, y ella se ruborizó como una adolescente cuando la cogió de la mano al salir de las oficinas.

Me alegraba por ella, sabía lo mucho que había querido al gran amor de su vida, pero estaba segura de que Samue había llegado para quedarse a su lado.

Solo esperaba que no resultara ser un sapo asqueroso como su hermano mayor.

Y hablando de sapos…

En cuanto entré en el gimnasio con Cintia esa tarde, allí estaba él haciendo pesas.

Me miró cuando pasé frente a él mientras iba a cambiarme, Cintia me intentó convencer para que lo dejara hablar conmigo, pero me negué.

Por eso cuando salimos a la sala y empezamos con nuestras rutinas, me puse los *earpods* para no escuchar nada d lo que quisiera decirme.

Aquella tarde estuve más de veinte minutos en la cinta, corriendo en el último tramo hasta agotarme más que otra veces, y lo mismo hice en la bicicleta.

Quien me viera pensaría que estaba entrenando para competir en un *Ironman* de esos, pero nada que ver, lo único que quería era llevar mi cuerpo a límite para llegar a casa, meterme en la cama y dormir hasta el día siguiente.

Mientras hacía la rutina de las pesas Alex se acercó a mí, y juraría que una mirada de esas que podrían haberlo echado a arder, y no por el deseo y la lujuria como otras veces, sino por la rabia con la que lo miré, fue suficiente

para que regresara junto a su hermano.

Cuando salí para irme a casa lo vi en la calle, solo, fumando mientras esperaba a su hermano, que se había quedado esperando a Cintia. Me llamó y le ignoré.

No quería hablar con él, no quería bajo ningún concepto.

El martes recibí varios mensajes suyos durante todo el día, y siempre me pedía lo mismo, que por favor lo escuchase y le dejara hablar, que necesitaba explicarse.

En visto, todos y cada uno de sus mensajes los dejé en visto, así como pasé olímpicamente de sus llamadas de teléfono.

Por un momento estuve tentada de bloquearlo, de ese modo no me molestaría con más llamadas que no iba a contestar, ni mensajes a los que no pensaba responder.

Pero no lo bloqueé, me parecía algo lamentable llegar a ese punto, por lo que con silenciar sus llamadas cuando estas se produjeran era suficiente.

A diferencia de la noche del lunes en la que dormí como un bebé tras el machaque que me pegué en el gimnasio, el martes me costó dormirme pensando en los motivos que pudieron llevarlo a tomarme el pelo de ese modo.

Y de nuevo miércoles, tarde de gimnasio, y nada más entrar vi a Alex en la zona de pesas.

—En algún momento tendrás que hablar con él, Aitana —me dijo Cintia, mientras nos cambiábamos en los vestuarios.

—Pues hoy tampoco es el día, así que, que ni me mire siquiera. Bastante que vengo aquí por ti, y le permito respirar el mismo aire.

—Madre mía, estás que no hay quien te diga nada.

—Efectivamente, así que dile a tu chico que le advierta al hermano que ni me tosa al lado, que la tenemos.

Salimos hacia la sala y de nuevo la mirada de Alex puesta en mí.

Al igual que el lunes, pasé de su cara y de su cuerpo, ese creado para pecar y con el que engañaba a pobres incautas como yo, y me centré en la cinta y la bicicleta hasta el cansancio.

—Aquí tienes, una bebida isotónica —dijo Oliver sonriendo—. Mejor que el agua.

—¿Tienes la sala de boxeo libre? —pregunté antes de dar un buen sorbo a la botella.

—Sí, por qué, ¿quieres entrar?

—Sí, pero voy sola.

—Pues dale, dale al saco —sonrió.

—Y con todas las ganas —dije mientras pasaba por delante de Alex—, que le voy a poner hasta cara y cuerpo.

Fui hacia la sala de boxeo, entré y cogí un par de guantes. No había usado unos en mi vida, y fue un poco complicado ponerme el segundo con el primero ya puesto, pero lo conseguí.

Me paré delante del saco, lo observé, respiré hondo, y di el primer golpe.

Realmente no me estaba imaginando a Alex, no para golpearlo a él al menos, pero sí que pensaba en lo que me había hecho y con rabia, el puño daba más fuerte en aquel saco que se movía de un lado a otro.

No sabía cómo podía ser así, un hombre sin el más mínimo escrúpulo al que no le importaba engañar a dos mujeres al mismo tiempo, bueno, a una de ellas al menos porque a la tal Corina, parecía importarle más bien poco que su amigo especial se hubiera estado follando a otra.

Y pensar que le abrí la puerta de mi casa y que me imaginé un futuro con él… Qué idiota había sido.

Seguí golpeando hasta que no pude más, hasta que del agotamiento acabé cayendo de rodillas al suelo y ahí me quedé en busca de aire, respirando hondo y llenando mis pulmones.

—Golpeas fuerte —dijo Alex y me sobresalté.

—¿Qué haces aquí? —pregunté levantándome, llena de rabia.

—Hablar, Aitana, vengo a hablar contigo.

—Ya te dije que no hay nada de lo que hablar. Vete.

—Escúchame, ¿quieres? —me pidió acercándose.

—No des un solo paso más, Alex —lo señalé con el guante de boxeo aún puesto—, o te comes el guante.

—Preciosa…

—Mi nombre es Aitana, no preciosa, ni gatita, ni cielo, ni bizcochito, ni nada que se te pueda pasar por la cabeza llamarme.

—Vale, Aitana será entonces —sonrió—. Pero tenemos que hablar.

—¿Qué parte del no es la que no entiendes? ¿La n, o la o? No creo que seas tan tonto como para no entenderme, eres inspector de policía.

—Sé que estás molesta…

—¿Disculpa? ¿Acabas de decir que estoy molesta? No —reí amargamente—, no estoy molesta, estoy cabreada. Porque he sido una imbécil, una tonta, una gilipollas que se dejó embaucar por una cara bonita y cuatro palabras con las que me llevaste a la cama. Y pensar que al final tenía razón, que no me equivoqué al sospechar que no te quedabas a dormir en mi casa porque te esperaba otra. Por no hablar de que nunca propusiste que fuera a tu casa.

—Si no lo hice al principio fue porque mi hermano vive al lado, y no quería que pensara que nos habíamos aliado para unirlo con tu amiga. Por eso la primera noche no te llevé a mi casa. Y te recuerdo que esa vez, fuiste tú quien me echó de allí.

—¿Y las siguientes? ¿Por qué no me llevaste alguna de las otras veces?

—Porque si tenía que irme temprano al trabajo no quería que te despertaras sola en mi cama y te sintieras incómoda, por eso, joder.

—No sé ni qué hago hablando contigo —dije intentando quitarme un guante, y por Dios que me estaba costando la misma vida conseguirlo.

Alex se acercó, extendió las manos y a pesar de que lo miraba como si fuera a golpearlo, permití que me quitara un guante y yo me quité el otro.

—No quiero seguir escuchándote, y da gracias a que evité que mi hermano fuera a buscarte, porque él sí que te habría golpeado.

Pasé por su lado y caminé hacia la puerta, pero no llegué a abrir porque Alex me pegó a la pared de al lado quedándose pegado a mi espalda. Mi cuerpo, ese maldito y traicionero cuerpo mío que reaccionaba a su cercanía, a su contacto y su olor, se estremeció y tuve que morderme el interior de la mejilla para no dejar que se me escapara un gemido cuando noté su entrepierna, que permanecía en estado normal y no erecto, en la parte baja de mi espalda.

—Aitana, no sé qué me has hecho, pero no te puedo quitar de mi cabeza. Ni siquiera en el trabajo, y en estas semanas he tenido un par de casos jodidos, dejaba de pensar en ti. Tienes que escucharme, tienes que saber que

Corina…

—Es que no quiero saberlo —repetí y conseguí apartarme para poder salir—. No vuelvas a acercarte, y no me llames.

Fui a los vestuarios, me di una ducha y tras vestirme, me marché a casa sin esperar a Cintia.

Necesitaba estar sola, aunque mi cabeza iba por libre y acababa pensando en él, por mucho que me empeñara en no hacerlo. Era algo inevitable.

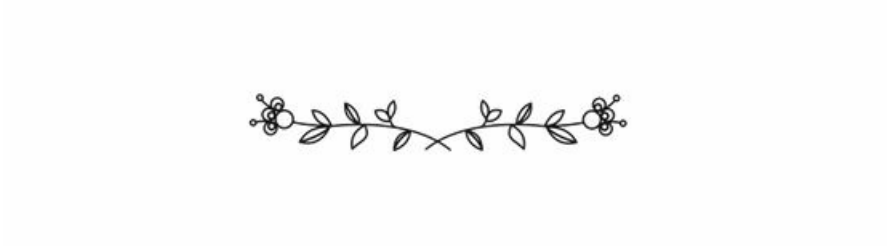
Corina…

—Es que no quiero saberlo —repetí y conseguí apartarme para poder salir—. No vuelvas a acercarte, y no me llames.

Fui a los vestuarios, me di una ducha y tras vestirme, me marché a casa sin esperar a Cintia.

Necesitaba estar sola, aunque mi cabeza iba por libre y acababa pensando en él, por mucho que me empeñara en no hacerlo. Era algo inevitable.

Capítulo 34



Aitana

El jueves por la mañana cuando llegué a la oficina, tenía una nota de mi hermano diciéndome que no iría en todo el día por allí, que había tenido que salir para ir a un asunto a la bodega y aprovecharía para visitar a unos clientes

Por mí no debía preocuparse, pero sabía que cuando me hacía saber sus planes de no estar en la empresa, era para que me quedara al cargo de todo.

Se lo comenté a Cintia y dijo que cualquier cosa urgente, me avisaría para pasarme la llamada.

Me centré en el trabajo las primeras horas hasta que bajé a la cafetería a tomar un desayuno de media mañana con mi mejor amiga.

—Cómo se nota que no está el jefe, estoy de tranquila en mi oficinita —dijo con una sonrisa.

—Ya te veo, ya, que ni miras el móvil.

—Odio ese aparato, en serio. ¿Tú sabes que si pudiera me iba a vivir al campo, donde no llegara la cobertura, solo para no recibir llamadas?

—Con lo que eres tú para un buen cotilleo, te ibas a ir a vivir a un sitio sin cobertura —me reí, porque Cintia era la mujer más urbanita que yo había conocido en mi vida.

—Bueno, todo es acostumbrarse, me compraría más revistas para leer.

—Claro, y ahora me dirás que me enviarías cartas escritas a mano para comentar conmigo el salseo de los famosos. Anda que…

—Quién sabe, igual volvemos a poner de moda las cartas. *"Querida Aitana, dos puntos…* —dijo mirando hacia la mesa, simulando que escribía.

—*¿Puedes venir a buscarme a este lugar perdido de la mano de Dios, para llevarme a mi pisito, amiga mía?* —continué yo, y acabamos las dos muertas de risa.

—Me llevaría a Samuel, que al menos me haría compañía en las solitarias noches en el campo.

—Espera, espera… ¿Hacerte compañía por la noche? Cintia, ¿os habéis acostado?

—Sí —se sonrojó—, y fue tan… no sé, Aitana, siento que con él tengo una conexión, ¿sabes? Pero siento que estoy fallando a Isaac.

—No le estás fallando, cariño —le aseguré cogiéndole la mano—. Estoy segura de que él no querría que estuvieras así, sola y viviendo su pérdida sin darte la oportunidad de volver a querer a alguien.

—Samuel es un encanto, es muy atento y tan tierno… Tiene mucha paciencia conmigo, me dijo que iríamos a mi ritmo. Y la otra noche, en su casa, después de cenar mientras veíamos una película, me besó y simplemente sentí que era el momento, ¿sabes?

—Pues hiciste bien —sonreí—. Ya no tenemos que llamar a un especialista en desatascos, porque te han liberado la tubería —le hice un guiño.

—Estás loca —rio—. ¿Por qué no hablas con Alex?

—Con lo bien que iba la mañana, tenías que hablar del sapo —suspiré—. No voy a hablar con él, Cintia, no quiero. Al menos por el momento. Ayer me sorprendió en la sala de boxeo y me dijo algunas cosas, pero tampoco me las creo.

—¿Por qué te cuesta tanto hablar con él? Eres muy testaruda, ¿eh?

—Cosa de familia, ya sabes —me encogí de hombros.

—Deberías hablar con él, y no es que yo sepa algo, de verdad, porque Samuel no me ha dicho nada, ni yo le pregunto al respecto, pero, Aitana, Alex no es mal tipo.

—Si no lo fuera, no se habría estado follando a otra al mismo tiempo que a mí, o, mejor, no me habría estado follando cuando ya tenía a otra a quien follarse. Me vuelvo al despacho, tengo trabajo que hacer.

Me levanté y dejé a Cintia allí, no quería discutir con ella por culpa de Alex, al fin y al cabo, él ahora era su cuñado, aunque siempre estuviera de mi parte, no dudaría en hablar en su favor.

Iba mirando el móvil, leyendo un correo que me había llegado de la gestoría, y ni cuenta me di de que había alguien en mi despacho hasta que escuché su voz.

—Hola.

Miré hacia la ventana y vi a Alex apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos y los tobillos cruzados.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha dejado entrar?

—Cintia —se encogió de hombros.

—Hija de la gran fruta —resoplé—. Ya te puedes ir, yo no te he invitado —dije mientras dejaba el móvil en mi escritorio.

—No me voy a ir hasta que me escuches —murmuró pegado a mi espalda, rodeándome con el brazo por la cintura y la palma de su mano sobre mi vientre.

Por un momento me transporté a otro lugar, a ese local donde bailamos en el rincón oscuro junto a la barra, aquella primera noche, cuando todo entre nosotros empezó.

—Corina no es nadie, Aitana, solo una conocida con quien sí, follé una noche, pero nada más. Y fue antes de conocerte, o de verte de nuevo porque te juro que no sabía que eras la hermana de David. No me interesa ella, preciosa, me interesas tú. Me gustas tú, eres tú la que se ha metido en mi cabeza y no se me va, y te juro que cuando la vi en mi casa y a ti los ojos vidriosos de haber llorado, quise romper algo. No tenía que estar allí.

—Pues me dijo que se paseaba por tu casa como si fuera suya —le aclaré—. Que me dejabas en mi casa para volver a la tuya donde ella te esperaba.

—Te mintió, preciosa. Solo estuvo una vez en mi casa y, joder, ahora me arrepiento de haberla llevado allí.

—Bueno, a ella la llevaste.

—Y a ti te querría cada maldita noche en mi casa, y en mi cama, aunque solo fuera para abrazarte. Puedes estar segura de ello.

—Ella estaba en tu casa, sola, y fue quien me abrió la puerta cuando entré. ¿Me vas a seguir diciendo ella no significa nada para ti?

—Joder, que se coló en mi casa. Ni siquiera me acordaba que había dejado la puerta del porche abierta, y se coló en mi casa.

—En serio, tienes unas excusas de mierda para darme.

—No son excusas, preciosa, te juro que no lo son. Déjame que te demuestre que solo me interesas tú. Vente conmigo de viaje, mañana mismo. Cuatro días, Aitana, solo te pido cuatro días. Te he contado la verdad, mi niña.

Cuando me llamó así, de ese modo tan íntimo, cerré los ojos y por un instante saboreé lo bien que sonaba y se sentía.

—No significa nada para mí —dijo haciendo que me girara y me miró a los ojos—. Mírame, Aitana. Mírame y dime si mis ojos te mienten. Me importas tú, y me mata saber que lo pasaste mal por lo que viste en mi casa, pero te juro que no me acosté con ella nada más que una vez, antes de verte a ti en el gimnasio y que me llamaras la atención. Dime que me crees.

—No puedo, porque vi algunos mensajes y fotos que había estado enviándote mientras se suponía que solo estabas conmigo.

—Lo hizo, sí, y no le hacía el menor caso. Estaba contigo, de verdad mi niña. Dime que no has echado esto de menos.

Se inclinó y posó sus labios en los míos, en un beso lento, suave y tierno, que poco a poco se volvió más y más necesitado, más como siempre habían sido nuestros besos.

Lo aparté antes de que todo se nos fuera de las manos, respiré hondo y acabé diciendo algo de lo que probablemente acabaría arrepintiéndome después.

—Iré contigo de viaje, aunque sé que no debería.

—Déjame que te demuestre que eres la única que me ha importado, preciosa —sonrió—. Te recojo mañana en tu casa, así que deja hoy la maleta preparada.

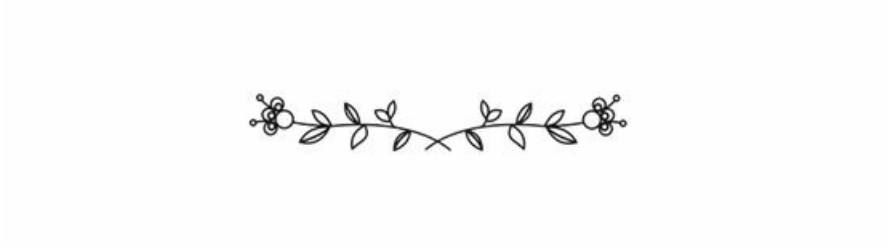
—Borra esa sonrisa, que ni siquiera sé por qué estoy aceptando irme de viaje contigo. Y vete, tengo trabajo que hacer.

Alex asintió, me besó en la mejilla aun a sabiendas de que lo iba a mirar mal, tal como lo hice, y se marchó.

Debía haberme vuelto loca para aceptar ir de viaje con él, pero si ese viaje servía para que me hiciera entender por qué me había engañado, tal vez mereciera la pena.

Y, si no, con mandarlo a la mierda de vuelta a Cádiz, valdría.

Capítulo 35



Alex

Sabía que me estaría esperando en la puerta de su casa con una cara que le llegaría al suelo, y no me equivoqué, n me devolvió los buenos días, ni me miró cuando cogí su equipaje de mano y lo metí en el maletero. Se subió al asiento del copiloto mientras se ponía los cascos y se dobló ligeramente para mirar por la ventanilla.

—He dicho buenos días —le dije quitándole uno de los cascos de la oreja para que se enterara.

—Vuelve a quitarme algo o tocarme, y tendrán que velarte.

—¿Sí? —se me escapó una risilla floja.

—Eres el hombre con menos escrúpulos del mundo, vergüenza te debería de dar reírte después de lo que has hecho.

—No he hecho nada, Aitana.

—¡Cállate! Eres un cerdo, todas las pruebas apuntan a que mientes más que hablas.

—No me faltes al respeto.

—¿Tú a mí me vas a hablar de respeto cuando te has estado acostando con otra a la vez que lo hacías conmigo? Vete a la mierda, señor inspector —volvió a ponerse los cascos.

Me hervía el corazón saber que ella tenía la absoluta convicción de que yo le había estado engañando y jugando a dos bandas cuando no era así, pero, ¿cómo hacías cambiar de opinión a una persona que sé ve que está dañada y decepcionada por completo y que apenas escuchaba?

Llegamos al aeropuerto de Jerez en menos de cuarenta minutos, esos que fueron en un absoluto silencio y ella seguía sin despegar la cara de la ventanilla.

Había reservado online el estacionamiento en el propio aeropuerto, lo hice así porque salía por menos de la mitad al adquirirlo por Internet. Aparqué en una de las plazas libres y salí a coger las cosas del maletero.

Cuando la busqué al cerrar el coche me di cuenta de que ella ya iba hacia la terminal sin preocuparse en coger siquiera su maleta, pero bueno, la suerte era que yo tenía dos manos y me sobraba una, ya que la de ella era de ruedas y la mía de colgar en el hombro.

Íbamos con tiempo, y Aitana que lo sabía, se había dirigido a la cafetería en la que estaba pidiendo un café, pero uno solo, es más, me acerqué a su lado y pagó sin preguntarme si me apetecía uno. La vi cómo se marchaba hacia fuera de nuevo y me lo pedí antes de volver a ir en su busca.

—¿Me vas a estar siguiendo todo el tiempo? —me preguntó mirándome con cierto desprecio.

i

—¿Te vas a preocupar por tu maleta?

—No, para eso estás tú, señor inspector —amplió su sonrisa enseñando hasta las muelas, pero con el gesto más irónico del mundo.

Le iba a soltar una de las mías, pero me lo pensé dos veces, ya que estábamos en Jerez y era capaz de coger un taxi e irse, pero si me llega a haber pillado en Roma, otro gallo cantaría.

—Imagino que para otras muchas también… —mi tono fue un poco de retintín.

—Pues no lo sé, la verdad, por mucho que intento buscarte el lado bueno, no lo encuentro —se encogió de hombros.

—Necesitas reconciliarte contigo misma, te estás haciendo daño.

—No, querido, aquí el único que me hizo daño fuiste tú, solo tú, que te quede claro. No me vengas ahora con lecciones de esas que no cuela. Que lo vi todo con mis propios ojos, cállate que no hay defensa para ti, al menos ten dignidad.

—Me quiero referir a que…

—Tú no te vas a referir a nada porque no me da la gana, vamos que no me sale de mis santos ovarios.

—No te pega esa forma de hablar, Aitana —volteé los ojos.

—Ni a ti de ir de galán, eso que ni llevas por apellido —se refirió a que ella sí lo llevaba—. Además, ¿no te das cuenta de que paso de ti? Podrías hacer lo mismo y los dos tan contentos.

De nuevo tuve que contener mis palabras para que no se liara hasta asegurarme de que estábamos en el vuelo y ya despegados. No me fiaba lo más mínimo de que tuviese un arranque de ira y se marchara sin darme lugar a retenerla.

La comprendía, juro que lo hacía hasta la saciedad, pero puestos en mi lugar era muy desagradable encontrarme señalado por algo que no era cierto, ya que no quise volver a ver a Corina después de conocer a Aitana, pero me la jugó y bien esa tipa.

Me fumé un par de cigarrillos a los que ella miró con mala cara, pero bien poco me importó. No estaba siendo justa y aunque me dolía porque sufriera innecesariamente, no me merecía el desprecio con el que me estaba tratando.

Pasamos el control policial un rato después y nos sentamos en unos bancos delante de la zona de embarque, he de decir que aquello es tan chico que una vez que pasas el control ya estás delante de todas las zonas de embarque que hay en una única y misma sala.

Embarcamos siendo de los primeros porque teníamos entrada preferente. Dejé que ella ocupara ventanilla y acto seguido me senté después de subir las maletas al portaequipaje.

—Pensé que al menos me llevarías en primera clase —su tono era de reproche y su gesto de abrocharse el cinturón con fuerzas daba a entender que lo estaba diciendo en serio.

—Soy inspector de policía, no el presidente del gobierno. Además, a ver si observas más porque estamos sentados en la segunda fila, en este vuelo no hay primera clase.

—Pues haber comprado los billetes en otra que sí la tuviera —movió la cabeza ligeramente como diciendo que era lo que había.

—Claro que sí, además de eso te debería de haber regalado una maleta de mano de Gucci —ironicé.

—No tienes para una primera clase, vas a tener para una maleta Gucci —soltó el aire y se puso a mirar por la ventanilla.

Me tenía que reír, no era para menos, pero contuve la carcajada para no provocarla más. Aitana estaba a la defensiva y deseando que dijera lo más mínimo para saltar, y el problema es que el avión ya estaba lleno y no tenía ganas de que me pusiera la cara colorada.

El vuelo despegó y poco después las azafatas pasaron con el carrito y ella levantó la mano.

—Quiero un Starbucks de caramelo macchiato —dijo señalando el vasito de café ya preparado—, un brownie de chocolate —lo había visto en la revista del avión—, y una botella de agua. Se lo cobras a este —me señaló con el

dedo.

—A mí me pones otro café igual, por favor —dije mientras sacaba la tarjeta.

—A este, lo que deberíais es lanzarlo al vacío —murmuró Aitana provocando que las dos azafatas aguantaran la risa.

—Tenga —dije dándole la tarjeta e ignorando el comentario después de que pusieran mi café y sus cosas en nuestras mesitas.

—No has contestado a mi comentario para quedar de señor delante de ellas, como haces con todas, quedar bien y luego engañarlas como tontas.

—¿Podemos tener la fiesta en paz?

—¿Fiesta? Solo el estar a tu lado se convierte en lo más parecido a un funeral.

Volví a ignorar su comentario porque cada vez subía más la voz y sabía perfectamente cómo iba a terminar la cosa, con una Aitana desquiciada y yo pasando la vergüenza de mi vida.

Debía reconocer que Aitana sabía estar y era una chica fácil de llevar, el problema era que estaba dolida y eso la hacía salir de sus casillas. No había nada peor en una mujer que una gran decepción y según ella, yo lo había sido a lo grande y la verdad que era de comprender con el pastel que se encontró en mi casa.

Una hora después de un perfecto silencio que yo agradecía, saltó de nuevo la chispa, me miró, la miré y supe que iba a soltar algo muy grande por este tiempo que había estado en silencio y seguramente se había envenenado ella misma.

—¿Alguna vez follaste con las dos el mismo día? —preguntó en un tono lo suficientemente alto para que tanto los de delante como los de detrás se enterasen— Aunque viéndola en tu casa, fijo que sí, qué pregunta más tonta.

—Y con cinco, en Roma te lo explicaré todo —murmuré para que solo ella se enterara.

—¿¿¿Con cinco??? Desde luego qué pena de mí, a saber, qué me has contagiado.

Me levanté y me fui al baño, vamos que me pasé un rato dejando pasar a todo el mundo o esperando a que viniese alguien, pero no, no quería ir a mi asiento y seguir escuchando a una Aitana fuera de control. Me esperaba un viaje duro, eso lo sabía, pero desde la tranquilidad de otros momentos y fuera de los oídos de los demás, haría todo lo posible para recuperar su confianza y que supiera, que yo no era ese hombre que ella pensaba.

Regresé a mi asiento y me la encontré dormida, creo que sentí un alivio que me causó un placer no conocido hasta

ahora. Solo le pedí a todos los santos del cielo que no se despertara hasta que hubiésemos aterrizado. Por lo visto debieron escucharme porque hasta que no dijo el comandante que íbamos a tomar tierra, no abrió los ojos.

—¿Me has drogado? —preguntó esta vez en voz baja, cosa que también me dio cierto alivio.

—Aitana, ¿qué tengo que hacer para que me des una tregua de unas horas?

—¿Una tregua? ¿Pero tú quién te crees que soy? Escucha con el poli este, se cree que por ser inspector a mí me va a hablar como si fuera una delincuente.

—Madre mía —me llevé la mano a la cara y resoplé.

Aterrizamos y me levanté el primero para bajar el equipaje, quería salir rápido de allí y que me diera el aire. No había nada más jodido para mí, que me hicieran pasar vergüenza.

ahora. Solo le pedí a todos los santos del cielo que no se despertara hasta que hubiésemos aterrizado. Por lo visto debieron escucharme porque hasta que no dijo el comandante que íbamos a tomar tierra, no abrió los ojos.

—¿Me has drogado? —preguntó esta vez en voz baja, cosa que también me dio cierto alivio.

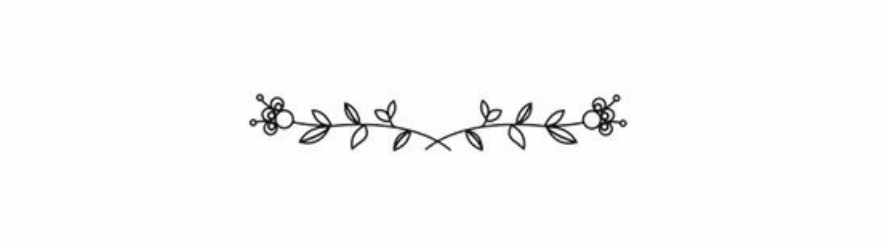
—Aitana, ¿qué tengo que hacer para que me des una tregua de unas horas?

—¿Una tregua? ¿Pero tú quién te crees que soy? Escucha con el poli este, se cree que por ser inspector a mí me va a hablar como si fuera una delincuente.

—Madre mía —me llevé la mano a la cara y resoplé.

Aterrizamos y me levanté el primero para bajar el equipaje, quería salir rápido de allí y que me diera el aire. No había nada más jodido para mí, que me hicieran pasar vergüenza.

Capítulo 36



Alex

Me encendí un cigarrillo tal como salimos de la terminal y esperábamos nuestro turno para abordar un taxi. Ella masticaba un chicle y hacía pompas, estaba en una actitud de una cría pequeña, pero bueno, como decía, la entendía, pero no compartía su comportamiento.

—Espero que el hotel al que le has dicho que nos lleve, sea uno en condiciones, que viendo el vuelo eres capaz de haberme metido en un hostal chungo para no rascarte el bolsillo —dijo cuando el taxista ya había comenzado a conducir.

—Buen hotel —contestó el señor que la había escuchado—, una zona inmejorable.

—Eso está por ver —murmuró quedándose tan ancha y girándose a mirar por la ventanilla.

El taxi nos dejó en la misma puerta del hotel que estaba en una avenida y justo la calle de al lado llevaba a la *Fontana di Trevi* y las vistas de la habitación eran a la *Piazza Venecia*.

La entrada del hotel era bonita y acorde a la arquitectura de los demás edificios de alrededor. Un empleado cogió las maletas y nos guio a la recepción en donde hicimos el registro de entrada y nos acompañaron a la habitación.

Le di una propina y se marchó dejándonos solos. Aitana se fue al balcón a ver desde allí las vistas a la avenida y l *Piazza*.

—Pues la verdad es que estará en un pedazo de lugar, pero la habitación no es para tirar cohetes.

—Es diferente, pero no está mal —dije apoyándome en la barandilla.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer ahora?

—Pues pasear y parar a comer en algún restaurante.

—Yo no pienso sacar mi tarjeta.

—Nadie te lo ha pedido —le fui a acariciar el brazo e hizo un gesto rápido para que no la tocara.

Estaba más arisca que un erizo cabreado y yo hacía por entenderla. Nada más llegar a la calle comenzó a andar a toda velocidad y yo detrás de ella, tratando de evitar la risa que me producía verla así, caminando a toda leche y sin mirar hacia atrás.

Hasta así de cabreada tenía gracia, por mucho que ella no lo viera. Nuevamente, y al estar al aire libre, me apeteció encenderme un cigarrillo, momento en el que se volvió de golpe.

—A ver, que yo me entere, ¿la idea cuál es? Porque si piensas estar fumando todo el día como un carretero, tú te vas por tu lado y yo me voy por el mío. Total, para lo que tenemos que hablar tú y yo…

—No, no pienso fumar todo el día, pero déjame que me relaje un poco, Aitana, que la tensión entre nosotros se puede cortar con un cuchillo.

—¿La tensión? Como yo coja un cuchillo mejor te buscas un agujero en el que meterte, que te tengo ganas.

—Ya, y no ganas de las que a mí me gustaría, me temo —apreté los dientes.

—De esas ya te has despachado tú bien, conmigo y con otras, por si ya lo has olvidado. Que tienes un problema d adicción al sexo es evidente, pero que encima te falle la memoria, eso es mejor que te lo hagas mirar.

—No, no me falla la memoria, lo que pasa es que las cosas no son como tú te empeñas en verlas.

—Claro que no, ahora la que necesita gafas soy yo. Pues nada, que Aitana vaya al oculista y el señor inspector mientras chateando o en la cama de quien le dé la gana, porque él lo suyo no se lo piensa tratar.

—Aitana, en serio, que yo no tengo ningún problema.

—No, ni yo tampoco hasta el día en el que te dio por cruzarte conmigo, con lo tranquilita que estaba. Y suelta ya el puñetero cigarrillo, que no me da la gana de que me eches el humo —lo agarró y lo tiró al suelo pisándolo con todas sus ganas.

—Oye, que yo el humo no te lo he echado…

—Bueno, pues da igual. En todo caso, la próxima vez aprovecha, porque el humo será lo único que me puedas echar. Ya te digo yo que no me vuelves a tocar, ni en esta vida ni en otras diez que vivieras y yo a ti, menos. Ni con un palo te tocaba, con lo sobado que debes estar. Al menos te ducharás después de terminar con cada una, ¿no? Porque eso de meterla en caliente de una en otra sería para darte cachetadas hasta en el carné de identidad.

—¿También me vas a llamar sucio? Es ya lo que me faltaba…

—Sucio no sé, pero un guarro eres, te pongas como te pongas.

—Aitana, por favor —contuve la risa como pude.

—Ríete, ríete, si al final la vida va de eso, de reírse. Solo que recuerda que quien ríe el último ríe mejor.

—Venga, venga, a ver si podemos reducir el nivel de indirectas…

—Yo el nivel que te reduciría a ti sería el de chulería, que igual así se te quitaban las ganitas de estar todo el día metiéndola donde no debes.

—Aitana, venga, que vamos a ver la *Fontana di Trevi*, es por allí —me olvidé de sus enfados y fui a cogerla por e brazo.

—Que te velan esta noche como me toques, ¿no te acuerdas ya? Ay, no, pobrecito, si la memoria la tiene fatal. Pues espérate y ya verás cómo tendrás la manivela de viejo de tanto usarla. No habrá Viagra que te la levante, necesitarás una grúa.

e—Por favor, ¿no? ¿Eso es una maldición que me estás echando? —resoplé.

—Qué va, es una premonición, te pasará fijo, rollo castigo divino por guarro que eres —insistió y yo pensé en que sería mucho mejor callarme porque no podría convencerla de lo contrario.

Llegamos allí a paso ligero, porque ella caminaba rápido cuando se ponía nerviosa, y entonces nos paramos delante de ella.

—Mírala, dicen que es la fuente más bonita del mundo, ¿tú piensas igual?

—Yo mejor me callo lo que pienso —me respondió con maldad—. Y en cuanto a la fuente, obvio que es una virguería, solo que me habría gustado verla en mejor compañía —me soltó.

—Aitana, es que ya no sé lo que hacer para contentarte.

—¿Contentarme, a mí? ¿Tú qué te has fumado? Si llego a saber que estaba aliñado te lo piso antes.

—Que no, mujer, que no es eso. Mira, te diré que Nicola Salvi, su diseñador, pensó en esta fuente como un canto al agua y a la vida.

—Una tontería que me digas más y la vida la pierdes tú. Estoy informada, ¿es que te crees un guía? Te recuerdo que eres poli, señor inspector, no te creas que vales para todo porque no vales. De hecho, a mi entender, no vales ni para dar por culo —me aclaró.

—Gracias por la confianza…

—De nada, de nada…

—¿Y sabes lo de las monedas? Verás, si arrojas una vuelves a Roma.

—Ya, ya, qué tío más pesado. Y si arrojas tres te casarás con la persona que conociste, por eso yo voy a arrojar dos —me miró con maldad.

—Dos son para encontrar el amor con un italiano —le recordé.

—Pues por eso, pues por eso. No pensarás que he venido aquí a vivir una historia de amor contigo después de lo que me has hecho. Voy buscando las monedas —revolvió en su bolso.

—Mejor lo dejamos, bonita.

—A mí no me dores la píldora con lo de bonita, que no me hace falta. Yo me lo digo sola. Es más, he venido a Roma divina de la muerte, desde que yo he pisado su suelo, la ciudad cuenta con otro monumento.

—En eso tienes razón —le dije mientras miraba sus nalgas, esas que me hacían contener el aliento, algo que no se le pasó por alto.

—¿Estás mirándome el culo? —me preguntó de lo más ofendida.

—Si te digo que no me tacharás de mentiroso, así que me lo ahorraré.

—No, si por mentiroso ya te tengo, faltaría más. Y por guarro, a lo que ahora hay que sumar por salido.

—Pues mira, ya que voy a pagar por todas esas cosas sin serlo, apunta también lo de tocón, porque me están entrando unas ganas de darte una nalgada…

—Y a mí me están entrando otras de darte una cachetada que no son normales, es que no lo son. Ya puedes correr —me dijo mientras me seguía a toda leche y casi se parte los morros al tropezar con una losa, momento en el que la cogí al vuelo.

—Ahora no te quejas, ¿eh? —Le guiñé el ojo.

—Señor inspector, ¿tú tienes prisa por morir hoy? Porque te prometo que a mí me están entrando muchas ganitas de matarte.

—Y de comer, ¿no? Porque es una pena, quiero que pruebes la pasta de un restaurante que está aquí al lado y que es una pasada.

—Vale, así que ahí tienen la pasta que a ti te falta —se burló con gesto incluido.

—Lo dices como si te hubiera invitado a una caseta de campaña, el hotel no puede estar mejor ubicado.

—Ya te he dicho que no está mal, no quieras que te regale el oído porque no pienso hacerlo.

—No quiero eso, con tal de que me sonrías, ya estaré contento.

—Ya, y yo con tal de que me toque la lotería y no acierto ni a la de tres. Por soñar que no quede…

—Va, va, que te invito ya a comer, es por ahí —le señalé.

—Guay, pero si te has pensado que por llenarme el estómago de comida perderé parte o toda mi mala leche, vas de culo y cuesta abajo, ¿te enteras? En mi cuerpo serrano cabe todo. Ah, y también cabe helado en grandes cantidades.

—Pues luego iremos a la mejor heladería del mundo.

—Eso, a una heladería, porque creía haber escuchado joyería, pero no caerá esa breva.

—He dicho heladería, sí. La joya eres tú —reí.

—Venga, venga, vamos a pedir ya, que tengo hambre…

—De inmediato —le hice el saludo militar.

—Menos tonterías, que igual me desmayo. Me siento baja de azúcar y necesito que llegue la hora del postre.

—Es para desmayarse, cierto. Estás en Roma y conmigo, por menos se podría perder el sentido —la busqué un poco. Yo también es que parecía masoca.

—Tú sigue tentando a la suerte y te prometo que sí que lo perderás —me dijo al mismo tiempo que me arreó tal bolsazo que con la lengua me conté las muelas por si alguna había salido desfilando.

Hubo suerte y mi boca quedó intacta. No así la suya que, pese a que la comida estuvo realmente deliciosa, no paró

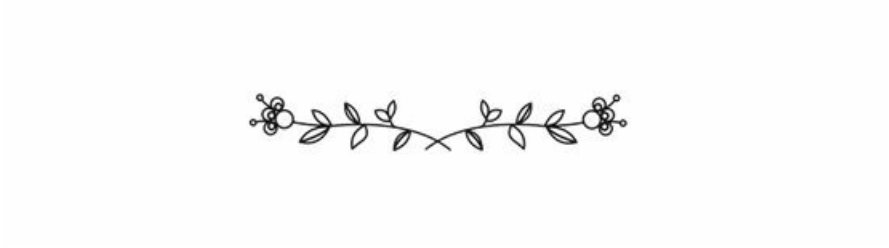
de rajar y rajar. Lo que me pude reír con las barbaridades que soltaba, y eso que más de una eran verdaderas amenazas hacia mi persona.

Soy sincero si digo que no me hubiese importado ni que las llevase a cabo con tal de estar allí, a su lado, sintiéndola y entendiendo por qué era con ella y solo con ella con quien yo quería visitar Roma.

de rajar y rajar. Lo que me pude reír con las barbaridades que soltaba, y eso que más de una eran verdaderas amenazas hacia mi persona.

Soy sincero si digo que no me hubiese importado ni que las llevase a cabo con tal de estar allí, a su lado, sintiéndola y entendiendo por qué era con ella y solo con ella con quien yo quería visitar Roma.

Capítulo 37



Alex

Tras el almuerzo, volvimos a pasar por delante de la *Fontana* mientras echábamos la comida hacia abajo y buscábamos una buena heladería.

Ella iba diciéndome de todo menos bonito, en su línea, cuando vi algo que me tocó la moral: un carterista.

Supongo que un policía no deja de serlo nunca, aparte de que a mí los carteristas me reventaban porque eran como una plaga que, en muchos lugares, lograban ahuyentar a los turistas. Y eso, con la que estaba cayendo, era un pecado capital que no podía soportar porque los comerciantes luchaban mucho por tratar de llenar sus negocios.

En fin, que a Aitana casi se le salen las cuencas de los ojos cuando de pronto la dejé con la palabra en la boca y salí dándome patadas en el culo detrás del tío que, con mucho disimulo, ya llevaba la cartera de una turista mayor en su bolsillo.

Pues sí que iba a bajar bien la comida porque, en cuanto me vio correr hacia él entre la multitud, se dio cuenta del plan y comenzó a dar empujones a diestro y siniestro con tal de avanzar entre la gente, cosa que me pateó el estómago todavía más.

No tuvo suerte, pues pronto lo tuve en el suelo y pude reducirlo, pidiendo a todos que se echaran a un lado y llamando a un poli que hacía su ronda por allí y que ya avanzaba hacia mí al ver el revuelo. Debía tener mi edad y se mostró muy agradecido.

—Por culpa de gente como esta no pueden los visitantes pasear tranquilos. Gracias en nombre de mi ciudad —me comentó mientras llamaba a un compañero suyo para que se acercara con el coche.

—De nada, también soy policía en España y allí igualmente hay carteristas.

Cuando se fueron, Aitana ya estaba a mi lado con la risita en la boca.

—¿Y esa cara? ¿Se puede saber de qué te ríes?

—De nada, de nada…

—Va, ¿por qué te burlas de mí? —insistí porque terminaría diciéndomelo, ya que lo estaba deseando.

—Porque no sabía que hubiésemos venido hasta aquí para que te pusieran una medallita —dijo soltando una carcajada bien grande.

—No seas mala, a mí no me gusta presumir de esas cosas y lo sabes.

—Yo no sé nada, yo solo sé lo que ven mis ojos.

—¿He hecho mal? Oye, que le ha robado a una mujer mayor —me defendí justificando que no podía quedarme d brazos cruzados.

—Qué lástima, la próxima vez te vas para uno que le haya robado a una joven, a ver si así te llevas un plus de eso que tanto te gustan.

—Aitana, estás muy rencorosa —resoplé.

—No, solo que contigo es imposible hacer algo normal, que todo es un deporte de riesgo. Y si no, mira la carrera que has dado. El caso es estar siempre haciendo algo: igual poniendo cuernos que chuleando de poli.

—Contigo es que no puedo, es que no puedo —resoplé de lo más fuerte.

—Pues igual tendrás que poder, que sigo baja de azúcar y como me caiga te tocará llevarme en brazos. Yo de ti iría moviendo el culo a la heladería.

—Oye, tú dices que no, pero también me miras el culo, que no soy tonto y me doy cuenta.

—Yo miro lo que me da la gana y como me toques las narices te formo aquí un espectáculo que se caga la perra, ¿lo entiendes así o te lo explico en plan choni?

—Lo entiendo, lo entiendo, pero vamos que no hay mucha diferencia de a cómo estás.

—¿Me estás llamando choni?

—Vamos a la heladería —solté el aire.

—Mejor, señor inspector —me echó una ojeada de arriba abajo con un ligero desprecio.

Buscamos una heladería que enseguida le entró por el ojo a ella y nos sentamos a comer el suculento helado que pedimos con vistas a la *Piazza Venecia*, la cual nos ofrecía una estampa espectacular, aunque para espectáculo el de verla disfrutando con su helado, como si fuera una cría pequeña, hasta se olvidó de soltarme cosas por la boca.

Ella se decantó por una tarrina de helado de tiramisú que degustó con increíbles ganas mientras que yo opté por probar el de limón, que estaba igualmente de vicio.

No contenta con tomarse el suyo en un santiamén, en cuanto terminó metió su cucharilla en el mío. Claro que después de un sabor tan dulce, probar otro tan ácido como que le dio repelús.

—Qué cojones tiene, no podías pedir otro. Mira cómo me has puesto la piel, de gallina —me enseñaba su brazo y me miraba indignada.

e

—A mí, es que me encanta erizarte la piel —bromeé—. Mejor no me recuerdes ciertos momentos que no quiero pasarlo mal.

s

—No, mejor no, porque encima te pondrás palote y entonces es que seré yo quien llame a la policía para que te arresten por salido. No te valdrá de nada que les digas que eres compañero, te lío un pollo que termina interviniendo hasta el embajador español, así que no me desafíes que no sabes cómo me las gasto, señor inspector —me soltó y se quedó tan campante—. Y sí, no pongas esa cara que te has creído el salvador de Roma por hacer tu numerito con el carterista ¿A quién querías impresionar? ¿A mí? ¿Tú te has creído que por eso me ibas a humedecer la ropa interior?

Me tuve que reír a carcajadas. Con ella siempre era lo mismo, me soltaba tales cosas que terminaban siendo mis ojos los que se humedecían mientras lloraba de risa.

La tarde nos la pasamos por los alrededores del hotel. Cada vez que yo pretendía darle una explicación de algo, ella directamente se ponía los cascos y me hacía una peineta con el dedo.

—Habla con este —dijo con el dedo a la vista de todos.

—No es con tu dedo con quien quiero hablar —dije en tono serio para que parase de hacer ese gesto.

—Habla cartucho, que no te escucho —me dijo volviéndose a poner como una cría de seis años.

Daba lo mismo, lo importante era que yo terminaría llegando a ese corazón suyo que parecía haber blindado para mí. Por muchos disparates que dijese, y por mucho que lo negara, lo estábamos pasando bien, ambos reíamos inevitablemente.

Roma siempre es un lugar que atrapa, un lugar que me habría gustado mucho más poder recorrer cogido de su mano, pero que igualmente disfrutaba a su lado.

No me daba tregua, eso sí que no. Incluso cuando yo trataba de meterme en algún selfi suyo, me amenazaba con darme con el palo y abrirme la cabeza con él, de manera que tuve que conformarme con ver su preciosa cara mientras le ponía morritos a la cámara. Era preciosa, además me encantaba verla sacando sus morritos. A mí me tenía loco y no me dejaba ni que la tocara. En ese sentido, el viaje sí que estaba resultando una auténtica tortura.

—Si eres capaz, te acercas durante la noche y tratas de propasarte, que hasta entonces no tendré que llamar a los tuyos para que te velen —me aclaró durante la cena y señalándome con el dedo.

—Te prometo que no pasará nada que tú no quieras que pase, palabra de inspector.

—Si eso ya lo sé yo, chalado, no te pongas tan bien puesto. Es que te acercas y antes de atacarte voy llamando al forense para que vaya viniendo, fíjate lo que te digo.

—No será necesario —le dije entre risas.

—Más te vale porque te lo digo en serio.

—La cama es muy grande, podemos compartirla y ni siquiera te rozaré.

—Tú eres muy cuco, de eso nada, que yo cuando cojo el sueño profundo no me entero de nada, igual que cuando voy borracha perdida. Podrías hacerme tuya y no enterarme hasta la mañana siguiente y por el escozor de mis partes íntimas, vamos que parece que lo puedo ver y sin ser inspectora, que, por cierto, seguramente lo haría mejo que tú.

—Espero que se te pase en algún momento la rabia y podamos hablar como personas civilizadas, dices muchas barbaridades.

—¿Barbaridades? Tú estás chalado, eres de los que tiran la piedra y esconden la mano.

—¿Algo más que decirme?

—Un montón de cosas, pero no creerás que te las voy a soltar todas juntas, tengo unos días por delante para segui disfrutando del juego, ese en el que tú me has metido.

—Vaya por Dios —suspiré fuertemente.

—Señor inspector —murmuró acercándose a mi oído—, que te follen —se apartó y me hizo un guiño.

¿Mencioné antes una tortura? No, una tortura china, de esos chinos que me resultaban tan familiares, fue verla al llegar a la habitación y, tras pasar al baño, salir con un minúsculo pijama, tremendamente sexy. No es que fuera

un pervertido, porque no es que se tratara de lencería fina, sino de uno de esos pijamas con sus muñequitos, pero que puesto en el cuerpo de Aitana parecía haber sido diseñado especialmente para ella.

—Dios, ¿está puesto el aire? —le pregunté porque a mí me faltaba. De pronto era como si no pudiera gestionar el aire de mis pulmones.

—La temperatura está perfecta, eres tú quien está más caliente que el palo de un churrero. ¿Y para qué me hablas? —Volteó los ojos.

—Nada, nada. ¿Puedo entrar ya en el baño?

—Entra y sal rapidito, porque como me figure que te estás tocando a mi costa se te va a caer el pelo, a Turquía tendrás que ir cagando leches a hacerte un injerto de esos que ahora están tan de moda y vienen todos pelados por el mismo corte.

—¿En serio vas a dormir en esa cama pequeña? Mujer, que no vas a estar cómoda, esa no vale nada.

—Pues entonces lo mismo que tú, por eso lo has visto enseguida.

—En serio, va, si te empeñas en que durmamos separados me quedo yo con la pequeña, duerme tú en la grande.

—Claro y mañana te debo un favor que te querrás cobrar a base de cochinadas, no te lo has creído ni tú. Cállate y ra dormir, ¿me estás oyendo?

—Sí, sí, te estoy oyendo —volteé los ojos.

—Pues eso. Y te recuerdo que, a un movimiento tuyo por la noche, te meto un palo que te achato la cabeza, unos pocos centímetros vas a perder —me miró intentando achantarme.

—¿De dónde? Porque hay lugares en los que me jodería más que en otros —la provoqué y es que en el fondo me daba pena de que se durmiera tan pronto y que se acabara el día.

r—De altura, aunque el chorizo igual también lo pierdes entero y así se te quita la manía de meterlo más de la cuenta —me señaló con el dedo.

—Vale, vale, oído cocina. Ya me voy durmiendo, que tengas lindos sueños.

—Con Brad Pitt voy a soñar y paso de decirte lo que haremos, ya me escucharás chillar.

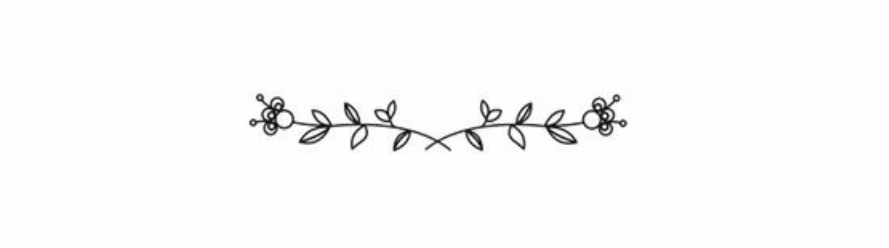
—¿Me puedo unir a la fiesta? —no terminé de decirlo cuando ya vi volar su almohada directa a mi cama.

Nada, no había manera, se la devolví, me sacó el dedo y se acostó mirando hacia el otro lado.

?

Nada, no había manera, se la devolví, me sacó el dedo y se acostó mirando hacia el otro lado.

Capítulo 38



Alex

Me desperté observando que no estaba en su cama, tampoco en el baño ni en el balcón, parecía que estaba jugando al escondite buscando por todos los rincones y hasta debajo de las camas.

Regresé al balcón y al mirar hacia la calle la vi sentada en la terraza de la cafetería que había justo al lado del hotel, bueno, solo había tres mesas pegadas a la fachada, ya que aquello era un paso de viandantes.

Me duché rápidamente y bajé a darle el encuentro. La cara con la que me miró era de dolor.

—Buenos días, ¿estás bien? —pregunté preocupado.

—¿Por qué no me dijiste que estabas con otra?

—Aitana, por favor, créeme, no estuve con ella, se coló en mi casa y me estuvo amargando a mensajes, debes de confiar en mí.

—Todos los hombres sois iguales —murmuró con tristeza y se puso a mirar hacia el lado contrario. Se la veía muy afectada.

—No sé qué hacer para que me creas.

—Puedes traerme al mismísimo Santo Padre, que no lo haré —contestó sin mirarme.

Se me hizo un nudo en la garganta. Me levanté para pedir un café, ya que no veía que el camarero hiciera mucho por salir.

Me senté en un absoluto silencio a tomar el café, y es que no me atrevía ni a encender un cigarrillo por lo que me pudiera decir. La realidad es que todo era como un arma de doble filo que me desgarraba poco a poco, pero que dolía fuertemente.

—¿Solo vas a tomar un café? —me preguntó sin mirarme a los ojos.

—Por ahora sí, no tengo hambre.

—Eso es para hacerte la víctima, te conozco.

—No, muy a mi pesar no me conoces en absoluto.

—Creí que eras un hombre de valor.

—Tengo muchos valores y fallos, pero ninguno de los que tú te piensas.

—El karma te dará de tu propia medicina, ¿lo sabías?

—Aitana, para ya.

—No me da la gana —hizo una mueca con sus labios.

No contesté como lo llevaba haciendo muchas veces, quizás buscando un rato de paz que no me causara más dolo con sus palabras que el que ya sentía.

Le llegó un mensaje de su hermano al móvil. Pude ver que era de él porque el sonido de la notificación nos cogió de improviso y los dos miramos hacia su móvil que estaba sobre la mesa. Lo cogió para leerlo y comenzó a sonreír.

—Mira lo que me dice tu examigo —puso la pantalla mirando hacia mí.

David: *Hermanita, mucho cuidado con él, si te la jugó antes, te la jugará de nuevo.*

Me tuve que contener y morderme la lengua, me dolía doblemente todo, aquel había sido hasta ahora mi mejor amigo, y digo hasta ahora porque me parecía que no solo la había perdido a ella, sino también a él.

—No dices nada, qué raro.

—¿Qué se le puede decir a alguien que es un bloque de cemento y que no hay forma de que entienda que nada de lo que piensa es verdad?

—¿Y qué se le puede decir a un hombre que te va a negar de mil maneras los hechos? Pues nada. Que no te creo chavalín, que sé la persona que hay detrás de ese disfraz de piel de cordero.

No había manera, estaba tan ciega por la decepción que dijera lo que le dijera siempre iba a hacerme ver lo que no

había y ya me estaba desesperando ante esa actitud que tenía hacia mí.

Le gente paseaba feliz disfrutando de un viaje que tanto habían soñado y nosotros, por el contrario, estábamos como dos extraños que parecían los enemigos públicos número uno.

Si he de ser sincero, la quería recuperar, que volviera a confiar en mí, pero no encontraba la forma de conseguirlo dada la decepción tan grande que sentía y que no la dejaba ver más allá de su realidad, esa que no tenía que ver con la mía. Corina había sido todo eso que no debí encontrarme aquella noche en la plaza y menos aún arrastrar a mi cama.

Nos dirigimos en dirección hacia la *Piazza Venecia* donde se paró, me dio su móvil sin decir nada y se puso a posar. Le tiré varias fotos antes de devolvérselo y ponerse a mirarlas.

—¿En serio me has hecho estas mierdas de fotos? —negaba rebufando.

—Están cuadradas y se ve todo bien.

—¡Mira mi cara!

r

—¿Quieres que te compre una máscara y volvemos a repetirla? —le dije en un tono bajo, pero enfadado.

—Mira guapo, que una máscara te hará falta a ti, a mí lo que me hace falta es que me hagan las fotos bien y no estas porquerías.

—Es tu cara, si no te gusta no es mi problema —comencé a andar porque estaba que me la comía, por mucho que me gustara era imposible intentar llegar a buen puerto con ella.

—Mira inspectorcito, te voy a decir una cosa…

—Baja el tono —la miré seriamente y le entró un ataque de risa a modo burlón—. Ríete, pero si me vas a hablar en esos tonos y de esa manera, prefiero que te quedes callada y me ignores.

—Si te piensas que me has traído a Roma para que esté a tus órdenes, déjame decirte que ni fui educada para eso, ni lo voy a permitir.

—Pues aplícate el cuento, tampoco me educaron para que me traten con la punta del pie.

—¿Y sí para reírte de las mujeres y usarlas como clínex?

Ignoré ese comentario como otros tantos, aún seguía buscando esos momentos de no conflictos, esos que solo
, sucedían a ratos y que, durante ese tiempo, aunque su cara era para echarle de comer aparte, algo de alivio sentía,

ya que sus palabras se me clavaban en el corazón como cuchillos recién afilados.

Y encima aguantando que el hermano le enviara ese tipo de mensajes, me parecía de lo más triste y más cuando David para mí había sido siempre una persona muy importante en mi vida.

Llegamos hasta el Coliseo y de nuevo puso su móvil en mis manos después de limpiar con la camiseta los objetivos de este.

—Hazlas con cariño —me advirtió con el dedo.

—¿Con el mismo que tú me tratas? —le respondí con ironía.

—No me toques las narices y házmelas bien —se colocó de medio lado y alzando un poco su cara en dirección al sol.

Le hice de varios tipos: más cerca, más lejos, primeros planos y hasta me agaché y me subí a la valla para cogerle más perspectivas.

Cuando le di el móvil pude comprobar en su sonrisa que alguna le había gustado, es más, observé por el rabillo de ojo cómo cambiaba su foto del WhatsApp y ponía la de primer plano que le hice y que a mí también me gustó, pero no le dije nada. Para hablar estaba yo…

Caminamos hacia un barrio que había por detrás del Coliseo sin rumbo alguno y terminamos parándonos en una terracita que había en una calle poco transitada, pero que tenían unos platos muy llamativos y se notaba que los clientes eran de la ciudad, con lo cual le propuse sentarnos en la única mesa que había libre y ella aceptó encantada.

Yo me pedí unos espaguetis a la boloñesa y ella una lasaña de verduras que le llamó poderosamente la atención al ver la imagen sobre la carta. Pedimos una botella de vino que no tardaron en traer.

—Por un resto de días en los que podamos llegar al menos a hablarnos sin reproches.

—Vas apañado, señor inspector —bebió directamente sin brindar en ningún momento.

—Bueno, por lo que veo no habrá tregua ni nada por el estilo, yo al menos intentaré que estemos desde la calma y te pediría que hicieras un esfuerzo al menos en no atacarme constantemente.

—Claro que sí, ahora voy a permitir que tú vengas a darme lecciones cuando no has dado ni el más mínimo ejemplo de nada.

—Voy al baño.

—Que no sea a mi costa, por favor.

Volví a ignorar otro comentario más porque para qué iba a darle más razones para que se explayara en comentarios desafortunados.

Cuando regresé ya estaban los platos sobre la mesa y ella disfrutando de la lasaña que con tantas ganas se había pedido. Mi plato tenía una pinta espectacular y no dudé en comenzar a degustarla.

Fue masticar ese primer golpe de espaguetis y comenzar a arderme toda la garganta, pensé que me ahogada, tosía y carraspeaba buscando alivio a la vez que intentaba beber un poco de agua.

—¿Estás bien? —preguntó con una risilla que no me hizo ni la más mínima gracia.

—¿Le has echado algo? —pregunté en cuanto pude hablar mientras observaba que había sobre la mesa unos botes de pimienta, guindillas y sal.

Ni me contestó, ni falta que me hacía. Me subió la sangre a la cabeza, no me hacía ni la menor gracia que se creyera con el derecho de hacer esas cosas. Dejé el plato a un lado y esperé a que ella comiera.

—¿Te pido otro?

—No, no tengo ganas de comer.

—Tampoco has desayunado.

—No te preocupes ahora por eso —respondí con ironía.

—Era solo una broma.

—No creo que a ti te gustara que yo te la hiciera.

—No puedes ir por ahí, te recuerdo que tú te has reído de mí de manera más horrible.

—Termina, quiero ir al hotel a descansar.

—¿No vamos a visitar nada más hoy?

—No estoy de humor en estos momentos.

—Desde luego que tienes muy poquito aguante, señor inspector.

—Tengo demasiado, pero demasiado —le respondí mirándola fijamente y con el rostro serio.

Pagué la cuenta y comencé a andar en dirección al hotel, ella me seguía detrás. No entendía cómo podía actuar de esa manera tan infantil y creyendo que hacía gracia, cuando la realidad era que no hacía la más mínima.

Dos horas estuve acostado fingiendo estar durmiendo cuando la realidad es que estaba cabizbajo y triste por saber que no había manera de consensuar con ella nada y menos aún que entrara en razón, se veía claramente que todo lo hacía para hacerme sentir mal.

Hasta pensaba que por muchos sentimientos que tuviera hacia ella no había hecho bien en venir a este viaje juntos ya que la cosa no estaba para eso, pero bueno, mis ganas pudieron y hasta en ciertos momentos sentía que era masoca, ya que, a pesar de encontrarnos así, quería tenerla a mi lado, al precio que fuera y por mucho que me doliese como me estaba tratando.

Me levanté de la cama y vi que estaba en el balcón con una lata de refresco en sus manos. Entré al baño y volví a ducharme, era como si aquello me fuera a liberar o limpiar de la mala energía que había entre nosotros.

Ni qué decir que cuando salí y nos fuimos a pasear me quedé asombrado porque su actitud era completamente diferente, me ignoraba, pero no me atacaba con comentarios inapropiados cuando yo hablaba, al menos era un paso y no sabía si aquello era bueno, porque por un lado podía ser que se estuviera dando cuenta de que la había cagado, o peor aún, que estuviera mordiéndose la lengua y cuando estallase no iba a haber lugar en Roma dónde esconderme.

Llegamos a la *Piazza Navona* y volvió a poner el móvil en mis manos para que le tomara varias fotos, lo hice con todo el amor del mundo para que de nuevo se encontrara con esas imágenes que quería ver y no le decepcionaran.

—No quedaron mal —murmuró revisándolas y aunque tampoco era apropiado de la forma en la que lo había dicho, al menos no se había quejado.

Nos sentamos en una pizzería de la plaza a cenar y le propuse pedir dos diferentes para compartir, pero se negó en rotundo haciendo la connotación de que conmigo no compartiría absolutamente nada.

De nuevo se ponía un tanto chulesca y con actitud recriminatoria hacia mí, como no podía ser de ninguna otra manera. Sinceramente me notaba agotado psicológicamente con esta situación, pero claro, mis ganas podían con todo y el simple hecho de poder estar a su lado era para mí motivo para agradecer.

Se pasó la cena hablando con su hermano por el móvil y riendo de manera falsa, a la vez que no dejaba de alabar a su hermano en voz alta mientras leía o contestaba sus mensajes, dejando ver que tenía toda la razón y que no sabía qué hacía aquí en Roma conmigo.

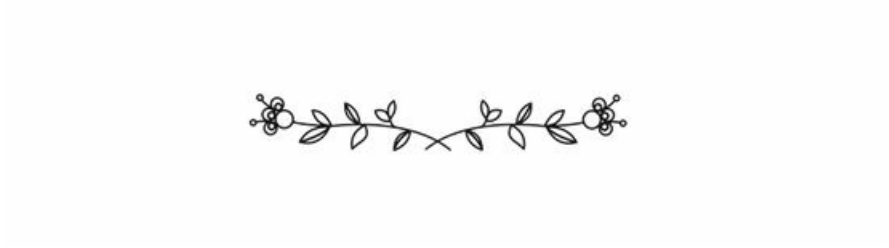
Me mordí la lengua todo lo que pude, aguanté en esa mesa todos sus desprecios e indiferencia y cuando terminamos de cenar, me dirigí al hotel para dar por concluido el día.

No obstante, el tiempo que estuve intentando dormir ella se lo pasó cantando por Shakira, Karol G, Malú y todo el repertorio de canciones que iban llenas de indirectas para sus ex. En fin, que me estaba dejando por los suelos.

Me mordí la lengua todo lo que pude, aguanté en esa mesa todos sus desprecios e indiferencia y cuando terminamos de cenar, me dirigí al hotel para dar por concluido el día.

No obstante, el tiempo que estuve intentando dormir ella se lo pasó cantando por Shakira, Karol G, Malú y todo el repertorio de canciones que iban llenas de indirectas para sus ex. En fin, que me estaba dejando por los suelos.

Capítulo 39



Alex

Me desperté y vi cómo Aitana estaba recogiendo un par de cafés que le habían traído a la puerta de la habitación.

—Buenos días, señor inspector —se acercó y puso uno en mis manos.

—Buenos días, guapa. Gracias —arqueé la ceja.

—No hay de qué, dije que lo cargaran a la habitación, ya afrontarás la factura.

—Sin problema —sonreí. A pesar de saber que ella no lo iba a pagar, el gesto de que lo hubiera pedido también para mí, ya era el indicativo de algo por muy poco que fuese.

—Hoy quiero ir al Vaticano —murmuró sonriente y no aprecié ninguna ironía.

—No hay problema en ello, ahora vamos.

—Y no quiero desayunar donde ayer —se refirió a la cafetería pegada al hotel.

—Pues buscamos otra.

—Y no quiero ir andando —ya sí se me escapó una risilla.

—Pues llamamos un taxi.

—Me he levantado triste —miraba su taza que sujetaba entre sus manos y su rostro estaba de esa manera.

—Aitana… —Me acerqué todo lo que pude a ella.

—No me vayas a tocar, por favor —murmuró con mucha pena.

—No lo haré si no quieres, pero te noto mal, si lo necesitas puedes abrazarme.

—¿Ahora quieres curar mis heridas? —preguntó pareciendo que iba a llorar.

—No las provoqué, te juro por mi vida que no es como piensas.

—No te creo —se le saltaron las lágrimas y juro por mi vida que eso me dejó roto en mil pedazos, hubiera dado lo que fuera por abrazarla, pero se giró, dejó la taza sobre su mesita de noche y se fue al baño a ducharse.

Salí al balcón a fumar un cigarrillo y tomar el café. Sentía una opresión en el pecho que ni con el mayor de los casos que había llevado me había sentido de tal manera, era una maldita impotencia muy grande verla sufrir de esa manera y lo peor de todo por algo que no había pasado ni era como ella creía. Además de tener que aguantar todos los desprecios y malos gestos que tenía conmigo, pero bueno, quería entenderla.

Después de ducharme tras de ella, nos fuimos a la calle donde ya nos esperaba un taxi que nos llevó hasta el Vaticano, cosa que lo pudimos hacer andando, pero como ella quería así no me importó.

Lo primero que hicimos antes de meternos en la plaza, fue sentarnos en una cafetería que había en la calle justo enfrente y nos pedimos un desayuno.

No hablaba apenas y me contestaba con monosílabos, estaba hoy demasiado decaída y afectada, era como si se le hubiera quitado las ganas de discutir y todo eso, como si no tuviera fuerzas para nada.

El desayuno fue en silencio, miraba hacia los pilares de la entrada del Vaticano y se quedaba con la mirada perdida mientras mordisqueaba la tostada casi sin ganas y tomaba el café. Me encendí un cigarrillo y esta vez me dejó fumarlo sin hacerme ningún comentario al respecto, cosa que agradecí.

El resto del día fue igual, después de dar un paseo por esa plaza y sin entrar a ver nada del interior, fuimos a seguir descubriendo la ciudad y todo sin reproches, eso sí, estaba distante y contestaba lo preciso o me daba el móvil para que le tirase fotos.

Incluso cuando nos acostamos le di las buenas noches y me las contestó, cabizbaja, pero lo hizo.

Lo que no me esperaba para nada que por la mañana se levantara de nuevo de manera guerrera, contestona y echando en cara todo cuanto podía y más.

Es más, durante el desayuno en una terraza al lado de la *Fontana di Trevi* estuvo todo el tiempo retándome y provocándome, se notaba que tenía ganas de liarla.

Luego quiso echarse unas fotos, ya que no había mucha gente porque nos habíamos levantado bien temprano. Se

colocó pegada al agua y se sentó de lado, le tiré varias, momento que me dijo que me sentase igual que me las haría de esa misma manera. Tonto de mí y sin pensar en lo que ella sería capaz de hacer, me senté y cuando fue a decirme cómo colocarme, me empujó para hacer la gracia y al cogerme de improvisto, caí al agua.

Cartera y todo mojado, pero no era eso, era la vergüenza que me había hecho pasar y hasta la policía vino corriendo a ver qué pasaba, pero le dije que había arriesgado mucho en el borde y caí.

Ella estaba pálida, no sabía ni cómo actuar, yo sí lo tenía claro, hasta aquí habíamos llegado y para mí, la historia con ella estaba acabada.

Le di las gracias a los agentes y comencé a caminar hacia el hotel mientras todo el mundo me miraba de cómo iba chorreando. Ella comenzó a pedirme disculpas de manera desesperada.

—No me mires más a la cara, no lo vuelvas a hacer, hasta aquí llegó mi paciencia, jamás te hubiera humillado como tú lo has hecho conmigo. Aitana, no me vuelvas a hablar, te lo pido por favor.

—Pero, Alex… —me agarró del brazo y lo retiré como tantas veces había hecho conmigo.

—Ni Alex, ni nada, he soportado este tiempo tus desprecios, tus malas contestaciones, acusaciones injustas que no merecía, me has faltado el respeto y todo por no querer ver más allá de la realidad. Ahora piensa lo que te dé la gana, no me importa, Aitana, solo quiero mañana a primera hora coger ese vuelo, dejarte en tu casa y no verte más. De paso dile a tu hermano por mensaje que no se preocupe, que no me acercaré más a ti.

—Alex… —Sus ojos se humedecieron.

—Ni Alex ni nada, se acabó Aitana. El juego ha terminado.

Subí a la habitación cuando estaba un poco más seco y me cambié, no pensaba salir en todo el día y menos con ella, de quien ya no me fiaba lo más mínimo. Me sentía tonto, pero lo que más me dolía era haber sentido esa humillación publica que jamás imaginé.

Almorzamos y cenamos en la habitación, ya que pedí que nos trajeran las cosas, pero no le dirigí la palabra en ningún momento. Ella hacía todo lo posible por hacerme ver que estaba arrepentida, pero me daba igual, ya no la creía y había algo que me decía que no iba a cambiar.

El día se me hizo de lo más largo, por primera vez tenía ganas de llegar a España, separarme de ella y comenzar a curar mis heridas, esas que sabía que tenía que sanar yo solo. Jamás me iba a creer y cómo había actuado conmigo me hacía intuir que no lo iba a cambiar por muy mal que se sintiera ahora, además, era imperdonable el hecho de que le hubiese dado igual ridiculizarme de esa manera.

Por la mañana estaba despierta y había pedido un par de cafés, me lo tomé sin hablarle y luego preparé mi maleta,

ya que iban a venir a recogernos.

Durante el trayecto al aeropuerto fuimos en completo silencio, al igual que en el vuelo, ese en el que la vi llorar, pero no hice lo más mínimo por calmarla, el dolor que yo sentía era muy grande y el hecho de no derramar lágrimas no significaba que no estuviera mejor que ella.

Nos montamos en mi coche para dirigirnos a Cádiz, momento en el que fue pidiéndome todo el camino que la perdonara y que la comprendiera. ¿Comprenderla? No, no podía hacerlo ni lo iba a hacer, es más, ni le contestaba y veía cómo se iba desesperando.

En la puerta de su casa se puso a hablarme sin bajar del coche hasta que le pedí seriamente que saliera y me dejara en paz. Ya había tenido suficiente y la verdad es que no me apetecía lo más mínimo seguir tirando de alguien que me había tratado como a un perro.

—Alex, yo… —No la miraba, me mantenía con los ojos puestos al frente y en absoluto silencio.

Suspiró, sin decir una sola palabra más, abrió la puerta para bajarse y esperé hasta que sacó la maleta, ni para eso me molesté en bajar.

Me dolía, me dolía mucho que no creyera nada de lo que le dije el día que fui a buscarla a su despacho para pedirle que viniera de viaje.

Solo le conté la verdad, esa que igualmente le reproché a Corina cuando entramos en mi casa aquella maldita mañana de sábado.

¿Cómo se había atrevido a colarse en mi casa? Una noche de sexo no le daba derecho a creer que habría algo más.

Joder, si ni siquiera le contestaba a los mensajes que me mandaba, y no como ella creía, porque estuviese muy ocupado con mi trabajo de inspector.

Por el rabillo del ojo vi a Aitana parada junto al coche, ya tenía la maleta, pero no hacía por irse, así que tomé la decisión de hacerlo yo antes de que pudiera arrepentirme.

Metí primera, aceleré y me alejé de ella, mientras la veía observa cómo me alejaba por el retrovisor.

Jamás en mi vida había sentido algo así por una mujer, y lo que nunca me hubiera imaginado es que lo sintiera por alguien a quien conocí siendo una niña y que no había vuelto a ver desde que era una joven adolescente.

Desde luego, eso de que la vida daba muchas vueltas, era una verdad como un templo.

Rompí a llorar cuando llegué a casa y me senté en un rincón del sofá, tenía tanto dentro que exploté en cuanto me

quedé a solas.

La iba a olvidar, me costara lo que me costase lo iba a hacer…

ı

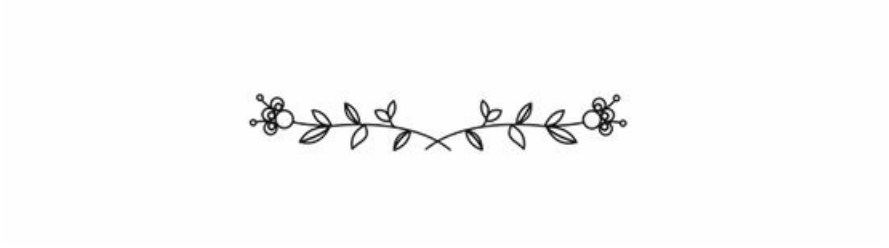
.

r

quedé a solas.

La iba a olvidar, me costara lo que me costase lo iba a hacer…

Capítulo 40



Aitana

La vuelta a Cádiz después del viaje a Roma, fue una mierda y tenía que reconocerlo.

El viaje no fue ni mucho menos lo que pensaba que sería, y me había venido con Alex más cabreado que una mona y sin querer hablarme ni verme.

Se había dado la vuelta a la tortilla, y ahora era yo la que necesitaba que me hiciera caso para poder hablar con él.

No podía decir que fuera ni tarde ni pronto cuando me di cuenta de que amaba a ese hombre con toda mi alma, pero me había dado cuenta de ello y quería recuperar lo que habíamos tenido antes de ella, antes de Corina y la mentira que me hizo creer esa mujer.

Había estado varios días enviándole mensajes desde entonces, y no me respondía ni tampoco contestaba mis llamadas, por eso pensé que tenía que actuar si quería que me escuchara y hablar con él.

Esa tarde de lunes entré en el gimnasio con la ropa que había llevado a la oficina, una falda más corta que de costumbre, con mis tazones y una camisa de tirantes. Cintia fue a los vestuarios y yo me quedé hablando con Oliver, que me miraba con la ceja arqueada.

—¿No te cambias? —preguntó.

—No, hoy cambio mis rutinas de ejercicio —dije mientras por el rabillo del ojo veía a Alex y Samuel en el banco levantando pesas.

—¿Y qué rutinas son esas, si puede saberse?

—Poner celoso al hombre que quiero —sonreí, y sin cortarme lo más mínimo, me acerqué a Oliver y le rodeé el brazo con ambas manos—. Estás fuerte, jodido.

—A ver, que yo me entere, ¿quieres poner celoso al inspector, conmigo?

—Has dado en el clavo.

—Mal lo llevas, porque sabe que tengo pareja.

—Entonces, cambio de táctica. Voy a ver si levanto algo, y no pesas precisamente —le hice un guiño y fui hacia la zona en la que estaban ellos—. Samuel, deja que yo ayudo a tu hermano con las pesas —dije y ambos me miraron.

—No te muevas de aquí —exigió Alex, pero Samuel se encogió de hombros cuando lo llamó Cintia—. Traidor.

—Vamos, señor inspector, que yo también puedo vigilar las pesas.

—Lo dudo, si por ti fuera, dejarías que me cayeran encima.

—Anda, ¿qué dices? No haría eso, que me preocupo por ti.

—Claro, ¿te recuerdo lo de la fuente? —Arqueó la ceja sin dejar de levantar las pesas.

—Me va a costar que olvides eso, ¿verdad?

—No quiero hablar contigo, Aitana, vete a hacer tus ejercicios.

—Pues es que me he olvidado la ropa de deporte en casa —me encogí de hombros—. Venga, que te ayudo.

Me coloqué en posición, justo sobre su cabeza, con las piernas separadas como tantas veces le había visto a él y también a Samuel, y no me pasó desapercibido el momento exacto en el que Alex fue consciente de lo que estaba viendo, y de lo que no veía también.

Abrió mucho los ojos, pero no dijo nada, siguió levantando las pesas como si yo no estuviera allí, abierta de piernas y sin ropa interior debajo de la falda, obsequiándole con unas vistas de lo más privilegiadas y suculentas.

—Vas muy bien, apenas si notas el peso, ¿eh? —dije, pero no decía nada, y llegó un momento en el que cerró los ojos— Pero no cierres los ojos, a ver si se te va a escurrir la barra y te me ahogas. Anda, ábrelos.

—Por Dios, Aitana, no llevas nada debajo —murmuró colocando la barra con las pesas en su sitio, mirándome a los ojos, pero de vez en cuando se le iban a mi sexo desprovisto de ropa.

—Ah, ¿no? Huy, qué despiste. Claro, si es que he salido con prisa de casa esta mañana y… se me habrá olvidado —suspiré—. ¿Ya te vas? —pregunté cuando se incorporó y lo vi secarse con la toalla.

—Sí.

Se levantó y fue hacia los vestuarios, momento que aproveché para seguirle.

Comprobé que no había nadie, entré, cerré la puerta y fui hacia la zona de duchas donde escuchaba el agua caer.

No tardé en quitarme la ropa y entrar en la ducha con Alex, que estaba con ambas manos apoyadas en la pared y l cabeza inclinada hacia abajo mientras el agua le caía por la espalda.

Cogí el bote de gel, me puse un poco en las manos y comencé a frotarle la espalda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el ceño fruncido.

—Ducharte —sonreí.

—Aitana, no puedes…

—Calla, y deja que me encargue de relajarte los músculos.

Lo miré fijamente mientras mientas pasaba las manos por su torso, el vientre, los costados, la espalda, volví hacia la parte de sus abdominales y bajé rozando levemente su miembro, pero sin tocarlo.

—Aitana…

—Quiero que hablemos, y esta es la única manera que se me ha ocurrido hoy. Llevas días evitando mis mensajes.

—Vaya, eso me suena —arqueó la ceja.

—Lo sé, y lo siento. Si esa mujer no hubiera sido tan convincente…

Él no dijo nada, y yo tampoco. Volví a mirarlo y por un momento deseé que nada de eso hubiera pasado, que Corina no hubiera existido o, dado que ella estuvo con Alex antes que yo, que hubiera confiado en él y le hubiera hecho caso cuando me decía que no se acostó con ella, mientras estaba conmigo.

Sabía que eso que estaba haciendo era una locura, pero igual que él me había llevado a un viaje para hacerme ver que yo era quien le importaba, quería hacer cualquier cosa para convencerlo de hablar conmigo.

—Mejor me voy —dije derrotada al ver que no iba a hablar conmigo.

Salí de la ducha, me sequé con la toalla de Alex y me vestí tan rápido como pude.

En cuanto pasé por la sala del gimnasio y me vio Cintia, abrió los ojos y me encogí de hombros.

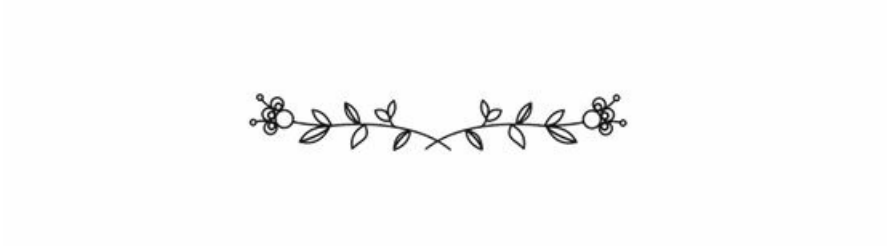
Me marché a casa, sabiendo que, si quería recuperar a Alex, tenía mucho, pero mucho, trabajo por delante.

a

En cuanto pasé por la sala del gimnasio y me vio Cintia, abrió los ojos y me encogí de hombros.

Me marché a casa, sabiendo que, si quería recuperar a Alex, tenía mucho, pero mucho, trabajo por delante.

Capítulo 41



Aitana

El martes por la mañana le mandé a la comisaría uno de esos desayunos con amor que encontré en Internet, con café, Donuts, pan con jamón y tomate, incluso pedí que metieran un oso de peluche con uniforme de policía, era una monada.

Le mandé un mensaje diciéndole que esperaba que disfrutara el desayuno, pero como esperaba, no respondió.

Hablé con David y le pregunté si había vuelto a hablar con Alex, dado que después de lo que pasó, y que no entendiera que me fuera de viaje con él con lo que me había hecho, estaban más distantes que nunca.

Aun habiéndole dicho a mi hermano que lo de aquella mujer no fue más que un mal entendido, era igual de cabezón que yo y no dio su brazo a torcer, no había hablado con Alex desde que lo llamó diciéndole que iba a partirle la cara.

Menos mal que lo convencí de no hacerlo, porque conocía a mi hermano y estaba segura de que se habría presentado en su casa para hacerlo.

Aitana: *Hola, señor inspector. Lo sé, no me vas a contestar a este tampoco, pero quiero que me tengas presente. Tú también fuiste insistente, y no paraste hasta que me abordaste en mi despacho, y me convenciste de ir de viaje contigo. Yo tan lejos no puedo llevarte, pero, si tú quieres, te llevo al cielo. Sé que no debí hacer lo que hice y me arrepiento, pero estaba enfadada, dolida, y seguía pensando que me habías engañado. Solo quiero hablar, Alex, de verdad, nada más que eso. Y si en el proceso consigo recuperar lo que una vez tuvimos antes de ella, ¿qué más podría pedir?*

Ese mensaje se lo acababa de enviar mientras desayunaba en aquella preciosa mañana de miércoles en una cafetería frente a la comisaría.

Sí, estaba allí sentada esperando que Alex apareciera y poder hablar con él.

Eché un vistazo al mensaje y vi que lo acababa de leer, como siempre, me dejaba en visto y sin respuesta.

Suspiré y mientras le daba un sorbo al café miré por la ventana.

Vi una pareja pasando por allí, sonriendo y cogidos de la mano, y pensé en nosotros.

Estaba terminando la tostada cuando lo vi aparecer.

Se quedó fuera de la comisaría fumando, mirando el móvil, hasta que llegó una mujer que le sacó una sonrisa de oreja a oreja que ya quisiera yo habérsela sacado el lunes cuando me vio en el gimnasio, o el día que me dejó en mi casa a la vuelta del viaje, que estaba más serio que todas las cosas.

En un momento dado ella se tiró a sus brazos y él la cogió, y yo entendí por qué no me respondía los mensajes, ni me cogía las llamadas ni me había tocado en la ducha del gimnasio.

Debía estar con ella, por lo que resultó que, para Alex, ni yo le importaba tanto como dijo antes del viaje, ni lo nuestro significaba nada realmente.

Pero no iba a darme por vencida, al igual que él no se rindió hasta que lo escuché y me habló.

Me tomé el café y esperé a que entrara en la comisaría, en cuanto lo hizo, cogí la cesta que llevaba y salí de la cafetería.

Crucé la puerta de la comisaría encontrando bastante bullicio para ser primera hora, me acerqué al mostrador donde atendían un par de policías y les di los buenos días con la mejor de mis sonrisas.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —preguntó uno de ellos.

—Traigo una entrega para el inspector.

—¿Qué inspector? Hay varios.

—Eh… Aquí solo dice inspector Alex —leí la nota, puesto que no sabía el apellido del jodido y sexy inspector.

—Ah, vale —sonrió—. Por ese pasillo hasta el final y después, la tercera puerta del pasillo de la izquierda.

—Genial —sonreí de nuevo—. ¡Gracias!

Me había costado mentir a mi hermano y a Cintia diciéndoles que tenía que hacerme unos análisis en el médico y que no podría ir a primera hora, para poder venir a la comisaría en vaqueros, camiseta y deportivas fingiendo ser una simple mensajera.

Tenía la ropa de la oficina en el coche para cambiarme antes de entrar en mi empresa.

Seguí las indicaciones que me había dado el agente de policía, y llegué a la puerta en cuestión. Respiré hondo, me armé de valor, y llamé a la puerta.

—Adelante —dijo desde dentro, con esa voz profunda.

Abrí, asomé la cabeza y vi que estaba leyendo algo en una carpeta que tenía sobre la mesa.

—Buenos días, señor inspector —saludé con una sonrisa y entré.

—Pero, ¿qué haces aquí? —Frunció el ceño.

—Traerte el desayuno personalmente —me encogí de hombros levantando la cesta.

—Por Dios, Aitana —suspiró mientras se pasaba la mano por el rostro—. No deberías estar aquí. Si no respondo a tus mensajes ni a tus llamadas, es por lo mismo que no me respondías tú. No quiero hablar contigo, no quiero verte. No me creíste nada de lo que te dije y está bien, estás en tu derecho de no hacerlo. Ahora soy yo quien entiende que esto, sea lo que sea que fue lo que hubo entre nosotros, se acabó.

—Solo vine a dejarte el desayuno —puse la cesta en su escritorio—. Y he visto que estás con alguien, así que, bueno, yo…

Llamaron a la puerta y se abrió directamente. La mujer que había visto con Alex en la calle entró gritando la mar de contenta.

—¡Lo tengo! Oh, lo siento, no sabía que estabas ocupado —dijo al verme.

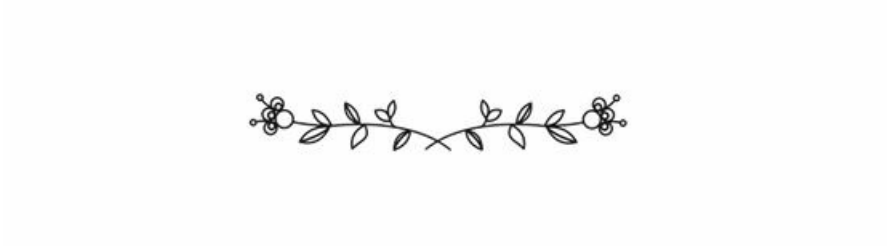
—Tranquila, solo vine a hacer una entrega —sonreí—. Todo tuyo.

Miré a Alex por encima del hombro y salí.

Tal vez ella estaba con él ahora, pero yo lo quería, me había enamorado de Alex como no pensé que ocurriría cuando lo vi por primera vez en el gimnasio, y no iba a dejar de luchar hasta recuperarlo, como Aitana Galán que me llamaba.

Palabra de Aitana.

Capítulo 42



Aitana

El jueves fue un día de esos en los que piensas que para qué te habías levantado, y es que todo, absolutamente todo, me salió mal.

Para empezar, me encontré con unas obras repentinas por una rotura de alguna tubería de agua en una de las calles y que lo tenía todo inundado, más que en coche podríamos haber circulado por allí en una barquita.

Cuando llegué a las oficinas teníamos la cafetería cerrada, una avería en cocinas por lo que nos dijeron, así que adiós a mi café, menudo humor de perros tenía para ese entonces.

Subí al despacho y al encender el ordenador, la pantalla se veía completamente en negro, le pregunté a mi hermano y dijo que la suya estaba perfecta. Llamé al técnico para que viniera, estuvo revisando y al final me dijo que, aunque todos los datos los podía volcar en un disco duro externo e instalarlo en otro ordenador, ese había pasado a mejor vida.

Pues nada, que en paz descanse el jodido ordenador con la de trabajo que tenía aquella mañana.

Por suerte me pudo solucionar el problema dejándome un ordenador provisional hasta que trajeran el nuevo que pidió en ese mismo momento.

No lo besé porque no quería más escándalos en mi vida.

Me centré en el trabajo, solo hasta que el señor inspector se me cruzó por la mente, y le mandé un mensaje de buenos días, deseándole que tuviera un buen jueves y que los malos no consiguieran herirlo, por mucho que Alex dudara, yo me preocupaba por él, y mucho.

Dejé el móvil a sabiendas de que no iba a responder, y continué trabajando.

El café de las once con Cintia tuvimos que tomarlo en la cafetería que había en la esquina de nuestra calle, y aprovechó para hablarme de los planes que Samuel le había propuesto para ese fin de semana, que quería llevarla

a la casa de un amigo suyo en la sierra donde estarían los dos solos.

Mis planes en cambio serían quedarme en casa haciendo limpieza, y viendo alguna serie nueva en plan maratón, en alguna de las plataformas de cine que teníamos contratadas David y yo.

No sabía qué tuerto me habría mirado esa mañana de jueves, que cuando regresábamos a la oficina se me atascó e tacón en una alcantarilla que no vi, caí hacia el suelo y no solo me raspé las manos y las rodillas, sino que tuve la mala pata de tirar a un pobre repartidor que llevaba un montón de cajas con pasteles y tartas, y mi cara dio en una de estas.

Entre nata y chocolate estaba para comerme, según dijo Cintia muerta de risa, mientras yo luchaba por sacar el jodido tacón de la alcantarilla, ese que acabó liberando el repartidor, quien no dejaba de decir que le iban a descontar a él todo eso.

No lo dudé, saqué mi tarjeta de la empresa y le pedí a Cintia que fuera al cajero por dinero mientras el chico hablaba con su jefa, quien le dijo que preparaba otra remesa de dulces para la pastelería a la que iba.
s

Llegamos las dos a las oficinas con pasteles y tartas como para dar de comer a seis bodas, los dejamos en la cocin y me subí la que se había quedado con la forma de mi cara.

Al menos me endulcé la mañana y parte de la tarde.

Por suerte llegó la noche y me metí en la cama, ese lugar que se había convertido en mi remanso de paz, al mismo tiempo que el lugar donde apenas dormía.

Y por fin llegó el viernes, momento en el que al acabar el día me metería en casa para olvidarme del trabajo.

Pero hasta ese entonces, tenía que dar el máximo de mí en el puesto.

—Aitana —me llamó una de las recepcionistas—. Trajeron a primera hora tu ordenador y el técnico está instalando todo.

—Gracias a Dios, porque el que me dejó de sustitución, era más lento el pobre… —suspiré y ella sonrió.

Pasé por el despacho de mi hermano y estaba hablando por teléfono, así que esperé a que terminara para entrar, llamé un par de veces y asomé la cabeza.

—Buenos días —sonreí.

—Buenos días.

—Qué serio estás, ¿va todo bien? —pregunté sentándome frente a él.

—Sí, tranquila, es que ha habido un problemilla con una de las envasadoras del vino, pero ya está casi solucionado.

—Genial. Oye, que estaba pensando, ¿y si invitamos mañana a cenar a papá y mamá en algún sitio chulo? Esta semana casi no los he visto.

—Yo tampoco, he estado algo liado. Ahora llamo a papá y lo organizamos.

—Perfecto, pues me voy a currar, que, si no es por mí, esta empresa estaría en ruinas.

—Serás mala —rio.

—Te quiero, hermano —dije acercándome para besarlo en la mejilla.

—Y yo a ti.

Fui a mi despacho y estuve trabajando hasta la hora del café, solo que Cintia no pudo acompañarme porque tuvo que salir a unas gestiones de papeleos que le había pedido David.

En vez de quedarme en la cafetería de la empresa decidí salir fuera, evitando eso sí la maldita alcantarilla para no besar el suelo otra vez, como hiciera antaño su Santidad el Papa, solo que él lo hizo porque quiso, y yo porque volé hasta el suelo.

Tenía una sensación extrañada, como si alguien me siguiera a cada paso. Lo malo es que lo sentía desde que había salido de mi casa.

Eché un vistazo por encima del hombro, pero no vi a nadie que me llamara la atención, así que me senté a desayunar en la cafetería.
Pero esa sensación no se me iba.

Aitana: *Buenos días, Alex. Tengo una pregunta, y me gustaría que la respondieras. ¿Has puesto a alguien a vigilarme para que no haga locuras y me presente de nuevo en comisaría buscándote? Es que… tengo la sensación de que me están siguiendo.*

No respondió, me dejó en visto y ya, como siempre.

Desayuné, volví al trabajo y no podía dejar de mirar hacia atrás porque sentía que me observaban.

Quise olvidarme del tema, ni siquiera lo comenté con mi hermano cuando volví, y tampoco cuando esa sensación

se hizo aún más fuerte mientras comía en el bar donde solía ir con Cintia, pero a ella tampoco se lo conté.

Y en ese momento, mientras regresaba a casa después de coger comida en el chico para cenar, me arrepentí de no haberle dicho nada a mi hermano.

Llevaba viendo el mismo coche siguiéndome desde que salí del trabajo, así que sí, debía ser alguien que Alex había enviado para evitar que me diera otro arrebato de locura y me presentara en la comisaría.

Me detuve en un semáforo y noté un leve golpe en el coche. Miré por el retrovisor y vi que era ese coche.

Muy torpe debía ser ese policía, o un novato, para no frenar a tiempo.

Iba a protestar por la ventana, cuando vi que del coche se bajaban tres tíos grandes como armarios empotrados, vamos que esos, no eran polis, más bien, porteros de discoteca. Y entonces me pareció ver un arma en la mano de uno de ellos.

Cogí el móvil, queriendo llamar a alguien, pero, ¿a quién? Y cuando vi que rodeaban el coche, supe que estaba en peligro.

La primera conversación de mensajes que me aparecía era la de Alex, así que a él le escribí.

Aitana: *Me van a secuestrar, Alex, creo que me van a secuestrar.*

Le di a enviar y deseé con todas mis fuerzas que no ignorara ese mensaje, y que hiciera por encontrarme.

Guardé el móvil en el bolsillo del pantalón, que por suerte ese día había decidido no llevar falda, y escuché el sonido metálico de la pistola contra el cristal.

Al mirar, el hombre calvo me hizo señas con el dedo para que bajara la ventana, solo la bajé un poco, lo justo para escucharlo.

—¿Sí?

—¿Aitana Galán, la hermana de David Galán? —preguntó con un acento que, de Huelva, no era.

—Depende, ¿quién lo pregunta?

—El empleado del jefe que quiere verte esta noche en su casa. Sal del coche, y sin resistirte.

—No voy a… ¡Oye! —grité cuando abrió la puerta y no dudó en cogerme por el brazo.

Me sacó del coche y le hizo una señal al que estaba a su lado para se pusiera al volante.

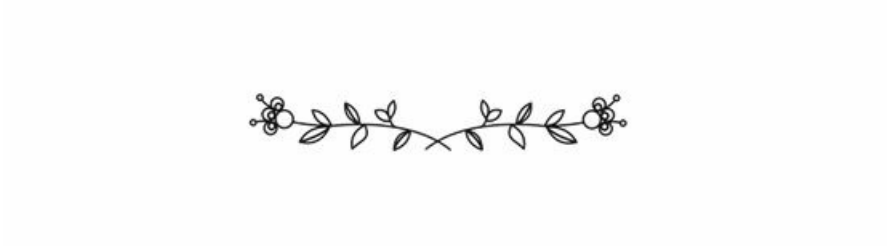
No tardé en sentir un trapo en la boca y a pesar de los gritos, poco después todo se volvió negro.

a

Me sacó del coche y le hizo una señal al que estaba a su lado para se pusiera al volante.

No tardé en sentir un trapo en la boca y a pesar de los gritos, poco después todo se volvió negro.

Capítulo 43



Alex

Aquella noche estaba en casa con Samuel de cervezas. Me encantaba desahogarme con mi hermano, sobre todo si había un buen partido de fútbol de por medio y ambos podíamos cantar a grito pelado los goles, como era el caso.

No voy a decir que no tuviese a Aitana en la cabeza, porque eso sería mentir, pero al menos sí que trataba de apartar ese pensamiento que tanto me cabreaba durante unas horas. Lo que me había hecho en Roma era humillante y había sentenciado lo nuestro, me parecía imperdonable y más después de las muchas molestias que me tomé para que todo saliera de película. Y sí, el final sí que lo que fue, no como el que me esperaba, pero menudo final surrealista, como una de esas comedias americanas.

Quisiera yo o no, eso me removía por dentro, pues eran pensamientos que me asaltaban a todas las horas, por lo que procuraba hacer planes que me dejaran pensar en otras cosas, cosas agradables que pudiera regar con unas cervezas y acompañar con varios trozos de pizza, puesto que ya habíamos pedido y esperábamos al repartidor.

—¡Así se hace! —le chillé a uno de mi equipo que estaba haciendo magia con el balón, era un crack y me ponía la piel de gallina.

—¿Qué dices? Si es muy malo —me soltó mi hermano, que justo era del equipo contrario, así que la polémica ya estaba servida aquella noche.

—¿Malo? Ya quisieras tú, picapleitos —me burlé de él mientras recordé que esa palabra se la había escuchado más de una vez a Aitana, quien siempre acababa sacando a relucir en mi mente de una forma u otra, por lo que suspiré, además en alto, vamos que hasta mi hermano me miró haciéndome un gesto de medio lado.

No voy a decir que estuviera del todo tranquilo al respecto y más que nada porque ella tampoco me dejaba estarlo ya que durante aquellos días fueron muchas las ocasiones en las que me escribió insistiendo en que la perdonara, decía que se había dado cuenta de que se había pasado tres pueblos en Roma. Si hasta se plantó en mi trabajo con la misma idea y con esa sonrisa suya irresistible que esquivé, porque el orgullo no me dejaba pasar página.

—Pues este picapleitos va a ganar la apuesta, esta noche te desplumo fijo —levantó los brazos y los recogió con

rapidez en señal de que esto estaba chupado.

—Tampoco terminarás siendo un Jeff Bezos de la vida, tranquilo —le dije entre carcajadas.

—¿El dueño de Amazon? Joder, Alex, ¿te imaginas lo que se debe sentir? Ni una preocupación más en toda tu vida, flipante.

—Al menos, no de dinero.

—Ni de ningún tipo, ¿qué otra va a haber cuando se nada en pasta como lo hace ese tío?

—Claro, como la vida te sonríe con Cintia, piensas que un poco de pasta y ya tienes el final del cuento asegurado.

—Más o menos, la suficiente para comprar las perdices y para…

—Y para darte la vida padre. Quien no te conozca que se lo crea, que tú eres terrible en ese aspecto.

—Y cambiando de tema para que no me siga salpicando, ¿no tarda un poco la pizza?

—Ya, siempre ocurre en noches de fútbol, que ni Dios se mete en la cocina y todos pedimos —dije sonriendo.

—En eso tienes razón, hermanito. Vamos, no me despegan a mí de la pantalla ni con una espátula.

—¿Y en qué no la tengo? Vamos, dime la verdad, si soy un referente de vida para ti —reí.

—Sí, sí. Sobre todo, me fijo en cómo te va con las mujeres —me soltó sin anestesia.

—Ese ha sido un golpe bajo, bien se nota que eres un picapleitos y estás acostumbrado a dar fuerte, pero no con los puños, sino con la palabra.

—¿Me estás llamando nenaza? Te reto cuando quieras a un combate en el ring del gimnasio.

—Deja, deja, que no quiero abusar —le solté en plan de broma.

—¿Abusar? Ten cuidado, no sea que te lleves una sorpresa.

—Pues mira por dónde, me acabo de llevar una —le dije echándole un vistazo a mi móvil. Lo de Aitana era muy fuerte. Tanto decirme en Roma que había varias cosas que me debería hacer mirar y va ella y me envía aquel mensaje alarmista para captar mi atención, el cual yo ni había visto y era de un rato antes. Muy fuerte de verdad. He de decir que me tocó la moral y no poco. ¿Cómo podía llegar tan lejos?

—¿Qué te pasa, Alex? Se te ha cambiado la cara, ¿algo de curro?

—No, déjalo…

—Suéltalo, te conozco y sé que no te quedarás tranquilo. Tengo que saber que estás bien para poder celebrar la victoria en toda tu cara.

—Sí lo estoy, tranquilo, son cosas de Aitana, que me acaba de enviar un mensaje en el que me dice, te leo literalmente, ¿vale?: "Me van a secuestrar, Alex, creo que me van a secuestrar".

—Un poco raro, ¿no?

—Viniendo de alguien que fue capaz de tirarme en plena *Fontana di Trevi*, no tanto, ¿no crees? Mira, como comprenderás no me creo nada. Ella es así, yo no lo sabía hasta que no me pasó eso, pero es capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya. Lleva días insistiendo de mil maneras para tratar de que la perdone, para volver a colarse en mi vida y como no lo consigue, pues nada, mensajito al canto, y ahora se supone que yo he de irme por partas al rescate de la princesita secuestrada —reí mientras soltaba el aire, y es que no era para menos. La verdad que telita con las cosas de ella, no había tenido bastante con todo lo que había sucedido, que encima ahora quería llamar la atención así. No sé qué sería lo próximo que se le iba a ocurrir porque se iba superando por momentos.

—Venga, venga, no te rayes con el tema, que veo que te afecta y quiero que disfrutes de la derrota, os vamos a encajar goles hasta en el cielo de la boca.

—Serás capullo, en realidad no sé para qué te lo digo, puesto que tú lo sabes de sobra que lo eres.

—Un capullo integral que se muere de hambre, tío, ¿es que traen la pizza desde Italia?

—A Italia ni me la menciones, que todavía estoy calentito.

—Ya, mira, por fin está ahí el repartidor, y debe traerla sin caja y sin nada, porque parece que se está quemando, qué jodida manera de aporrear la puerta.

Se levantó y fue a abrir mientras yo negaba con la cabeza por el mensaje recibido. Es que no me lo podía creer, ella cada vez era capaz de llegar más lejos para conseguir lo que quería.

Fueron las palabras de Samuel las que me sacaron de mis pensamientos y, más que nada, la gravedad de su voz.

—¿Qué pasa, David? Entra, no te quedes en la puerta.

Nunca había visto a David en un estado así y con una cara como si perteneciese a un cadáver de varios días.

Trataba de hablar y la voz no le salía de la garganta, cosa que me acojonó, hasta que por fin logró arrancar.

—David, habla, ¿por qué estás así? Habla, por favor —le moví el hombro porque había visto a muchas personas en shock en mi vida y él, lo estaba.

—Se la ha llevado, Alex, ese hijo de puta ha tenido los santos huevos de llevársela —me dijo con el corazón en un puño y el mío a punto estuvo de salir de mi pecho en ese momento, pues me lo noté en la boca. Era eso o que se me hizo un nudo muy grande en la garganta y las ideas no se me centraban.

—Espera, espera. Me lo tienes que explicar bien porque te prometo que no entiendo nada. Siéntate, David.

—¿Cómo me voy a sentar? ¿Es que no te estás enterando? Se la ha llevado, joder. ¡¡¡Se la ha llevado!!! —gritó de manera desesperada y pude ver el miedo en sus ojos.

—¿A Aitana? ¿Se ha llevado a Aitana? Pero no entiendo nada. ¿Quién? ¿Cómo puede ser? ¿Quién querría llevársela? ¡Habla, joder!

Me estaba comenzando a desesperar y a David le costaba explicarse, por lo que tuve que tratar de darle un empujoncito.

—Si se han llevado a Aitana, lo mejor será que me lo expliques todo cuanto antes, cada minuto que pase estará más en riesgo. Por favor, David, ¡¡¡reacciona!!! —Lo volví a zarandear.

—Si le pasa algo, si le llega a pasar algo. Alex, es mi hermana, es mi hermana, joder —lloraba sin consuelo.

—Ya los sé y justo por eso tienes que hacerme el favor de sentarte, calmarte y contármelo todo con pelos y señales, porque lo que me cuentas puede ser realmente grave, amigo —le dije dándole un abrazo para que entendiese que podía contar conmigo.

Que David llegara hasta mi casa no era fácil. Él también estaba enfadado conmigo desde antes de marcharnos a Roma, porque pensaba que yo se la había jugado a Aitana con la otra chica. Aquella encerrona en la que me vi envuelto trajo cola y no solo fue ella quien se puso de malas maneras conmigo, sino que su hermano también dejó de hablarme. A aquello me dolió, pero no pude demostrar mi verdad ante él, por lo que siguió negándose a hablar conmigo, hasta esta noche en la que ha tocado mi puerta y ha venido con las peores de las noticias, con unas noticias que podían cambiar mi mundo y el de todos nosotros.

Trataba de hablar y la voz no le salía de la garganta, cosa que me acojonó, hasta que por fin logró arrancar.

—David, habla, ¿por qué estás así? Habla, por favor —le moví el hombro porque había visto a muchas personas en shock en mi vida y él, lo estaba.

—Se la ha llevado, Alex, ese hijo de puta ha tenido los santos huevos de llevársela —me dijo con el corazón en un puño y el mío a punto estuvo de salir de mi pecho en ese momento, pues me lo noté en la boca. Era eso o que se me hizo un nudo muy grande en la garganta y las ideas no se me centraban.

—Espera, espera. Me lo tienes que explicar bien porque te prometo que no entiendo nada. Siéntate, David.

—¿Cómo me voy a sentar? ¿Es que no te estás enterando? Se la ha llevado, joder. ¡¡¡Se la ha llevado!!! —gritó de manera desesperada y pude ver el miedo en sus ojos.

—¿A Aitana? ¿Se ha llevado a Aitana? Pero no entiendo nada. ¿Quién? ¿Cómo puede ser? ¿Quién querría llevársela? ¡Habla, joder!

Me estaba comenzando a desesperar y a David le costaba explicarse, por lo que tuve que tratar de darle un empujoncito.

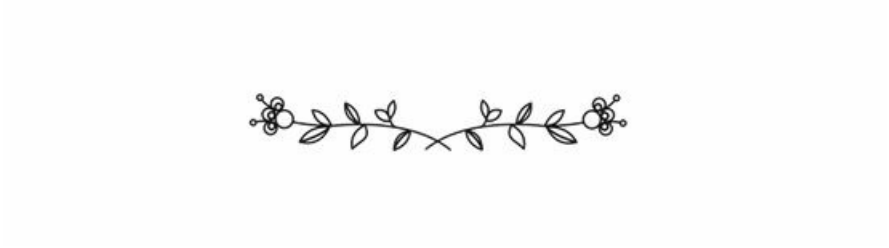
—Si se han llevado a Aitana, lo mejor será que me lo expliques todo cuanto antes, cada minuto que pase estará más en riesgo. Por favor, David, ¡¡¡reacciona!!! —Lo volví a zarandear.

—Si le pasa algo, si le llega a pasar algo. Alex, es mi hermana, es mi hermana, joder —lloraba sin consuelo.

—Ya los sé y justo por eso tienes que hacerme el favor de sentarte, calmarte y contármelo todo con pelos y señales, porque lo que me cuentas puede ser realmente grave, amigo —le dije dándole un abrazo para que entendiese que podía contar conmigo.

Que David llegara hasta mi casa no era fácil. Él también estaba enfadado conmigo desde antes de marcharnos a Roma, porque pensaba que yo se la había jugado a Aitana con la otra chica. Aquella encerrona en la que me vi envuelto trajo cola y no solo fue ella quien se puso de malas maneras conmigo, sino que su hermano también dejó de hablarme. A aquello me dolió, pero no pude demostrar mi verdad ante él, por lo que siguió negándose a hablar conmigo, hasta esta noche en la que ha tocado mi puerta y ha venido con las peores de las noticias, con unas noticias que podían cambiar mi mundo y el de todos nosotros.

Capítulo 44



Alex

Unos minutos después ya lo teníamos sentado en el sofá. Necesitó poner en orden su cabeza para poder comenzar a contarme desde el principio, así como tomarse varios vasos de agua que le sacaran ese nudo que le impedía hablar.

—Dime, David, ¿quién ha podido hacer eso? ¿Y, estás seguro? Vamos a llamarla, igual es una broma de Aitana. A mí también me ha enviado un mensaje diciéndome que la iban a secuestrar.

—¿Y no le has hecho caso? ¿Te ha escrito? ¡¡¡Maldita sea, Alex!!! ¡¡¡Era verdad!!! —me chilló y yo hubiese preferido que me clavara un cuchillo en el corazón antes de escuchar esas palabras que tanto daño me hicieron. Sí que era una putada porque ni caso le hice y parecía ser una llamada de socorro real.

—Lo siento, David, creí que era otra de sus llamadas de atención, ya sabes cómo se las gasta a veces —me lamenté.

—No, no es una jodida llamada de atención, mira esto —sacó de su bolsillo un sobre con una fotografía de Aitana de esa misma noche, junto con una nota en la que le decían: “la vamos a vender como la puta que es”.

No hacía falta que dijera que el mundo se me cayó a los pies en ese momento. Aitana estaba en peligro, en un peligro que yo conocía muy bien porque había intervenido en casos de trata de blancas y sabía lo sucio, repugnante y malvado que podía llegar a ser un mundo movido por gente que era lo peor de lo peor, gente sin escrúpulos que harían cualquier cosa sin el mínimo pudor.

Samuel me miró con los ojos como platos porque él también conocía ese mundo por su trabajo y estuvo de acuerdo conmigo en la rapidez con la que debíamos actuar.

—¿Quién? ¿Quién la va a vender, amigo? ¿Acaso Aitana tiene enemigos? Jamás me dijo nada de eso, nunca salió de su boca una palabra en ese sentido.

—Ella no, pero yo sí, o eso me temo —me confesó de lo más derrumbado entre sollozos que hacían que diera

sobresaltos de desconsuelo.

—Joder, es para volverse loco, ¿quién puede ser tu enemigo? —le pregunté echándome las manos a la cabeza— David, te conozco desde siempre, eres un buen tío.

—Ya, pero un buen tío que estaba recibiendo amenazas e hizo oídos sordos. Soy un idiota y ahora se ha llevado a mi hermana, se ha llevado a Aitana.

—¿Quién? Por favor, dame un hilo del que tirar y pongo ahora mismo toda la comisaría patas arriba, ¿quién ha podido hacer algo así y por qué?

—Porque yo llevaba meses sospechando que me la estaban jugando, Alex, algo con los envíos no iba bien y lo sabía. Comencé a indagar por aquí y por allá y descubrí que uno de los empleados de la bodega se estaba pasando de listo y le paré los pies.

—¿Te estaba robando? ¿Era eso?

—No, era algo peor. El tipo se dedicaba a poner para ciertos clientes un par de cajas extras de vino, las cuales resultaban llevar hachís y marihuana, así que el pack completo.

—¿Y no lo denunciaste? Eso es muy grave, David, es jodidamente grave.

—No me atreví porque pensé que igual comenzaban a tirar de la manta y el tema nos terminaba salpicando en la bodega, que ya sabes que es mi vida y la de mi padre, así que opté por despedirlo y supuse que así acabaría con el problema.

—Ya, cortaste por lo sano y luego te encontraste con que seguías con el marrón igualmente, suele pasar.

—Pues sí, y la cosa tiene que ver contigo también, Alex.

—Ya, eso no hace falta ni que lo digas, todo lo que tenga que ver con Aitana —le dije dando mi brazo a torcer porque no podía sentirme más culpable.

—No, no lo digo solo por eso, es que hay más.

—Pues suéltalo todo, por favor te lo pido, David.

—El tío al que despedí resultó ser un empleado del primo de un tal Jeny, ¿te suena?

—¿Jeny el polaco? Joder. ¿Estás seguro de eso? —Me desesperé porque entonces la cosa era gorda, demasiado gorda.

—Y tanto que sí, como que comenzó a amenazarme por carta, a decirme que lamentaríamos hasta haber nacido y en la última te incluía expresamente, diciendo que tanto el inspector, como yo, perderíamos algo muy valioso para ambos.

—¡¡¡Hijo de puta!!! ¡¡¡Hijo de puta!!! —chillé mientras retiraba un mechón de pelo de mi cara y notaba que estaba chorreando, pues las noticias que me traía David me hicieron sudar la gota gorda.

—Esto es muy grave, Alex, gravísimo —murmuró Samuel.

—¿Y por qué no me lo contaste, David? ¿Por qué? Te habría ayudado desde el primer momento, me habría volcado contigo y lo sabes —le recriminé a la vez que me desesperaba porque no sabía por dónde empezar y lo quería hacer ya todo de golpe.

—Porque estoy muy cabreado contigo, Alex, ya no te considero mi amigo. Traicionaste a Aitana acostándote con otra, al mismo tiempo que la engatusabas a ella y eso me parece imperdonable. Es mi hermana, ¿entiendes? Si estuvieras en mis zapatos, ¿tú me seguirías contando las cosas? —me preguntó y me llegó al alma.

—Te doy mi palabra de honor, amigo, de que eso no fue así. Se trató de una encerrona porque, aunque yo no tenía nada serio con Aitana, ya me gustaba mucho y no hubiese jugado nunca a dos bandas. Sé que ahora no puedes creerme del todo, pero comienza a confiar porque voy a necesitarte de mi lado y contándome todo lo que sepas, ¿ok?

—Ok, Alex. Ya hablaremos de todo esto cuando la encuentres, porque la vas a encontrar, ¿verdad?

—Te lo juro por mi vida —asentí.

Ya hablaríamos de lo ocurrido más adelante, como él decía, pero de momento dimos un paso de gigante porque nos fundimos en un abrazo, en un abrazo sincero en el que solo pueden fundirse dos personas que se quieren y que tienen un objetivo en común en la vida.

Nunca me había sentido tan culpable por algo, jamás. Ojalá hubiese estado más pendiente del teléfono y ojalá la hubiese creído cuando me dijo que la iban a secuestrar, porque quizás habría estado a tiempo de impedirlo.

Camino de las dependencias, a las cuales llegué en compañía de David y de Samuel, no podía dejar de pensar que ella, era la mujer de mi vida. Sí, las cosas se torcieron mucho por el camino y yo traté de apartarla de mi pensamiento, pero, ¿y qué? Bastó con que David me diese esa noticia para entender que la quería más de lo que yo mismo había estado dispuesto a admitir. Y ella se había pasado días tratando de contactar conmigo y rogándome que la perdonara, algo a lo que hice caso omiso y ahora me arrepentía totalmente por completo, me sentía un miserable por no haberle hecho caso, que sí, que fue una trastada muy gorda lo que me hizo en Roma, pero también había que ponerse en su lugar y comprender que no supo gestionar la frustración que sentía por su erróne

idea de que yo había estado jugando a dos bandas de esa manera.

Joder, cómo dolía, y encima es que no podía permitirme el lujo de que ese pensamiento me bloqueara, ya que teníamos que comenzar a trabajar a toda leche porque el tiempo jugaba en nuestra contra y eso era lo peor.

Cuando llegué a las dependencias ya estaba allí mi equipo, quedándose alucinados todos al contarles que lo de Jeny nos estaba pasando factura y que teníamos un asunto muy turbio entre manos, uno que me afectaba de una manera muy personal.

—Jefe, ¿y podrás mantener la cabeza fría en estas circunstancias? —me preguntó Amanda, preocupada— Mira que no se recomienda trabajar en casos en los que uno esté involucrado personalmente.

—La mantendré fría, no te preocupes, pero gracias.

Ella sí que demostraba tener cabeza, aparte de que me resultaría muy útil en una investigación en la que deberíamos tener ojos en todos lados. La noche amenazaba con hacerse eterna, aunque eterno sería el tiempo al completo que tardáramos en dar con Aitana.

David comenzó a hacer un relato lo más exacto posible de todo lo que le había ocurrido con aquel tipo, aparte de dar sus datos y demás para que todas las patrullas pudieran buscarlo por cielo y tierra.

Samuel, como abogado que era, también aportó su granito de arena sobre lo que sabía respecto de este tipo de mafias que eran capaces de colocar a Aitana en manos de cualquier criminal sin escrúpulos que la metiera en un prostíbulo de mala muerte o que se la quedara para él, convirtiéndola en su esclava sexual. Solo de pensarlo me volvía loco.

Sí, me sería difícil mantener la cabeza fría cuando lo cierto es que pensaba en cualquiera de esas ideas y notaba que el estómago me ardía, amenazando con explotarme. Realmente era lo más asqueroso del mundo y yo debía evitarlo a toda costa, o mi vida estaría tan acabada como la de Aitana.

Cuando David terminó su declaración lo envié a casa junto con Samuel y le pedí que no se apartara de su teléfono A partir de ese momento, me quedé con mi equipo.

—Amanda, te voy a necesitar más que nunca —le dije en cuanto se marcharon.

—No te preocupes, jefe. Me largaré como un gato callejero y no volveré hasta traerte noticias de esa chica.

—¿Te he dicho alguna vez que eres la mejor?

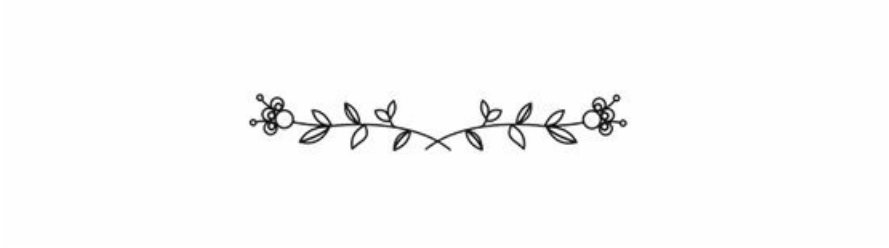
—Ni falta que hace. A mí, invítame a una buena mariscada cuando demos con ella, porque te prometo que daremos —me dijo antes de largarse en ese mismo momento, seguida por Alonso.

—Todo irá bien, jefe, todo irá bien — Pepe, intentaba tranquilizarme, cuando nos quedamos a solas tratando de juntar las piezas de un puzle que tendría que llevarme directo a Aitana para no perder la cabeza.

'.

—Todo irá bien, jefe, todo irá bien — Pepe, intentaba tranquilizarme, cuando nos quedamos a solas tratando de juntar las piezas de un puzle que tendría que llevarme directo a Aitana para no perder la cabeza.

Capítulo 45



Aitana

Desperté en una habitación, si es que se le podía llamar así, con otras tres chicas que aún dormían, cada una en un colchón viejo y sucio tirado en el suelo.

Al menos había un pequeño aseo donde hacer nuestras necesidades y lavarnos la cara, cosa que hice.

Me habían drogado para traerme hasta este lugar dejado de la mano de Dios, y no tenía ni idea de dónde estaba.

Busqué en mis pantalones y no encontré el móvil, por lo que debieron quitármelo nada más meterme en el coche.

Perfecto, ahora nadie sabría dónde encontrarme.

Cuando volví a mi colchón, vi que una de las chicas, la que estaba justo a mi lado, se había despertado.

—¿Dónde estamos? —pregunté volviendo a tumbarme, mirando hacia ella.

—En alguna casa —se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Te trajeron anoche.

—Entonces es sábado —dije más para mí.

—¿Sábado? —Abrió mucho los ojos.

—¿Desde cuándo estás tú aquí?

—El lunes por la noche me cogieron en Huelva.

—Yo soy de Cádiz, me llamo Aitana, tengo veintiséis años, ¿y tú?

—Azucena, tengo veinticuatro años.

—¿Por qué estamos aquí, Azucena? —hablábamos bajito, ya que no sabíamos quién podría escucharnos.

—Yo soy cajera en un supermercado, no tengo familia y por lo que escuché cuando me cogieron, era una presa fácil. Van a vendernos, eso es lo que uno de los hombres que nos trae comida dijo.

—¿Vendernos? ¿A quién? ¿Por qué?

—Eso no lo sé, pero aparte de nosotras, hay otras cuatro chicas en la habitación de al lado.

—Bueno, llamar a esto habitación… —Volteé los ojos— No estamos en el Hilton, cariño —sonreí.

—No —rio por lo bajo—. Esto hace que eche de menos mi pequeño piso de un dormitorio que se cae a pedazos. ¿Tú, a qué te dedicas? Porque vas bien vestida.

—Soy contable en la empresa familiar. Vinos y jamones Galán, no sé si…

—Me suena, sí —sonrió—. En el super tenemos esos jamones.

—Lo que daría por un bocadillo ahora, que anoche no cené.

—No tardarán en traernos algo de comer, eso sí, no esperes jamón y vino —sonrió.

A pesar de tener solo dos años menos que yo, su rostro era algo más aniñado que el mío.

Quería saber todo sobre ella y acabamos hablando de nuestras vidas, muy bajito, eso sí, para no despertar a las otras dos chicas y para que no pudieran escucharnos los guardias que Azucena me dijo que pululaban fuera de la habitación a todas horas.

Me dijo que se había quedado huérfana con diez años y pasó ocho en el orfanato, nadie la adoptó y a esa edad, y gracias a una de las cuidadoras, se buscó la vida, empezó a trabajar y pudo alquilar una habitación en un piso que compartía con estudiantes universitarios.

Después de tres años en la tienda como dependienta la contrataron como cajera en el super donde llevaba tres años trabajando y se alquiló un piso para ella sola.

Escuchamos un ruido de llaves fuera y no tardaron en abrir la puerta. Un hombre, tan alto y corpulento como los

que me habían secuestrado, porque eso era lo que habían hecho con todas, dejó una bandeja tras otra en el suelo y dio un par de patadas en los colchones de las que aún estaban dormidas.

—Coméroslo todo, después iréis a ducharos y a que os revise el médico —dijo.

—¿Para qué tendría que revisarnos el médico? —interrogué— Estamos todas sanas.

—Tú, solo come, sin preguntas.

Y se fue cerrando de nuevo.

—Desde luego, este el título de simpático del año no se lo lleva —resoplé.

—Y es uno de sus mejores días —dijo la pelirroja—. Solo ha pateado una vez cada colchón, por lo general, suele dar tres buenas patadas. Nos tratan peor que a perros. Esto lo llaman desayuno —levantó la cuchara de lo que parecía un cuenco con cereales, o arroz, o avena, o a saber, qué mierda era eso, pues de lo pastoso que era no cayó nada de la cuchara.

—¿Qué es eso, cemento?

—Si no lo es, se le parece. Al menos lleva azúcar —se encogió de hombros—. Tú eres la nueva, esa que dijeron era la más importante de todas nosotras —comentó y fruncí el ceño.

—Soy Aitana, y no tengo ni idea de por qué sería yo la más importante.

—El jefazo te quería expresamente, al parecer. Dijo que con tu venta jodería a dos tíos importantes que lo habían jodido a él. Soy Olivia, por cierto. Y ella es mi prima, Susana.

Señaló a la morena que había a su lado y ahora que podía verle mejor la cara, comprobé que no era más que una niña.

—¿Qué edad tenéis? —pregunté, con cierto temor a que mis sospechas sobre Susana, se confirmaran.

—Yo veintitrés —respondió Olivia—, ella dieciocho.

—Dios mío —murmuré—. Escuchadme, no sé por qué estoy aquí, ni por qué estáis vosotras.

s—Mujeres sin familia, con pocos recursos, presas fáciles por lo que escuché decir a uno de los que nos cogió a nosotras —comentó Olivia.

—Pues yo sí tengo familia, una a la que le importo mucho, y amigos, y sé que harán lo posible por encontrarme.

Cuando lo hagan, os prometo que os sacarán de aquí también, no voy a dejaros con esta gente.

—Eso si te encuentran, porque no nos han dicho dónde estamos.

—Lo harán, mi hermano moverá cielo y tierra, estoy segura. Y su mejor amigo es inspector de policía, acabarán encontrándome, y cuando lo hagan, cuando vayan a sacarme de aquí, os llevaremos con nosotros. Os lo prometo, de verdad.

—No deberías hacer promesas que no sabes si podrás cumplir —dijo Susana, hablando con timidez y las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Puedes creerme, cielo —le aseguré cogiéndole la mano—. De aquí no me iré sin que vengáis conmigo. Soy muy cabezona, mi hermano y su amigo lo saben, así que, no tendrán más remedio que llevaros también.

Era una promesa, de verdad que lo era. Las sacaría de aquel lugar, fuera donde fuera que estábamos metidas.

Azucena había dicho que iban a vendernos, y en ese momento sospeché que, si nos vendían, no sería precisamente para que trabajásemos como chicas de la limpieza en alguna casa, sino más bien como mercancía sexual para algún hombre sin escrúpulos.

Cuando lo hagan, os prometo que os sacarán de aquí también, no voy a dejaros con esta gente.

—Eso si te encuentran, porque no nos han dicho dónde estamos.

—Lo harán, mi hermano moverá cielo y tierra, estoy segura. Y su mejor amigo es inspector de policía, acabarán encontrándome, y cuando lo hagan, cuando vayan a sacarme de aquí, os llevaremos con nosotros. Os lo prometo, de verdad.

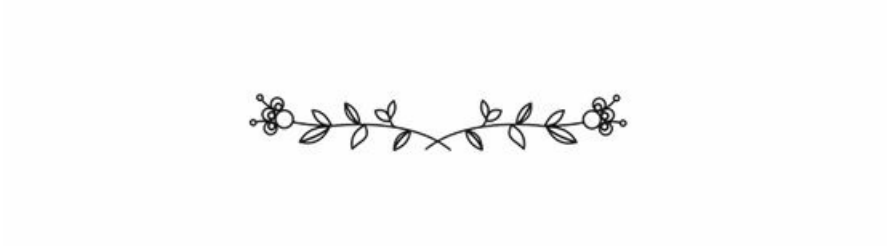
—No deberías hacer promesas que no sabes si podrás cumplir —dijo Susana, hablando con timidez y las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Puedes creerme, cielo —le aseguré cogiéndole la mano—. De aquí no me iré sin que vengáis conmigo. Soy muy cabezona, mi hermano y su amigo lo saben, así que, no tendrán más remedio que llevaros también.

Era una promesa, de verdad que lo era. Las sacaría de aquel lugar, fuera donde fuera que estábamos metidas.

Azucena había dicho que iban a vendernos, y en ese momento sospeché que, si nos vendían, no sería precisamente para que trabajásemos como chicas de la limpieza en alguna casa, sino más bien como mercancía sexual para algún hombre sin escrúpulos.

Capítulo 46



Aitana

Tal como sospeché, a lo que se dedicaba la gente que nos tenía retenidas era al tráfico de personas, concretamente de mujeres a quienes vender para que otros hombres nos usaran a su antojo hasta que no le sirviéramos y nos acabasen desechando.

Lo que más me hacía hervir la sangre era que, de las ocho que estábamos en aquel lugar, tres de ellas aún eran vírgenes y alardeaban que sacarían un buen dinero por cada una de ellas.

Azucena y Susana lo eran, al igual que otra de las chicas, que solo tenía veinte años y que estaba en la habitación contigua a la nuestra.

Era lunes y allí cada día era igual que el anterior.

Nos traían el desayuno, nos permitían ducharnos a todas juntas mientras varios hombres nos vigilaban para que no escapáramos, eso sí, con agua congelada para que no nos entretuviéramos demasiado, y volvíamos a la habitación donde permanecíamos sin nada más que hacer que mirar el techo mohoso, dormir o hablar de nuestras vidas, de nuestros sueños.

Esos que ellas decían que no podrían cumplir y yo les aseguraba que cumplirían.

Azucena, por ejemplo, quería poder dejar el trabajo de cajera y poner su propio negocio, decía que le gustaría tener una tienda con productos gourmet.

Olivia y Susana, siempre habían hablado de poner una tienda de ropa, a las dos les encantaba la moda y además Olivia dijo que le gustaba diseñar, mientras que Susana, a su corta edad, era una experta con la aguja y la máquina de coser. Según decía, le venía de familia, ya que su madre fue costurera y modista antes de fallecer.

Y yo las veía, de verdad que sí, las veía a las tres en sus respectivos negocios, felices y sonriendo, viviendo y disfrutando de la vida, una en la que seguramente incluso se casarían y tendrían hijos.

En esos momentos de silencio mientras ellas dormían, yo pensaba en Alex, en lo que pudo haber sido y no fue, y en lo mucho que me gustaría que me abrazara por las noches.

Sabía que en cuanto mi familia se hubiera dado cuenta de que había desaparecido, harían lo imposible por encontrarme y llevarme a casa, pero deseaba que Alex también estuviera metido de lleno en esto.

Lo quería, tanto que me mortificaba el simple hecho de pensar que cualquier otro hombre me tocara y quisiera hacerme lo que solo él tenía derecho a hacer.

Porque, aunque Alex no lo supiera, mi cuerpo era y siempre sería suyo.

Tendría que dejar la mente en blanco y evadirme, irme lejos del lugar en el que estuviera con otro hombre, tal como les había dicho a Azucena y Susana que deberían hacer ellas, si nos separaban antes de que mi familia fuera a rescatarme y las sacara de allí.

Cuando la puerta se abrió no fue uno de los guardias el que entró, sino una mujer con un ceñido vestido rojo, tacones de al menos doce centímetros, y una larga coleta.

—Buenas tardes, señoritas. Acompáñenme —dijo en un tono amable, pero allí nada de lo que hacían, era amable.

Nos miramos las cuatro y por el simple hecho de yo ser la mayor, ellas esperaban que me moviera, así que me puse en pie y seguí a la rubia platino que parecía sacada de El Señor de los anillos.

Acabamos entrando en una habitación amplia donde estaban las otras cuatro chicas, además de varias mujeres cabizbajas que apenas nos prestaban atención.

—Van a tomaros medida para confeccionar los vestidos que llevaréis el viernes por la noche —comentó la rubia —. Decidle también qué número de calzado usáis para que os puedan escoger los zapatos.

Cada una de esas mujeres se acercó a nosotras con una cinta métrica, una librea y un bolígrafo, y empezó a tomar medidas y apuntarlas.

Quise preguntar por qué se molestarían en ponernos vestidos para esa noche, pero decidí que mejor me quedaba callada y hacía lo que me pedía la mujer, puesto que los guardias que nos mantenían vigiladas nos miraban con ojos de halcón para que no pudiéramos hablar con aquellas mujeres.

En cuanto acabaron con su trabajo, salieron de allí y la rubia les exigió que estuvieran todos los vestidos preparados para el viernes, y no quería fallos o el jefe se enfadaría, y mucho.

—Supongo que todas tendréis preguntas —dijo la rubia—, pero no puedo responderlas. Lo que puedo hacer es informaros de lo que ocurrirá el viernes. Oh, pero antes, Basile —llamó a uno de los guardias que se acercó a ella

—, por favor, que traigan café y pastas para todas.

El tal Basile asintió y se fue por la puerta por la que habían salido las mujeres.

—Qué detalle, nos traen café y pastas —murmuró Olivia.

—¿Decías algo, querida? —interrogó la rubia.

—No, nada.

—Eso pensaba —sonrió—. Como decía, el viernes se llevará a cabo la subasta. Hombres importantes y poderosos de todo el mundo, concretamente veinte en esta ocasión —dijo, lo que dejaba claro que lo de vender mujeres como si fueran jarrones, era algo que hacían a menudo—, interesados en adquirir una nueva compañera, vendrán el viernes a la casa para pujar por vosotras. Será una luchar de poder, de demostrar quién tiene más dinero, y quien haga la puja más alta por una de vosotras, será quien se la quede.

—Disculpa —una de las chicas de la otra habitación levanto la mano.

—¿Sí, querida?

—Lo que estás diciendo básicamente es que, veinte degenerados podridos de dinero, van a ver quién la tiene más abultada para comprarnos a una de nosotras y tenernos como un florero en su casa.

—Un florero no, querida, aunque luciréis así cuando os lleve del brazo ante el resto del mundo. Seréis suyas para hacer lo que les plazca, y deberéis obedecer. Que quiere que le deis un baño, se lo dais. Que le apetece follaros sobre una mesa, vosotras os abrís de piernas deseosas de que os follen. Él manda, y vosotras, simplemente obedecéis.

Las lágrimas que les caían en ese momento a las tres chicas vírgenes, eran de esas que desgarrarían el alma de cualquiera. Bueno, de cualquiera que tuviera alma porque estaba claro que, ni el jefe, ni los matones que nos vigilaban, ni la rubia platino, la tenían.

Cerré los ojos mirando al suelo con un solo pensamiento en mi cabeza.

“Alex, por favor, encuéntrame. Encuéntrame y sácame pronto de aquí”

—, por favor, que traigan café y pastas para todas.

El tal Basile asintió y se fue por la puerta por la que habían salido las mujeres.

—Qué detalle, nos traen café y pastas —murmuró Olivia.

—¿Decías algo, querida? —interrogó la rubia.

—No, nada.

—Eso pensaba —sonrió—. Como decía, el viernes se llevará a cabo la subasta. Hombres importantes y poderosos de todo el mundo, concretamente veinte en esta ocasión —dijo, lo que dejaba claro que lo de vender mujeres como si fueran jarrones, era algo que hacían a menudo—, interesados en adquirir una nueva compañera, vendrán el viernes a la casa para pujar por vosotras. Será una luchar de poder, de demostrar quién tiene más dinero, y quien haga la puja más alta por una de vosotras, será quien se la quede.

—Disculpa —una de las chicas de la otra habitación levanto la mano.

—¿Sí, querida?

—Lo que estás diciendo básicamente es que, veinte degenerados podridos de dinero, van a ver quién la tiene más abultada para comprarnos a una de nosotras y tenernos como un florero en su casa.

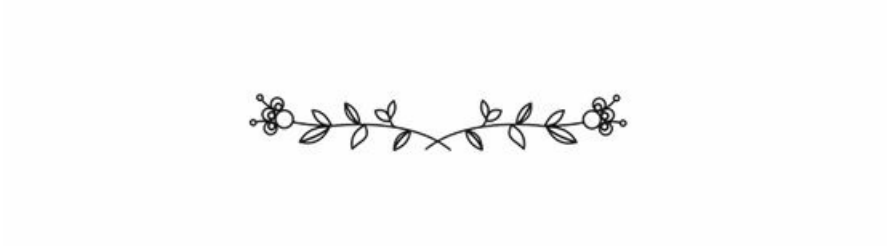
—Un florero no, querida, aunque luciréis así cuando os lleve del brazo ante el resto del mundo. Seréis suyas para hacer lo que les plazca, y deberéis obedecer. Que quiere que le deis un baño, se lo dais. Que le apetece follaros sobre una mesa, vosotras os abrís de piernas deseosas de que os follen. Él manda, y vosotras, simplemente obedecéis.

Las lágrimas que les caían en ese momento a las tres chicas vírgenes, eran de esas que desgarrarían el alma de cualquiera. Bueno, de cualquiera que tuviera alma porque estaba claro que, ni el jefe, ni los matones que nos vigilaban, ni la rubia platino, la tenían.

Cerré los ojos mirando al suelo con un solo pensamiento en mi cabeza.

“Alex, por favor, encuéntrame. Encuéntrame y sácame pronto de aquí”

Capítulo 47



Alex

Tenía que reconocer que Amanda, como siempre, dio la talla. Ella se implicaba muchísimo en todos los casos, aunque lo cierto es que en aquel se dejó la piel especialmente.

Ya habían pasado tres días desde el secuestro de Aitana y litros de café corrían por mis venas. Total, al menos eso me mantenía activo, puesto que no lograba conciliar el sueño. Supongo que era la pescadilla que se mordía la cola porque al no descansar le metía grandes cantidades de cafeína al cuerpo, pero de todos modos lo de dormir había pasado a un segundo plano.

El resto de mi equipo tampoco descansó casi nada, y en concreto, como digo, Amanda se convirtió en ese gato callejero que me prometió y apenas le veíamos el pelo por las dependencias, si bien a cierta hora de la noche yo le hacía la llamada de control para que se fuera a la cama y me la encontraba siempre en algún local, vigilando, hablando con unos y con otros.

No estaba pagado, lo que hacía esa chica no lo estaba y yo la entendía bien porque cuando eres policía por vocación lo de ayudar a los demás no se trata de un trabajo, sino más bien de una filosofía de vida.

Fue el cuarto día, el cuarto, cuando por fin apareció por mi despacho y cayó a plomo en la silla.

—Jefe, tengo noticias buenas y malas, tú me dirás por cuáles empiezo.

—Por las buenas, por favor. Necesito un chute de energía.

—Creo saber cómo localizar a Aitana —suspiró mientras yo miraba su rostro y encontraba en él muestra del cansancio por las muchas horas empleadas en la investigación.

—¡Gracias! ¿Cómo? Dímelo, por favor, sin anestesia.

—El primo de Jeny, no solo se dedica a pasar droga. Ese tipo es de la peor calaña y se dedica también a vender mujeres a tíos con muchísima pasta, de ahí la amenaza de la nota. A Aitana la van a subastar.

—Criminal, monstruo, hijo de puta —murmuré porque no quería perder la compostura al chillar en las dependencias.

—Tengo a gente indagando sobre dónde será la subasta, estoy segura de que pronto podré traerte noticias frescas, jefe. Mucho ánimo.

—Vales tu peso en oro, Amanda. Algún día serás una gran inspectora, que no te quepa duda.

—¿Inspectora, solo? Yo pienso pasaros a todos por encima, estás delante de tu futura comisaria, que lo sepas —dijo poniéndose en plan jefa.

—No tengo ninguna duda, me quito el sombrero.

—Muy bien, muy bien, pero de la mariscada no te libra nadie, que lo sepas.

—Por supuesto que no. Gracias de corazón, muchas gracias.

Cuando ella se fue aproveché para llamar a David, con quien estaba en constante contacto. Las noticias eran buenas, pero el tema era de lo más delicado, porque si no lográbamos dar con la subasta y la vendían, ya podíamo darnos por jodidos, pues muchos de esos tipos se llevan las chicas al extranjero y nunca más se sabe de ellas. No quería ni pensar en esa posibilidad, o me daría dos chocazos contra la pared.

Mientras Amanda tiraba de sus contactos, yo no paré de hacer gestiones de todo tipo, como es lógico, pero algo me decía que la solución llegaría de la mano de esa gente que tenía el oído puesto para ella.

No me equivoqué demasiado pues fue esa misma noche cuando volvió a encontrarse conmigo en mi despacho.

—Jefe, sabía que te encontraría aquí, te van a cobrar alquiler a este paso —me dijo en plan reprimenda.

—Y a ti deberían pagarte un buen montón de horas extra.

—Sabes que estas son por amor al arte, aunque la mariscada a la que me invitarás será de campeonato, también te lo digo.

—Dalo por hecho. ¿Qué tienes para mí?

—La confirmación de que la mierda esa de subasta será en Sevilla y dentro de tres días. Esta vez no te lo he preguntado, sino que he empezado directamente por la buena noticia.

—¿Y la mala? ¿Cuál es la mala?

—La mala es que a ella solo se puede acceder por invitación, jefe —se echó sobre la mesa y sus ojillos mostraban un cansancio tremendo.

—Vete a la cama ya, Amanda, buen trabajo —le dije mientras pensaba en lo que me había dicho.

—Estás pensando en cómo conseguir una invitación, ¿verdad?

—Obvio —afirmé con movimiento de cabeza incluido.

—Ya estoy en ello, no te puedo prometer nada, pero sí que haré todo lo posible. Y ahora, por el amor de Dios, vete a dormir un poco también, jefe, porque de lo contrario, vas a colapsar y te necesitamos fresco.

—Está bien, me iré a casa.

—Genial, mañana nos vemos.

Unas horas después ya la tenía en mi despacho de nuevo, a la mañana siguiente.

s—Jefe, lo de conseguir invitación está chungo, pero anoche estuve pensando y me acordé de un tío que es un falsificador de primera. Es una pieza buena, ya te lo anticipo, pero también te digo que la buena noticia es que hace virguerías y que me debe un par de favores. Confío en él más que en nadie para hacer esa falsificación, te lo aseguro.

—Y yo, ¿cuántos favores te debo a ti?

—Mejor lo dejamos —sonrió ampliamente.

Se marchó y yo me fui directo a hablar con David, con quien había quedado.

—Dile que te consiga un par de entradas falsas, yo pago lo que sea —me imploró—. Nos infiltraremos en esa subasta, yo pondré la pasta que haga falta, no hace falta ni decirlo.

—La cosa se puede poner muy fea allí dentro, te lo advierto. No será cuestión de ir a “comprarla”, como aquel qu dice. Montaré un operativo impresionante y todo a gran escala.

—Tú haz todo lo que tengas que hacer y piensa que yo no me achantaré por nada, ¿vale?

—Vale.

Si algo estaba logrando en aquellos días era recuperar mi amistad con David. Siempre había sido de los que

pensaba que el movimiento se demostraba andando y sin duda mi actitud le hacía ver que estaba dejándome la pie en poder liberarla y que la amaba, eso lo debía de sentir, me estaba dejando la vida en ello y lo haría hasta mi última hora.

Nos encontrábamos a tres días de la subasta y eso suponía que me enfrentaba a tres siglos de espera, pues así lo sentía. El reloj pareció pararse cuando se llevaron a Amanda y a duras penas avanzaba.

Yo era una especie de zombi que se movía por inercia y que fumaba más que nunca en aquellos días en los que terminaba con un cigarrillo y ya estaba encendiendo otro. Cada vez que lo hacía recordaba la irresistible sonrisa d Aitana y lo mucho que le molestaba que fumara. Lo había pensado muchas veces en la vida, pero en esa ocasión se me pasaba por la cabeza que, si todo salía bien, lo dejaría por ella.

En realidad, yo haría por Aitana lo que me pidiera, porque no hay nada peor que perder a alguien a quien no diste su sitio en su momento y luego comprobar que echas tanto de menos a esa persona, que hasta te resulta difícil respirar y vivir.

Ya en casa, llamaron a mi puerta y era Samuel, quien estaba al tanto de todo. Venía con una botella en la mano.

—No es para que bebamos como cosacos, porque sé que tienes mucho en lo que pensar, pero sí para que nos tomemos un lingotazo tú y yo. Sabía que no estarías durmiendo.

—¿Podrías tú, dormir si fuera Cintia?

—Solo de pensarlo, me subo por las paredes. Esas chicas valen mucho, yo creo que son las mujeres de nuestra vida.

—Yo más bien diría: las mujeres de nuestras vidas, porque siento como si esta fuera otra vida ya. Es tan fuerte qu esto marcará un antes y un después. Trae esa botella, anda —le di un abrazo.

Samuel, igual que David, eran parte importante de mi vida y todos estábamos a una. En momentos así, sabes quiénes son los tuyos, esa es la parte buena que se puede sacar hasta de algo tan malo como aquello.

Nos servimos una copa mientras yo le contaba los detalles del operativo y él me escuchaba con atención.

e

—Veo que lo tienes todo pensado y más que pensado. Y en tiempo récord —me dijo mientras degustaba aquel whisky que había traído, uno de esos que se reservan para las grandes ocasiones y que cuestan una cantidad elevada de dinero.

Yo conocía muy bien a Samuel y su forma de actuar. Brindar con ese whisky era su manera de darme ánimos y de celebrar por anticipado la liberación de Aitana, que yo deseaba por encima de ninguna otra cosa en el mundo. La echaba tanto de menos que no podía concebir la vida sin ella.

Aquella noche hablamos largo y tendido, no solo del operativo en sí, sino de lo que podría ser nuestra vida con las chicas, y yo soñaba despierto.

Tenía tantas cosas que decirle cuando la viera, que no sabía ni por dónde empezar. Todo lo que me importaba era que estuviera bien y que se olvidara pronto de aquella pesadilla.

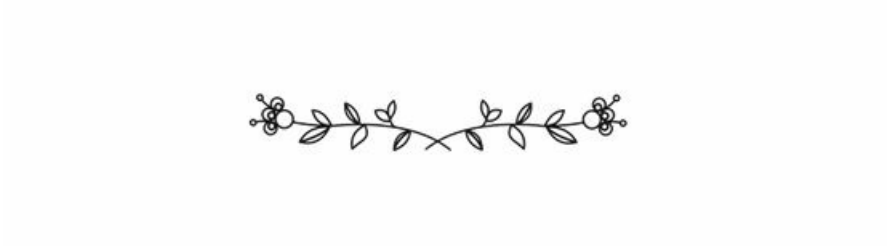
Aitana era fuerte, pero una experiencia así puede marcar a cualquiera y eso yo no podría soportarlo. Rogaba al Universo que me la devolviera como era ella, esa loquita que fue capaz de tirarme en plena *Fontana di Trevi*, mi loquilla. Aitana, me había calado hondo y yo rezaba por volver a tenerla entre mis brazos.

Aquella noche hablamos largo y tendido, no solo del operativo en sí, sino de lo que podría ser nuestra vida con las chicas, y yo soñaba despierto.

Tenía tantas cosas que decirle cuando la viera, que no sabía ni por dónde empezar. Todo lo que me importaba era que estuviera bien y que se olvidara pronto de aquella pesadilla.

Aitana era fuerte, pero una experiencia así puede marcar a cualquiera y eso yo no podría soportarlo. Rogaba al Universo que me la devolviera como era ella, esa loquita que fue capaz de tirarme en plena *Fontana di Trevi*, mi loquilla. Aitana, me había calado hondo y yo rezaba por volver a tenerla entre mis brazos.

Capítulo 48



Alex

Y llegó el día de la subasta. Qué raro se me hacía utilizar ese término cuando la "mercancía" que esos malhechores subastaban eran vidas humanas, vidas de mujeres que convertían en esclavas para llenarse los bolsillos. Lo peor de esto era que me había tocado de cerca y al corazón, cosa que era más doloroso aún y difícil de digerir.

Gente así no debería existir en el mundo, pero al menos yo trataría de quitar a varios de ellos de la circulación, llevándolos directos a una celda que poco tendría que ver con los lujos a los que estaban acostumbrados a cambio del sufrimiento de esas pobres que tenían la desdicha de caer en sus manos.

Solo de pensar en el primo de Jeny, el estómago se me revolvía en una mañana en la que no me entraba nada. Ya estábamos en Sevilla, hasta donde me desplacé con mi equipo y donde recibiría la cobertura de otros muchos compañeros que participarían en el operativo.

Habíamos repasado a conciencia una y otra vez el papel que representaríamos una vez dentro, algo de lo que David estaba muy concienciado. No dejamos ni un solo cabo suelto y, aun así, continuamos repasando insistentemente para que no se nos fuera ni un hilo.

—David, ¿estás seguro de que quieres hacerlo? —le pregunté— Podría entrar con cualquiera de mis hombres infiltrado, no va a ser fácil, más que nada porque en un momento dado veremos a las chicas y no quiero que nada salga mal.

—Y Aitana será una de ellas. Qué malditos hijos de puta. ¿Cómo pueden hacerles eso? Alex, tienes que asegurarte de que caigan, de que todos caigan y se pudran en la cárcel. Nunca he soportado este tema, pero ahora que me toca tan de cerca me provoca hasta nauseas.

—Te mata y a mí también —le dijo Samuel, ese picapleitos de quien me sentía tan orgulloso y que se empeñó en acudir a Sevilla con nosotros, aunque él no entraría en la casa en la que se celebraría la subasta.

Nos encontrábamos en las dependencias de una de las comisarías sevillanas desde donde se nos prestarían apoyo.

Todos estaban con nosotros y lo cierto es que fueron más que amables al dejarnos un despacho en el que darle vueltas y vueltas al operativo. Todo tenía que salir genial porque tanto David, como yo, nos sentíamos completamente culpables.

—Te sientes mal, ¿verdad? —me preguntó en un momento en el que nos quedamos a solas.

—¿Y cómo quieres que me sienta? —le respondí encogiéndome de hombros— El primo de Jeny pretende vengarse de mí y lo ha hecho dándome donde más me puede doler. Creo que a estas alturas ya lo sabes.

—Ya hablaremos de todo eso, pero lo voy viendo sin duda. Nadie como tú se habría dejado la piel montando un operativo como este en tan poco tiempo. Sé que te sientes culpable y si te sirve de consuelo, te diré que yo no estoy mejor que tú.

—Pero tú no tienes que culparte de nada, trataste de pararle los pies a ese tipo, lo hiciste lo mejor que pudiste.

—Tuve que denunciar antes y lo sabes, Alex, debí tomarme más en serio las amenazas de esa gentuza. Es cierto que quise proteger a mi padre, a quien hubiera disgustado muchísimo saber lo que estaba pasando, pero por protegerlo a él terminé por desproteger a Aitana. Si llega a ocurrirle algo, no me lo perdonaré en la vida.

—Va, va, no te vengas ahora abajo. Ha sido un cúmulo de mala suerte. Si las cosas hubiesen estado bien entre nosotros tampoco habría llegado la sangre al río porque habrías hablado conmigo.

Ya era lamentarse por lamentarse, y todo porque a los dos nos daba pánico hablar en alto cómo de la estarían tratando o si le habrían hecho algún daño. Si había algo que me tranquilizaba un poco entre todo aquel caos era la idea de que, al tenerlas que exponer públicamente, al intentar metérselas por los ojos a esos otros malnacidos que las compraban, no solían sacar demasiado las cosas de madre para no marcarlas y demás, pero aun así yo conocía la naturaleza rebelde de Aitana y eso era lo que me daba pánico, que pudiera haberse enfrentado a ellos.

Eran tantas las preguntas con tan escasas respuestas, que ese día sí que fumé como un verdadero carretero, eso era lo que me habría dicho ella, si me hubiese visto. Ni que decir tiene que las horas no parecían pasar y que yo contaba los minutos para que llegara el momento de la subasta, el momento de volver a reunirme con Aitana.

Llevaba días sin hacer deporte y eso también me estresaba, ya que yo con el ejercicio liberaba tensiones en cantidad y tantos días encerrado en mi despacho me habían matado. No obstante, me encontraba en forma y dispuesto a plantarles cara a aquellos criminales, dispuesto a dar mi vida por ella si fuera necesario. No solo se trataba de la hermana de David, que eso ya de por sí era fundamental para mí, sino de la mujer de la que a estas alturas ya tenía claro que estaba enamorado hasta la medula.

Llegó la hora, por fin había llegado. David y yo debíamos llegar sin despertar la más mínima de las sospechas, por supuesto, por lo que lo haríamos en un elegantísimo coche que alquilamos para la ocasión, un cochazo de rico como los que conducía aquella gentuza que se dejaba verdaderas fortunas en comprar mujeres al peso, como quien compra carne picada para hacer albóndigas.

Nuestros trajes eran también impresionantes, de esos que cuestan varios miles de euros, lo mismo que nuestros relojes y demás, todo pagado por David con tal de pasar desapercibidos entre esos malnacidos que no tenían nada mejor que hacer que traficar con vidas humanas.

—Veas lo que veas no puedes alterarte, David, piensa que un paso en falso y tu hermana podría estar en peligro. Me refiero a mucho más en peligro, que ya es decir.

—No, tranquilo, vengo muy mentalizado. Vea lo que vea tengo que pensar que ya es el final y que vamos a liberarla.

—Por supuesto que sí.

La tensión entre ambos era brutal. Yo estaba acostumbrado a participar en intervenciones muy complicadas en las que sabes que te la estás jugando por completo, pero nunca estuve implicado personalmente en ninguna de ellas hasta esta noche en la que el estómago me dolía como si me lo hubiesen perforado con un cuchillo de carnicero.

La casa en la que se celebraría la subasta era de cine y estaba repleta de tíos armados por todo el recinto, dentro y fuera, tratando de que todo les saliera genial a los que los contrataban, vendiendo a las chicas y largándose con el botín.

El momento de enseñar las entradas fue también de esos que te cortan la respiración. Hasta que el gorila que nos las pidió no nos dio su aprobación, no pudimos volver a gestionar la entrada y salida del aire de nuestros pulmones.

—Ya estamos dentro —les confirmé a Amanda, a Alonso y a Pepe a través del pinganillo cuando pusimos un pie en el interior. Ellos nos esperaban fuera, con todo el recinto controlado desde lejos y junto con otro montón de agentes, hasta que yo les diera la orden de entrar.

—Recibido, jefe. Tenemos controlados a los del exterior —me dijo estando a cierta distancia de ellos, perfectamente camuflados.

Miré a David y, aunque cumplía bien con su papel, lo noté como si se hubiese tomado unas cuantas pastillitas de alguna droga de diseño de moda.

—Respira lento, que no se te note la aceleración. Y pon tu mejor sonrisa, que aquí hemos venido a llevarnos eso tan preciado para ambos con lo que han querido jodernos vivos —le pedí al mismo tiempo que trataba de darle ánimos.

—Y somos nosotros los que les joderemos a ellos, ¿verdad, Alex?

—Verdad, amigo.

Ya en el gran salón, el ambiente era ciertamente para vomitar, un lujo espectacular para presentar a las chicas como mercancía exclusiva, solo al alcance de los bolsillos de aquellos indeseables que no conocían los valores ni tenían la más mínima intención de hacerlo.

La forma de mirarse unos a otros, babeantes, frotándose las manos mientras esperaban que el show comenzara era verdaderamente escandaloso, deleznable. Por mí, me habría liado allí a puñetazos hasta quedarme solo y reconozco que para mis adentros lo hice.

—Que tampoco se te note la aceleración a ti, Alex —me dijo David en ese momento.

—Tienes razón, amigo.

Traté de no fijarme en esos tíos, sino en repasar mentalmente una vez más todos los detalles del operativo. Notaba que David hacía lo mismo. Necesitábamos evadirnos un poco porque de otro modo corríamos el riesgo de acabar locos y terminar tirándonos a la yugular de aquellos hijos de puta.

Pensaba en todo aquello, y miraba de paso mi reloj, cuando un tío se subió al escenario que habían instalado y nos dio la bienvenida a todos, deseando que disfrutáramos de aquellas preciosidades que habían preparado para nosotros. Yo habría disfrutado si hubiese podido cogerlo por el cuello y apretar hasta dejarlo sin respiración.

En ese momento se abrió aquella especie de telón y ante nosotros se presentó la más macabra de las imágenes: la de todas aquellas pobres chicas, muertas de miedo con vestidos blancos y negros, expuestas ante los asquerosos ojos de esa panda de degenerados. Y entre todas ellas, mi mirada encontró a Aitana, la cual presentaba una magulladura en la mejilla, a consecuencia sin duda de un golpe que le habían dado.

—David, te juro que la saco de aquí, te lo juro por mi vida, aunque sea lo último que haga —le dije en ese instante.

Que la iba a sacar estaba claro, por mucha sangre que corriera en esos momentos en aquella sala, pero de que la sacaba, la sacaba.

—Verdad, amigo.

Ya en el gran salón, el ambiente era ciertamente para vomitar, un lujo espectacular para presentar a las chicas como mercancía exclusiva, solo al alcance de los bolsillos de aquellos indeseables que no conocían los valores ni tenían la más mínima intención de hacerlo.

La forma de mirarse unos a otros, babeantes, frotándose las manos mientras esperaban que el show comenzara era verdaderamente escandaloso, deleznable. Por mí, me habría liado allí a puñetazos hasta quedarme solo y reconozco que para mis adentros lo hice.

—Que tampoco se te note la aceleración a ti, Alex —me dijo David en ese momento.

—Tienes razón, amigo.

Traté de no fijarme en esos tíos, sino en repasar mentalmente una vez más todos los detalles del operativo. Notaba que David hacía lo mismo. Necesitábamos evadirnos un poco porque de otro modo corríamos el riesgo de acabar locos y terminar tirándonos a la yugular de aquellos hijos de puta.

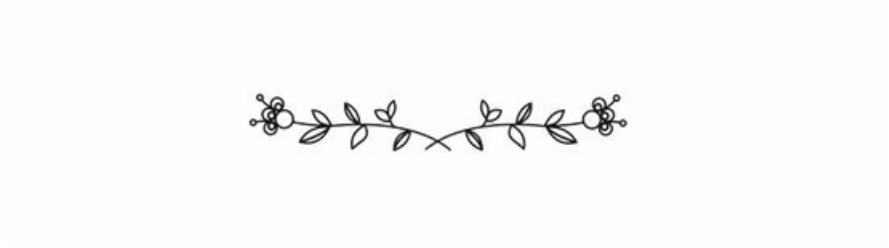
Pensaba en todo aquello, y miraba de paso mi reloj, cuando un tío se subió al escenario que habían instalado y nos dio la bienvenida a todos, deseando que disfrutáramos de aquellas preciosidades que habían preparado para nosotros. Yo habría disfrutado si hubiese podido cogerlo por el cuello y apretar hasta dejarlo sin respiración.

En ese momento se abrió aquella especie de telón y ante nosotros se presentó la más macabra de las imágenes: la de todas aquellas pobres chicas, muertas de miedo con vestidos blancos y negros, expuestas ante los asquerosos ojos de esa panda de degenerados. Y entre todas ellas, mi mirada encontró a Aitana, la cual presentaba una magulladura en la mejilla, a consecuencia sin duda de un golpe que le habían dado.

—David, te juro que la saco de aquí, te lo juro por mi vida, aunque sea lo último que haga —le dije en ese instante.

Que la iba a sacar estaba claro, por mucha sangre que corriera en esos momentos en aquella sala, pero de que la sacaba, la sacaba.

Capítulo 49



Aitana

Llegó el día de la subasta.

Ese viernes nos dieron de desayunar algo diferente al cemento dulce que nos solían traer. Una bandeja con café, croissants, zumo y fruta troceada fue lo que dejaron para cada una de nosotras.

Por no hablar de la comida, que pasó de ser una mísera sopa con algo de pan, a un filete con puré de patatas que estaba delicioso.

¿Y para la cena?

Un pescado al horno que olía que alimentaba.

—Me siento como si esta fuera la última cena de uno de esos condenados a muerte de las películas —dijo Olivia.

—Bueno, lo que nos espera es, sin duda, una muerte en vida, prima.

—Chicas, nada de fatalismos —les pedí.

—Aitana, te hemos cogido cariño en esta semana, pero, ¿de verdad sigues pensando que van a encontrarnos? Yo no lo creo —murmuró Azucena.

—La esperanza es lo último que hay que perder, y os juro que yo, hasta que no vea que un asqueroso de esos me lleva a la fuerza para que sea su juguete, no pienso perderla. Mi hermano me sacará de aquí, Alex lo hará.

—¿Quién es Alex? —preguntó Susana.

—El amigo de mi hermano.

—¿El policía? —continuó Azucena y asentí.

—¿Y por qué te sacaría de aquí? —interrogó Olivia.

—Porque hubo algo entre nosotros, y estoy segura de que, aunque no haya querido hablarme en los días anteriores a mi secuestro, una vez le importé y me sacará de aquí.

Se quedaron calladas y no podía culparlas por no creer que saldríamos de este lugar antes de que alguien nos comprara.

Cuando terminamos de cenar la puerta se abrió y nos pidieron que los siguiéramos. Nos llevaron a una habitación individual a cada una donde nos esperaba la mujer que nos había tomado las medidas.

Sobre la cama encontré un vestido negro y a los pies unas sandalias del mismo color, así como una pulsera de oro bastante gruesa.

—Puedes darte una ducha rápida, te ayudaré a vestirte y peinarte —dijo la mujer, y asentí.

Y tan rápida que fue la ducha, ya que en cinco minutos la tenía esperando en la puerta.

Me sequé el pelo con un secador de mano que había allí, me ayudó a ponerme el vestido, sin ropa interior debía aclarar, las sandalias y la pulsera en la mano derecha, y me recogió el cabello en un moño ligeramente despeinado pero que quedaba elegante.

Aplicó un poco de maquillaje y se apartó cuando estuve lista, momento en el que llamaron a la puerta y esta se abrió.

—Vamos, hora de salir —dijo el hombre cogiéndome del brazo.

—No hace falta que me arrastres, puedo caminar. ¡Suéltame, gilipollas! —grité y le di un leve empujón, lo que hizo que se enfadara y acabara dándome una bofetada.

Llevaba un anillo y me hizo un leve corte, por no hablar de la hinchazón que acabaría teniendo en el labio.

—¿Qué has hecho? —exclamó la mujer asustada, con los ojos muy abiertos— Las quieren intactas, sobre todo, a ella, es la más valiosa.

—Es una pequeña muestra de lo que le espera si no obedece a su futuro dueño.

—No soy un objeto, ni mercancía, nadie es dueño de nadie. Soy una persona, joder, ¡una persona! —grité en su cara mientras me secaba la sangre del labio.

—¿Quieres que te magulle el otro lado? O, mejor, ¿quieres que te enseñe cómo obedecer y mantener tu linda boquita cerrada? Porque puedo follarme tu boca y tu apretado coño aquí y ahora, y nadie se enteraría —dijo, y miré por el rabillo del ojo a la mujer que seguía a mi lado—. Ella no diría nada, ya sabes, como si no hubiera visto lo que pasa en esta habitación. Dime, ¿vas a estar callada y a venir conmigo, o tengo que hacerte entrar en razón?

—Petro, deja que la limpie y puedes llevártela —intervino la mujer cogiéndome del brazo.

—Dos minutos, ni uno más.

Cerró la puerta y la mujer suspiró.

—Será mejor para ti que no vuelvas a provocarlo, ni a él, ni a los otros —me dijo—. Créeme, es mejor que seas una mujer objeto y obediente, que una mujer muerta, y he visto a algunas de esas últimas.

Se hizo el silencio mientras me limpiaba la sangre, pero por mucho maquillaje que aplicara, se veía el corte en mi mejilla, así como la hinchazón del labio y la sangre que aún salía.

El tal Petro volvió a abrir la puerta, me miró y salí de la habitación caminando a su lado.

Vi a las demás chicas saliendo de sus habitaciones, todas acompañadas de un guardia, y me llamó la atención que, a excepción de Azucena, Susana y la otra chica, que llevaban vestidos blancos y pulseras plateadas, las demás iban vestidas de negro, al igual que yo, solo que sus pulseras eran de color negro.

—¿Por qué ellas tres van de blanco? —quise saber, y esperaba que Petro me diera esa información.

—Las vírgenes van de blanco, por su pureza. Suelen ser piezas por las que pagan mucho. Solo que esta noche sacarán aún más por ti.

—Esto es asqueroso, lo sabes, ¿verdad?

No respondió, y por su rostro imperturbable, sabía que no veía nada malo en lo que hacía su jefe.

¿Qué pensaría si esto le ocurriera a una hermana o una prima suya? ¿Si en un futuro tenía una hija y la arrancaban de sus brazos como a mí me habían arrancado de los de mi familia?

Seguro que no vería tan bien que su puto y asqueroso jefe hiciera esto con ellas.

Entramos en una sala bien iluminada, llena de sofás y sillones donde muchos de los compradores, porque no tenían otro nombre esa noche, ya estaban sentados.

Algunos estaban de pie junto a la pared o cerca de los ventanales. Y hacia allí se me fueron los ojos.

En uno de esos ventanales vi dos figuras, dos que reconocería en cualquier parte, por mucho que se escondieran bajo unas grandes gafas de pasta y un par de bigotes y perillas falsas.

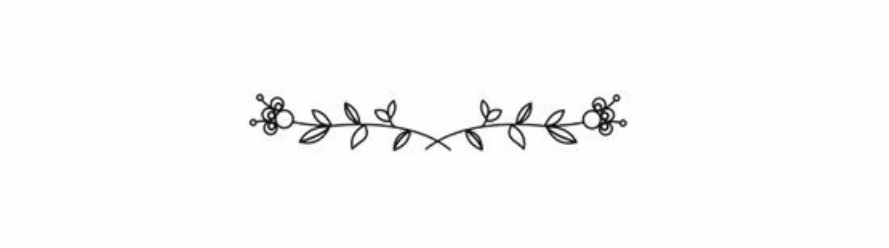
Mi hermano, y Alex.

Algunos estaban de pie junto a la pared o cerca de los ventanales. Y hacia allí se me fueron los ojos.

En uno de esos ventanales vi dos figuras, dos que reconocería en cualquier parte, por mucho que se escondieran bajo unas grandes gafas de pasta y un par de bigotes y perillas falsas.

Mi hermano, y Alex.

Capítulo 50



Aitana

Las puertas de aquel ostentoso lugar se abrieron y entró un hombre alto, de cabello rubio engominado y con un traje gris. En los nudillos tenía algunos tatuajes, así como en el cuello.

Todos los presentes, esos hombres que estaban a punto de comprarnos, se enderezaron a su paso como si le rindieran pleitesía.

—¿Y ese quién es? ¿Dios o algo así en este lugar? —preguntó Olivia por lo bajo.

El hombre subió al escenario donde estábamos nosotras, mirándonos una por una con una sonrisa de lo más lasciva y asquerosa, hasta que se detuvo en mí.

—Mi mejor pieza —dijo con el mismo acento que todos los hombres que había en esa maldita casa, lo que dejaba claro que él, era el jefe—. Voy a disfrutar con tu venta. En mi mundo, pequeña, la sangre se paga con sangre.

No entendía nada de lo que quería decir, y no quise darle mayor importancia.

—Señores, me presento para las nuevas caras que no me conocen. Soy Nikolai. Sean bienvenidos esta noche a una subasta sin igual —dijo mirando a los asistentes—. Les aconsejo buscar la pieza que les interese de esta noche, acercarse a ella y ver cuánto están dispuestos a pagar. Como ven, algunas son valiosas por su pureza —miró a las tres que vestían de blanco—, y una de ellas es la más valiosa, la de la pulsera dorada. Disfruten de la velada y pujen, pujen sin miedo, que ya saben que, todos en esta vida, tenemos un precio.

Vomitivo, asqueroso, repugnante, eso me parecía aquel tipo. Apreté los puños y por Dios que quise lanzarme a por él y golpearlo, pero vi a David y a Alex acercándose y fue este último quien, de manera sutil, negó con la cabeza sabiendo mis intenciones.

Azucena se acercó a mí, la miré, sonreí y decidí que ella vendría conmigo. No dudé en bajar de aquel escenario y acercarme a ellos con aquella muchacha asustada a mi lado.

—Buenas noches —saludé y sonreí.

—Estamos de suerte, las dos mujeres más hermosas de la subasta, se han acercado a nosotros —dijo Alex.

—Aprovechen el tiempo que nos permitan estar aquí, porque tendremos que rotar —dije y él sonrió.

—No, si puedo evitarlo, preciosa.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó mi hermano, y supe que ambos habían llegado aquí infiltrados.

—Yo soy Aitana, y ella, es Azucena.

—Bonito nombre, Aitana —Alex me acarició la mejilla sin que nadie pudiera verlo, y me estremecí—. Tendré que pedir una rebaja por esta marca.

Azucena, que no sabía quién era él, soltó un grito de horror y a punto estuvo de llorar.

—Pequeña, no llores —le pidió mi hermano, quien no dudó en cogerle la barbilla y secar su mejilla con el pulgar.

—Está asustada —dije y mi hermano asintió.

—¿Y si tomamos algo y te muestras cariñosa y complaciente conmigo, preciosa? —propuso Alex, y Azucena entró en pánico.

—Ven conmigo, parece que necesitas algo de beber —le comentó David, y ella solo asintió.

Cuando Alex y yo nos alejamos y cogió un par de copas de vino, acabamos cerca del ventanal en el que estaban poco antes los dos.

a

—Habéis venido —murmuré con alivio cerrando los ojos dando la espalda a la sala.

—¿Dudabas que lo hiciéramos? —Posó la mano con disimulo en mi vientre, y no dudé en sostenerla.

—No las tenía todas conmigo, los últimos días…

—Forman parte del pasado, Aitana —me aseguró interrumpiéndome—. He venido a por ti, voy a sacarte de esta puta casa.

—A ellas también —pedí mirándolo al fin—. Por favor, no podemos dejarlas aquí. Azucena, Olivia, Susana, quieren y se merecen una vida mejor. Al igual que las otras chicas.

—Las sacaremos de aquí, te lo prometo.

—¿Cómo disteis conmigo? Me quitaron el móvil.

—Por una de mis agentes —respondió y lo vi sonreír—. Concretamente la mujer que pensaste, erróneamente, con la que estaba liado el día que fuiste a la comisaría.

—Oh…

—Aitana —me miró y vi un brillo en sus ojos color miel que me hizo querer llorar—. Vamos a volver juntos a Cádiz, preciosa, a casa.

—¿Dónde estamos? No nos lo han dicho.

—En Sevilla.

—Dios mío, tan cerca de casa —me llevé la mano a la frente.

—Mi niña, necesito que me escuches —lo miré y se colocó ante mí, sosteniéndome por la cadera, momento en el que deseé que me abrazara—. Tienes que estar preparada, sé que ahora rotarás y hablarás con otros pujadores —apretó la mandíbula—. Pero a mi señal, cuando estéis lejos de los hombres, quiero que te refugies donde puedas y lleves a las chicas contigo.

—Eso quiere decir que no habéis venido solos —sonreí.

—No, cariño, hemos traído al puto séptimo de caballería. Voy a sacarte de aquí, Aitana, y en cuanto estemos en Cádiz, te prometo por la memoria de mi madre, que voy a poner un anillo en tu dedo. No más idas y venidas, preciosa, he creído que me moría solo de pensar en perderte.

—Alex —sentí las lágrimas escociendo en mis ojos, incliné la mirada y él deslizó el pulgar para retirar algunas que comenzaban a salir.

—Me muero por abrazarte, preciosa, y por besarte, pero no puedo.

—Te quiero —confesé mirándolo a los ojos y él, sonrió.

—Amigo, creo que es hora de que la chica cambie de pujante —dijo uno de los guardias a mi espalda.

—Por supuesto, pero quédate con mi cara, amigo, porque esta mujer, va a ser mía.

Me alejé y seguí hablando con los demás hombres, o más bien haciendo de tripas corazón mientras los observaba

y sentía unas ganas de vomitar como nunca antes tuve en mi vida.

¿Cómo era posible que hubiera gente así en el mundo, a la que la vida de una persona no le importara lo más mínimo?

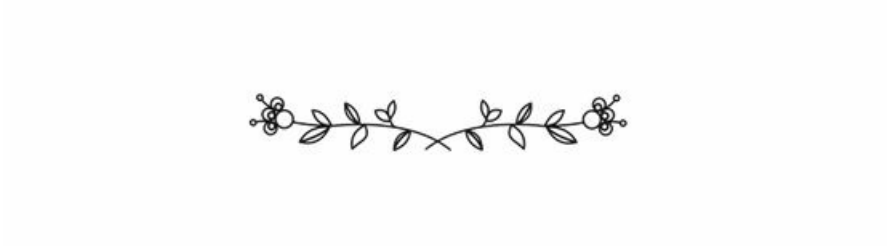
Las horas pasaban y cuando todas y cada una de nosotras habíamos rotado por cada asistente a esa subasta, nos hicieron sentarnos en un sofá mientras ellos pujaban por la mujer que querían comprar.

y sentía unas ganas de vomitar como nunca antes tuve en mi vida.

¿Cómo era posible que hubiera gente así en el mundo, a la que la vida de una persona no le importara lo más mínimo?

Las horas pasaban y cuando todas y cada una de nosotras habíamos rotado por cada asistente a esa subasta, nos hicieron sentarnos en un sofá mientras ellos pujaban por la mujer que querían comprar.

Capítulo 51



Aitana

Estaba nerviosa, y no dejaba de mirar a Alex cada poco tiempo para comprobar si me daba la señal.

Todos los hombres reían, bebían y charlaban, mientras Nikolai, el jefe, observaba la sala al completo y miraba en su móvil cada vez que sonaba una especie de notificación.

Estaba convencida de que eso eran las pujas, el dinero que cada hombre allí reunido ofrecía por alguna de nosotras.

Azucena estaba temblando a mi lado, la abracé y sonreí para calmarla.

—Tranquila, que nos sacarán de aquí a tiempo —murmuré.

—No vendrá nadie, Aitana, este es el futuro que nos espera. A mí, al parecer, con aquel griego que quiere que le dé una prole de hijos que seguir con su legado.

Volví a mirar a Alex, quien estaba hablando con mi hermano, y fue apenas imperceptible, pero estaba ahí, una leve inclinación de su cabeza y mi hermano asintió en respuesta.

David se alejó hacia la zona de bebidas, esa que estaba ligeramente cerca de donde estábamos sentadas Azucena, Olivia, Susana y yo, y entonces, desde el exterior, empezaron a escucharse disparos y estruendos.

—¿Qué mierda está pasando, Nikolai? —gritó uno de los hombres.

—Tranquilos, aquí dentro estamos a salvo —respondió él.

Miré a Alex y me dio la señal que yo esperaba. Me puse en pie, las tres chicas con las que había estado esos días me miraron y extendí mis manos hacia ellas.

—Hora de esconderse, chicas.

—¿Qué…?

A Olivia no le dio tiempo a terminar la pregunta, cuando escuchamos el sonido de cristales rotos.

Uno de los ventanales estaba hecho pedazos, y el humo comenzó a extenderse por la estancia.

Las tres se levantaron y me siguieron detrás de un sofá que había delante de otra ventana. Con el humo apenas se veía nada, pero conseguí distinguir algunas siluetas vestidas de negro entrando por la que habían roto.

—¡Alto, policía! —gritó alguien.

Vi a David acercarse, sonrió y abrió la ventana que había a nuestra espalda, las chicas le miraron sin entender y me abracé a él.

—Vamos, salgamos de aquí, hermana.

—¿Hermana? —preguntó Azucena.

—Sí, pequeña, soy su hermano —le hizo un guiño y las ayudó a salir—. Aitana, tu turno.

—No, no me voy a ir de aquí sin Alex.

—Aitana, él sabe cuidarse solo, ¿vale? Maldita sea, es un puto policía entrenado para esto.

—¡¡Qué no salga ni una sola mujer de aquí!! —gritó Nikola.

—Aitana, vamos.

—No puedo, David, no puedo dejar a Alex.

Escuchamos algunos tiros y hubo un par de ellos que cayeron cerca de los muebles que nos rodeaban, David me miró con los ojos muy abiertos y le di un beso antes de echar a correr.

—Cuida de ellas, por favor, no dejes que les pase nada.

—¡Aitana! —gritó y corrí hacia donde había visto a Alex.

Pero no tuve tanta suerte, porque antes de llegar hasta él, unos brazos fuertes me cogieron por la cintura.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí —era la voz de Petro, y el muy cabrón estaba disfrutando.

—Suéltame.

—¿O qué?

—La policía te va a matar, puedes estar seguro de ello.

—Nikolai, tengo aquí a la mejor pieza —le dijo, al ver que se acercaba.

—Perfecto —sonrió—. ¿Sabes? No voy a venderte, dado que esos dos idiotas han venido a buscarte. Serás mía, y sé que eso será peor castigo que cualquier otro.

—¡Una mierda me voy a ir contigo! —grité y pataleé, queriendo que el maldito Petro me soltara, pero el muy jodido tenía unos brazos fuertes y robustos como cadenas.

—Me encanta una buena fierecilla a la que poder domar —sonrió Nikolai.

—Suéltala, hijo de puta —la voz de Alex me llegó de muy cerca, tanto, como que estaba detrás de Nikolai.

—Ah, aquí está el inspector que mató a mi primo.

—No lo maté yo, él intentó matarme a mí —dijo Alex, y me estremecí, ¿en qué momento había estado a punto de morir?

—No fuiste el brazo ejecutor, pero eres el jefe de quien lo hizo.

—Y quien lo hizo es la mejor agente de toda mi comisaría. Una deshonra para tu familia, saber que Jeny murió a manos de una mujer, imagino.

—Sangre por sangre, inspector. La de mi primo, por la de tu puta.

—Si vuelves a llamarla así, te aseguro que tendrás una muerte lenta.

—No puedes dispararme, hay hombres apuntándote a ti, y también a ella.

—¿Los hombres que tenías apostados tras las paredes de esta sala? —preguntó— Olvídalos, todos han caído. Tengo buenos polis en el cuerpo.

—Olvidas a Petro.

En ese momento sentí el frío acero en la sien, Alex lo vio y apretó la mandíbula.

—Dispáreme, inspector, y ella estará muerta al mismo tiempo que yo —Nikolai sacó una pistola de la parte trasera de su cintura y apuntó a Alex—. Pero soy bueno, puedo matarte y dejar que estéis juntos para toda la eternidad.

—¿Quién crees que moriría primero de los cuatro, Nikolai? Yo apuesto por tu hombre.

—No eres tan rápido, no puedes dispararle a él y después a mí.

—¿Por qué crees que sería yo quien le disparase a él?

—¡Ey, gilipollas! —todos miramos hacia la zona de dónde venía la voz de una mujer, esa que estaba delante de la ventana por la que mi hermano había sacado a las chicas— ¿Puedes darle un saludito a tu primo Jeny de mi parte cuando lo veas en el infierno?

—¿Qué demonios…?

—Sí, sí, justo a esos vas a ver —sonrió, apuntó y disparó.

Al mismo tiempo que Nikolai caía desplomado al suelo, Petro me soltaba y caía a mi espalda.

Pero hubo un tercer disparo, uno que salió de la pistola de Nikolai que había estado apuntando a Alex todo el tiempo.

—¡Jefe! —gritó la mujer y empezó a correr hacia él.

Vi a Alex tirado en el suelo, me acerqué y ella le abrió la chaqueta del traje. La camisa blanca estaba tan cubierta de sangre en el costado izquierdo que no se veía otro color.

—Alex —sollocé.

—Tranquila, preciosa, saldré de esta —dijo, y comenzó a toser.

—¡¡Una ambulancia, joder!! —pidió la mujer, mirando a todos lados— ¡¡Qué venga una puta ambulancia o el jefe se nos va!!

La miré horrorizada, y comencé a llorar. ¿Irse? ¿Cómo que se iba?

Cogí la mano de Alex y lo miré, no podía morirse, no podía dejarme sola ahora que sabía que se había jugado la vida para sacarme de allí.

—Alex, no te mueras.

—No lo haré, recuerda que tengo… —sonaba cansada— que… ponerte…

—Jefe, no hables.

—Un anillo en el dedo —acabó la frase y se llevó mi mano a los labios para besarla.

Tenía algo de sangre también en la boca, y por cómo daba esa mujer las órdenes, supe que algo iba mal.

Cuando Alex cerró los ojos y perdió fuerza en la mano con la que sostenía la mía, entré en pánico.

—No dejéis que muera, por favor —grité al ver a varios policías acercándose para cargar con él y llevarlo a la ambulancia que entraba en el recinto en ese momento—. Alex, escúchame, por favor. Alex… te quiero.

Lo sacaron de allí y lo subieron a la ambulancia, que comenzó a correr por el recinto.

—Aitana —miré a mi hermano que venía con Azucena, a quien le había dado su chaqueta y mantenía pegada a su costado.

—David, Alex se muere —dije llorando.

—No va a morir, cariño —me abrazó—. Ese poli va a burlar a la muerte solo para estar contigo, estoy seguro.

Ojalá yo pudiera tener esa seguridad, pero algo en lo más hondo de mi ser me decía que, esa, había sido la última vez que iba a verlo con vida.

—Alex, no te mueras.

—No lo haré, recuerda que tengo… —sonaba cansada— que… ponerte…

—Jefe, no hables.

—Un anillo en el dedo —acabó la frase y se llevó mi mano a los labios para besarla.

Tenía algo de sangre también en la boca, y por cómo daba esa mujer las órdenes, supe que algo iba mal.

Cuando Alex cerró los ojos y perdió fuerza en la mano con la que sostenía la mía, entré en pánico.

—No dejéis que muera, por favor —grité al ver a varios policías acercándose para cargar con él y llevarlo a la ambulancia que entraba en el recinto en ese momento—. Alex, escúchame, por favor. Alex… te quiero.

Lo sacaron de allí y lo subieron a la ambulancia, que comenzó a correr por el recinto.

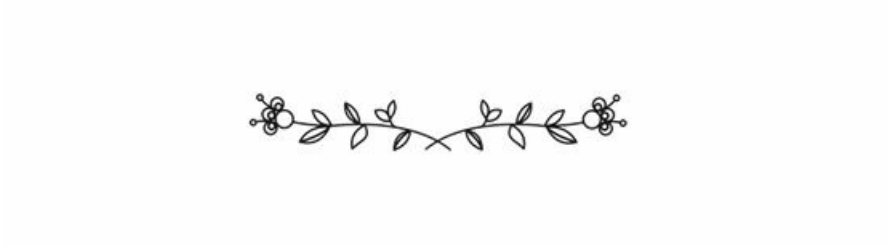
—Aitana —miré a mi hermano que venía con Azucena, a quien le había dado su chaqueta y mantenía pegada a su costado.

—David, Alex se muere —dije llorando.

—No va a morir, cariño —me abrazó—. Ese poli va a burlar a la muerte solo para estar contigo, estoy seguro.

Ojalá yo pudiera tener esa seguridad, pero algo en lo más hondo de mi ser me decía que, esa, había sido la última vez que iba a verlo con vida.

Epílogo



Aitana

Cinco años después…

¿Qué decir de lo que habían sido esos cinco años para mí?

Después de que mi hermano y Alex entraran en aquella casa, con muchos otros policías que los acompañaban para liberarme, las horas de incertidumbre que siguieron fueron las peores de mi vida.

Creí que lo perdía, y según dijeron los médicos, así había sido al menos durante unos breves minutos en los que su corazón entró en parada.

Pero consiguieron reanimarlo y mi hermano me aseguró que Alex había burlado a la muerte.

Sí, sobrevivió a ese disparo, y sí, le costó algún tiempo de baja y recuperación posterior, pero no me aparté de su lado.

Me instalé en su casa para ayudarlo en lo que necesitara y tras un par de meses convaleciente, finalmente me puso aquel anillo en el dedo.

Nos casamos un año después, y para ese momento Cintia y Samuel, quienes habían estado forjando su relación a pasitos cortos, nos dijeron que iban a hacernos tíos.

De luna de miel mi flamante marido me llevó a Roma, donde fui más que dispuesta a disfrutar de todo como no lo hice la primera vez.

Pero, ¿qué se solía decir de eso de la venganza? Que se sirve en plato frío, ¿cierto?

Pues así mismito me la sirvió Alex a mí en la *Fontana di Trevi*, cuando se disponía a hacerme una foto.

—*Verás qué foto más bonita, cariño* —dijo con una sonrisa mientras me enfocaba con el móvil en la mano—. *Cógeme de la mano y échate un poquito hacia atrás, verás que fotaza te hago.*

Le hice caso, al muy jodido de mi marido le hice caso, y lo que hizo él fue soltarme la mano, de modo que acabé cayendo a la *Fontana di Trevi*, empapándome como él se empapara en aquel primer viaje.

Sabía que se le había quedado esa espinita clavada, pero no imaginé nunca que fuera a dejarme caer al agua de ese modo.

Mi mejor amiga y mi cuñado tuvieron una niña, una preciosa niña a la que le pusieron el nombre de Aura, como se llamaba la madre de Cintia, llegó a la familia siete meses después de mi boda. Cintia y Samuel se casaron cuando nuestra sobrina tenía cuatro meses.

Nosotros también fuimos padres, dos hermosas bebés que ahora tenían dos años, gemelas, a quienes llamamos Brenda por mi difunta suegra, y Amanda, por la mujer que nos salvó la vida a los dos durante la peor de nuestras pesadillas.

Amanda resultó ser una mujer increíble, tal como me decía siempre Alex, por no hablar de ese humor que derrochaba a raudales.

Fue ver a mis hijas y sostener a la que llevaba su nombre en brazos, y decirle a Alonso, su novio, que ella quería una bebé tan bonita como esa.

Ni qué decir que lo que Amanda quería, Amanda conseguía, y en cuestión de cuatro meses estaba diciéndonos que iba a ser mamá.

El pequeño Alonsito fue la alegría de ambos padres.

También estaba Pepe con su amada Virginia y el hijo que ya tenían, un niño de cuatro años que era un amor y se llamaba Alejandro, en honor a mi marido, pues Pepe decía que fue él quien le abrió los ojos y le sanó el corazón. Nunca dijeron por qué, pero era visible el respeto mutuo, así como el cariño entre ellos.

No acababa ahí la historia, no señores.

Mis padres y los de Alex, se convirtieron en un pilar importante para todos nosotros.

No quisieron contarles nada de lo que habíamos vivido, pero yo sí lo hice, tenían derecho a saber y no pensar que me había ido de viaje espiritual sola porque Alex me hacía menos caso que una mosca cojonera.

Los cuatro lloraron lo que no estaba en los escritos, y se alegraron de saber que tenían unos hijos que habían arriesgado sus vidas por salvar la mía.

Bueno, la mía, y la de las otras chicas que estuvieron en aquella casa.

De las cuatro que ocupaban la habitación contigua a la nuestra sabía que regresaron a sus ciudades respectivas y llevaban una vida normal y buena, cosa de la que me alegraba.

Con respecto a Azucena, Olivia y Susana, sus vidas cambiaron para mejor.

Dejaron sus casas y trabajos y se mudaron a Cádiz, cerquita de mí, como decían, donde la más pequeña comenzó estudiar corte y confección mientras su prima se centraba en buscar un local perfecto en el que poner su tienda.

Esa que vio la luz un año y medio después de que nos sacaran de allí.

Azucena también hizo realidad el sueño de tener una tienda con productos gourmet, empezando por los mejores vinos y jamones Galán, como no podía ser de otra manera.

Quiso el destino poner a esa joven encantadora en nuestras vidas, a quien mis padres acogieron en su casa, no solo como una amiga mía, sino como a una hija.

Y es que Cupido hizo de las suyas, y mi hermano, ese hombre que vivía por y para la empresa familiar, quien aseguraba que no habría mujer en el mundo que le hiciera caer en las garras del amor, cayó de pleno y rendido ante Azucena, su preciosa florecilla como él la llamaba.

Le tuvo una paciencia infinita y la respetó siempre, dejando que ella fuera la que marcara los tiempos de una relación que, hacía un año, se consolidó en matrimonio y dio como resultado de ese gran amor el nacimiento de mi sobrino Aaron.

—Aitana, están llegando los invitados —dijo Cintia entrando en la sala donde tendría lugar la cata de uno de nuestros vinos.

—Perfecto, la prensa ya está lista y esperando que entren.

—¿Has visto a Samuel? —Frunció el ceño.

—Anda con toda la familia y los niños, vigilando junto con Alex que ninguno haga una trastada —reí.

—Dios, nuestros maridos son la ley personificada —volteó los ojos.

—¿Quién iba a decirnos a nosotras aquella tarde que entramos en el gimnasio, que sería el principio del resto de nuestras vidas? —le dije, entrelazando nuestros brazos mientras ambas mirábamos a nuestros maridos.

—Yo no me lo hubiese creído, ya te lo digo.

—Y yo, menos, que acabé casada con el mejor amigo de mi hermano —reí.

—Es que lo vuestro es muy fuerte —rio conmigo.

—Pues sí, pero, ¿sabes? No cambiaría nada de lo que ha pasado.

—¿Nada?

—No.

—¿Ni siquiera la existencia de Corina? Porque esa mujer fue la bomba que hizo estallar la burbuja de amor.

—Ni siquiera a ella, ni tampoco el hecho de que mi hermano no denunciara en su momento lo que pasaba en la bodega —confesé, puesto que David me dijo por qué me habían secuestrado, y que él era culpable, no solo el trabajo de Alex—. Porque cada uno de esos momentos nos ha traído hasta aquí, Cintia. Al aquí y ahora. Tenemos una familia preciosa.

—Cierto —sonrió—. Isaac siempre será ese gran amor al que nunca olvidaré, pero de algún modo creo que él trajo a Samuel a mi vida.

—Paciente es, que estuvo seis meses observándote y sin atreverse a hablar —reí—. Si no llega a ser por su hermano…

—Y la entrometida de mi mejor amiga —me recordó.

—Esta entrometida se alegra de que seas feliz, y sé que Isaac también —le di un beso en la mejilla y nos acercamos a nuestra gran familia.

—Ya están entrando —dijo David, cuando escuchamos el murmullo de voces y el sonido de las pisadas—. Si me disculpáis, voy a ejercer de anfitrión. Azucena, coge al pequeño y venid conmigo.

En cuanto se alejaron, mi madre suspiró.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, mi vida, que estoy tan feliz de veros a vosotros —sonrió.

—Los cuatro estamos felices por nuestros hijos, y nuestros preciosos nietos —añadió Elvira.

Alex me rodeó por la cintura con el brazo, se inclinó y me besó en la sien.

—¿Más tranquila, preciosa? Ha sido una semana dura de trabajo.

—Como todas cuando hay una cata de un nuevo vino.

—Tengo el remedio perfecto para relajarte —susurró mientras me apartaba disimuladamente de nuestra familia.

—¿Y qué remedio es ese, señor inspector?

—Hacer que grites en el silencio de tu despacho, mientras te hago mía, para no perder la costumbre de estos eventos.

—Eres un descarado, que lo sepas —reí.

—Sí, sí, pero bien que me estás llevando al ascensor.

—Hombre, tú me dirás. No está la cosa como para negarse a un poco de placentero relax.

—Te amo —dijo con la frente apoyara en la mía en cuanto se cerraron las puertas del ascensor.

—No más de lo que yo te amo, señor inspector.

Me puse de puntillas al mismo tiempo que Alex me sostenía por las caderas, y nos fundimos en un beso.

Ese, al igual que todos los que habíamos compartido desde aquella noche en la que nos sedujimos con un baile, hablaba del amor y el deseo que seguíamos sintiendo el uno hacia el otro.

Y no, nunca sabremos quién puede ser esa persona que nos hará sentir mariposas en el estómago, quien nos haga alcanzar el cielo con las manos mientras nos entregamos el uno al otro en la intimidad.

Pero lo que siempre sabremos es que, cuando esa persona llega, sea quien sea, simplemente lo sabes con absoluta certeza.

Alex me rodeó por la cintura con el brazo, se inclinó y me besó en la sien.

—¿Más tranquila, preciosa? Ha sido una semana dura de trabajo.

—Como todas cuando hay una cata de un nuevo vino.

—Tengo el remedio perfecto para relajarte —susurró mientras me apartaba disimuladamente de nuestra familia.

—¿Y qué remedio es ese, señor inspector?

—Hacer que grites en el silencio de tu despacho, mientras te hago mía, para no perder la costumbre de estos eventos.

—Eres un descarado, que lo sepas —reí.

—Sí, sí, pero bien que me estás llevando al ascensor.

—Hombre, tú me dirás. No está la cosa como para negarse a un poco de placentero relax.

—Te amo —dijo con la frente apoyara en la mía en cuanto se cerraron las puertas del ascensor.

—No más de lo que yo te amo, señor inspector.

Me puse de puntillas al mismo tiempo que Alex me sostenía por las caderas, y nos fundimos en un beso.

Ese, al igual que todos los que habíamos compartido desde aquella noche en la que nos sedujimos con un baile, hablaba del amor y el deseo que seguíamos sintiendo el uno hacia el otro.

Y no, nunca sabremos quién puede ser esa persona que nos hará sentir mariposas en el estómago, quien nos haga alcanzar el cielo con las manos mientras nos entregamos el uno al otro en la intimidad.

Pero lo que siempre sabremos es que, cuando esa persona llega, sea quien sea, simplemente lo sabes con absoluta certeza.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu